This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SA 5260.13

BOUGHT WITH

THE INCOME FROM THE

SUBSCRIPTION FUND

BEGUN IN 1858.

13 Nov. 1877.

COLECCION DE AUTORES ESPAÑOLES.

TOMO XXXIX.

UNA ESCURSION

A LOS

INDIOS RANQUELES

POR

LUCIO V. MANSILLA

CORONEL DE LA REPÚBLICA ARJENTINA.

OBRA PREMIADA EN EL CONGRESO INTERNACIONAL GEOGRÁFICO DE PARIS (1875).

UNICA EDICION AUTORIZADA.

TOMO SEGUNDO.

LEIPZIG:

F. A. BROCKHAUS.

1877.

SA 5260.13
~~SAL 4466.1.3~~
HARVARD COLLEGE LIBRARY
1877, Nov. 13.
Subscription fund.

Estas cartas se publicaron cotidianamente en la «Tribuna» de Buenos Aires, empezando el 20 de Mayo de 1870.

El autor se reserva todo derecho de traduccion.

ÍNDICE.

Pag.

XXXVII. El fogon al amanecer. — Quien era Rufino Pereira. — Su vida y compromisos conmigo. — Como consiguen los indios que los caballos de los cristianos adquieran mas vigor 1

XXXVIII. Visita del Cacique Ramon. — Un almuerzo y una conferencia en el toldo de Mariano Rosas. — Mi futura ahíjada. — Ideas de Mariano Rosas sobre el gobierno de los indios comparado con el de los cristianos. — Reflexiones al caso. — Esplico lo que es Presupuesto, Presidente y Constitucion. — El pueblo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley, que la ley . . . 9

XXXIX. Camargo y José de visita en los momentos de recojerme. — Me llevaban una música. — *Horresco referens.* — Fisonomía de Camargo. — Zalamerías de José. — Por qué lo respetan los indios á Camargo. — Vida de Camargo contada por él mismo. — Por que produce esta tierra tipos como el de Camargo 16

XL. Noche de hielo. — Donde es realmente triste la vida. — Preparativos para la misma. — Resuena por primera vez en el desierto el *Confiteor Deo Omnipotenti.* — Recuerdo de mi madre. — Trabajos de Mariano Rosas, preparando los ánimos para la junta. — Como y duermo. — Conferencia diplomática. — El archivo de Mariano Rosas. — En Leubucó reciben la «Tribuna.» — Imperturbabilidad de Mariano Rosas. — Mi comadre Cármen en el fogon 23

XLI. Creencias de los indios. — Son unitcistas y antropoformitas. — *Gualicho.* — Respeto por los muertos. — Plata enterrada. — Será cierto que la civilizacion corrompe? — Crueldad de Bargas, bandido Cordobés. — Triste condicion de los cautivos entre los indios. — Heroicidad de algunas mujeres. — Unas con otras. — Modos de vender. — Eufonia de la lengua araucana. — La carne de yegua puede ser un antídoto para la tísis? 32

XLII. Preparativos para la marcha á las tierras de Baigorrita. — Camargo debia acompañarme. — Motivos de mi escursion á Quenque. — Coliqueo. — Recuerdo odioso de él. — Unos y otros se han valido de los indios en las guerras civiles. — En lo que consistia mi diplomacia. — En viaje rumbo al Sud. — Confidencia de un espía. — El espionaje en Leubucó. — Poitaua. — El algarrobo. — Pasion de los indios por el tabaco. — Como hacen sus pipas. — Pitralauquen.

Pag.

— Baño y comida. — Mi lenguaraz Mora, su fisonomía física y moral 41

XLIII. Una noche eterna. — Aspecto del campo al amanecer despues de la helada. — En marcha. — Encuentro con indios. — Me habian descubierto de muy lejos. — Medio que emplean los indios para conocer á la distancia si un objeto se mueve ó no. — La carda. — Un monte. — Jente de Baigorrita sale á encontrarme. — Baigorrita. — Su toldo. — Conferencia y regalos. — Las *botas* de mis manos. — Carneada. — Una cara patibularia 49

XLIV. Qué es la vida. — Reflexiones. — Los perros de los indios. — Recuerdos que deben tener de mi magnificencia. — Un intérprete. — Cambio de *razones*. — *Sans façon*. — *Yapaí* y *Yapaí*. — Detalles. — En Santiago y Córdoba los pobres hacen lo mismo que los indios. — Finjimiento. — Otra vez la cara patibularia. — Averiguaciones. — Una navaja de barba mal empleada 57

XLV. Dos desconocidos. — El cuarteron. — El mayor Colchao y su hijo. — Una cautiva esplica quien era Colchao y refiere su historia. — Provocaciones de Caiomuta. — *Gualicho* redondo. — Contradicciones del cuarteron. — Juan de Dios San Martin. — Dudas sobre la fidelidad conyugal. — Picando tabaco. — Retrato de Baigorrita. — Un espía de Calfucurá. 66

XLVI. Cansancio. — Puesta de sol. — Un fogon de dos filas. — Mis caballos no estaban seguros. — Aviso de Baigorrita. — Los indios viven robándose unos á otros. — La justicia. — Los pobres son como los caballos *patrios*. — Cena y sueño. — Intentan robarme mis caballos. — Cantan los gallos. — Vision. — El mate. — Un cañonazo 78

XLVII. Baigorrita se levanta el amanecer y se baña. — Saludos. — En el toldo de mi futuro compadre. — El primer bautismo en Quenque. — Deberes recíprocos del padrino y del ahijado. — Nociones de los indios sobre Dios. — Promesas de mi compadre sobre mi ahijado — Me hablan de una cosa y contesto otra. — Lucio Victorio Mansilla, será algun dia un gran cacique. — Pensamientos locos. — Visita al toldo de Caniupan — Usos y costumbres ranquelinas. — Un fumador sempiterno 87

XLVIII. El cuarteron cuenta su historia. — Recuerdo de Julian Murga. — Los niños de hoy. — Diálogo con el cuarteron. — Insultos. — Nuestros juicios son siempre imperfectos. — Un recuerdo de la imitacion de Cristo. — Dudas filosóficas. — Ultima mirada al fogon. — El cuarteron me dá lástima. — Alarma. — Caiomuta ébrio, quiere matarme. — Un reptil humano 95

XLIX. Medio dormido. — Un palote humano. — Un baño de aguardiente. — Los perros son mas leales que los hombres. — Preparativos. — El comercio entre los indios. — Dar y pedir con *vuelta*. — Peligros á que me espuso mi pera. — En marcha para Añancué. — Una águila mirando al Norte, buena señal 104

Pag.

L. Mi compadre Baigorrita me pide caballos prestados. — El que entre lobos anda á aullar aprende. — Aves de la Pampa. — En un monte. — Perdido. — Las tinieblas. — Fantasmas de la imajinacion. — Somos felices? — Disertacion sobre el derecho. — El miedo. — Hallo el camino. — Me incorporo á mis compañeros. — Clarines y cornetas 113

LI. Mariano Rosas y su jente. — Que valiente animal es el caballo! — Un parlamento de noche. — Respeto por los ancianos. — Reflexiones. — La humanidad es buena. — Si así no fuese estaria perturbado el equilibrio social. — El arrepentimiento es infalible. — Lo dejo á mi compadre Baigorrita y me retiro. — Un recien llegado. — Chañilao. — Su retrato 120

LII. Quien es Chañilao. — Su historia. — El carácter es un defecto para las medianías. — Diferencia entre el paisano y el gaucho. — El primero no es nada, el segundo es siempre federal. — Tenemos pueblo propiamente hablando? — Sentimientos de un maestro de posta cordobés cuando estalló la guerra con el Paraguay. — Chañilao y yo. — Frescas. — Intrigas. — Una china 128

LIII. Mi compadrazgo con Baigorrita habia alarmado á los de Leubucó. — Censura pública. — Nubes diplomáticas. — Camargo conocia bien á los indios. — Confio en él. — Camilo y Chañilao no se entienden. — En marcha para la junta grande. — Quieren que salude á quien no debo. — Me niego á ello. — Ceden saludos. — Empieza la conversacion. — Discurso inaugural. — Entusiasmo que produce Mariano Rosas. — El debate. — Un tonto no será nunca un héroe 136

LIV. Repito la lectura de los artículos del Tratado de Paz. — Los indios piden mas que comer. — Mi elocuencia. — Mímica. — Dificultades. — El recuerdo de un sermon de Viérnes Santo me salva. — El representante de la *Liberté* en Bruselas y yo. — Cargos mútuos. — Argumentos etnográficos. — Recursos oratorios. — En el banco de los acusados. — Interpelaciones *ad hominem*. — El traidor calla. — Redoblo mi enerjía é impongo con ella. — Se establece la calma. — Apéndice. — Once mortales horas en el suelo 144

LV. Revelacion. — Mas habia sido el ruido que las nueces. — Nuevas presentaciones. — El último abrazo y e úlltimo adios de mi compadre Baigorrita. — Otra vez adios. — Mariano Rosas despues de la junta. — Que dulce es la vida lejos del ruido y de los artificios de la civilizacion! — Los enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárbaros la medida de la civilizacion. — Una mujer azotada. — No era posible dormir tranquilo en Leubucó 159

LVI. La paz estaba definitivamente hecha. — El Doctor Macias. — Gotas maravillosas. — Padre é hijo indios. — Lo pido á Macias. — Visita á Epumer 167

Pág.

LVII. Fama de Epumer. — Me esperaban en su toldo. — Recepcion. — Indias y cristianas. — Pasteles y carbonada entre los indios. — Amabilidades. — Celo apostólico del padre Marcos. — Puchero de yegua. — Insisto en sacar á Macias. — Negativas. — Un indio teólogo. — Un espectro vivo 175

LVIII. Intrigas contra Macias. — Envidia de los cristianos. — Preparativos para el bautismo. — Animacion de Leubucó. — Aspavientos de las madres. — Sentimiento que las dominaba. — El mal de este mundo en materia de relijion. — Mi ahijada, la hija de Mariano Rosas. — De gala, con botas de potro de cuero de gato, y vestido de brocato. — Invencible curiosidad. — No puedo esplicar lo que sentí. — Una cristalizacion en el cérebro. — Regalos recíprocos. — Pobre humanidad 184

LIX. Se acerca la hora de la partida. — Desaliento de Macias. — El negro del acordion y un envoltorio. — Era un queso. — Calisto Oyarzabal anuncia que hay baile — Bailes de los indios y de las chinas. — En un detalle encuentro á los indios ménos civilizados que nosotros 192

LX. Solo en el fogon. — Qué habria pensado yo si hubiera tenido ménos de 30 años? — Con las mujeres es mejor no estar uno solo. — El crímen es hijo de las tinieblas. — El silencio es un síntoma alarmante en la mujer. — Visitas inesperadas. — Yo no sueño sino disparates. — Los filósofos antiguos han escrito muchas necedades 199

LXI. La loca de Séneca. — El sueño Cesáreo se me habia convertido en sustancia. — Salida inesperada de Mariano Rosas. — Un bárbaro pretende que un hombre civilizado sea su instrumento. — Confianza en Dios. — El hijo del comandante Araya. — Dios es grande. — Una seña misteriosa 205

LXII. Astucia y resolucion de Camilo Arias. — Ultima tentativa para sacar á Macias. — Un indio entre dos cristianos — *Confitemini Domino*. — Frialdad á la salida. — La palabra amigo en Leubucó y en otras partes. — El camino de Carrilobo. — *Horrible! most horrible!* — Todavía el negro del acordion. — Felicidad pasajera de Macias 212

LXIII. A orillas de un monte. — Un barómetro humano. — En marcha con antorchas. — Ecos estraños. — Conjeturas. — Un chañar convertido en lámpara. — Aparicion de Macias. — Inspiracion del gaucho. — Alrededores del toldo de Villareal. — Una cena. — Cumplo mi palabra 220

LXIV. Con quien vivia mi comadre Cármen. — Una despedida igual á todas. — Yo habria hecho igual á todas las mujeres. — Grupo asqueroso. — Adios! — Una faja pampa. — Arrepentimiento. — Trepando un médano. — Desparramo. — Perdidos. — El Brasil puede alguna vez salvar á los Arjentinos. — Llegamos al toldo de Ramon 228

Pag.

LXV. El sueño no tiene amo. — El toldo de Ramon nada dejaba que desear. — Una frágua primitiva. — Diálogo entre la civilizacion y la barbárie. — Tengo que humillarme. — Se presenta Ramon. — Doña Fermina Zárate. — Una leccion de filosofía práctica. — Petrona Jofré y los cordones de Nuestro Padre San Francisco. — Veinte yeguas, sesenta pesos, un poncho y cinco chiripáes por una mujer. — Rasgo jeneroso de Crisóstomo. — El hombre ni es un anjel ni una bestia 237

LXVI. La familia del cacique Ramon. — Español. — Una invasion. — Despacho al capitan Rivadavia. — Cuestion de amor propio. — Buen sentido de un indio. — En Carrilobo soplaba mejor viento que en Leubucó. — Suenan los cencerros. — Atincar. — véase borax. — El hombre civilizado nunca acaba de aprender. — Me despido. — Como doman los bárbaros. — Ultimos hurrahs! 245

LXVII. A la vista de la Verde. — Murmuraciones. — Defecto de lectores y de caminantes. — Dos cuentos al caso. — Reglas para viajar en la Pampa. — La monotonía es capaz de hacer dormir al mejor amigo. — Dos polvos. — Suerte de Brasil. — Reproche de los franciscanos. — Tendrán alma los perros? Un — obstáculo. 253

LXVIII. Otra vez en la Verde. — Ultimos ofrecimientos de Mariano Rosas. — Mas ó ménos todo el mundo es como Leubucó. — Augurios de la naturaleza. — Presentimientos. — Resuelvo separarme de mis compañeros. — Impresiones. — Adios! — Un fantasma. — Laguna del Bagual. — Encuentro nocturno. — Un cielo al revés. — *Agustinillo*. — Miseria del hombre 262

EPÍLOGO 273

XXXVII.

El fogon al amanecer. — Quien era Rufino Pereira. — Su vida y compromisos conmigo. — Como consiguen los indios que los caballos de los cristianos adquieran mas vigor.

Dormí muy bien, sin que nadie ni nada me interrumpiera.

El hombre se aviene á todo.

Mi cama desigual y dura, me pareció de plumas.

Si no me hubieran faltado algunas cobijas, podria decir que pasé una noche deliciosa.

Me levanté con el lucero del alba, gritando:

— Fuego! fuego!

En un abrir y cerrar de ojos hice mi *toilette*, á la luz de un candil.

Salí del rancho.

El fogon ardia ya y el agua hervia en la caldera.

Me puse á *matear*, divirtiéndome en escuchar los dicharachos y los cuentos de los soldados.

Cada uno tenia una anécdota que referir.

A todos les habia pasado algo con los indios.

El uno habia tenido que dar hasta los cigarros; el otro las botas; este el poncho; aquel la camisa.

Solo un Mendocino, muy agarrado, habia tenido el talento de hacerse sordo y mudo. Los pedigüeños no habian podido con él.

Miéntras amanecia, me puse á hacerles un curso sobre la conducta y el porte que debian observar; sobre los in-

convenientes de que no fuesen moderados, de que no cuidasen y respetasen á sus superiores mas que nunca.

Comprendian perfectamente mis razones, y las escuchaban con relijiosa atencion.

A Rufino le eché un sermon con aspereza.

Este Rufino era un gaucho de Villanueva, con quien nadie podia.

Azote de los campos, le tomaron y le destinaron al 12 de línea, junto con otros de su jaez, haciéndome el Comandante militar las mayores recomendaciones, previniéndome que tuviera con él muchísimo cuidado, porque era un hombre de avería.

Comprendiendo que el batallon 12 de línea seria un mal elemento, á los tres dias de destinado le hice venir á mi presencia.

Le habian cortado su larga cabellera, le habian encasquetado ya el kepi, plantificado la chaquetilla y la bombacha.

El gaucho habia desaparecido bajo el esterior del recluta.

Era un hombre alto, fornido, de grandes ojos negros, de fisonomía espresiva, de mirada inquieta, de movimientos fáciles, de aspecto resuelto, en suma.

Entablé con él el siguiente diálogo:

— Cómo te llamas?

— Rufino Pereira.

— De dónde eres?

— No sé.

— Dónde has nacido?

— No sé.

— Quiénes son tus padres?

— No sé.

— En qué trabajabas ántes de ser soldado?

— En nada.

— Sabes por qué te han destinado?

— No sé.

— Dicen que eres ladron, cuatrero y asesino.

— Así será.

— Pero tú qué crees?

— Yo no soy hombre malo.

— Qué eres, entónces?

— Soy hombre gaucho.

— Pero, por eso solamente no te han de haber destinado.

— Es que los Jueces no me quieren.

— No te habrás querido someter á su autoridad.

— No me ha gustado ser soldado; cuando he sabido que me buscaban, he andado á monte. He peleado algunas veces con la partida, y la he corrido.

— Es eso todo lo que has hecho?

— Todo.

— Pero me has dicho que no trabajabas en nada, y para vivir sin hacer daño al prójimo es menester trabajar en algo. Te vuelvo á preguntar de qué vivias?

— Soy jugador.

— Pero cómo es posible que digan que eres ladron, cuatrero y asesino, si no lo eres?

— Me han achacado las cosas de otros compañeros que no he querido delatar, y dirán que soy asesino, porque les he dado algunos tajos á los de la partida.

— Quieres que hagamos un trato?

— Como vd. quiera, Coronel.

— Tienes palabra?

— Sí, señor.

— Tienes honor?

Rufino no contestó.

— Sabes lo que es el honor?

Volvió á guardar silencio.

— El honor consiste en cumplir uno siempre su palabra, aunque le cueste la vida. Me entiendes ahora?

— Sí, Coronel.

— Bien, vas á ser mi asistente, vas á cuidar mis caballos, vas á ser mi hombre de confianza, y ahora mismo te voy á hacer poner en libertad.

El gaucho no contestó una palabra.

— Te animas á servirme bien? Yo no puedo darte la

baja. Tienes que ser soldado; te ayudaré en tus necesidades. Qué te parece? Te animas?

— Sí, mi Coronel.

Recien el gaucho me dijo al contestarme: *mi Coronel.*

Dí las órdenes en el cuerpo, y al rato andaba Rufino por Villanueva, como uno de tantos militares.

Vinieron á avisarme que se habia desertado, y espliqué lo que habia.

Me aseguraron que se iria, y contesté que lo dudaba.

Yo decia para mis adentros:

— Si el bandido se vá, porque tiene la libertad de hacerlo, se irá solo, no llevará otros consigo.

Yo vivia en la casa de Belzor Moyano.

Allí vivia él.

Todo el mundo estaba asombrado, tal era el terror que Rufino Pereira inspiraba.

Una mañana estaba él en el zaguan, miéntras yo hablaba en la puerta de la calle con un sarjento de la partida de Policía.

Entré con el sarjento en mi cuarto que tenia puerta al zaguan, y detrás de mí, sin que yo lo viera, entró Rufino.

Cuando me apercibí de su presencia, estaba sentado en una silla.

El gaucho taimado queria pasarme la mano.

— Por qué no se acuesta, amigo, en la cama, le dije; con confianza?

Al oir esta irónica insinuacion se puso de pié.

— Hola, le dije, con que sabias que no debias sentarte delante de tu jefe, ni entrar cuando él no te llamára?

Y esto diciendo le saqué de allí á fuertes empellones.

El gaucho hizo pié y se encrespó diciéndome con una tonada la mas cordobesa, con tonada de la Sierra:

— Y si no sé, por qué no me enseña, pues?

— Pues, por esa compadrada, toma, le dije, y le dí algo que solemos dar los militares cuando queremos aventar un recluta que no tiene el instinto de la disciplina y del respeto á sus superiores.

Durante algunos dias el gaucho anduvo con el ceño

fruncido, mirándome de reojo, como viendo el lugar de mi cuerpo que mas le convenia para acomodarme una puñalada.

No habia mas que un solo medio de dominarle, — despreciarle é inspirarle confianza plena á la vez.

Llamélo y le dije:

— Mañana, en cuanto salga el lucero, ensillas mi zaino grande, empujas la puerta de mi cuarto, entras despacio, te acercas á mi cama, me llamas y si no me despierto, me mueves.

Preparé un rollo de cincuenta bolivianos y una carta para el comandante Racedo, del Batallon 12 de línea, que estaba de allí cinco leguas, diciéndole:

«Eso que lleva Rufino Pereira, es con el objeto de probarle, despáchele sin demora y anote la hora en que lléga y la hora en que sale.»

Yo tengo el sueño sumamente liviano.

A la hora consabida, sentí que abrian la puerta de mi cuarto, finjí que roncaba. Rufino entró, llegó hasta mi cama, caminando despacito, porque el cuarto estaba completamente á oscuras.

Mi coronel, me dijo. No contesté. Volvió á llamarme. Hice lo mismo. Me llamó por tercera vez. Permanecí mudo. Me tocó y me movió. Entónces recien, contestando como quien despierta de un sueño profundo: Quién es? pregunté.

— Yo soy.

— Busca los fósforos que están ahí, en la silla, al lado de la cabecera, y prende la vela.

Rufino obedeció, y tanteando encontró los fósforos, sacó fuego y se hizo la luz.

Sin incorporarme siquiera metí la mano bajo de la cabecera, saqué el rollo de bolivianos y la carta, dándoselos, toma, le dije:

— Sabes dónde queda el arroyo de Cabral?

— Sí, mi coronel.

— Has ensillado el zaino?

— Sí, mi coronel.

— Llévale eso al comandante Racedo, y á las doce estás de vuelta. Son diez leguas. No tienes porque apurarte. No me vayas á sobar el pingo.

— No contestó. Se cuadró militarmente, hizo la vénia, dió media vuelta y salió.

Apagué la luz y me quedé dormido. Me habia acostado muy tarde. Esa noche habia estado en un baile.

Dormia profundamente, sentí pisadas cerca de mi cama, me desperté, abrí los ojos, miré, — Rufino Pereira estaba ahí, de vuelta, alargándome la mano con una carta.

La tomé, rompí la nema y leí.

Racedo me decia: «Entregó todo á las nueve y media y regresa.»

Desde ese dia seguí tratando á Rufino Pereira con la mayor confianza, y el gaucho me sirvió en todo honradamente hasta en cosas reservadas.

Nuestros campos están llenos de Rufinos Pereiras.

La raza de este sér desheredado que se llama *Gaucho*, digan lo que quieran, es escelente y como blanda cera, puede ser modelada para el bien; pero falta, triste es decirlo, la proteccion jenerosa, el cariño y la benevolencia. El hombre suele ser hijo del rigor, pero inclinado naturalmente al mal, hay que contrariar sus tendencias, despertando en él ideas nobles y elevadas, convenciéndonos de que mas se hace con miel que con hiel.

Durante dos años, Rufino, el gaucho malo de Villanueva, el bandido famoso, temido por todos, acusado de todo linaje de iniquidades, — solo cometió un desliz, — el que le hizo presentarse ébrio delante de Mariano Rosas y de mí.

Fiel á mi regla de conducta, á mis propósitos y á mis convicciones arraigadas, por el estudio que he hecho del corazon, de la humanidad, despues del reto le dí al gaucho una porcion de consejos útiles, exhortándolo con cariño á que no los echase en saco roto.

Me prometió no volver á incurrir en la falta cometida y lo cumplió.

El licor se le iba á la cabeza fácilmente. Miéntras estuvimos entre los indios no volvió á beber.

El disco de fuego del sol, resplandeciendo en el horizonte, lo teñia con ricos colores de púrpura y mieles.

Hacia un rato que habia amanecido.

Resolví ir á bañarme al jagüel. Me puse de pié, abandoné el fogon y tomé el camino del baño.

Habia andado unos pocos pasos, cuando me encontré con Mariano Rosas. Venia del jagüel, sus mojadas melenas y la frescura de su tez lo revelaban.

Nos saludamos con cariño.

— Voy á bañarme, hermano, le dije.

Yo acabo de hacer lo mismo, me contestó, y ahora voy á varear mi caballo.

Marchamos en opuesto rumbo.

Yo regresaba del baño y él regresaba con su caballo cubierto de espumoso sudor.

Llegó, se apeó, lo desensilló, lo soltó y ensilló otro que estaba atado al palenque. Terminada la operacion le puso el freno y lo volvió á atar de la rienda.

Los indios hacen esta operacion todas las mañanas.

Cuando nos roban caballos, empiezan por soltarlos en los montes para que se aquerencien y *tomen el pasto.* Una vez conseguido esto, hoy ensillan un caballo, mañana otro, y así sucesivamente, y al salir el sol los galopean fuerte por el campo mas quebrado, mas arenoso, mas lleno de médanos.

Nuestros caballos, mediante esa segunda educacion, cobran un vigor estraordinario. Y como durante veinticuatro horas permanecen al palo, sin comer ni beber, con el freno puesto, resisten asombrosamente á las mas largas privaciones.

De ahí la superioridad del indio en la guerra de fronteras.

Toda su estratejia estriba en huir, esquivando el combate. Son ladrones, no guerreros. Pelear es para ellos el recurso estremo. Su gloria consiste en que el malon sea pingüe y en volver de él con el menor número de indios sacrificados en aras del trabajo.

¡Cómo han de competir nuestros caballos con los de ellos! Cómo hemos de darles alcance, cuando llevándonos algunas horas de ventaja salimos en su persecucion!

Es como correr tras el viento.

Despues que Mariano ató su caballo, nos sentamos bajo la enramada y convenimos en ocuparnos de asuntos oficiales.

Mañana tendremos la primer conferencia diplomática.

XXXVIII.

Visita del Cacique Ramon. — Un almuerzo y una conferencia en el toldo de Mariano Rosas. — Mi futura ahijada. — Ideas de Mariano Rosas sobre el gobierno de los indios comparado con el de los cristianos. — Reflexiones al caso. — Esplico lo que es Presupuesto, Presidente y Constitucion. — El pueblo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley, que la ley.

Al dia siguiente recibí la visita del cacique Ramon, que llegó con una numerosa comitiva.

Charlamos duro y parejo, como se dice en la tierra; bebimos sendos tragos á la usanza araucana, y quedamos apalabrados para vernos en la raya de las tierras de Baigorrita, el dia de la junta, que no tardaria en tener lugar.

Bustos, el mestizo que tan buena voluntad me manifestó en Aillancó, venia con él.

Le dí algo de lo poco que me habia quedado, y al cacique le regalé mi revólver de veinte tiros, enseñándole el modo de servirse de él, cómo se armaba y desarmaba. No pareció muy contento del arma. Es linda, me dijo; pero aquí no nos sirven las cosas así, porque cuando se nos acaban las balas no tenemos de donde sacarlas.

Le prometí surtirlo de ellas, si teníamos la fortuna de observar fiel y estrictamente la paz celebrada.

Me contestó, que por su parte no omitiria esfuerzo en ese sentido, apelando al testimonio de Bustos para probarme que él era muy amigo de los cristianos. En la Carlota, tengo parientes; mi madre era de allí, me repitió varias veces, — agregando siempre: cómo no he de querer á los cristianos si tengo su sangre!

Despues que se marchó, mandé ver con el capitan Rivadavia si Mariano Rosas estaba en disposicion de que habláramos de nuestro asunto, — el Tratado de paz.

Mi viaje tenia por objeto orillar ciertas dificultades que surjian de la forma en que habia sido aceptado.

Me contestó que estaba á mis órdenes, que fuera á su toldo cuando gustára.

No le hice esperar.

Entré en el toldo.

El hombre almorzaba rodeado de sus hijos y mujeres.

Se pusieron de pié todos, me saludaron atenta y respetuosamente y ántes de que hubiera tenido tiempo de acomodarme en el asiento que me designaron, me pusieron por delante un gran plato de madera con mazamorra de leche muy bien hecha.

Me preguntaron si me gustaba así ó con azúcar.

Contesté que del último modo, y volando la trajeron en una bolsita de tela pampa.

No habia almorzado aun. Comí pues el plato de mazamorra, sin ceremonias.

Me ofrecieron mas y acepté.

Mis aires francos, mis posturas primitivas, mis bromas con los indiecitos y las chinas le hacian el mejor efecto al Cacique.

— Vd. ha de dispensar, hermano, me decia á cada momento.

Cuando le miraba fijamente, bajaba la cara, y cuando creia que yo no le veia, me miraba de hito en hito.

Hablamos de una porcion de cosas insignificantes, miéntras duró la mazamorra, — que á eso solo se redujo el almuerzo.

Meses ántes, por cartas me habia invitado para que nos hiciéramos compadres.

Me presentó á mi futura ahijada.

Era una chinita, como de siete años, hija de cristiana.

Mas predominaba en ella el tipo español que el araucano

La senté en mis rodillas y la acaricié, no era huraña.

Por fin, entramos á hablar de las *paces* come se dice allí.

Mariano fué quien tomó la palabra.

Yo, hermano, quiero la paz porque sé trabajar y tengo lo bastante para mi familia cuidándolo. Algunos no la han querido; pero les he hecho entender que nos conviene. Si me he tardado tanto en aceptar lo que vd. me proponia, ha sido, porque tenia muchas voluntades que consultar.

En esta tierra, el que gobierna no es como entre los cristianos.

Allí manda el que manda y todos obedecen.

Aquí, hay que arreglarse primero con los otros caciques, con los capitanejos, con los hombres antiguos. Todos son libres y todos son iguales.

Como se vé, para Mariano Rosas, nosotros vivimos en plena dictadura, y los indios en plena democracia.

No creí necesario correjir sus ideas.

Por otra parte, me hubiera visto un tanto atado para demostrarle y probarle que el Gobierno, la autoridad, el poder, la fuerza disciplinada y organizada no son omnipotentes en nuestra turbulenta república.

Aquí donde todos los dias declamamos sobre la necesidad de prestijiar, robustecer y rodear al poder, siendo así que el hecho histórico persistente, enseña á todos los que tienen ojos y quieren ver, que la mayor parte de nuestras desgracias proviene, — del abuso de autoridad.

Recien vamos adquiriendo conciencia de nuestra personalidad; recien vá encarnándose en las muchedumbres, cuya aspiracion ardiente es conquistar y afianzar la libertad racional sobre los inamovibles quicios de la eterna justicia; recien vamos convenciéndonos de que lo que se llama soberanía popular es el ejercicio y la práctica del santo derecho; recien vamos entendiendo que el pueblo es todo, y que así como nadie puede revindicar el honroso título de caballero si deja que se juegue con su dignidad personal, así tambien la entidad colectiva no puede enorgullecerse de sus conquistas morales, de sus progresos, de su civilizacion si dócil y sumisa, irresoluta y cobarde se deja uncir al carro del poder para arrastrarlo, segun su capricho.

Por mas entendido que fuera Mariano Rosas, á qué habia de perder tiempo en disertaciones políticas con él?

Como yo era en aquellos momentos un embajador, (sic) y como siendo uno embajador debe tomar las cosas á lo sério, despues de algunas palabras encomiando su conducta entré á esplicar, que el Tratado de paz debiendo ser sometido á la aprobacion del Congreso, no podia ser puesto en ejercicio inmediatamente.

Me valí para que el indio comprendiera lo que es Poder Ejecutivo, Parlamento, Presupuesto y otras yerbas, de figuras de retórica campesinas. Y sea que estuve inspirado, cosa que no me suele suceder, — no recuerdo haberlo estado mas que una vez, cuando renuncié á estudiar la guitarra, convencido de la depresion frenolójica que puede notarse, observando en mi cráneo el órgano de los tonos, — y sea que estuve inspirado, decia, el hecho es que Mariano Rosas se edificó.

Me convencieron de ello sus bostezos.

Podia quedarse dormido si continuaba haciendo gala de mis talentos oratorios, de mis conocimientos en la ciencia del derecho constitucional, de las seducciones que el hombre civilizado cree siempre tener para el bárbaro.

Me resolví, pues, á hacerle esta interpelacion:

— Y qué le parece hermano, lo que le he dicho?

— Qué me ha de parecer, que estando firmado el Tratado por el Presidente, que es el que manda, nos costará mucho hacerles entender á los otros indios eso que Vd. me ha estado esplicando.

— Haremos, continuó, una junta grande, y en ella entre V. y yo, diremos lo que hay.

— Miéntras tanto, hermano, cuente conmigo para ayudarlo en todo.

— Yo cuento con V., porque veo que si no quisiera á los indios no habria venido á esta tierra.

Le contesté, como era de esperarse, asegurándole que el presidente de la República era un hombre muy bueno; que se habia envejecido trabajando porque se educáran todos los niños chicos de mi tierra; que no les habia de abandonar

á su ignorancia, que por carácter y por tendencias era hombre manso, que no amaba la guerra; y que por otra parte, la Constitucion le mandaba al Congreso *conservar el trato pacífico con los indios y promover la conversion de ellos al catolicismo;* que el Congreso le habia de dar al Presidente toda la plata que necesitase para esas cosas, y que como eran muy amigos no se habian de pelear si pensaban de distinto modo, porque los dos juntos gobernaban el país.

— Y dígame, hermano, me preguntó; — cómo se llama el Presidente?

— Domingo F. Sarmiento.

— Y es amigo suyo?

— Muy amigo.

— Y si dejan de ser amigos, cómo andarán las paces con nosotros que ha hecho Vd?

— Pero, bien, no mas hermano, porque yo no puedo pelearme con el Presidente, aunque me castigue. Yo no soy mas que un triste coronel y mi obligacion es obedecer.

El Presidente tiene mucho poder, él manda todo el ejército. Además, si yo me voy, vendrá otro jefe, y ese jefe tendrá que hacer lo que le mande el jeneral Arredondo, que es de quien dependo yo.

— Y Arredondo es amigo del Presidente?

— Muy amigo.

— Mas amigo que Vd?

— Eso no le puedo decir, hermano, porque, como Vd. sabe, la amistad no se mide, se prueba.

— Y dígame, hermano, cómo se llama la Constitucion?

Aquí se me quemaron los libros. Y sin embargo, si el Presidente podia llamarse D. F. Sarmiento, por qué, para aquel bárbaro, la Constitucion, no se habia de llamar de algun otro modo tambien?

Me ví en figuillas.

— La Constitucion, hermano .... La Constitucion .... se llama así no mas, pues, Constitucion.

— Entónces, no tiene nombre?

— Ese es el nombre.

— Entónces no tiene mas que un nombre, y el Presidente tiene dos?

— Sí.

— Y es buena ó mala la Constituciou?

— Hermano, los unos dicen que sí, y los otros dicen que nó.

— Y Vd. es amigo de la Constitucion?

— Muy amigo, por supuesto.

— Y Arredondo?

— Tambien.

— Y cuál de los dos es mas amigo de la Constitucion?

— Los dos somos muy amigos de ella.

— Y el Congreso, cómo se llama?

— El Congreso .... el Congreso .... se llama Congreso.

— Entónces no tiene mas que un solo nombre, lo mismo que la otra?

— Uno solo, sí.

— Y es bueno ó es malo el Congreso?

— (Hum!)

Confieso que esta pregunta me dejó perplejo. Pero habia que contestar. Hice mis cálculos para responder en conciencia, y cuando iba á hacerlo, dos perros que andaban por allí se echaron sobre un hueso y armaron una singuizarra infernal, interrumpiendo el diálogo.

Mariano se levantó para espantarlos, gritando «fuera! fuera!»

Yo aproveché la coyuntura para retirarme.

Entré en mi rancho, me senté en la cama, apoyé los codos en los muslos, la cara en las manos, y me quedé por largo rato sumido en profunda meditacion.

«He perdido el tiempo» me decia, con los écos del espíritu. No es tan fácil esplicar lo que es una Constitucion, lo que es un Congreso.»

Mariano Rosas, habia entendido perfectamente lo que es un Presidente, primero, — porque tenia otro nombre, porque se llamaba Domingo lo mismo que habria podido llamarse Bartolo, segundo, — porque mandaba el ejército.

Por consiguiente, resulta de mi estudio sobre las entende-

deras de un indio, que el pueblo comprenderá siempre mejor lo que es la vara de la ley, — que la ley.

Los símbolos impresionan mas la imajinacion de las multitudes, que las alegorías.

De ahí, que en todas las partes del mundo donde hay una Constitucion y un Congreso, le teman mas al Presidente.

Algunas horas despues volví á verme con Mariano.

Viéndole festivo, aproveché sus buenas disposiciones y le pedí permiso para decir una misa, al dia siguiente, manifestándole el vehemente deseo de oirla que tenian muchos de los cristianos cautivos y refujiados en Tierra Adentro.

Llevéles la buena nueva á mis franciscanos, y, como verdaderos apóstoles de Jesucristo, la recibieron con júbilo.

Resolvimos decirla, si el tiempo estaba bueno, si no habia viento ó tierra, en campo raso, apoyando el altar sagrado en el viejo tronco de un chañar inmenso, cuyos gajos corpulentos le servirian de bóveda.

Mañana estaremos de misa.

XXXIX.

Comargo y José de visita en los momentos de recojerme. — Me llevaban una música. — *Horresco referens.* — Fisonomía de Camargo. — Zalamerías de José. — Por qué lo respetan los indios á Camargo. — Vida de Camargo contada por él mismo. — Por que produce esta tierra tipos como el de Camargo.

Arreglaba mi cama para recojerme, despues de haber cenado y convenido con los franciscanos que la misa se diria al dia siguiente, de ocho á nueve, cuando una visita inesperada se presentó en mi rancho.

Mi futuro compadre Camargo, con uno de los lenguaraces de Mariano Rosas, llamado José, nativo de Mendoza, casado entre los indios, cuyos hábitos y costumbres ha adoptado hasta el estremo de hacer dudar sea cristiano. Es hombre que tiene algo, porque, como se dice allí, ha *trabajado* bien, y en quien depositan la mayor confianza, tanta cuanta depositarian en un Capitanejo.

José está vinculado por el amor, la familia y la riqueza al desierto.

Los indios, que conocen el corazon humano, lo mismo que cualquier hijo de vecino, lo saben perfectamente bien.

Le miran, pues, como á uno de ellos.

Ambos venian con los instrumentos del placer en la mano, — con una botella de aguardiente.

Les ofrecí asiento, y haciendo grandísimos esfuerzos para disimular su estado, lo aceptaron, invitándome á saborear con ellos el alcohólico brevaje, usando, por supuesto de la fórmula consagrada.

Tuve que aceptar el *yapaí.*

Pero como estábamos solos, entre puros nosotros, como dicen los paisanos, me creí eximido de ser tan deferente como en otras ocasiones.

No lo llevaron á mal.

Mis fueros de Coronel, por una parte, — por otra la comunidad de relijion y de oríjen, circunstancia que en todas las situaciones de la vida establece fácilmente cierta cordialidad entre los hombres, ponian á mis huéspedes en el caso de no abusar de mi hospitalidad.

Además, ellos se consideraban honrados de ser admitidos á horas incompetentes en mi rancho; les bastaba fraternizar conmigo y beber solos con mi permiso.

Me lo pidieron con toda la picardía gauchesca, diciéndome:

— Dispénsenos, mi Coronel, si no estamos muy buenos; queremos acabar esta botellita aquí, en su rancho; si le parece mal, si le incomodamos, nos retiraremos.

— Estén á gusto, les contesté, yo no soy hombre etiquetero.

— Ya lo sabemos, contestaron á duo, por eso hemos venido.

Y esto diciendo, José, que era muy zalamero, que habia sido muy obsequiado por mí en el Rio 4°, me abrazaba, diciéndole á Camargo:

— Este es mi padre, y mirándome significativamente: Ya sabe, mi Coronel, quien es José.

Quedo enterado, decia yo para mis adentros, sabiendo mejor que él á lo que me debia atener.

Declaraciones de beodos son lo mismo que promesas de mujer.

Necio de aquel que se chupa el dedo!

Necio de aquel que al entregarles su corazon, sus esperanzas y sus ilusiones, olvida el dicho de Ninon de Lenclos:

Tout passe ó tout passe, tout lasse.

Ser amable no es pecado.

Al contrario, es un deber cuya práctica nos hace simpáticos á los ojos del mundo.

Yo era, pues, tan amable con mis visitas, como el tiempo y el lugar lo permitian.

Todos los dias le doy gracias á Dios por haberme concedido bastante flexibilidad de carácter para encontrarme á gusto, alegre y contento, lo mismo en los suntuosos salones del rico, que en el desmantelado rancho del pobre paisano; lo mismo cuando me siento en elásticas poltronas, que cuando me acomodo alrededor del flamante fogon del humilde y paciente soldado.

Las botellas, que no tenian la májia de ser inagotables, *espichaban* ya; José, estaba completamente en las viñas del Señor.

Camargo, mas fuerte, se mantenia en completa posesion de sus sentidos.

— Sabe, mi Coronel, que le traemos una música, con su permiso?

— Muchas gracias, hombre, para qué se han incomodado?

Camargo se levantó, apoyándose en los horcones del rancho, se asomó á la puerta, dijo algo, volvió á sentarse, y acto continuo se presentó, — *horresco referens*, — el negro del acordion.

— Uff! hice, eso no, Camargo, le dije. Denme todas las músicas que quieran. Pero con el acordion, nó, nó. Estoy harto de la facha de ese demonio.

Y dirijiéndome al negro, proseguí en estos términos:

— Vete! vete!

El negro no obedeció.

Como pegado al suelo describia con su cuerpo curvas á derecha é izquierda, adelante y atrás.

Estaba ébrio como una cabra.

— Vete! vete! lejos de aquí, volví á decír.

Y Camargo, viendo que el negro me revolvia la bílis, se levantó, y tomándole de un brazo le enseñó el portante.

Libre de aquella bestia, verdaderamente negra, resollé dando un resoplido como cuando en dia canicular, jadeantes de fatiga, nos tendemos á nuestras anchas sobre cómodo sofá, habiendo escapado á las garras de alguno de esos *soleros* cuya vida es contar sus pleitos ó sus cuitas con la autoridad.

José se habia quedado dormido.

Camargo se sentó, y bajo la influencia del aguardiente cayó en una especie de letargo.

Examiné su fisonomía.

Es lo que se llama un gaucho lindo.

Tiene una larga melena negra, gruesa como cerda, unos grandes ojos, rasgados, brillantes y vivos, como los de un caballo brioso; unas cejas y unas pestañas largas, sedosas y pobladas, una gran nariz algo aguileña; una boca un tanto deprimida, y el labio inferior bastante grueso.

Es blanco como un hombre de raza fina, tiene algunos hoyos en la cara y boca barba.

Es alto, delgado y musculoso.

Su frente achatada y espaciosa, sus pómulos saltados, su barba aguda, sus anchas espaldas, su pecho en forma de bóveda y sus manos siempre húmedas y descarnadas, revelan la audacia, el vigor, la rijidez susceptible de rayar en la crueldad.

Camargo es uno de esos hombres por cuyo lado no se pasa, yendo uno solo, sin sentir algo parecido al temor de una agresion.

Los indios le respetan, porque ellos respetan todo lo que es fuerte y varonil, — al que desprecia la vida.

Y Camargo se cura poco de ella.

Pruébanlo bien las cicatrices de cuchilladas que tiene en las manos, — su existencia ajitada, turbulenta, azarosa, que se consume entre el aguardiente y las reyertas de incesantes saturnales, entre el estrépito de los malones y de las montoneras, como que hoy está entre los indios, mañana en los llanos de la Rioja con Elizondo y Guayama, volviendo despues de la derrota á su guarida de Tierra Adentro, sobre el lomo del veloz é indómito potro.

Este gaucho, séame permitido decirlo, revindica en los casos heróicos el honor de los cristianos. Cuando le place, lo mismo cara á cara que por detrás, cuerpo á cuerpo, que entre varios, — apostrofa á los indios de «bárbaros». Yo le oí decir muchas veces á voz en cuello:

«A mí, que no me anden con vueltas estos, porque yo

los conozco bien, y al que le acomode una puñalada se la ha de ir á curar al otro mundo.»

Despues que examiné detenidamente aquel tipo de férrea estructura, en el que los caractéres semíticos de la persistencia estaban estampados, le dirijí la palabra, sacándole del silencio indeliberado en que habia caido.

— Cómo te hallas aquí? le pregunté.

Habla con mucha vivacidad, pero esta vez contra su costumbre habitual, en lugar de contestarme, dió un suspiro, y se envolvió en las nieblas de sus recuerdos dolorosos.

— Vamos, hombre, le dije cuéntame tu vida.

— Señor, me contestó. Mi vida es corta y no tiene nada de particular. No soy mal hombre, pero he sido muy desgraciado.

Yo soy de San Luis, de allá por Renca; mis padres han sido jente honrada y de posibles. Me querian mucho y me dieron buena educacion.

Sé leer y escribir, y tambien sé cuentas. Desde chiquito era medio soberbio. Cuando me hice hombrecito, se me figuraba que nadie podia ser mas que yo. Cuando oía decir que habia un gaucho guapo, lo buscaba á ver si me decia algo.

Me gustaba ser militar, y soñaba con ser jeneral. No habia hecho mal á nadie, aunque tenia bastante mala cabeza.

Siempre andaba en parrandas, jugadas y peleas; pero nadie dirá que le pegué de atrás.

Me enamoré de la hija del comandante N.... La muchacha me queria. Yo era jóven, pues aquí donde me vé no tengo mas que veinte y cuatro años (parecia tener treinta y dos).

A mas de eso, como mis padres tenian alguna platita, yo andaba siempre aviáo. El comandante N.... sabia mis amores con su hija, no le gustaban. Un dia me atropelló en las carreras, y vino á darme una pechada; yo le enderecé mi caballo y lo puse patas arriba con flete y todo. Era muy fantástico y no me lo perdonó.

Desde esa vez, decia siempre que me habia de matar. Yo estaba en guardia. Me achacaron varias cosas, nada me probaron. Hubo una bulla de revolucion.

Me fueron *á prender*. Eran cuatro de la partida. Qué me habian de tomar! Sabia bien que me iba en la parada el número uno. Hice un desparramo y me fuí á los montoneros.

Le interrumpí, preguntándole:

— Y qué opinion tenias?

— Opinion? Yo no tenia mas opinion que ser hombre alegre y divertirme. Las carreras y las mujeres eran toda mi opinion.

— Y qué hiciste con la montonera?

— Hicimos el diablo. Anduve una porcion de tiempo con el Chacho, que era un bárbaro. Despues que lo mataron anduve á monte. Cuando vino don Juan Sáa, con otros nos juntamos á su jente. Nos derrotó en San Ignacio el jeneral Arredondo, me vine con los indios de Baigorrita para acá.

— Y despues de eso, qué has hecho, qué vida has llevado?

— Me fuí para San Luis, de oculto, traje mi mujer, mis hijos y algunos parientes, y aquí están todos.

— Y has andado en las invasiones con los indios?

— En algunas, señor.

— Y es cierto que tú has tenido la culpa de que los indios matasen una porcion de cristianos?

— Es falso.

He estado en las casas de algunos pícaros, pero me he opuesto á que los degüellen. Así no hubiera sido por mí! Habria unos cuantos diantres ménos en este mundo.

Por aquí íbamos de nuestro coloquio cuando el negro del acordion preludió una tocata, del lado de afuera.

Camargo se levantó, salió, y por ciertos vocablos con que rellenaba su intimacion de que se alejára, calculé que el desgraciado Orfeo de Leubucó no era tratado como los artistas pretenden jeneralmente que se les trate, — aunque sean malos.

Música y negro se fueron á otra parte. Camargo volvió, y, sin entrar, me dijo de la puerta del rancho: Buenas noches, mi coronel, y dispense.

Era hora de pensar en dormir. Mis ayudantes Lemlenyi, Rodriguez, Ozarowsky y los dos benditos franciscanos, que

habian asistido á la visita y confidencias de Camargo, bostezaban á todo trapo.

Desperté á José, llamé dos asistentes, y le hice llevar á un toldo vecino.

Y en tanto me aprestaba para pasar una noche toledana, porque soplaba viento muy fresco, y la tierra entraba al toldo como en su casa, por cuanto resquicio tenia, meditaba sobre esas existencias arjentinas, sobre esos tipos crudos medio primitivos, que tanto abundan en nuestro pais, que se sacrifican ó mueren por una opinion prestada. Porque nos sobran instituciones y leyes, y nos falta la eterna justicia,— la justicia que, cual jenio tutelar, lo mismo debe velar el hogar del desvalido que la mansion suntuosa del rico potentado.

Bajo estas impresiones tuve un sueño, — yo soy tan soñador, — *I had a dream, which was not all a dream.*

Soñaba! . . . .

Si en este pais hay quien ahorque á un hombre que tiene diez millones de pesos!

XL.

Noche de hielo. — Donde es realmente triste la vida. — Preparativos para la misma. — Resuena por primera vez en el desierto el *Confiteor Deo Omnipotenti*. — Recuerdo de mi madre. — Trabajos de Mariano Rosas, preparando los ánimos para la junta. — Como y duermo. — Conferencia diplomática. — El archivo de Mariano Rosas. — En Leubucó reciben la «Tribuna.» — Imperturbabilidad de Mariano Rosas. — Mi comadre Cármen en el fogon.

La noche fué de hielo, larga y fastidiosa.

La arena entraba en el rancho por todas partes, como zarandeada.

Cuando la luz del dia alumbró el cuadro que formaban mis oficiales y los frailes, acostados en el suelo, y yo, sobre mis tantas veces mentada cama, miré por una abertura que á guisa de respiradero habia formado con las cobijas.

Mis compañeros habian desaparecido, cubiertos por una capa amarillenta, que presentaba el aspecto sinuoso de un medanito, cuya superficie se movia apenas al compás del resuello de los que yacian bajo su leve peso, durmiendo tranquilos el sueño de la vida.

Qué pensamiento tirano podia preocuparlos en aquellas alturas!

La existencia no es realmente triste, ajitada y difícil sino en los grandes centros de poblacion; allí donde todas las necesidades que escitan las pasiones nos condenan sin apelacion á la dura ley del trabajo, — verdadera rueda de Ixion, que, mal de nuestro grado, tenemos que mover, hasta que llegando el instante supremo tantas veces ansiado como temido, les damos un eterno adios á las eternas vanidades,

que eternamente nos corroen, nos subyugan y nos dominan, gastando los resortes de acero de las almas mejor templadas.

Sacudimos la pereza, — la enervante y dulce pereza, de la que lo mismo se goza cuando los miembros están fatigados, reclinándose en el frio y duro umbral de una puerta de calle, que en elástica y confortable otomana cubierta de terciopelo.

Una vez en pié, nos pusimos en movimiento.

Los franciscanos sacaron á fuera el baul que contenia los ornamentos sagrados, preparándolos en seguida para la ceremonia de la misa.

Yo, despues de bañarme en el jagüel, y de un lijero desayuno de mate con yerba y café, fuí á examinar el sitio donde debia hacerse el altar si el viento calmaba.

El cielo estaba límpido, el sol brillaba espléndido.

Las horas se deslizaron sin sentir, arreglando lo que se necesitaba.

Se avisó á los cristianos circunvecinos, y viendo que no era posible celebrar los oficios divinos en campo raso, como yo lo deseaba, se buscó un rancho.

Todos estábamos muy contrariados.

El mismo sentimiento nos dominaba.

Como verdaderos creyentes, reconocíamos que á la inmensa majestad de Dios le cuadraba adorarla bajo las vastas cúpulas azuladas del firmamento, ó bajo las bóvedas macizas de las soberbias basílicas, cuyas torres audaces empinándose á grandes alturas parecen querer tocar las nubes, y hacer llegar al cielo los cánticos sagrados.

Allí donde el hombre eleva su espíritu al Sér Supremo, debe procurarse que la grandeza del espectáculo le inspire recojimiento.

La mística plegaria es mas ferviente cuando la imajinacion sufre las influencias poéticas del mundo esterior.

El viento no cesaba.

Tuvimos que resignarnos á recurrir al rancho de un sarjento de la jente de Ayala.

Lo asearon lo mejor posible, y en un momento los franciscanos improvisaron el altar.

Poco á poco fueron llegando hombres y mujeres, y ocupando sus puestos.

Los pobres se habian vestido con la mejor ropita que tenian. Hincados, sentados, ó de pié, esperaban con respetuoso silencio la aparicion de los sacerdotes.

Miré el reloj, — marcaba las nueve. Es la hora, Padres, les dije, y me dirijí con ellos, acompañado de mis oficiales á la capilla.

No podia ser mas modesta.

Me consolé, recordando que aquel cuyo sacrificio íbamos á honrar habia nacido en un establo, durmiendo en pajas.

Con ponchos y mantas los franciscanos habian tapizado el suelo y las paredes del rancho.

El viento no incomodaba, las velas ardian iluminando un crucifijo de madera, en el que se destacaba, salpicada de sangre, la demacrada y tétrica faz de Cristo; el altar brillaba cubierto de encajes y de brocado pintado de doradas flores, resaltando en él la reluciente custodia y las vinajeras plateadas.

Todo estaba muy bonito, — incitaba á rezar.

El Padre Marcos debia oficiar, ayudándole el Padre Moisés y yo, aunque de mi latin de sacristía no me habian quedado sino recuerdos confusos y vagos.

Pero mi deber era dar el ejemplo en todo.

Lo revestimos al Padre Marcos, y los oficios empezaron.

Grupos de indios curiosos nos acechaban.

Reinaba un profundo silencio.

La metálica campanilla vibró, invitando á hacer acto de contriccion por la sangre del redentor.

Era la primera vez que en aquellas soledades, que entre aquellos bárbaros, resonaban los écos del humilde, — *Confiteor Deo Omnipotenti.*

Los cristianos oraban con intensa devocion.

Yo los miraba cada vez que la ceremonia me permitia darle el flanco al altar.

Entre ellos habia varios indios.

En algunas mujeres sorprendí lágrimas de arrepentimiento

ó de dolor; en otras vagaba por su fisonomía algo parecido á un destello de esperanza.

Todos parecian estar íntimamente satisfechos de haberse reconciliado con Dios, elevando su espíritu á él en presencia de la cruz y del altar.

Miéntras duraron los oficios sagrados, yo pensé constantemente en mi madre.

Recordaba los martirios infantiles por que me habia hecho pasar, llevándome todos los domingos á la iglesia de San Juan, para que ayudára á misa bajo su vijilante mirada.

— Pobre mi madre! me decia, que lejos estás!

Rogaba á Dios por ella y por todos los que amaba; y le daba gracias por esos martirios, porque debido á ellos me era permitido esperimentar el placer de prestijiar la relijion entre los infieles, tomando parte en la celebracion de la augusta ceremonia que allí nos congregaba.

Despues que se acabó todo, que los padres repartieron sus bendiciones, se deshizo el altar, se arrancaron los ponchos y mantas, y la capilla volvió á quedar convertida en lo que era, en un miserable rancho.

Se guardaron los ornamentos, se puso el baul en mi rancho, y en seguida nos fuímos con los franciscanos á darle las gracias á Mariano Rosas.

Estaba lleno de visitas y almorzaban. Cada cual tenia delante de sí un plato de abundante puchero con choclos y zapallo.

El Cacique nos recibió como siempre, cortesmente, se puso de pié, nos dió la mano, hizo que nos sentáramos, y nos presentó á todos los circunstantes.

Estaba ocupado en algo muy grave.

Preparaba los ánimos para la gran junta que debia tener lugar, para que se vea que entre los indios, lo mismo que entre los cristianos, el exito de los negocios de Estado es siempre dudoso, si no se recurre á la tarea de la persuasion prévia.

Los franciscanos se retiraron y me dejaron solo.

Mariano Rosas hablaba unas veces en jeneral, otras en particular; su palabra es fácil, calculada é insinuante; jene-

ralmente sus discursos eran templados, pero á veces se exaltaba levantando la voz, fijando su mirada en el indio á quien le contestaba, y accionando con los brazos, contra su costumbre.

Me trajeron de comer y comí.

La conferencia iba larga.

Me retiré, pues, conviniendo en que mas tarde fijaríamos el dia de la junta.

Yo queria saberlo con alguna anticipacion, porque me proponia pasar hasta las tierras de Baigorrita.

Dormí una buena siesta.

El Capitan Rivadavia me hizo interrumpirla.

Mariano Rosas se habia quedado solo, estaba en la enramada y me invitaba á pasar á ella.

Acudí á su llamado.

Entrábamos en materia cuando el negro del acordion, haciendo cabriolas y dándole duro á su instrumento salió del toldo.

Aquel diablo me hacia el efecto de un *gettatore.*

Pero allí no habia mas remedio que aguantarle.

Ya he dicho que el dueño de casa gozaba inmensamente con él.

Miéntras el negro estuvo ahí, fué escusado hablar de cosas sérias.

El Cacique no estaba sino para bromas.

Me hizo una larga série de preguntas, referentes todas á Buenos Aires y á la familia de Rosas. Sus recuerdos eran indelebles.

Me parecia que su objeto se reducia á cerciorarse de si efectivamente yo era sobrino del Dictador, cuyo retrato me pidió, diciéndome que era el único que no tenia en su coleccion.

Y efectivamente, así era.

Díjole al negro que trajera los retratos.

Entró éste al toldo y volvió con una cajita de carton muy súcia, en la que habia una porcion de fotografías, — la de Urquiza, la de Mitre, la de Juan Sáa, la del jeneral Pedernera, la de Juan Pablo Lopez, la de Varela, el caudillo Catamarqueño y otras.

Devolvióle al negro la cajita para que la pusiera *en su lugar*.

El favorito la llevó y felizmente se quedó en el toldo.

Entramos en materia.

Todo estaba arreglado con los notables del desierto.

La junta se haria á los cuatro dias, porque habia que hacer citaciones.

No habria novedad.

Yo espondria en ella los objetos de mi viaje, y Mariano me apoyaria en todo.

Solo habia un punto dudoso:

Por qué insistia yo tanto en comprar la *posesion* de la tierra.

Mariano me dijo:

— Ya sabe, hermano, que los indios son muy desconfiados.

— Ya lo sé; pero del actual Presidente de la República, con cuya autorizacion he hecho estas paces, no deben vds. desconfiar, le contesté.

— Usted me asegura que es buen hombre? me preguntó.

— Sí, hermano, se lo aseguro, repuse.

— Y para qué quieren tanta tierra cuando al Sur del Rio 5° entre Langhelo y Melincué, entre Ancaló y el Chañar hay tantos campos despoblados?

Le espliqué que para la seguridad de la frontera y para el buen resultado del Tratado de paz, era conveniente que á retaguardia de la línea hubiera por lo ménos quince leguas de desierto, y á vanguardia otras tantas en las que los indios renunciasen á establecerse y á hacer boleadas cuando les diera la gana sin pasaporte.

Me arguyó que la tierra era de ellos.

Le espliqué que la tierra no era sino de los que la hacian productiva; que el Gobierno les compraba, no el derecho á ella, sino la posesion, reconociendo que en alguna parte habian de vivir.

Me arguyó con el pasado, diciéndome que en otros tiempos los indios habian vivido entre el Rio 4° y el Rio 5°, y que todos eses campos eran de ellos.

Le espliqué que el hecho de vivir ó haber vivido en un lugar no constituia dominio sobre él.

Me arguyó que si yo fuera á establecerme entre los indios, el pedazo de tierra que ocupára seria mio.

Le contesté que si podia venderlo á quien me diera la gana.

No le gustó la pregunta, porque era embarazosa la contestacion, y disimulando mal su contrariedad, me dijo:

— Mire, hermano, por qué no me habla la verdad?

— Le he dicho á Vd. la verdad, le contesté.

— Ahora va á ver, hermano.

Y esto diciendo, se levantó, entró en el toldo y volvió trayendo un cajon de pino, con tapa corrediza.

Lo abrió y sacó de él una porcion de bolsas de zaraza con jareta.

Era su archivo.

Cada bolsita contenia notas oficiales, cartas, borradores, periódicos.

Él conocia cada papel perfectamente.

Podia apuntar con el dedo el párrafo á que queria referirse.

Revolvió su archivo, tomó una bolsita, descorrió la jareta y sacó de ella un impreso muy doblado y arrugado, revelando que habia sido manoseado muchas veces.

Era «La Tribuna» de Buenos Aires.

En ella habia marcado un artículo sobre el gran ferro-carril interocéanico.

Me lo indicó, diciéndome:

— Lea, hermano.

Conocia el artículo y le dije:

— Ya sé, hermano, de lo que trata.

— Y entónces, por qué no es franco?

— Cómo franco?

— Sí, usted no me ha dicho que nos quieren comprar las tierras para que pase por el Cuero un ferro-carril.

Aquí me ví summamente embarazado.

Hubiera previsto todo, ménos un argumento como el que se me acababa de hacer.

— Hermano, le dije, eso no se ha de hacer nunca, y si se hace, qué daño les resultará á los indios de eso?

— Qué daño, hermano?

— Sí, qué daño?

— Que despues que hagan el ferro-carril, dirán los cristianos que necesitan mas campos al Sud, y querrán echarnos de aquí, y tendremos que irnos al Sud del Rio Negro, á tierras ajenas, porque entre estos campos y el Rio Colorado ó el Rio Negro no hay buenos lugares para vivir.

Doblando el diario y dándoselo, le contesté:

— Eso no ha de suceder, hermano, si vds. observan honradamente la paz.

— No, hermano, si los cristianos dicen que es mejor acabar con nosotros.

— Algunos creen eso, otros piensan como yo, que vds. merecen nuestra proteccion, que no hay inconveniente en que sigan viviendo donde viven, si cumplen sus compromisos.

El indio suspiró, como diciendo: Ojalá fuera así, y me dijo: Hermano, en Vd. yo tengo confianza, ya se lo he dicho, arregle las cosas como quiera.

No le contesté, le eché una mirada escrutadora, y nada descubrí, — su fisonomía tenia la espresion habitual. Mariano Rosas, como todos los hombres acostumbrados al mando, tiene un gran dominio sobre sí mismo.

Es escusado querer leer en su cara la sinceridad ó la falsía de sus palabras, dice lo que quiere; lo que siente, lo reserva en los repliegues de su corazon.

Se puso á acomodar su archivo, y lo que estuvo en órden, cerró el cajon, y llamó, diciendo: negro, negro!

Me estremecí.

Tomé un pretesto por no verle la cara, y me despedí.

La hora de comer se acercaba. En el fogon habia gordos asados estendidos ya sobre brasas. Despedian un tufo incitante y no era cosa de dejar que se chamuscáran.

— A comer, caballeros, grité.

Se hizo la rueda y empezó la comilona.

Mi comadre Cármen andaba por allí. Le ofrecí asiento, sentóse, y nos entretuvo un largo rato contándonos su vida y enterándonos de algunas particularidades de los usos y costumbres ranquelinas.

A Mariano Rosas le llegaron vespertinas visitas, que pasaron la noche con él, entregadas á los placeres de la charla y del vino.

XLI.

Creencias de los indios. — Son uniteistas y antropomorfitas. — *Gualicho.* — Respeto por los muertos. — Plata enterrada. — Será cierto que la civilizacion corrompe? — Crueldad de Bargas, bandido Cordobés. — Triste condicion de los cautivos entre los indios. — Heroicidad de algunas mujeres. — Unas con otras. — Modos de vender. — Eufonia de la lengua araucana. — La carne de yegua puede ser un antídoto para la tísis?

Mi comadre Cármen vivia en Carrilobo, cerca del toldo de Villareal, el casado con su hermana, y habia venido á visitarme trayéndome mi ahijada.

Escuchándola pasamos un rato muy entretenido. Habla con facilidad el castellano y posee bastante caudal de espresiones para manifestar sus sentimientos é ideas y hacerse entender.

Sobre las creencias de los indios me dió las siguientes nociones.

No se congregan jamás para adorar á Dios; le adoran á solas, ocultándose en los bosques.

No es ni el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni la universalidad de los séres vivientes.

Por manera que no son idólatras, ni panteistas.

Son uniteistas y antropomorfitas.

Dios, — *Cuchauentrú*, el Hombre grande, — ó *Chachao*, el Padre de todos, tiene la forma humana y está en todas partes; es invisible é indivisible; es inmensamente bueno y hay que quererle.

A quien hay que temerle es al Diablo, — *Gualicho.*

Este caballero á quien nosotros pintamos con cola y cuer-

nos, desnudo y echando fuego por la boca, no tiene para ellos forma alguna. *Gualicho*, es indivisible é invisible y está en todas partes, lo mismo que *Cuchauentrú*. Otro miéntras el uno no piensa en hacerle mal á nadie, — el otro anda siempre pensando en el mal del prójimo.

Gualicho, ocasiona los malones desgraciados, las invasiones de cristianos, las enfermedades y la muerte, — todas las pestes y calamidades que aflijen á la humanidad.

Gualicho, está en la laguna, cuyas aguas son mal sanas; en la fruta y en la yerba venenosa; en la punta de la lanza que mata; en el cañon de la pistola que intimida; en las tinieblas de la noche pavorosa; en el reloj que indica las horas; en la aguja de marear que marca el norte, en una palabra, en todo lo que es incomprensible ó misterioso.

Con *Gualicho* hay que andar bien; *Gualicho* se mete en todo, — en el vientre y dá dolores de barriga; en la cabeza y la hace doler; en las piernas y produce la parálisis; en los ojos y deja ciego; en los oidos y deja sordo; en la lengua y hace enmudecer.

Gualicho es en estremo ambicioso. Conviene hacerle el gusto en todo. Es menester sacrificar de tiempo en tiempo yeguas, caballos, vacas, cabras y ovejas; por lo ménos una vez cada año, una vez cada doce lunas, que es como los indios computan el tiempo.

Gualicho, es muy enemigo de las viejas, sobre todo de las viejas feas: se les introduce quien sabe por donde y en donde y las maleficia.

Ay! de aquella que está *engualichada!*

La matan.

Es la manera de conjurar el espíritu maligno.

Las pobres viejas sufren estraordinariamente por esta causa.

Cuando no están sentenciadas, andan por sentenciarlas.

Basta que en el toldo donde vive una suceda algo, que se enferme un indio, ó se muera un caballo, — la vieja tiene la culpa, le ha hecho daño, *Gualicho* no se irá de la casa hasta que la infeliz no muera.

Estos sacrificios no se hacen públicamente, ni con cere-

monias. El indio que tiene dominio sobre la vieja la inmola á la sordina.

En cuanto á los muertos tienen por ellos el mas profundo respeto. Una sepultura es lo mas sagrado. No hay herejía comparable al hecho de desenterrar un cadáver.

Como los hindúes, los ejipcios y los pitagóricos, creen en la metempsicosis, — que el alma abandona la carne despues de la muerte, trasmigrando en un tiempo, mas ó ménos largo á otros paises y dándoles vida á otros cuerpos racionales ó irracionales.

Los ricos resucitan jeneralmente al Sur del Rio Negro, y de allí han de volver, aunque no hay memoria de que hasta ahora haya vuelto ninguno.

Por esta razon los entierran junto con el mejor caballo y las prendas de plata mas valiosas que tuvieron; y al rededor de la sepultura les sacrifican caballos, vacas, yeguas, cabras y ovejas, segun la riqueza que dejan, ó la que poseen sus deudos ó amigos.

El caballo y las prendas enterradas son para que tengan en que andar en la tierra esa, donde deben resucitar; los demás animales son para que tengan que comer durante el viaje de ida y vuelta.

Las mujeres, tambien resucitan, no se crea que no.

Pretenden algunos que han vivido mucho tiempo entre los indios, que á consecuencia de estas costumbres, debe haber mucha plata labrada enterrada en el Desierto. Por mi parte creo, que los cristianos, que ni le tienen tanto miedo á *Gualicho*, ni son pitagóricos, se han encargado de desenterrarla.

Lo cierto es, que segun las noticias que mi comadre me daba, las honras fúnebres no se hacen ahora con tanta pompa como ántes.

Queriendo esplicar el porqué del hecho, decia: «Yo no sé si será porque los cristianos han solido rejistrar las sepulturas, ó porque ahora la plata vale mas.»

Yo me inclino á creer que las dos causas combinadas van haciendo que los entierros sean ménos lujosos.

En efecto, los indios tienen ahora muchas necesidades, les gusta mucho beber, tomar mate dulce, fumar, vestirse

con ropa fina; y facilmente se comprende que muriendo un deudo querido honren su memoria con sacrificios de caballos, vacas, yeguas, cabras y ovejas y que la plata se la guarden.

Mi comadre aseguró que, miéntras no hubo cristianos entre los indios, no hubo ejemplo de que se violáran las tumbas sagradas.

Será cierto que la civilizacion es corruptora?

A pesar de lo dicho, los indios no son sanguinarios ni feroces, prueba de ello es que jamás sacrifican á los manes de sus muertos víctimas humanas.

Matan á las viejas, es cierto; pero lo hacen porque las creen poseidas de Satanás. 'Y al fin del cuento, no es tanto lo que se pierde, dirán algunos!

Hablando sériamente, hay una verdad desconsoladora que consignar, — que ciertos cristianos refujiados entre los indios son peores que ellos.

Conozco uno que queriendo sobresalir por su ferocidad, tuvo la barbárie de hacer un sacrificio humano en holocausto á un miembro de su familia.

Referiré el hecho.

Bargas, es un bandido cordobés, vive en Tierra Adentro, no sé por qué crímenes, está casado con varias mujeres y su vida es la de un indio por no decir peor.

Murió uno de sus hijos. Pues bien, este malvado, finjiendo que participaba de la preocupacion vulgar, — de la creencia que hace enterrar al muerto con su caballo de predileccion, para que en la tierra donde resucite tenga en que andar, le inmoló á su hijo un cautivito de ocho años, enterrándolo vivo con él, para que tuviese quien le sirviera de peon.

Por lo que dejo relatado se vé que los cautivos son considerados entre los indios como cosas.

Calcúlese cuál será su condicion.

La mas triste y desgraciada.

Lo mismo es el adulto, que el adolescente, el niño que la niña, el blanco que el negro; todos son iguales los primeros tiempos, hasta que inspirando confianza plena se hacen querer.

Con rarísimas escepciones, los primeros tiempos que pasan

entre los bárbaros son una verdadera *via-crucis* de mortificaciones y dolores.

Deben lavar, cocinar, cortar leña en el bosque con las manos, hacer corrales, domar los potros, cuidar los ganados y servir de instrumento para los placeres brutales de la concupiscencia.

Ay! de los que resisten!

Los matan á azotes ó á balazos.

La humildad y la resignacion es el único recurso que les queda.

Y sin embargo, yo he conocido mujeres heróicas, — que se negaron á dejarse envilecer, cuyo cuerpo prefirió el martirio á entregarse de buena voluntad.

A una de ellas la habian cubierto de cicatrices; pero no habia cedido á los furores eróticos de su señor.

Esta pobre me decia, contándome su vida con un candor anjelical: «Habia jurado no entregarme sino á un indio que me gustara y no encontraba ninguno.»

Era de San Luis, tengo su nombre apuntado en el Rio 4º. No lo recuerdo ahora. La pobre no está ya entre los indios. Tuve la fortuna de rescatarla y la mandé á su tierra.

En aquellos mundos de barbárie pasan dramas terribles.

Cuantas mas cautivas hay en un toldo, mas frecuentes son las escenas que despiertan y desencadenan las pasiones, que empequeñecen y degradan á la humanidad.

Las cautivas nuevas, viejas ó jóvenes, feas ó bonitas tienen que sufrir no solo las acechanzas de los indios, — sino, lo que es peor aun, el ódio y las intrigas de las cautivas que les han precedido, el ódio y las intrigas de las mujeres del dueño de casa, el ódio y las intrigas de las chinas sirvientas y agregadas.

Los celos y la envidia; todo cuanto hiela y enardece el corazon á la vez se conjura contra las desgraciadas.

Miéntras dura el temor de que la recien llegada conquiste el amor ó el favor del indio, la persecucion no cesa.

Las mujeres son siempre implacables con las mujeres.

Frecuentemente sucede que los indios, condoliéndose de las cautivas nuevas, las protejen contra las antiguas y las chinas. Pero esto no hace sino empeorar su situacion, á no ser que las tomen por concubinas.

Una cautiva á quien yo le averiguaba su vida, preguntándole cómo le iba, me contestó:

«Antes, cuando el indio me queria, me iba muy mal, porque las demás mujeres y las chinas me mortificaban mucho, en el monte me agarraban entre todas y me pegaban. Ahora que ya el indio no me quiere, me va muy bien, todas son muy amigas mias.»

Estas palabras sencillas resumen toda la existencia de una cautiva.

Agregaré que cuando el indio se cansa, ó tiene necesidad, ó se le antoja, la vende ó la regala á quien quiere.

Sucediendo esto, la cautiva entra en un nuevo período de sufrimientos, hasta que el tiempo ó la muerte ponen término á sus males.

Poco ántes de salir de Leubucó, conocí por casualidad un cristiano que hacia dilijencias por comprarle á un indio una cautiva, nada mas que por hacerle á esta un servicio, por humanidad.

La desdichada decia: «El indio es muy bueno y me venderá sino me han de llevar á *otra parte*. Pero las chinas son *malazas*.»

A propósito de llevar á otra parte esto, requiere una esplicacion.

Hay dos modos de vender, el uno consiste en cambiar simplemente de dueño, el otro en la redencion. El último es el mas caro.

Ya comprenderás, Santiago amigo, que todo lo que dejo dicho en esta carta no me lo contó mi comadre Cármen. Una parte se lo debo á ella, el resto á otros y á mis propias observaciones.

Lo que sigue, sí, se lo debo á ella esclusivamente.

La noche estaba templada y clara, incitaba á conversar y se podia leer sin mas luz que la de las estrellas.

Aprovechándola tomé una leccion de lengua araucana.

Entónces vine á saber recien lo que querian decir ciertas palabras, cuyo significado buscaba hacia tiempo, como indios *picunches*, *puelches* y *pehuenches*.

Ché es un vocablo que significa, segun el lugar que tiene en la diccion, *yo*, *hombre* ó *habitante*.

Los cuatro vientos cardinales se denominan: Norte, *puel;* Sur, *cuerró;* Este, *picú;* Oeste, *muluto.*

Así, pues, *Picunche** quiere decir habitante del Este, que es como se denominan los indios que viven en cierta parte de la Cordillera; *Puelche*, habitante del Norte; *Pehuenche,* siguiendo la misma regla, significa habitante de los pinos, que es como se denominan los indios que viven entre los pinales que crecen colosales en los valles de la falda occidental de la Cordillera de los Andes.

Como se vé, los indios se parecen á los ingleses en la manera de construir sus frases, el jenitivo ó réjimen directo consiste en posponer un substantivo á otro.

Para dar una idea de la eufonía de esta lengua que se asimila, alterándolas lijeramente, todas las palabras de otras, verbigracia, llamándole *waca* á la vaca, y *cauallo* al caballo, enumeraré algunas palabras que me enseñó mi comadre, y que cópio de mi vademecum.**

Yo — *enchê,* tú ó vos — *eimí,* nosotros — *inchin*, vieja — *cucé*, jóven — *elchá*, linda — *comê*, fea — *uedá*, madre — *nuqué*, hijo de padre — *bôtom*, hijo de madre — *píñem*, grande — *uchaima*, chico — *pichicai*, mucho — *entren*, poco — *pichin*, blanco — *lieu*, negro — *currü*, cielo — *ueno*, sol — *anti*, luna — *quién*, tierra — *truquen*, mujer — *curré*, hombre — *uentru*, si — *maí*, así es — *pipí*, (modismo muy usual), no — *müe*, agua — *có*, fuego — *quítral*, viento — *cürrüf*, frio — *utré*, calor del sol — *comoteanti*, calor sin sol — *comote arreün*, pronto — *matu*, despacio — *ñochi*, sueño — *umau*, amigo — *weni*, hermano — *peñi*, pasto — *cachu*, ceniza — *emtruquen*, sal — *chadíleubú* — (de aquí, Rio Salado se dice *chadileubú*), monte — *mamil*, árbol — *quiñemamil*, (*quiñe* quiere decir *uno*), cara — *angé*, ojos — *ñé*, boca — *ün*, orejas — *pilun*, nariz — *iu*, mano — *cui*, brazo — *lipan*, barba — *payun*, pecho — *rucú*, piernas — *chaan*, piés — *mamom*, dedo — *chang-il*, frente — *tol*, pelo — *loncó* (de

* La *n* se agrega, porque es mas agradable al oido decir, *picunche* que *picuche.*

** Las palabras que tienen acento circunflejo son *nasales* y las que tienen diéresis *guturales.*

aquí *loncotear* — tirarse del pelo), pescuezo — *pel*, cortar — *catril*, bailar — *pürrun*, morir — *lai*, se murió — *lai-pi*, risa — *aien*, rábia — *yarquen*.

Poco mas sé de la lengua araucana, no porque no haya tenido tiempo de profundizar mis estudios, sino por las dificultades con que tropezaba á cada paso, cuando hacia una pregunta para aclarar alguna duda.

No pude saber nada respecto á la conjugacion de los verbos.

Lo mismo digo de los jéneros.

Por ejemplo, vieja es *cucé*, viejo — *butá*, y, sin embargo en ciertos adjectivos, como *overo*, la terminacion es la que indica el jénero.

La lengua es muy elíptica. Así, por ejemplo, yegua overa manca, se dice: *overa manca*, simplemente, y caballo overo manco, — *overo manco*. En los dos casos se suprime el sustantivo, porque los adjectivos, *overa manca* ú *overo manco* no pueden calificar sino un caballo ó una yegua, y deben sobrentenderse.

Para que comprendas las dificultades con que tenia que luchar para salvar ciertas dudas, bastará repetir lo que decia mi comadre, cuando la apuraba demasiado. «Yo no sé bien la lengua, se necesita vivir mucho para aprenderla; aquí no cualquiera la sabe.»

Terminada la leccion de araucano, le pedí á mi maestra, — que aunque tenia hijos no era casada ni viuda, — me contára su vida; y como la cosa mas sencilla del mundo nos refirió sus aventuras con cierto mancebo padre de mi ahijada.

Es una pájina verde que en cualquier parte pasaria por una seduccion. Entre los indios es un accidente de la vida que no significa nada.

La especie humana está sujeta á la ley de la reproduccion. Nada de estraño tiene que siendo la mujer libre se entregue á quien le place, y que de la noche á la mañana resulte con hijos.

No es mas que una dificultad para casarse; porque jeneralmente nadie quiere cargar con hijos ajenos, aun cuando provengan de matrimonio lejítimo.

Para concluir esta, y á propósito de mujeres que resultan con hijos de la noche á la mañana, — qué curiosa es la farma-copea de los indios!

Toda ella se reduce á yerbas astrinjentes y purgantes y agua fria.

Lo último es un remedio por escelencia.

Para una china? Pues en el acto, ella y el fruto de sus entrañas se meten en una laguna, sea invierno ó verano.

Una palabra mas, ántes de que me retire del fogon, en que estoy, y me meta en la cama.

Es una observacion ajena que puede interesarle al mundo médico.

Mi condiscípulo el Dr. don Jorje Macias, que ha pasado dos años entre los Ranqueles, y que entre ellos estaria á no ser por mí, pretende que allí no hay *tísicos*, y lo atribuye al alimento de la carne de *yegua*.

Si la observacion fuese exacta y la causa la consignada, de hoy en adelante podríamos esclamar: no mas tísicos.

No me atrevo á decir si la cosa vale la pena de ser averiguada, aunque recuerdo que no hace mucho tiempo mas de un galeno se reia cuando las curanderas recetaban *buche de avestruz*.

XLII.

Preparativos para la marcha á las tierras de Baigorrita. — Camargo debia acompañarme. — Motivos de mi escursion á Quenque. — Coliqueo. — Recuerdo odioso de él. — Unos y otros se han valido de los indios en las guerras civiles. — En lo que consistia mi diplomacia. — En viaje rumbo al Sud. — Confidencia de un espía. — El espionaje en Leubucó. — Poitaua — El algarrobo. — Pasion de los indios por el tabaco. — Como hacen sus pipas. — Pitralauquen. — Baño y comida. — Mi lenguaraz Mora, su fisonomía física y moral.

Al dia siguiente, me levanté con el sol y me ocupé en los preparativos de la marcha para las tierras de Baigorrita.

Le anticipé un chasqui de acuerdo con Mariano Rosas, y á las dos de la tarde mandé arrimar las tropillas.

Se ensilló en un momento. Hacia dias que no andábamos á caballo y todos estaban con ganas de sacudir la pereza.

Camargo debia acompañarme. Su mision consistia en observarme de cerca, á ver qué conversaba con Baigorrita. Mi hermano Mariano, á pesar de sus protestas de adhesion y simpatía, abrigaba desconfianzas. Mi viaje lo preocupaba. No comprendia que debiendo verlo á Baigorrita en la junta que se celebraria á los cuatro dias, me incomodase en ir hasta sus tolderías.

La idea de una intriga, para hacerlo reñir con su aliado trabajaba su imajinacion.

Por eso iba Camargo conmigo, con la órden terminante de asistir á todos mis parlamentos y entrevistas y el encargo de no separarse un momento de mi lado por nada, ni para nada.

Debia ser mi sombra.

Mi escursion á Quenque tenia sin embargo la esplicacion mas plausible. Baigorrita me habia convidado hacia algunos meses para que nos hiciéramos compadres. Iba, pues, con los franciscanos á bautizar mi futuro ahijado, y, al mismo tiempo, á conocer mas el desierto, penetrando hasta donde es muy raro hallar quien haya llegado en las condiciones mias, es decir, en cumplimiento de un deber militar.

Verdad es que las desconfianzas de Mariano tenian tambien su razon de ser. No una vez, sino varias, diferentes administraciones, por medio de sus ajentes fronterizos, han intentado sembrar la discordia entre él y Baigorrita, entre estos dos y el cacique Ramon.

El ejemplo y el recuerdo de lo que sucedió con la tríbu de Coliqueo no se borra de la memoria de los indios.

La tríbu de este formaba parte de la Confederacion de que ántes he hablado; cuando los sucesos de Cepeda, combatió contra las armas de Buenos Aires, y cuando Pavon hizo al revés, — combatió contra las armas de Urquiza.

Coliqueo es para ellos el tipo mas acabado de la perfidia y de la mala fé. Mariano Rosas me decia en una de nuestras conversaciones: «Dios no lo ha de ayudar nunca, porque traicionó á sus hermanos.»

Efectivamente, Coliqueo no solo se alzó con su tríbu, sino que peleó é hizo correr sangre, para venirse á Junin junto con el regimiento 7º de caballería de línea, que guarnecia la frontera de Córdoba; se pasó al ejército del general Mitre, que se organizaba en Rojas, meses ántes de la batalla de Pavon.

Con estos antecedentes y tantos otros que podria citar, para que se vea que nuestra civilizacion no tiene el derecho de ser tan ríjida y severa con los salvajes, puesto que no una vez sino varias, hoy los unos, mañana los otros, todos alternativamente hemos armado su brazo para que nos ayudáran á esterminarnos en reyertas fratricidas, como sucedió en Monte Caseros, Cepeda y Pavon, — con estos antecedentes, decia, se comprenden y esplican fácilmente las precauciones y temores de Mariano Rosas.

Así fué que al notificarme que Camargo me acompañaria, me felicité de ello y le dí las gracias.

Me habia propuesto hacer consistir mi diplomacia en ser franco y veraz. Me parecia un deber de conciencia y una regla imprescindible de conducta, en mi calidad de cristiano, nombre que debia procurar á toda costa dejar bien puesto. De consiguiente, nada tenia que temer de la fiscalizacion de mi astuto agregado.

Eran las dos y media de la tarde cuando nos movimos de Leubucó, alegres y contentos, felices y esperanzados, lo mismo que al salir del Fuerte Sarmiento.

Es tan agradable el varonil ejercicio de correr por la Pampa, que yo no he cruzado nunca sus vastas llanuras, sin sentir palpitar mi corazon gozoso!

Mentiria si dijese que al oir retemblar la tierra bajo los cascos de mi caballo, he echado alguna vez de ménos el ruido tumultuoso de las ciudades, donde la existencia se consume en medio de tan variados placeres.

Lo digo injénuamente, prefiero el aire libre del desierto, su cielo, su sublime y poética soledad á estas calles encajonadas, á este hormiguero de jente atareada, á estos horizontes circunscritos que no me permiten ver el firmamento cubierto de estrellas, sin levantar la cabeza, ni gozar del espectáculo imponente de la tempestad, cuando serpentean los relámpagos luminosos y ruje el trueno.

Hacia un dia hermoso.

Ibamos despacio. Las cabalgaduras habian sufrido bastante, estrañando la temperatura, el pasto y la agua; debia pensar no tanto en la vuelta á Leubucó, como en la vuelta á mi frontera.

Por otra parte, llevaba una mula aparejada, con lo poco que me habia quedado para Baigorrita, y la jornada seria corta.

Saliendo de Leubucó, rumbo al Sud, se entra en un arenal pesado, se cruzan algunos pequeños médanos y á poco andar se entra en el monte. A la salida de este se encuentra la primera aguada, — una lagunita con jagüeles, bordada de espadañas y de riente vejetacion en sus orillas. El terreno es bajo y húmedo. Son como dos leguas de camino que fatigan los caballos como cuatro.

Descansamos un rato. Nadie nos apuraba. Allí me hizo Camargo su primer confidencia. Como hombre de mundo, estaba convencido de mi buena fé y comprendia que no siendo honroso el papel que debia hacer á mi lado, convenia ponerme en autos para que me esplicase su actitud, de la que no podia prescindir, porque á su vez él debia ser espiado por alguien, aunque no podiera decir por quien.

El espionaje recíproco está á la órden del dia en la córte de Leubucó.

Varias veces, hablando allí con personas allegadas á Mariano Rosas, sobre asuntos que no eran graves, pero que podian prestarse á conjecturas y malas interpretaciones, me dijeron aquellas: «Hable despacio, señor, mire que ese que está ahí nos escucha.»

Quién era?

Unas veces, un cristiano sucio y rotoso, que andaba por allí haciéndose el distraido; otras, un indio pobre, insignificante al parecer, que acurrucado se calentaba al sol, y á quien yo le habia dirijido la palabra, sin obtener una contestacion, no obstante que comprendia y hablaba bien el castellano.

De esta práctica odiosa nacen mil chismes é intriguillas, que mantienen á todos peleados, fraternizando ostensiblemente, y odiándose cordialmente en realidad.

Mediante ella, Mariano sabe cuanto pasa á su alrededor y lejos de él.

Esas numerosas visitas que recibe cotidianamente, muchas de las cuales vienen juntas del mismo toldo y lugar, son sus ajentes secretos; espian á los demás, y se espian entre sí.

El cristiano ó el indio mas cuitado en apariencia, es su confidente, conoce sus secretos.

De ahí venian en parte la influencia, los fueros y el favor de que disfrutaba el negro del acordion. No en vano esperimentaba yo hácia él una repulsion instintiva.

Refrescadas las cabalgaduras, siguió la marcha.

El terreno se iba doblando gradualmente, cruzábamos una sucesion de medanitos, que se encumbraban por grados, divisábamos una ceja de monte, y en lontananza, hácia el S. O.

las alturas de Poitaua, que quiere decir: *Lugar desde donde se divisa*, ó atalaya.

Las brisas frescas de la tarde comenzaban á sentirse, — galopamos un rato y entramos en el monte.

Eran chañares, espinillos y algarrobos. Estos últimos abundaban mas. Es el árbol mas útil que tienen los indios. Su leña es escelente para el fuego, arde como carbon de piedra; su fruta engorda y robustece los caballos como ningun pienso, les dá fuerzas y brios admirables; sirve para elaborar la espumante y soporífera chicha, para hacer *patai* pisándola sola, y pisándola con maíz tostado una comida agradable y nutritiva.

Los indios siempre llevan bolsitas con vainas de algarroba, y en sus marchas la chupan, lo mismo que los collas del Perú mascan la coca. Es un alimento, y un entretenimiento que reemplaza el cigarro.

A propósito de cigarro, aprovecharé este momento, Santiago amigo, para decirte que los indios aman tanto el tabaco como el aguardiente.

Prefieren el negro del Brasil á cualquier otro. Los pampas Azuleros hacen este comercio, y los chilenos les llevan con el nombre de tabaco, una planta que no he podido conocer, que he fumado, y me ha hecho el mismo efecto del ópio, es fuertísima.

Todos los indios saben fumar, lo mismo que saben beber; pasaria por persona mal educada quien no supiera hacerlo.

Fuman el tabaco de tres modos: en forma de cigarro puro, en forma de cigarrillo y en pipa.

Este último modo es el que les gusta mas.

No hay indio que no tenga su cachimbito.

Ellos mismos los hacen, y con bastante injenio.

Buscan un pedazo de madera blanca como de una cuarta de largo y una pulgada de diámetro; le dan primero la forma de un paralelipípedo, en seguida le hacen una punta cilíndrica, luego un taladro y en uno de los lados un agujerito en el que colocan un dedal, con otro agujerito que coincide con el taladro.

El que quiera hacer una pipa á lo indio, ya tiene la instruccion.

Recomiendo esta clase de pipas á los aficionados al tabaco fuerte, en ellas, como que pronto las pasa la resina, casi todos los tabacos son iguales.

Los indios no fuman habitualmente sino de noche, ántes de acostarse.

Cargan su pipa, se echan de barriga, se la ponen en la boca, le colocan una brasa de fuego en el recipiente y dan una fumada con toda fuerza, tragando todo el humo; en seguida otra, otra, otra del mismo modo. A la cuarta fumada, les viene una especie de convulsion nauseabunda, se les cae la pipa de la boca y se quedan profundamente dormidos.

Salíamos del monte, descendiendo por un plano lijeramente inclinado hácia una cañada. Allí ibamos á parar, haciendo noche al borde de una lagunita llamada *Pitralauquen*, lo que quiere decir, — *laguna de los flamencos.* Trae su nombre de que en aquel paraje hay siempre muchos de estos pájaros.

El sol se ponia tras de las alturas de Poitaua, y sus arreboles teñian las nubes del lejano horizonte, cuando hacíamos alto y echábamos pié á tierra.

La lagunita que tiene como cien metros de diámetro, y forma circular, estaba llena de agua. Centenares de rosados flamencos, de blancos cisnes y gansos, de pardos patos y gallaretas, se deslizaban mansamente sobre la líquida superficie.

Los indios no tienen costumbre de matar las aves acuáticas, así es que no se inquietaron por nuestra aproximacion.

Campamos cerca de unos chañarcitos, se acomodaron bien las tropillas, organizando la ronda, no fueran á darnos un malon, se buscó leña y no tardó en alegrar el cuadro un hermosísimo fogon.

Los franciscanos se habian molido un poco.

Su pensamiento dominante era descansar; en tanto hacian un buen asado. Como verdaderos veteranos se echaron pues sobre las blandas pajas. Mis ayudantes y yo nos dimos un baño, turbando la quietud de las aves, que se dispersaron volando en todas direcciones, y cuyos nidos saqueamos inhumanamente haciendo un acopio de huevos.

Salimos del agua, junto con las primeras estrellas; nos

vestimos de prisa, porque hacia fresco, y ganando el fogon, que á una vara de distancia quemaba, en un momento dejamos de tiritar.

Al rato comíamos y Mora, mi lenguaraz, nos entretenia contándonos sus aventuras. Ya he dicho quien era en una de mis primeras cartas, y si no estoy trascordadò ofrecí contar su vida.

Mora es un hombrecito como hay muchos, de regular estatura. Un observador vulgar le creeria tonto, — se pierde de vista. Es gaucho como pocos, astuto, resuelto y rumbeador. No hay ejemplo de que se haya perdido por los campos. En las noches mas tenebrosas él marcha rectamente á donde quiere. Cuando vacila, se apea, arranca un puñado de pasto, lo prueba y sabe donde está. Conoce los vientos por el olor. Tiene una retentiva admirable y el órgano frenolojico, en que reside la memoria de las localidades muy desarrollado. Cara y lugar que vió una vez no las olvida jamás. Solo estudiando con mucha atencion su fisonomía se descubre que tiene sangre de indio en las venas. Su padre era indio araucano, su madre chilena. Vino mocito con aquel á las tolderías de los Ranqueles, formando parte de una caravana de comerciantes, se enamoró de una china, se enredó con ella, le gustó la vida y se quedó agregado á la tríbu de Ramon. En Chile su padre habia sido lenguaraz de un jefe fronterizo, peon y pulpero. Vivia entre los cristianos. Mora es industrioso y trabajador, tiene hijos, quiere mucho á su mujer, posee algo y saldria del desierto si pudiese arrear con cuanto tiene. Pero cómo? Es empresa difícil, imposible. Mora ha estado á mi servicio unos cuantos meses, sirviéndome con decision y fidelidad. Tiene buenos sentimientos, ideas muy racionales, conoce que la vida civilizada es mejor que la del desierto; pero ya lo he dicho, está vinculado á él hasta la muerte, por el amor, la familia y la propiedad. Habla el castellano á la chilena, perfectamente, — disminuyendo lo mismo los sustantivos, que los adjetivos y los adverbios. *Nunquita*, me ha sucedido perderme por *allicito* yendo solito, es como él dirá. El araucano lo conoce bien, y es uno de los lenguaraces mas intelijentes que he visto.

Ser lenguaraz, es un arte difícil; porque los indios carecen de los equivalentes de ciertas espresiones nuestras. El lenguaraz no puede traducir literalmente, tiene que hacerlo libremente y para hacerlo como es debido ha de ser muy penetrante. Por ejemplo, esta frase: Si Vd. tiene conciencia debe tener honor, — no puede ser vertida literalmente; porque las ideas morales que implican *conciencia* y *honor* no las tienen los indios. Un buen lenguaraz, segun me ha esplicado Mora, diria: Si Vd. tiene corazon, ha de tener palabra, ó si Vd. es bueno no me ha de engañar. Por supuesto que Mora, no obstante la pintura favorable de él que he hecho, no es nene que se retrae de ir á los *malones*. Al contrario, va en la punta y por eso tiene con qué vivir. En unas tierras se trabaja de un modo y en otras de otro, como él me dijo, haciéndole yo cargos de que un hombre blanco, hijo de cristiano bautizado en los Angeles, que podia ganar su vida honradamente llevára la esistencia de un salteador.

Cuando Mora dejó la palabra, habiendo dicho poco mas ó ménos lo que queda consignado en el párrafo anterior, — terminábamos de comer.

Estaba helando.

Hicimos las camas al rededor del fogon, dándole los piés, puse los frailes á mi lado, — los cuidaba como á las niñas de mis ojos, — y traté de dormir.

La creacion estaba en calma, el silencio del desierto no era interrumpido sino por uno que otro relincho de los caballos, ó por el graznido de las aves de la laguna.

La luna se levantaba, coronando de luces el firmamento, tachonado de mústias estrellas.

XLIII.

Una noche eterna. — Aspecto del campo al amanecer despues de la helada. — En marcha. — Encuentro con indios. — Me habian descubierto de muy lejos. — Medio que emplean los indios para conocer á la distancia si un objeto se mueve ó no. — La carda. — Un monte. — Jente de Baigorrita sale á encontrarme. — Baigorrita. — Su toldo. — Conferencia y regalos. — Las *botas* de mis manos. — Carneada. — Una cara patibularia.

Hizo tanto frio, que ni teniendo lumbre toda la noche pude conciliar el sueño. Me dí cien vueltas en la cama.

Qué envidia me daba oir roncar á los soldados, lejos del fogon, hechos una bola como el mataco!

Ni la helada, ni el viento, ni la lluvia, ni el polvo les incomoda á ellos.

Este mundo se vuelve puras compensaciones. Yo tenia abundantes cobijas, quien atizára el fuego toda la noche, y no podia dormir.

Ellos á penas tenian con que taparse, y dormian como unos santos varones.

La noche me parecia eterna.

En cuanto quiso aclarar, me levanté, puse á todo el mundo en movimiento, hice dar vuelta las tropillas para que los animales entráran en calor, hasta que llegára la hora conveniente de bajarlos á la laguna, que es cuando el sol pica un poco; mandé agrandar el fogon, se calentó agua, se pusieron unos churrascos, tomamos mate y nos desayunamos.

El campo presentaba el aspecto brillante de una superficie plateada; habia helado mucho, la escarcha tenia, en

los lugares donde la tierra estaba mas húmeda, cuatro líneas de espesor.

Junto con el sol sopló el cierzo pampeano y comenzó á levantarse la niebla en todas direcciones.

La helada iba desapareciendo gradualmente, y los rayos solares, abriéndose paso al través del velo acuoso que pretendia interceptarlos.

El calórico, causa y efecto de todo cuanto constituye el planeta en que vivimos, disipaba el fenómeno que él mismo habia orijinado.

Eran las ocho de la mañana, y el horizonte y el cielo estaban ya completamente despejados.

Bebieron los caballos, ensillamos, montamos, y, rumbeando al Sud, tomamos el camino de Quenque, dejando á la izquierda el que conducia á las tolderías de Calfucurá.

Galopamos un rato, hasta que los animales sudaron, subiendo siempre por un terreno arenoso, salpicado de arbustos; descendimos despues entrando en una zona mas accidentada, y, al rato, descubrimos, hácia el Oriente los primeros toldos de la tríbu de Baigorrita y algun ganado vacuno y yeguarizo.

Hice alto para no alarmar á los vijilantes y desconfiados moradores de aquellas comarcas, que veloces como el viento no tardaron en ponerse á tiro de fusil de nosotros para reconocernos.

Destaqué sobre ellos á Mora, les habló y al punto estuvieron junto con él á mi lado, saludándome y dándome la bien venida.

Nada sabian de mi visita á Baigorrita.

Pero sabiendo que me hallaba dias ántes en Leubucó, habian calculado que era yo el que llegaba, afirmándolos en sus conjeturas el aire de mi marcha y el órden en que la efectuaba.

Me habian descubierto desde que se levantaron los primeros polvos en Pitralauquen. La mirada de los indios es como la de los gauchos. Descubren á inmensas distancias sin equivocarse jamás los objetos, distinguiendo perfectamente si el polvo que asoma lo levantan animales alzados ó jinetes que corren.

Cuando vacilan, dudando de si el objeto se mueve ó no, recurren á un medio muy sencillo para salir de dudas. Toman el cuchillo por el cabo, lo colocan perpendicularmente en la nariz y dirijen la visual por el filo, que sirve de punto de mira; y es claro que si el objeto se desvía de él, no está inmóvil, — debe ser un árbol, un arbusto, una espadaña, una carda, cuyas proporciones crecen siempre en el espacio por los efectos caprichosos de la luz.

A propósito de *carda*, no vayas á creer Santiago amigo, que me refiero al *cardo*, que no existe en la Pampa, propiamente hablando.

La carda se le parece algo, es mas bien una especie de captus, crece hasta tres varas y produce unas bellotas verdes y granulentas, como la fruta mora, en las que, cuando están secas, se encuentra un gusanillo que es la crisálida del tábano.

La carda es un gran recurso en el campo. Su leña no es fuerte, pero arde admirablemente. Es como yesca, y las bellotas cuando se queman, forman unos globulitos preciosos que parecen fuegos artificiales y distraen en sumo grado la imajinacion.

Al rededor de un fogon de carda puede uno quedarse horas enteras entretenido, viendo al fuego devorar sin saciarse con pasmosa rapidez cuanta leña se le echa, brillar y desaparecer las bellotas encandescentes como juegos diamantinos.

La carda tiene otra virtud recóndita.

Cuando el caminante fatigado de cansancio y apurado por la sed, encuentra una carda frondosa se detiene al pié de ella, como el árabe en el fresco oásis. Arranca el tallo, y en el alveolo que queda entre las hojas, encuentra siempre gotas de agua cristalina, fresca y pura, que son el rocío de la noche guarecido allí contra los inclementes rayos del sol.

Conversé un momento con los recien llegados, y despues que los avié con yerba, azúcar, tabaco y papel, seguí la marcha, cortando ellos para sus toldos.

Galopamos un rato y llegamos á un monte bastante tupido y abundante en árboles seculares. Las quemazones

habian hecho estragos en aquellos jigantes de la vejetacion. Algunos estaban carbonizados desde el tronco hasta la copa, y al menor empuje perdian su quicio y caian deshechos en mil pedazos.

Encontré buen pasto y resolví descansar allí un rato. Aunque no lo hubiera resuelto habria tenido que hacer alto largo tiempo.

Una mula espantadiza se asustó del ruido de un calderon medio quemado, que se vino al suelo, por arrancar un gajo para hacer fuego y calentar agua, — disparó é hizo disparar las tropillas.

El tiempo que se tardó en repuntarlas bastó para tomar algunos mates.

Mudamos, y estando á medio camino de Quenque, y siendo temprano, seguí la marcha por entre el bosque, tardando como una hora en salir de él.

Caimos á un bajo, cruzamos un salitral y avistamos al mismo tiempo que las cuchillas de unos médanos lejanos, unos polvos que venian hácia nosotros.

Poco tardamos en encontrarnos.

Era jente de Baigorrita que salia á recibirme.

Hicimos alto, destacamos nuestros respectivos parlamentarios, cambiamos muchas *razones* y formando un solo grupo nos lanzamos al gran galope.

Otros polvos que se alzaron en la misma direccion, de los anteriores, anunciaron que Baigorrita venia ya.

Yo no podia olvidar, que conmigo iban los franciscanos y que me habia comprometido á que volvieran á su Convento sanos y salvos. Veia por momentos el instante en que daban una rodada y se rompian el bautismo. Recojí la rienda á mi caballo, acorté el galope y seguimos al trote.

Baigorrita se acercaba como con unos cincuenta jinetes. Estábamos á la altura de la casa del capitanejo Caniupan, amigo ranquelino, que habia conocido en la frontera; indio manso y caballero, — de los pocos que no piden cuanto sus ojos ven.

Baigorrita no anduvo con las ceremonias imponentes de Ramon, ni con los preámbulos fastidiosos de Mariano Rosas.

En cuanto nos pusimos á distancia de podernos ver las caras, hicimos alto.

Se destacó solo, y yo tambien.

Picamos al mismo tiempo nuestros caballos, y, sin mas ni mas, nos dimos un apreton de manos y un abrazo, como si fuera la milésima vez que nos veíamos.

El grupo que venia y el que iba se confundieron en uno solo.

Galopábamos y conversábamos con Baigorrita, sirviéndole á él de lenguaraz, Juan de Dios San Martin, un chilenito, de quien hablaré en oportunidad, y á mí, Mora.

Baigorrita no habla en castellano, lo entiende apenas.

En media hora mas de camino estuvimos en su toldo.

Allí nos esperaba alguna jente reunida.

Todos me saludaron, lo mismo que á mi jente, con respeto y cariño.

El toldo de Baigorrita no tenia nada de particular. Era mas chico que el de Mariano Rosas, y estaba desmantelado.

Entramos en él. Mi compadre no brillaba por el aseo de su casa. En su toldo habia de cuanto Dios crió, muchos ratones, chinches, pulgas y algo peor.

A cada rato sorprendia yo en mi ropa algun animalito imprudente que, hambriento, buscaba sangre que chupar. Para un soldado esto no es novedad. Los tomaba y con todo disimulo los pulverizaba.

Tuvimos una conferencia larga y pesada. Mi compadre me presentó á sus principales capitanejos y á varios indios viejos, importantes por la esperiencia de sus consejos.

Les regalé sobre tablas algunas bagatelas. A mi compadre le dí mi revólver de seis tiros, unas camisas de crimea, calzoncillos y medias. A mi ahijado dos condores de oro.

Los franciscanos y mis ayudantes hicieron tambien sus regalitos. La recepcion habia sido tan sencilla y cordial que todos habian simpatizado con aquella indiada.

Despues que los saludos y presentaciones oficiales pasaron, vino la conversacion salpicada de dichos y agudezas.

Un indio, que por lo ménos tendria sesenta años, muy jovial y chistoso, grande amigo de Pichun, el finado padre

de Baigorrita, muy querido y respetado de este, vien
manos cubiertas con algo de que él no tenia idea, m
guntó en buen castellano:

— Qué es eso, ché?

Eran mis gruesos guantes de castor, prenda que
timaba mucho, porque tengo la debilidad de cuidar
masiado quizá las manos.

Me ví embarazado momentáneamente para contesta

Si decia guantes, me iba á entender tanto como si
matraca.

Rumeando la respuesta, — le contesté:

— Son las botas de las manos.

Los ojos del indio brillaron como si hubiera he
descubrimiento y agregó:

— Cosa linda, *guena*.

Y esto diciendo me agarró las dos manos con las s

Retiré una, desabroché el guante y ayudándole
me lo saqué.

El indio se lo puso en el acto.

Hice lo mismo con el otro y se lo dí.

Tambien se lo puso, tenia las manos mas chicas q
así es que le hacian el efecto de un par de manopl
esas que suelen verse colgadas en las vidrieras
armerías.

El indio parecia un mono. Abria los dedos y se
las manos encantado.

Le dejé gozar un rato, y cuando me pareció que
estado bastante tiempo en posesion de mis guantes,
pedí para ponérmelos.

— Ese no dando, me contestó.

La jugada no estaba en mis libros. Perder mis g
equivalia á estropearme las manos, sin remision.

— Te los compro, le dije, viendo que cerraba los
como para asegurar mejor su presa.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Metí la mano al bolsillo, saqué una libra esterlina
ofrecí, creyendo picar su codicia.

Tomóla; pero no me dió los guantes.

— Dame las botas de las manos, le dije.

— Eso no vendiendo, me contestó, — llevando á la Junta, como cristiano.

— Entónces dando la libra esterlina, le dije.

— Yo indio pobre, vos cristiano rico, repuso.

Y junto con la contestacion se guardó la libra, dejándome con un palmo de narices.

Todos los circunstantes festejaron con risotadas espontáneas la treta del indio.

Mi compadre Baigorrita, me dijo: Viejo diablo, eh?

Tuve que amoldarme á las circunstancias y que declararme neófito en materia de escamoteos.

Las visitas se fueron retirando poco á poco.

Yo estaba cansado, y por ciertas razones tenia necesidad de mudarme la ropa.

Salí sin ceremonia del toldo.

Habia mucha jente afuera, charlando alegramente con los de mi comitiva, al mismo tiempo que le daban un avance á una parva de algarroba. Habia dos cosechadas para el invierno.

Tenian hambre.

Llamé á Juan de Dios San Martin, el chilenito, y lo mismo que si hubiera estado en la estancia del amigo mas íntimo, le dije: Dile á mi compadre que me haga carnear una res para la jente.

Se fué, y al punto volvió diciéndome que ya la traian.

Con efecto, un rato despues, dos indios traian una vaca enlazada.

La carnearon las chinas, entregándole la mayor parte á mi jente.

El fogon estaba pronto ya.

No queriendo pernoctar en el toldo de mi compadre, campé al raso.

La tarde se acercaba.

Las chinas recojian el ganado manso, arreándolo á pié seguidas de muchos perros tan grandes como flacos, que llamaban la atencion.

Las cabras y las ovejas venian mezcladas.

Llegaron á la puerta de los corrales; los perros separaron las especies, y las chinas las majadas, encerrando cada una de ellas en su respectivo corralito.

La operacion se hizo con la misma facilidad con que un niño separaria de una canastilla llena de cuentas negras y blancas las que quisiera.

Cuando alguna cabra ú oveja se quedaba en la majada que no le correspondia, los perros la volvian al redil.

Me avisaron que el asado estaba pronto. Acabé de mudarme, y ocupé mi puesto en la rueda del fogon.

Al sentarme vi cruzar una cara patibularia.

Parecia un indio.

Quién era?

XLIV.

Qué es la vida. — Reflexiones. — Los perros de los indios. — Recuerdos que deben tener de mi magnificencia. — Un intérprete. — Cambio de *razones*. — *Sans façon*. — *Yapaí* y *Yapaí*. — Detalles. — En Santiago y Córdoba los pobres hacen lo mismo que los indios. — Finjimiento. — Otra vez la cara patibularia. — Averiguaciones. — Una navaja de barba mal empleada.

La vida se pasa sin sentir.

Como dice la sentencia árabe, no es mas que el camino de la muerte.

Cuando ménos lo esperamos nos sorprende el invierno; y recien como la cigarra imprevisora, nos apercibimos de que hemos pasado el verano cantando, sin pensar en nada.

Nuestros cabellos, con los que jugueteaba ebúrnea y afilada mano, se han puesto canos. Nadie los toca ya.

Nuestros ojos han perdido su brillo magnético. Nadie los mira.

Nuestra tez tersa y sonrosada, se ha vuelto amarillento y seco pergamino. Nadie repara en ella.

En el corazon apenas arde una llama moribunda semejante al pálido resplandor de una lámpara sepulcral. Pero, ay! Quién se inflama en el tibio calor suyo?

De esperanza en esperanza, de ilusion en ilusion, de desengaño en desengaño, de decepcion en decepcion, de caida en caida, de percance en percance, de desvarío en desvarío, rodamos fatalmente y llegamos al borde de la tumba, cayendo en su misteriosa oscuridad para cesar de sufrir, ó sufrir mas.

Hemos aspirado, no hemos hecho nada por nosotros ni por la humanidad, — y hemos consumido una existencia robusta, exuberante con cuya sávia se han alimentado quién sabe cuantos parásitos afortunados, esclamando mil veces: *En vain, hélas ¡en vain!*

Y por todo consuelo, nos contentamos con darle al mundo y á sus pompas vanas un adios irónico, escribiendo en forma de epigrama póstumo un epitafio.

Ci-gît Piron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.

Si la vida se pasa así, — de cualquier modo, con mas razon se pasa cualquier noche.

La primera que dormí en Quenque, al raso, cerca del toldo de mi compadre Baigorrita, pertenece á ese jénero. Creo que ni recuerdos tuve.

De ella solo puedo decir que dormí.

Mi fatigado cuerpo no sintió, ni el aire de la noche, ni la dureza del suelo, ni la famélica inquietud de los perros, que devoraban los rezagos y huesos de nuestro fogon, haciendo crujir sus afilados dientes, hasta romperlos y chupar el escondido tuétano.

Los indios no les dan de comer á sus perros, y sin embargo tienen muchos; en cada toldo hay una jáuria.

Los pobres viven de los bichos del campo, que cazan, — ó como los avestruces, pescando moscas al vuelo.

El hambre les hace adquirir una destreza increible. Mosca que zumba por sus narices va á parar al estómago.

Los tratan con la mayor dureza; el que no está lleno de chichones tiene alguna cicatriz agusanada.

Es lo que sacan cuando se acercan á algun fogon, ó cuando al carnear una res se arriman tímidamente á ella para chupar siquiera la sangre que riega el suelo.

Las chinas son las que tienen alguna compasion de ellos. Son sus compañeros inseparables. Van al monte y al agua con ellas; con ellas recojen el ganado; y al lado de ellas duermen.

A los indios no los siguen jamás.

En mi fogon se dieron una panzada que debe haber hecho época entre ellos.

A esta hora deben estar cantando con himnos caninos, y en el mismo bronco lenguaje con que ladran á la luna, por no decir adoran, — la jenerosidad y espléndida magnificencia de unas jentes estrañas, que anduvieron por allí, con caras desconocidas, vistiendo trajes que no habian visto jamás y hablando un idioma inintelijible, aunque agradable á su oido.

Amaneció.

Nos dimos los buenos dias con los franciscanos, nos levantamos, tomamos mate y nos preparamos para recibir visitas que no tardaron en llegar.

Mi compadre Baigorrita, se habia bañado muy temprano, y descalzo y con los calzoncillos arrollados sobre la rodilla y las mangas de la camisa arremangadas, atusaba un caballo que estaba en el palenque.

Me acerqué á él, le saludé, y sin interrumpir su faena me contestó con una sonrisa afable, haciéndome decir con Juan de Dios San Martin que andaba por ahí: «Que estuviera á gusto, que aquella era mi casa.»

Le contesté dándole las gracias.

Y, pegando el ultimo tijeretazo me invitó á pasar á su toldo.

Acepté, y entramos en él.

Tres fogones ardian.

Al rededor de ellos las chinas y las cautivas preparaban el almuerzo, que consistia en puchero y asado.

Nos sentamos quedando mi compadre enfrente de mí.

Empezaron á entrar visitas, se colocaron en dos filas y la charla no se hizo esperar.

Eran todas personas de importancia.

No siendo Juan de Dios San Martin, bastante buen lenguaraz, mandaron llamar otro cristiano, hombre de la entera confianza de Baigorrita.

Era necesario que todos los circunstantes se enterasen perfectamente bien de mis *razones*.

Vino Juancito, que así se llamaba el perito, y se colocó

los lugares donde la tierra estaba mas húmeda, cuatro líneas de espesor.

Junto con el sol sopló el cierzo pampeano y comenzó á levantarse la niebla en todas direcciones.

La helada iba desapareciendo gradualmente, y los rayos solares, abriéndose paso al través del velo acuoso que pretendia interceptarlos.

El calórico, causa y efecto de todo cuanto constituye el planeta en que vivimos, disipaba el fenómeno que él mismo habia orijinado.

Eran las ocho de la mañana, y el horizonte y el cielo estaban ya completamente despejados.

Bebieron los caballos, ensillamos, montamos, y, rumbeando al Sud, tomamos el camino de Quenque, dejando á la izquierda el que conducia á las tolderías de Calfucurá.

Galopamos un rato, hasta que los animales sudaron, subiendo siempre por un terreno arenoso, salpicado de arbustos; descendimos despues entrando en una zona mas accidentada, y, al rato, descubrimos, hácia el Oriente los primeros toldos de la tríbu de Baigorrita y algun ganado vacuno y yeguarizo.

Hice alto para no alarmar á los vijilantes y desconfiados moradores de aquellas comarcas, que veloces como el viento no tardaron en ponerse á tiro de fusil de nosotros para reconocernos.

Destaqué sobre ellos á Mora, les habló y al punto estuvieron junto con él á mi lado, saludándome y dándome la bien venida.

Nada sabian de mi visita á Baigorrita.

Pero sabiendo que me hallaba dias ántes en Leubucó, habian calculado que era yo el que llegaba, afirmándolos en sus conjeturas el aire de mi marcha y el órden en que la efectuaba.

Me habian descubierto desde que se levantaron los primeros polvos en Pitralauquen. La mirada de los indios es como la de los gauchos. Descubren á inmensas distancias sin equivocarse jamás los objetos, distinguiendo perfectamente si el polvo que asoma lo levantan animales alzados ó jinetes que corren.

Cuando vacilan, dudando de si el objeto se mueve ó no, recurren á un medio muy sencillo para salir de dudas. Toman el cuchillo por el cabo, lo colocan perpendicularmente en la nariz y dirijen la visual por el filo, que sirve de punto de mira; y es claro que si el objeto se desvía de él, no está inmóvil, — debe ser un árbol, un arbusto, una espadaña, una carda, cuyas proporciones crecen siempre en el espacio por los efectos caprichosos de la luz.

A propósito de *carda*, no vayas á creer Santiago amigo, que me refiero al *cardo*, que no existe en la Pampa, propiamente hablando.

La carda se le parece algo, es mas bien una especie de captus, crece hasta tres varas y produce unas bellotas verdes y granulentas, como la fruta mora, en las que, cuando están secas, se encuentra un gusanillo que es la crisálida del tábano.

La carda es un gran recurso en el campo. Su leña no es fuerte, pero arde admirablemente. Es como yesca, y las bellotas cuando se queman, forman unos globulitos preciosos que parecen fuegos artificiales y distraen en sumo grado la imajinacion.

Al rededor de un fogon de carda puede uno quedarse horas enteras entretenido, viendo al fuego devorar sin saciarse con pasmosa rapidez cuanta leña se le echa, brillar y desaparecer las bellotas encandescentes como juegos diamantinos.

La carda tiene otra virtud recóndita.

Cuando el caminante fatigado de cansancio y apurado por la sed, encuentra una carda frondosa se detiene al pié de ella, como el árabe en el fresco oásis. Arranca el tallo, y en el alveolo que queda entre las hojas, encuentra siempre gotas de agua cristalina, fresca y pura, que son el rocío de la noche guarecido allí contra los inclementes rayos del sol.

Conversé un momento con los recien llegados, y despues que los avié con yerba, azúcar, tabaco y papel, seguí la marcha, cortando ellos para sus toldos.

Galopamos un rato y llegamos á un monte bastante tupido y abundante en árboles seculares. Las quemazones

habian hecho estragos en aquellos jigantes de la vejetacion. Algunos estaban carbonizados desde el tronco hasta la copa, y al menor empuje perdian su quicio y caian deshechos en mil pedazos.

Encontré buen pasto y resolví descansar allí un rato. Aunque no lo hubiera resuelto habria tenido que hacer alto largo tiempo.

Una mula espantadiza se asustó del ruido de un calderon medio quemado, que se vino al suelo, por arrancar un gajo para hacer fuego y calentar agua, — disparó é hizo disparar las tropillas.

El tiempo que se tardó en repuntarlas bastó para tomar algunos mates.

Mudamos, y estando á medio camino de Quenque, y siendo temprano, seguí la marcha por entre el bosque, tardando como una hora en salir de él.

Caimos á un bajo, cruzamos un salitral y avistamos al mismo tiempo que las cuchillas de unos médanos lejanos unos polvos que venian hácia nosotros.

Poco tardamos en encontrarnos.

Era jente de Baigorrita que salia á recibirme.

Hicimos alto, destacamos nuestros respectivos parlamentarios, cambiamos muchas *razones* y formando un solo grupo nos lanzamos al gran galope.

Otros polvos que se alzaron en la misma direccion, de los anteriores, anunciaron que Baigorrita venia ya.

Yo no podia olvidar, que conmigo iban los franciscanos y que me habia comprometido á que volvieran á su Convento sanos y salvos. Veia por momentos el instante en que daban una rodada y se rompian el bautismo. Recojí la rienda á mi caballo, acorté el galope y seguimos al trote.

Baigorrita se acercaba como con unos cincuenta jinetes. Estábamos á la altura de la casa del capitanejo Caniupan amigo ranquelino, que habia conocido en la frontera; indio manso y caballero, — de los pocos que no piden cuanto sus ojos ven.

Baigorrita no anduvo con las ceremonias imponentes de Ramon, ni con los preámbulos fastidiosos de Mariano Rosas

En cuanto nos pusimos á distancia de podernos ver las caras, hicimos alto.

Se destacó solo, y yo tambien.

Picamos al mismo tiempo nuestros caballos, y, sin mas ni mas, nos dimos un apreton de manos y un abrazo, como si fuera la milésima vez que nos veíamos.

El grupo que venia y el que iba se confundieron en uno solo.

Galopábamos y conversábamos con Baigorrita, sirviéndole á él de lenguaraz, Juan de Dios San Martin, un chilenito, de quien hablaré en oportunidad, y á mí, Mora.

Baigorrita no habla en castellano, lo entiende apenas.

En media hora mas de camino estuvimos en su toldo.

Allí nos esperaba alguna jente reunida.

Todos me saludaron, lo mismo que á mi jente, con respeto y cariño.

El toldo de Baigorrita no tenia nada de particular. Era mas chico que el de Mariano Rosas, y estaba desmantelado.

Entramos en él. Mi compadre no brillaba por el aseo de su casa. En su toldo habia de cuanto Dios crió, muchos ratones, chinches, pulgas y algo peor.

A cada rato sorprendia yo en mi ropa algun animalito imprudente que, hambriento, buscaba sangre que chupar. Para un soldado esto no es novedad. Los tomaba y con todo disimulo los pulverizaba.

Tuvimos una conferencia larga y pesada. Mi compadre me presentó á sus principales capitanejos y á varios indios viejos, importantes por la esperiencia de sus consejos.

Les regalé sobre tablas algunas bagatelas. A mi compadre le dí mi revólver de seis tiros, unas camisas de crimea, calzoncillos y medias. A mi ahijado dos condores de oro.

Los franciscanos y mis ayudantes hicieron tambien sus regalitos. La recepcion habia sido tan sencilla y cordial que todos habian simpatizado con aquella indiada.

Despues que los saludos y presentaciones oficiales pasaron, vino la conversacion salpicada de dichos y agudezas.

Un indio, que por lo ménos tendria sesenta años, muy jovial y chistoso, grande amigo de Pichun, el finado padre

de Baigorrita, muy querido y respetado de este, viendo mi manos cubiertas con algo de que él no tenia idea, me pre guntó en buen castellano:

— Qué es eso, ché?

Eran mis gruesos guantes de castor, prenda que yo es timaba mucho, porque tengo la debilidad de cuidarme de masiado quizá las manos.

Me ví embarazado momentáneamente para contestar.

Si decia guantes, me iba á entender tanto como si dijer matraca.

Rumeando la respuesta, — le contesté:

— Son las botas de las manos.

Los ojos del indio brillaron como si hubiera hecho u descubrimiento y agregó:

— Cosa linda, *guena*.

Y esto diciendo me agarró las dos manos con las suyas.

Retiré una, desabroché el guante y ayudándole á tira me lo saqué.

El indio se lo puso en el acto.

Hice lo mismo con el otro y se lo dí.

Tambien se lo puso, tenia las manos mas chicas que yo así es que le hacian el efecto de un par de manoplas, d esas que suelen verse colgadas en las vidrieras de la armerías.

El indio parecia un mono. Abria los dedos y se mirab las manos encantado.

Le dejé gozar un rato, y cuando me pareció que habi estado bastante tiempo en posesion de mis guantes, se lo pedí para ponérmelos.

— Ese no dando, me contestó.

La jugada no estaba en mis libros. Perder mis guante equivalia á estropearme las manos, sin remision.

— Te los compro, le dije, viendo que cerraba los puño como para asegurar mejor su presa.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Metí la mano al bolsillo, saqué una libra esterlina y se l ofrecí, creyendo picar su codicia.

Tomóla; pero no me dió los guantes.

— Dame las botas de las manos, le dije.

— Eso no vendiendo, me contestó, — llevando á la Junta, como cristiano.

— Entónces dando la libra esterlina, le dije.

— Yo indio pobre, vos cristiano rico, repuso.

Y junto con la contestacion se guardó la libra, dejándome con un palmo de narices.

Todos los circunstantes festejaron con risotadas espontáneas la treta del indio.

Mi compadre Baigorrita, me dijo: Viejo diablo, eh?

Tuve que amoldarme á las circunstancias y que declararme neófito en materia de escamoteos.

Las visitas se fueron retirando poco á poco.

Yo estaba cansado, y por ciertas razones tenia necesidad de mudarme la ropa.

Salí sin ceremonia del toldo.

Habia mucha jente afuera, charlando alegramente con los de mi comitiva, al mismo tiempo que le daban un avance á una parva de algarroba. Habia dos cosechadas para el invierno.

Tenian hambre.

Llamé á Juan de Dios San Martin, el chilenito, y lo mismo que si hubiera estado en la estancia del amigo mas íntimo, le dije: Dile á mi compadre que me haga carnear una res para la jente.

Se fué, y al punto volvió diciéndome que ya la traian.

Con efecto, un rato despues, dos indios traian una vaca enlazada.

La carnearon las chinas, entregándole la mayor parte á mi jente.

El fogon estaba pronto ya.

No queriendo pernoctar en el toldo de mi compadre, campé al raso.

La tarde se acercaba.

Las chinas recojian el ganado manso, arreándolo á pié seguidas de muchos perros tan grandes como flacos, que llamaban la atencion.

Las cabras y las ovejas venian mezcladas.

Llegaron á la puerta de los corrales; los perros separaron las especies, y las chinas las majadas, encerrando cada una de ellas en su respectivo corralito.

La operacion se hizo con la misma facilidad con que un niño separaria de una canastilla llena de cuentas negras y blancas las que quisiera.

Cuando alguna cabra ú oveja se quedaba en la majada que no le correspondia, los perros la volvian al redil.

Me avisaron que el asado estaba pronto. Acabé de mudarme, y ocupé mi puesto en la rueda del fogon.

Al sentarme vi cruzar una cara patibularia.

Parecia un indio.

Quién era?

XLIV.

Qué es la vida. — Reflexiones. — Los perros de los indios. — Recuerdos que deben tener de mi magnificencia. — Un intérprete. — Cambio de *razones*. — *Sans façon*. — *Yapaí* y *Yapaí*. — Detalles. — En Santiago y Córdoba los pobres hacen lo mismo que los indios. — Finjimiento. — Otra vez la cara patibularia. — Averiguaciones. — Una navaja de barba mal empleada.

La vida se pasa sin sentir.

Como dice la sentencia árabe, no es mas que el camino de la muerte.

Cuando ménos lo esperamos nos sorprende el invierno; y recien como la cigarra imprevisora, nos apercibimos de que hemos pasado el verano cantando, sin pensar en nada.

Nuestros cabellos, con los que jugueteaba ebúrnea y afilada mano, se han puesto canos. Nadie los toca ya.

Nuestros ojos han perdido su brillo magnético. Nadie los mira.

Nuestra tez tersa y sonrosada, se ha vuelto amarillento y seco pergamino. Nadie repara en ella.

En el corazon apenas arde una llama moribunda semejante al pálido resplandor de una lámpara sepulcral. Pero, ay! Quién se inflama en el tibio calor suyo?

De esperanza en esperanza, de ilusion en ilusion, de desengaño en desengaño, de decepcion en decepcion, de caida en caida, de percance en percance, de desvarío en desvarío, rodamos fatalmente y llegamos al borde de la tumba, cayendo en su misteriosa oscuridad para cesar de sufrir, ó sufrir mas.

Hemos aspirado, no hemos hecho nada por nosotros ni por la humanidad, — y hemos consumido una existencia robusta, exuberante con cuya sávia se han alimentado quién sabe cuantos parásitos afortunados, esclamando mil veces: *En vain, hélas ¡en vain!*

Y por todo consuelo, nos contentamos con darle al mundo y á sus pompas vanas un adios irónico, escribiendo en forma de epigrama póstumo un epitafio.

Ci-gît Piron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.

Si la vida se pasa así, — de cualquier modo, con mas razon se pasa cualquier noche.

La primera que dormí en Quenque, al raso, cerca del toldo de mi compadre Baigorrita, pertenece á ese jénero. Creo que ni recuerdos tuve.

De ella solo puedo decir que dormí.

Mi fatigado cuerpo no sintió, ni el aire de la noche, ni la dureza del suelo, ni la famélica inquietud de los perros, que devoraban los rezagos y huesos de nuestro fogon, haciendo crujir sus afilados dientes, hasta romperlos y chupar el escondido tuétano.

Los indios no les dan de comer á sus perros, y sin embargo tienen muchos; en cada toldo hay una jáuria.

Los pobres viven de los bichos del campo, que cazan, — ó como los avestruces, pescando moscas al vuelo.

El hambre les hace adquirir una destreza increible. Mosca que zumba por sus narices va á parar al estómago.

Los tratan con la mayor dureza; el que no está lleno de chichones tiene alguna cicatriz agusanada.

Es lo que sacan cuando se acercan á algun fogon, ó cuando al carnear una res se arriman tímidamente á ella para chupar siquiera la sangre que riega el suelo.

Las chinas son las que tienen alguna compasion de ellos. Son sus compañeros inseparables. Van al monte y al agua con ellas; con ellas recojen el ganado; y al lado de ellas duermen.

A los indios no los siguen jamás.

En mi fogon se dieron una panzada que debe haber hecho época entre ellos.

A esta hora deben estar cantando con himnos caninos, y en el mismo bronco lenguaje con que ladran á la luna, por no decir adoran, — la jenerosidad y espléndida magnificencia de unas jentes estrañas, que anduvieron por allí, con caras desconocidas, vistiendo trajes que no habian visto jamás y hablando un idioma inintelijible, aunque agradable á su oido.

Amaneció.

Nos dimos los buenos dias con los franciscanos, nos levantamos, tomamos mate y nos preparamos para recibir visitas que no tardaron en llegar.

Mi compadre Baigorrita, se habia bañado muy temprano, y descalzo y con los calzoncillos arrollados sobre la rodilla y las mangas de la camisa arremangadas, atusaba un caballo que estaba en el palenque.

Me acerqué á él, le saludé, y sin interrumpir su faena me contestó con una sonrisa afable, haciéndome decir con Juan de Dios San Martin que andaba por ahí: «Que estuviera á gusto, que aquella era mi casa.»

Le contesté dándole las gracias.

Y, pegando el ultimo tijeretazo me invitó á pasar á su toldo.

Acepté, y entramos en él.

Tres fogones ardian.

Al rededor de ellos las chinas y las cautivas preparaban el almuerzo, que consistia en puchero y asado.

Nos sentamos quedando mi compadre enfrente de mí.

Empezaron á entrar visitas, se colocaron en dos filas y la charla no se hizo esperar.

Eran todas personas de importancia.

No siendo Juan de Dios San Martin, bastante buen lenguaraz, mandaron llamar otro cristiano, hombre de la entera confianza de Baigorrita.

Era necesario que todos los circunstantes se enterasen perfectamente bien de mis *razones*.

Vino Juancito, que así se llamaba el perito, y se colocó

los lugares donde la tierra estaba mas húmeda, cuatro línea de espesor.

Junto con el sol sopló el cierzo pampeano y comenzó á levantarse la niebla en todas direcciones.

La helada iba desapareciendo gradualmente, y los rayos solares, abriéndose paso al través del velo acuoso que pretendia interceptarlos.

El calórico, causa y efecto de todo cuanto constituye el planeta en que vivimos, disipaba el fenómeno que él mismo habia orijinado.

Eran las ocho de la mañana, y el horizonte y el cielo estaban ya completamente despejados.

Bebieron los caballos, ensillamos, montamos, y, rumbeando al Sud, tomamos el camino de Quenque, dejando á la izquierda el que conducia á las tolderías de Calfucurá.

Galopamos un rato, hasta que los animales sudaron, subiendo siempre por un terreno arenoso, salpicado de arbustos descendimos despues entrando en una zona mas accidentada y, al rato, descubrimos, hácia el Oriente los primeros toldos de la tríbu de Baigorrita y algun ganado vacuno y yeguarizo

Hice alto para no alarmar á los vijilantes y desconfiados moradores de aquellas comarcas, que veloces como el viento no tardaron en ponerse á tiro de fusil de nosotros para reconocernos.

Destaqué sobre ellos á Mora, les habló y al punto estuvieron junto con él á mi lado, saludándome y dándome la bien venida.

Nada sabian de mi visita á Baigorrita.

Pero sabiendo que me hallaba dias ántes en Leubucó habian calculado que era yo el que llegaba, afirmándolos en sus conjeturas el aire de mi marcha y el órden en que la efectuaba.

Me habian descubierto desde que se levantaron los primeros polvos en Pitralauquen. La mirada de los indios es como la de los gauchos. Descubren á inmensas distancias sin equivocarse jamás los objetos, distinguiendo perfectamente si el polvo que asoma lo levantan animales alzados o jinetes que corren.

Cuando vacilan, dudando de si el objeto se mueve ó no, recurren á un medio muy sencillo para salir de dudas. Toman el cuchillo por el cabo, lo colocan perpendicularmente en la nariz y dirijen la visual por el filo, que sirve de punto de mira; y es claro que si el objeto se desvía de él, no está inmóvil, — debe ser un árbol, un arbusto, una espadaña, una carda, cuyas proporciones crecen siempre en el espacio por los efectos caprichosos de la luz.

A propósito de *carda*, no vayas á creer Santiago amigo, que me refiero al *cardo*, que no existe en la Pampa, propiamente hablando.

La carda se le parece algo, es mas bien una especie de captus, crece hasta tres varas y produce unas bellotas verdes y granulentas, como la fruta mora, en las que, cuando están secas, se encuentra un gusanillo que es la crisálida del tábano.

La carda es un gran recurso en el campo. Su leña no es fuerte, pero arde admirablemente. Es como yesca, y las bellotas cuando se queman, forman unos globulitos preciosos que parecen fuegos artificiales y distraen en sumo grado la imajinacion.

Al rededor de un fogon de carda puede uno quedarse horas enteras entretenido, viendo al fuego devorar sin saciarse con pasmosa rapidez cuanta leña se le echa, brillar y desaparecer las bellotas encandescentes como juegos diamantinos.

La carda tiene otra virtud recóndita.

Cuando el caminante fatigado de cansancio y apurado por la sed, encuentra una carda frondosa se detiene al pié de ella, como el árabe en el fresco oásis. Arranca el tallo, y en el alveolo que queda entre las hojas, encuentra siempre gotas de agua cristalina, fresca y pura, que son el rocío de la noche guarecido allí contra los inclementes rayos del sol.

Conversé un momento con los recien llegados, y despues que los avié con yerba, azúcar, tabaco y papel, seguí la marcha, cortando ellos para sus toldos.

Galopamos un rato y llegamos á un monte bastante tupido y abundante en árboles seculares. Las quemazones

habian hecho estragos en aquellos jigantes de la vejetacion. Algunos estaban carbonizados desde el tronco hasta la copa, y al menor empuje perdian su quicio y caian deshechos en mil pedazos.

Encontré buen pasto y resolví descansar allí un rato. Aunque no lo hubiera resuelto habria tenido que hacer alto largo tiempo.

Una mula espantadiza se asustó del ruido de un calderon medio quemado, que se vino al suelo, por arrancar un gajo para hacer fuego y calentar agua, — disparó é hizo disparar las tropillas.

El tiempo que se tardó en repuntarlas bastó para tomar algunos mates.

Mudamos, y estando á medio camino de Quenque, y siendo temprano, seguí la marcha por entre el bosque, tardando como una hora en salir de él.

Caimos á un bajo, cruzamos un salitral y avistamos al mismo tiempo que las cuchillas de unos médanos lejanos, unos polvos que venian hácia nosotros.

Poco tardamos en encontrarnos.

Era jente de Baigorrita que salia á recibirme.

Hicimos alto, destacamos nuestros respectivos parlamentarios, cambiamos muchas *razones* y formando un solo grupo nos lanzamos al gran galope.

Otros polvos que se alzaron en la misma direccion, de los anteriores, anunciaron que Baigorrita venia ya.

Yo no podia olvidar, que conmigo iban los franciscanos y que me habia comprometido á que volvieran á su Convento sanos y salvos. Veia por momentos el instante en que daban una rodada y se rompian el bautismo. Recojí la rienda á mi caballo, acorté el galope y seguimos al trote.

Baigorrita se acercaba como con unos cincuenta jinetes. Estábamos á la altura de la casa del capitanejo Caniupan, amigo ranquelino, que habia conocido en la frontera; indio manso y caballero, — de los pocos que no piden cuanto sus ojos ven.

Baigorrita no anduvo con las ceremonias imponentes de Ramon, ni con los preámbulos fastidiosos de Mariano Rosas-

En cuanto nos pusimos á distancia de podernos ver las caras, hicimos alto.

Se destacó solo, y yo tambien.

Picamos al mismo tiempo nuestros caballos, y, sin mas ni mas, nos dimos un apreton de manos y un abrazo, como si fuera la milésima vez que nos veíamos.

El grupo que venia y el que iba se confundieron en uno solo.

Galopábamos y conversábamos con Baigorrita, sirviéndole á él de lenguaraz, Juan de Dios San Martin, un chilenito, de quien hablaré en oportunidad, y á mí, Mora.

Baigorrita no habla en castellano, lo entiende apenas.

En media hora mas de camino estuvimos en su toldo.

Allí nos esperaba alguna jente reunida.

Todos me saludaron, lo mismo que á mi jente, con respeto y cariño.

El toldo de Baigorrita no tenia nada de particular. Era mas chico que el de Mariano Rosas, y estaba desmantelado.

Entramos en él. Mi compadre no brillaba por el aseo de su casa. En su toldo habia de cuanto Dios crió, muchos ratones, chinches, pulgas y algo peor.

A cada rato sorprendia yo en mi ropa algun animalito imprudente que, hambriento, buscaba sangre que chupar. Para un soldado esto no es novedad. Los tomaba y con todo disimulo los pulverizaba.

Tuvimos una conferencia larga y pesada. Mi compadre me presentó á sus principales capitanejos y á varios indios viejos, importantes por la esperiencia de sus consejos.

Les regalé sobre tablas algunas bagatelas. A mi compadre le dí mi revólver de seis tiros, unas camisas de crimea, calzoncillos y medias. A mi ahijado dos condores de oro.

Los franciscanos y mis ayudantes hicieron tambien sus regalitos. La recepcion habia sido tan sencilla y cordial que todos habian simpatizado con aquella indiada.

Despues que los saludos y presentaciones oficiales pasaron, vino la conversacion salpicada de dichos y agudezas.

Un indio, que por lo ménos tendria sesenta años, muy jovial y chistoso, grande amigo de Pichun, el finado padre

de Baigorrita, muy querido y respetado de este, viendo mis manos cubiertas con algo de que él no tenia idea, me preguntó en buen castellano:

— Qué es eso, ché?

Eran mis gruesos guantes de castor, prenda que yo estimaba mucho, porque tengo la debilidad de cuidarme demasiado quizá las manos.

Me ví embarazado momentáneamente para contestar.

Si decia guantes, me iba á entender tanto como si dijera matraca.

Rumeando la respuesta, — le contesté:

— Son las botas de las manos.

Los ojos del indio brillaron como si hubiera hecho un descubrimiento y agregó:

— Cosa linda, *guena*.

Y esto diciendo me agarró las dos manos con las suyas.

Retiré una, desabroché el guante y ayudándole á tirar me lo saqué.

El indio se lo puso en el acto.

Hice lo mismo con el otro y se lo dí.

Tambien se lo puso, tenia las manos mas chicas que yo, así es que le hacian el efecto de un par de manoplas, de esas que suelen verse colgadas en las vidrieras de las armerías.

El indio parecia un mono. Abria los dedos y se miraba las manos encantado.

Le dejé gozar un rato, y cuando me pareció que habia estado bastante tiempo en posesion de mis guantes, se los pedí para ponérmelos.

— Ese no dando, me contestó.

La jugada no estaba en mis libros. Perder mis guantes equivalia á estropearme las manos, sin remision.

— Te los compro, le dije, viendo que cerraba los puños como para asegurar mejor su presa.

Hizo un movimiento negativo con la cabeza.

Metí la mano al bolsillo, saqué una libra esterlina y se la ofrecí, creyendo picar su codicia.

Tomóla; pero no me dió los guantes.

— Dame las botas de las manos, le dije.

— Eso no vendiendo, me contestó, — llevando á la Junta, como cristiano.

— Entónces dando la libra esterlina, le dije.

— Yo indio pobre, vos cristiano rico, repuso.

Y junto con la contestacion se guardó la libra, dejándome con un palmo de narices.

Todos los circunstantes festejaron con risotadas espontáneas la treta del indio.

Mi compadre Baigorrita, me dijo: Viejo diablo, eh?

Tuve que amoldarme á las circunstancias y que declararme neófito en materia de escamoteos.

Las visitas se fueron retirando poco á poco.

Yo estaba cansado, y por ciertas razones tenia necesidad de mudarme la ropa.

Salí sin ceremonia del toldo.

Habia mucha jente afuera, charlando alegramente con los de mi comitiva, al mismo tiempo que le daban un avance á una parva de algarroba. Habia dos cosechadas para el invierno.

Tenian hambre.

Llamé á Juan de Dios San Martin, el chilenito, y lo mismo que si hubiera estado en la estancia del amigo mas íntimo, le dije: Dile á mi compadre que me haga carnear una res para la jente.

Se fué, y al punto volvió diciéndome que ya la traian.

Con efecto, un rato despues, dos indios traian una vaca enlazada.

La carnearon las chinas, entregándole la mayor parte á mi jente.

El fogon estaba pronto ya.

No queriendo pernoctar en el toldo de mi compadre, campé al raso.

La tarde se acercaba.

Las chinas recojian el ganado manso, arreándolo á pié seguidas de muchos perros tan grandes como flacos, que llamaban la atencion.

Las cabras y las ovejas venian mezcladas.

Llegaron á la puerta de los corrales; los perros separaron las especies, y las chinas las majadas, encerrando cada una de ellas en su respectivo corralito.

La operacion se hizo con la misma facilidad con que un niño separaria de una canastilla llena de cuentas negras y blancas las que quisiera.

Cuando alguna cabra ú oveja se quedaba en la majada que no le correspondia, los perros la volvian al redil.

Me avisaron que el asado estaba pronto. Acabé de mudarme, y ocupé mi puesto en la rueda del fogon.

Al sentarme vi cruzar una cara patibularia.

Parecia un indio.

Quién era?

XLIV.

Qué es la vida. — Reflexiones. — Los perros de los indios. — Recuerdos que deben tener de mi magnificencia. — Un intérprete. — Cambio de *razones*. — *Sans façon*. — *Yapaí* y *Yapaí*. — Detalles. — En Santiago y Córdoba los pobres hacen lo mismo que los indios. — Finjimiento. — Otra vez la cara patibularia. — Averiguaciones. — Una navaja de barba mal empleada.

La vida se pasa sin sentir.

Como dice la sentencia árabe, no es mas que el camino de la muerte.

Cuando ménos lo esperamos nos sorprende el invierno; y recien como la cigarra imprevisora, nos apercibimos de que hemos pasado el verano cantando, sin pensar en nada.

Nuestros cabellos, con los que jugueteaba ebúrnea y afilada mano, se han puesto canos. Nadie los toca ya.

Nuestros ojos han perdido su brillo magnético. Nadie los mira.

Nuestra tez tersa y sonrosada, se ha vuelto amarillento y seco pergamino. Nadie repara en ella.

En el corazon apenas arde una llama moribunda semejante al pálido resplandor de una lámpara sepulcral. Pero, ay! Quién se inflama en el tibio calor suyo?

De esperanza en esperanza, de ilusion en ilusion, de desengaño en desengaño, de decepcion en decepcion, de caida en caida, de percance en percance, de desvarío en desvarío, rodamos fatalmente y llegamos al borde de la tumba, cayendo en su misteriosa oscuridad para cesar de sufrir, ó sufrir mas.

Hemos aspirado, no hemos hecho nada por nosotros ni por la humanidad, — y hemos consumido una existencia robusta, exuberante con cuya sávia se han alimentado quién sabe cuantos parásitos afortunados, esclamando mil veces: *En vain, hélas ¡en vain!*

Y por todo consuelo, nos contentamos con darle al mundo y á sus pompas vanas un adios irónico, escribiendo en forma de epigrama póstumo un epitafio.

Ci-gît Piron, qui ne fut rien,
Pas même académicien.

Si la vida se pasa así, — de cualquier modo, con mas razon se pasa cualquier noche.

La primera que dormí en Quenque, al raso, cerca del toldo de mi compadre Baigorrita, pertenece á ese jénero. Creo que ni recuerdos tuve.

De ella solo puedo decir que dormí.

Mi fatigado cuerpo no sintió, ni el aire de la noche, ni la dureza del suelo, ni la famélica inquietud de los perros, que devoraban los rezagos y huesos de nuestro fogon, haciendo crujir sus afilados dientes, hasta romperlos y chupar el escondido tuétano.

Los indios no les dan de comer á sus perros, y sin embargo tienen muchos; en cada toldo hay una jáuria.

Los pobres viven de los bichos del campo, que cazan, — ó como los avestruces, pescando moscas al vuelo.

El hambre les hace adquirir una destreza increible. Mosca que zumba por sus narices va á parar al estómago.

Los tratan con la mayor dureza; el que no está lleno de chichones tiene alguna cicatriz agusanada.

Es lo que sacan cuando se acercan á algun fogon, ó cuando al carnear una res se arriman tímidamente á ella para chupar siquiera la sangre que riega el suelo.

Las chinas son las que tienen alguna compasion de ellos. Son sus compañeros inseparables. Van al monte y al agua con ellas; con ellas recojen el ganado; y al lado de ellas duermen.

A los indios no los siguen jamás.

En mi fogon se dieron una panzada que debe haber hecho época entre ellos.

A esta hora deben estar cantando con himnos caninos, y en el mismo bronco lenguaje con que ladran á la luna, por no decir adoran, — la jenerosidad y espléndida magnificencia de unas jentes estrañas, que anduvieron por allí, con caras desconocídas, vistiendo trajes que no habian visto jamás y hablando un idioma inintelijible, aunque agradable á su oido.

Amaneció.

Nos dimos los buenos dias con los franciscanos, nos levantamos, tomamos mate y nos preparamos para recibir visitas que no tardaron en llegar.

Mi compadre Baigorrita, se habia bañado muy temprano, y descalzo y con los calzoncillos arrollados sobre la rodilla y las mangas de la camisa arremangadas, atusaba un caballo que estaba en el palenque.

Me acerqué á él, le saludé, y sin interrumpir su faena me contestó con una sonrisa afable, haciéndome decir con Juan de Dios San Martin que andaba por ahí: «Que estuviera á gusto, que aquella era mi casa.»

Le contesté dándole las gracias.

Y, pegando el ultimo tijeretazo me invitó á pasar á su toldo.

Acepté, y entramos en él.

Tres fogones ardian.

Al rededor de ellos las chinas y las cautivas preparaban el almuerzo, que consistia en puchero y asado.

Nos sentamos quedando mi compadre enfrente de mí.

Empezaron á entrar visitas, se colocaron en dos filas y la charla no se hizo esperar.

Eran todas personas de importancia.

No siendo Juan de Dios San Martin, bastante buen lenguaraz, mandaron llamar otro cristiano, hombre de la entera confianza de Baigorrita.

Era necesario que todos los circunstantes se enterasen perfectamente bien de mis *razones*.

Vino Juancito, que así se llamaba el perito, y se colocó

entre mi compadre y yo, dando la espalda á la entrada del toldo.

Era un zambo motoso, de siete pies de alto, gordo como un pavo cebado.

Su traje consistia en un simple chiripá de jerga pampa.

En su fisonomía estaban grabados con caractéres inequívocos los instintos animales mas groseros. Todas sus fácciones eran deformes, y á la manera de los indios, se habia arrancado con pinzas los pelos de la cara, pintado los pómulos y los labios. Su mirada era chispeante, pero no revelaba ferocidad.

Le dije mis primeras *razones*. Intentó traducirlas. No pudo, sus oidos no habian jamás escuchado un lenguaje tan culto como el mio. Y eso que yo me esforzaba siempre en espresarme con estudiada sencillez. No entendia jota.

Al trasmitirle á mi compadre Baigorrita mis razones, Camargo y Juan de Dios San Martin, le decian: — El coronel no ha dicho eso.

Las visitas impacientadas gruñian contra el zambo. Él, avergonzado y turbado de su imbecilidad, sudaba la gota gorda. Su cara y su pecho traspiraban como si estuviera en un baño ruso, despidiendo un olor grasiento peculiar, que volteaba.

Cuando su confusion llegó hasta el punto de sellarle los labios, cayó en una especie de furor concentrado. Levantóse de improviso, y diciendo: «Me voy, ya no sirvo», se marchó.

Nadie hizo la menor observacion.

La conversacion continuó, haciendo de intérpretes los otros lenguaraces.

Las mujeres de mi compadre, las chinas y cautivas se pusieron en movimiento, y el almuerzo vino.

A cada cual le tocó, lo mismo que en el toldo de Mariano Rosas, un enorme plato de madera con carne cocida, caldo, zapallos y choclos.

Yo, ya estaba en mi centro.

Comí *sans façon*.

Tomaba las posturas que me cuadraban mejor, y calculando que lo que iba á hacer produciria buen efecto en el dueño de casa y en los convidados, me quité las botas y las medias; saqué el puñal que llevaba á la cintura y me puse á cortar las uñas de los piés, ni mas ni ménos que si hubiera estado solo en mi cuarto, haciendo la policía matutina.

Mi compadre y los convidados estaban encantados. Aquel coronel cristiano parecia un indio. Qué mas podian ellos desear? Yo iba á ellos. Me les asimilaba. Era la conquista de la barbárie sobre la civilizacion. El *Lucius Victorius, imperator*, del sueño que tuve en Leubucó la noche en que Mariano Rosas me hizo beber un cuerno de aguardiente estaba allí transfigurado

Cuando acabé la operacion de cortarme las uñas de los piés, me limpié las de las manos, y para completar la comedia me escarbé los dientes con el puñal.

Trajeron el asado, agua y trapos. En lugar de hacer uso del cuchillo de la casa, hice uso del mio.

El indio ántes del dia se presentó á la sazon con mis guantes, se me sentó al lado y le dió por jugar con mi pera, insistiendo en que la habia de trenzar, porque era linda, segun él decia. Le dejé hacer su gusto.

Terminado el almuerzo, trajeron unas cuantas botellas de aguardiente y entre *yapaí* y *yapaí* las apuramos.

Mi ahijado, á quien el dia ántes habia acariciado, se acercó á mí. Le hice un cariño. Una cautiva le habló en la lengua, y el chiquilin juntó las manos, y todo ruborizado me dijo: «bendicion».

— «Dios te haga buen cristiano, ahijado», le contesté, y echándole los brazos le senté entre mis piernas.

El chiquilin se quedó como en misa. Saqué el reloj y se lo puse al oido para que oyera el tic-tac de la rueda: siguió inmóvil. Guardé el reloj, y viendo que por sobre su cabecita caminaban ciertos animalitos de mil pies, — me puse á espulgarlo.

Comprendo, Santiago amigo, que estos detalles son poco filosóficos é instructivos; pero hijo mio, ya que no puedo

cantar las glorias de mi espada, permíteme describirte sin rodeos, cuanto hice y ví entre los Ranqueles.

El pulcro y respetable público tendrá la bondad de ser induljente, á no ser que prefiera, lo que no suele ser raro, la mentira á la verdad.

Rien n'est beau que le vrai.

Tomo el dicho por los cabellos y continúo.

Mi ahijado estaba acostumbrado á la operacion. Los indios se la hacen unos á otros, al rayo del sol, con un apéndice que dejo á tu perspicacia adivinar.

De gustos no hay nada escrito.

Una ostra cruda es para algunos el bocado mas sabroso. Vitelio, se comia, para abrir el apetito, cuarenta docenas de una sentada.

Algunos buscan el queso hediondo, y prefieren *el que camina.*

Miéntras tanto, otros, no pueden pasar ni lo uno ni lo otro.

No nos admiremos de la costumbre de los indios.

He de repetir hasta el cansancio, que nuestra civilizacion no tiene el derecho de ser tan orgullosa.

En Santiago del Estero, donde lengua y costumbres tienen un sabor primitivo, los pobres hacen lo mismo que los indios.

El que quiera verlo, no tiene mas que tomar la mensajería del Norte y dar un paseo por aquella provincia argentina.

Y en la sierra de Córdoba hacen igual cosa. Está mas cerca y la escursion seria mas pintoresca.

Mi ahijado se quedó dormido.

Le acomodé la cabecita sobre uno de mis muslos y le dejé quieto.

Las visitas se fueron retirando.

Algunas se echaron, quedándose dormidas.

Yo, siguiendo mi plan de *hacerme interesante*, las imité. Qué habia de dormir! Era imposible. Cuerpos estraños al mio, me tenian en una ajitacion indescriptible.

Me quedé no obstante en el toldo haciendo que dormia.

Ronqué.

Mi compadre impuso silencio. Debia mirarme con placer.

De repente llamé con voz trémula y débil á Rufino Pereira.

No contestó; no podia oirme. Lo calculaba.

Entónces, finjiendo un enojo terrible, me incorporé súbito y grité con todas mis fuerzas:

Rufino! Rufino!!

Rufino contestó de lejos, — voy, señor, y entró volando en el toldo.

— Por qué no venias?

— No habia oido.

Le apostrofé.

Mi compadre fumaba tranquilamente su pipa, rodeado de sus tres hijos menores dormidos.

Me miró como diciendo para sus adentros: Este hombre, es un hombre.

Mis contrastes le seducian. La dulzura, la aspereza, la calma y la irascibilidad hablan muy alto á la imajinacion de un salvaje.

— Tráeme mi navaja de barba, le dije á Rufino.

Salió.

— Compadre, continué, dirijiéndome á mi huésped, le voy á hacer un regalo; veo que Vd. se afeita.

No contestó, porque no entendia. Los lenguaraces se habian retirado. Llamó á Juan de Dios San Martin. Entró este y junto con él Rufino, trayendo la navaja y el asentador, que tenia cuatro faces, una con piedra.

Tomélo y haciéndole ver á mi compadre como se asentaba la navaja le dí ambas cosas.

Las tomó y viendo primero si se adaptaban al bolsillo de su tirador, las colocó en seguida en él.

Salí del toldo. Me mudé la ropa, despues que Cármen me ayudó á eliminar los intrusos que se habian guarecido en mis cabellos; dí un paseo porque tenia necesidad de

respirar el aire libre y puro del campo, haciendo fuego con él revólver sobre algunos caranchos y teruteros; y al rato volví al fogon, para acabar de disipar con café los efectos del aguardiente.

De regreso de la caminata, pasé por detrás del toldo de mi compadre y volví á ver la *cara patibularia* del dia ántes, apoyada con aire sombrío en la costanera del ranchito, que servia de cocina, y que sobresalia media vara.

Junto con ella estaba otra juvenil, de aspecto estraño y marcadamente de cristiano.

La curiosidad me acercó á ellos.

Les dirijí la palabra, — callaron.

No entienden? — les dije, con cierta acritud, — Me contestaron en lengua de indio.

Comprendí que no querian hablar conmigo.

El hecho acabó de despertar mi curiosidad.

No puedo decir por qué, pero lo cierto es que la primera cara me alarmaba.

Seguí mi camino con el intento de averiguar quiénes eran aquellos desconocidos.

Entré en el toldo de mi compadre.

Estaba solo con sus hijos, en la misma postura en que le habia dejado hacia un rato, y picaba tabaco.

Con qué?

Nada ménos que con la navaja de barba que le acababa de regalar.

El asentador le servia de punto de apoyo.

Bien empleado me está, dije para mi coleto, por haber gastado pólvora en chimangos.

Mi compadre se sonrió complacido, y con una cara como unas pascuas y mirándose en la superficie tersa y lustrosa de la navaja, me dijo:

Lindo.

Es verdad, le contesté, murmurando, no te degolláras con ella; y agregando al mismo tiempo que hacia el ademan de afeitarme, — mejor es para esto.

Me entendió, y repuso:

— Cuchillo.

Queria decirme que el cuchillo era mas aparente para afeitarse.

Llamó á Juan de Dios San Martin.

Miéntras éste venia, salí del toldo para contarles á mis ayudantes y á los franciscanos qué suerte habia corrido la navaja de Rodgers.

XLV.

Dos desconocidos. — El cuarteron. — El mayor Colchao y su hijo. — Una cautiva esplica quien era Colchao y refiere su historia. — Provocaciones de Caiomuta. — *Gualicho* redondo. — Contradicciones del cuarteron. — Juan de Dios San Martin. — Dudas sobre la fidelidad conyugal. Picando tabaco. — Retrato de Baigorrita. — Un espía de Calfucurá.

En el fogon no habia nadie.

Todos estaban detrás de la cocina, porque en ese sitio no daba el sol.

Buscaba á quien contarle el uso que mi compadre hacia de mi rica navaja de barba.

Fuí pues en busca de mis compañeros de peregrinacion.

Hablaban con los dos desconocidos.

Les llamé aparte, hicieron una rueda, dejándome dentro, y les conté el caso, riéndome á carcajadas.

Unos cuantos, qué bárbaro! se oyeron al mismo tiempo.

Despues de un instante de hilaridad, pregunté, qué hombres son esos, con quienes hablaban Vds.?

— No sabemos, contestaron unos.

— Tratábamos de averiguarlo, los franciscanos.

— Vamos á ver, repuse.

— Me dirijí á ellos. Todos me siguieron.

— Cómo te llamas, le pregunté al primero que habia visto.

Era un cuarteron tostado por el sol, como de cuarenta años.

Tenia una cara que daba miedo — grandes ojos negros, redondos, sin brillo, nariz aplastada, por cuyas ventanas

salian algunos pelos, boca grande, en la que vagaba una sonrisa sardónica, dejando entrever dos filas de dientes enormes, separados, como los del cocodrilo, todo ello encerrado dentro de un óvalo que empezaba con una frente estrecha, erizada de cabellos duros y parados como las espinas del puerco espin, y terminaba con una barba aguda, lijeramente retorcida para arriba.

Estaba gordo y no tenia una sola arruga en el cútis. Llevaba un aro de oro en la oreja izquierda y la barba y el bigote se las habia arrancado con pinzas, á lo indio, de manera que en los poros irritados, se habia infiltrado el polvo mas ténue, dándole con la traspiracion á su antipática facha, el mismo aspecto que hubiera tenido si la hubiesen escalificado con finísimas agujas y tinta china.

Vestia ropa andrajosa. No llevaba calzado, y en sus piés encallecidos resaltaban unas grandes uñas incrustadas como conchas fósiles en calcárea roca.

No me contestó. Pero fijó su mirada vaga en mí.

Volví á interrogarle.

Siguió callado, bajó la vista, la fijó en tierra, é hizo un ademan con los hombros, hundiendo el pescuezo en ellos, como quien dice: no sé, qué le importa á Vd.

— Tú has de ser algun bellaco, le dije.

No contestó.

Entónces, dirijiéndome al mas jóven:

— Y tú, quién eres? le pregunté.

Parecia un cuadro humano. Era un mono, vestido de gaucho. Tambien estaba afeitado á lo indio, y su ropa era nueva y de buena calidad. Tendria diez y ocho años.

— Soy hijo del mayor Colchao, me contestó.

— Hijo del mayor Colchao? repuse, con estrañeza.

Una cautiva que se habia allegado á nosotros, me dijo:

— Es mi marido.

— Tu marido?

— Sí, señor.

— Cómo es eso?

— El cacique me ha casado con él.

Me refirió entónces, que era de San Luis, que durante

algun tiempo habia vivido con un indio muy malo. Que este habia muerto á consecuencia de heridas recibidas en la última invasion que llevaron los Ranqueles al Rio 5°, cuando los derroté en los Pozos Covados, cerca de Santa Catalina; y que no habiendo dejado herederos, Baigorrita la habia recojido y se la habia dado al mayor Colchao, montonero de la jente del Chaco, refujiado en Tiera Adentro. Agregó que Colchao era muy bueno y que ahora era feliz.

Vea, señor, me decia, como me castigaba el indio. Y mostraba los brazos y el seno cubiertos de moretones empedernidos y de cicatrices. Así, añadia, con mezclada espresion de candor y crueldad, — yo rogaba á Dios que el indio echára por la herida cuanto comiese. Porque tenia un balazo en el pescuezo y por ahí se le salia todo, envuelto con el humor y....

Me dió asco aquella desdichada, cuyos ojos eran hermosísimos. Tenia una lubricidad incitante en la fisonomía. Era esbelta y graciosa.

A fin de que no continuára el repugnante relato de las agonías de su opresor, y queriendo saber quién era ese mayor Colchao, la interrumpí, preguntándole:

— Y quién es Colchao?

— Ese hombre que habrá visto, señor, aquí, el que traia enlazada la res que le carneamos.

Yo lo habia tomado por un indio.

Era un hombre insignificante. Mi compadre tenia mucha confianza en él. Hacia de capataz suyo.

— Y este muchacho, dices que es hijo de Colchao? volví á preguntarle.

— Sí, señor, repitió.

— Y, dónde vives tú? le pregunté á aquel.

— En la toldería del capitanejo Estanislao.

— Cerca de aquí?

— No, señor.

— Qué distancia hay?

— Un dia de camino (son treinta leguas en lenguaje convencional de los indios).

— Y á ese hombre le conoces? le pregunté, señalándole al cuarteron.

— Sí, señor.

— Desde cuándo?

— Hace tres dias.

— Tres dias no mas?

— Sí, señor.

— Cómo así?

— Lo he conocido en el campo, viniendo para acá.

— De dónde venias?

— Del toldo de Estanislao.

— En qué rumbo queda?

— Aquí (señalando al Sud Este).

— En qué venia?

— A caballo.

— Con cuántos caballos?

— En el montado.

— Y de dónde venia?

— De lo de Calfucurá.

— Qué por ahí va el camino?

— Por ahí.

— Y cuántos dias de camino hay del toldo de Estanislao á lo de Calfucurá?

— Dos dias y medio.

— Y habla castellano ese hombre?

— Sí, señor.

— Aquí interrumpí el diálogo con el hijo de Colchao, y dirijiéndome al otro, le dije:

— Con que te estabas haciendo el zonzo.

No contestó.

— Habla, imbécil, le dije.

— Tengo vergüenza: me contestó.

— Has de ser algun bandido, repuse, y dándole las espaldas, les dije en voz baja á mis ayudantes: averígüenle la vida.

— Iba á retirarme, pero se me ocurrió una pregunta esencial. Se la hice.

— De dónde eres?

— De Patagones.

— Ah! dijo, mi ayudante Rodriguez, á mí me has dicho hace un rato que chileno.

— Y á mí, no recuerdo quien, que de Bahia Blanca.

— Sí, ha de ser algun pícaro, les contesté.

— Y esto diciendo, me dirijí al toldo de mi compadre.

Estaba como le habia dejado, en la misma postura, seguia picando tabaco con la navaja y hablaba con Juan de Dios San Martin.

Me senté, y le hice preguntar por el lenguaraz, quien era el desconocido.

Me contestó que no sabia, que lo habia visto; pero que habia creido que era de mi jente.

Juan de Dios San Martin dijo, que él no habia reparado en semejante hombre.

Le observé á mi compadre, qué cómo habia podido tomar por hombre mio un rotoso como ese.

Se encojió de hombros y le ordenó á San Martin, que averiguase quién era, de dónde venia, qué queria?

San Martin salió.

Yo me eché en el suelo, como en mullido sofá.

Mi compadre siguió imperturbable picando su tabaco.

Estuvimos en silencio, mientras San Martin indagó lo que queríamos saber.

Juan de Dios San Martin era el lenguaraz de mi compadre, su secretario, su amigo, sirviente y confidente. Varias veces como representante suyo estuvo en el Rio 4º.

Es un *roto* chileno; vivo como un rayo, taimado y melífluo; que sabe tirar y aflojar cuando conviene. Tiene 30 años y sabe leer y escribir perfectamente bien. Tenia varios libros, entre ellos un tratado de geografía.

Como su cara hay muchas. No tiene nada de notable. Es blanco y de sangre pura. Segun él, está entre los indios por rescatar algunos parientes mendocinos. Será ó no verdad. Yo solo sé que estando en el Rio 4º entre varias cautivas, que me mandó Mariano Rosas, que entregué al Padre Burela, venia una de diez y siete años, que se decia prima suya y que le estaba muy agradecida.

Pretendia tambien San Martin estar muy enamorado de una chiquilla de catorce años, *que habia sido ya* querida de mi compadre, quien se la habia vendido. Y decia, que saldria de los indios cuando se la acabára de pagar. La chiquilla andaba por allí, era bonita y muy inocentona al parecer. Lo mismo que estaba con San Martin hubiera estado con otro. Era mendocina y vestia exactamente como una india. Su donosura contrastaba en estremo con su desaseo. Reia y jugaba con todos mis ayudantes, con infantil desenfado; y *su dueño,* no se curaba de ello. El derecho de vida ó muerte que tenia sobre la pobre le inspiraba sin duda esa confianza. La institucion es bárbara, nadie lo pondrá en duda. Pero hay que reconocer que entre los indios nadie *se mata* por celos. Algo mas; hay que reconocer, — que los casos de infidelidad son rarísimos allí.

Miéntras llega San Martin, con las noticias que ha ido á traer se me ocurre preguntar:

La virtud de la fidelidad conyugal, que no puede ser convencional, sino que debe tener por base un sentimiento, — el amor, — donde estará mas segura; entre los ranqueles, ó entre los christianos?

Me guardo bien de contestar.

Prefiero esperar á San Martin, llamando tu atencion, Santiago amigo, sobre los tipos que se refujian entre los indios. Calcula si ellos conocerán bien á los cristianos, sus ideas, sus tendencias, sus proyectos futuros, teniendo á su lado secretarios, lenguaraces, amigos, íntimos por el estilo del que te acabo de bosquejar.

Aquel mundo es realmente digno de estudio. Lo tenemos encima, golpeando diariamente nuestras puertas, como los enemigos de Roma, en sus horas aciagas, y qué sabemos de él?

Que nos roban.

Es bastante. Pero no es una noticia nueva para el país. Tanto valiera decirle, — hay guerra civil en Entre Rios. La conciencia pública lo sabe, no lo vé; pero lo siente. Ella pregunta otra cosa. Cuál es el remedio que costando ménos sangre puede conciliar el *hecho con el derecho?* Y por

cantar las glorias de mi espada, permíteme describirte sin rodeos, cuanto hice y ví entre los Ranqueles.

El pulcro y respetable público tendrá la bondad de ser induljente, á no ser que prefiera, lo que no suele ser raro, la mentira á la verdad.

Rien n'est beau que le vrai.

Tomo el dicho por los cabellos y continúo.

Mi ahijado estaba acostumbrado á la operacion. Los indios se la hacen unos á otros, al rayo del sol, con un apéndice que dejo á tu perspicacia adivinar.

De gustos no hay nada escrito.

Una ostra cruda es para algunos el bocado mas sabroso. Vitelio, se comia, para abrir el apetito, cuarenta docenas de una sentada.

Algunos buscan el queso hediondo, y prefieren *el que camina.*

Miéntras tanto, otros, no pueden pasar ni lo uno ni lo otro.

No nos admiremos de la costumbre de los indios.

He de repetir hasta el cansancio, que nuestra civilizacion no tiene el derecho de ser tan orgullosa.

En Santiago del Estero, donde lengua y costumbres tienen un sabor primitivo, los pobres hacen lo mismo que los indios.

El que quiera verlo, no tiene mas que tomar la mensajería del Norte y dar un paseo por aquella provincia arjentina.

Y en la sierra de Córdoba hacen igual cosa. Está mas cerca y la escursion seria mas pintoresca.

Mi ahijado se quedó dormido.

Le acomodé la cabecita sobre uno de mis muslos y le dejé quieto.

Las visitas se fueron retirando.

Algunas se echaron, quedándose dormidas.

Yo, siguiendo mi plan de *hacerme interesante*, las imité. Qué habia de dormir! Era imposible. Cuerpos estraños al mio, me tenian en una ajitacion indescriptible.

Me quedé no obstante en el toldo haciendo que dormia.

Ronqué.

Mi compadre impuso silencio. Debia mirarme con placer.

De repente llamé con voz trémula y débil á Rufino Pereira.

No contestó; no podia oirme. Lo calculaba.

Entónces, finjiendo un enojo terrible, me incorporé súbito y grité con todas mis fuerzas:

Rufino! Rufino!!

Rufino contestó de lejos, — voy, señor, y entró volando en el toldo.

— Por qué no venias?

— No habia oido.

Le apostrofé.

Mi compadre fumaba tranquilamente su pipa, rodeado de sus tres hijos menores dormidos.

Me miró como diciendo para sus adentros: Este hombre, es un hombre.

Mis contrastes le seducian. La dulzura, la aspereza, la calma y la irascibilidad hablan muy alto á la imajinacion de un salvaje.

— Tráeme mi navaja de barba, le dije á Rufino.

Salió.

— Compadre, continué, dirijiéndome á mi huésped, le voy á hacer un regalo; veo que Vd. se afeita.

No contestó, porque no entendia. Los lenguaraces se habian retirado. Llamó á Juan de Dios San Martin. Entró este y junto con él Rufino, trayendo la navaja y el asentador, que tenia cuatro faces, una con piedra.

Tomélo y haciéndole ver á mi compadre como se asentaba la navaja le dí ambas cosas.

Las tomó y viendo primero si se adaptaban al bolsillo de su tirador, las colocó en seguida en él.

Salí del toldo. Me mudé la ropa, despues que Cármen me ayudó á eliminar los intrusos que se habian guarecido en mis cabellos; dí un paseo porque tenia necesidad de

respirar el aire libre y puro del campo, haciendo fuego con él revólver sobre algunos caranchos y teruteros; y al rato volví al fogon, para acabar de disipar con café los efectos del aguardiente.

De regreso de la caminata, pasé por detrás del toldo de mi compadre y volví á ver la *cara patibularia* del dia ántes, apoyada con aire sombrío en la costanera del ranchito, que servia de cocina, y que sobresalia media vara.

Junto con ella estaba otra juvenil, de aspecto estraño y marcadamente de cristiano.

La curiosidad me acercó á ellos.

Les dirijí la palabra, — callaron.

No entienden? — les dije, con cierta acritud, — Me contestaron en lengua de indio.

Comprendí que no querian hablar conmigo.

El hecho acabó de despertar mi curiosidad.

No puedo decir por qué, pero lo cierto es que la primera cara me alarmaba.

Seguí mi camino con el intento de averiguar quiénes eran aquellos desconocidos.

Entré en el toldo de mi compadre.

Estaba solo con sus hijos, en la misma postura en que le habia dejado hacia un rato, y picaba tabaco.

Con qué?

Nada ménos que con la navaja de barba que le acababa de regalar.

El asentador le servia de punto de apoyo.

Bien empleado me está, dije para mi coleto, por haber gastado pólvora en chimangos.

Mi compadre se sonrió complacido, y con una cara como unas pascuas y mirándose en la superficie tersa y lustrosa de la navaja, me dijo:

Lindo.

Es verdad, le contesté, murmurando, no te degolláras con ella; y agregando al mismo tiempo que hacia el ademan de afeitarme, — mejor es para esto.

Me entendió, y repuso:

— Cuchillo.

Queria decirme que el cuchillo era mas aparente para afeitarse.

Llamó á Juan de Dios San Martin.

Miéntras éste venia, salí del toldo para contarles á mis ayudantes y á los franciscanos qué suerte habia corrido la navaja de Rodgers.

XLV.

Dos desconocidos. — El cuarteron. — El mayor Colchao y su hijo. — Una cautiva esplica quien era Colchao y refiere su historia. — Provocaciones de Caiomuta. — *Gualicho* redondo. — Contradicciones del cuarteron. — Juan de Dios San Martin. — Dudas sobre la fidelidad conyugal. Picando tabaco. — Retrato de Baigorrita. — Un espía de Calfucurá.

En el fogon no habia nadie.

Todos estaban detrás de la cocina, porque en ese sitio no daba el sol.

Buscaba á quien contarle el uso que mi compadre hacia de mi rica navaja de barba.

Fuí pues en busca de mis compañeros de peregrinacion.

Hablaban con los dos desconocidos.

Les llamé aparte, hicieron una rueda, dejándome dentro, y les conté el caso, riéndome á carcajadas.

Unos cuantos, qué bárbaro! se oyeron al mismo tiempo.

Despues de un instante de hilaridad, pregunté, qué hombres son esos, con quienes hablaban Vds.?

— No sabemos, contestaron unos.

— Tratábamos de averiguarlo, los franciscanos.

— Vamos á ver, repuse.

— Me dirijí á ellos. Todos me siguieron.

— Cómo te llamas, le pregunté al primero que habia visto.

Era un cuarteron tostado por el sol, como de cuarenta años.

Tenia una cara que daba miedo — grandes ojos negros, redondos, sin brillo, nariz aplastada, por cuyas ventanas

salian algunos pelos, boca grande, en la que vagaba una sonrisa sardónica, dejando entrever dos filas de dientes enormes, separados, como los del cocodrilo, todo ello encerrado dentro de un óvalo que empezaba con una frente estrecha, erizada de cabellos duros y parados como las espinas del puerco espin, y terminaba con una barba aguda, lijeramente retorcida para arriba.

Estaba gordo y no tenia una sola arruga en el cútis. Llevaba un aro de oro en la oreja izquierda y la barba y el bigote se las habia arrancado con pinzas, á lo indio, de manera que en los poros irritados, se habia infiltrado el polvo mas ténue, dándole con la traspiracion á su antipática facha, el mismo aspecto que hubiera tenido si la hubiesen escalificado con finísimas agujas y tinta china.

Vestia ropa andrajosa. No llevaba calzado, y en sus piés encallecidos resaltaban unas grandes uñas incrustadas como conchas fósiles en calcárea roca.

No me contestó. Pero fijó su mirada vaga en mí.

Volví á interrogarle.

Siguió callado, bajó la vista, la fijó en tierra, é hizo un ademan con los hombros, hundiendo el pescuezo en ellos, como quien dice: no sé, qué le importa á Vd.

— Tú has de ser algun bellaco, le dije.

No contestó.

Entónces, dirijiéndome al mas jóven:

— Y tú, quién eres? le pregunté.

Parecia un cuadro humano. Era un mono, vestido de gaucho. Tambien estaba afeitado á lo indio, y su ropa era nueva y de buena calidad. Tendria diez y ocho años.

— Soy hijo del mayor Colchao, me contestó.

— Hijo del mayor Colchao? repuse, con estrañeza.

Una cautiva que se habia allegado á nosotros, me dijo:

— Es mi marido.

— Tu marido?

— Sí, señor.

— Cómo es eso?

— El cacique me ha casado con él.

Me refirió entónces, que era de San Luis, que durante

algun tiempo habia vivido con un indio muy malo. Que es habia muerto á consecuencia de heridas recibidas en última invasion que llevaron los Ranqueles al Rio 5º, cuan los derroté en los Pozos Covados, cerca de Santa Catalin y que no habiendo dejado herederos, Baigorrita la hab recojido y se la habia dado al mayor Colchao, montone de la jente del Chaco, refujiado en Tiera Adentro. Agre que Colchao era muy bueno y que ahora era feliz.

Vea, señor, me decia, como me castigaba el indio. mostraba los brazos y el seno cubiertos de moretones emp dernidos y de cicatrices. Así, añadia, con mezclada espresi de candor y crueldad, — yo rogaba á Dios que el ind echára por la herida cuanto comiese. Porque tenia un b lazo en el pescuezo y por ahí se le salia todo, envuelto c el humor y....

Me dió asco aquella desdichada, cuyos ojos eran herm sísimos. Tenia una lubricidad incitante en la fisonomía. E esbelta y graciosa.

A fin de que no continuára el repugnante relato de l agonías de su opresor, y queriendo saber quién era ese may Colchao, la interrumpí, preguntándole:

— Y quién es Colchao?

— Ese hombre que habrá visto, señor, aquí, el que tra enlazada la res que le carneamos.

Yo lo habia tomado por un indio.

Era un hombre insignificante. Mi compadre tenia muc confianza en él. Hacia de capataz suyo.

— Y este muchacho, dices que es hijo de Colchao? vo á preguntarle.

— Sí, señor, repitió.

— Y, dónde vives tú? le pregunté á aquel.

— En la toldería del capitanejo Estanislao.

— Cerca de aquí?

— No, señor.

— Qué distancia hay?

— Un dia de camino (son treinta leguas en lenguaje co vencional de los indios).

— Y á ese hombre le conoces? le pregunté, señalándole al cuarteron.

— Sí, señor.

— Desde cuándo?

— Hace tres dias.

— Tres dias no mas?

— Sí, señor.

— Cómo así?

— Lo he conocido en el campo, viniendo para acá.

— De dónde venias?

— Del toldo de Estanislao.

— En qué rumbo queda?

— Aquí (señalando al Sud Este).

— En qué venia?

— A caballo.

— Con cuántos caballos?

— En el montado.

— Y de dónde venia?

— De lo de Calfucurá.

— Qué por ahí va el camino?

— Por ahí.

— Y cuántos dias de camino hay del toldo de Estanislao á lo de Calfucurá?

— Dos dias y medio.

— Y habla castellano ese hombre?

— Sí, señor.

— Aquí interrumpí el diálogo con el hijo de Colchao, y dirijiéndome al otro, le dije:

— Con que te estabas haciendo el zonzo.

No contestó.

— Habla, imbécil, le dije.

— Tengo vergüenza: me contestó.

— Has de ser algun bandido, repuse, y dándole las espaldas, les dije en voz baja á mis ayudantes: averígüenle la vida.

— Iba á retirarme, pero se me ocurrió una pregunta esencial. Se la hice.

— De dónde eres?

— De Patagones.

— Ah! dijo, mi ayudante Rodriguez, á mí me has dicho hace un rato que chileno.

— Y á mí, no recuerdo quien, que de Bahia Blanca.

— Sí, ha de ser algun pícaro, les contesté.

— Y esto diciendo, me dirijí al toldo de mi compadre.

Estaba como le habia dejado, en la misma postura, seguia picando tabaco con la navaja y hablaba con Juan de Dios San Martin.

Me senté, y le hice preguntar por el lenguaraz, quien era el desconocido.

Me contestó que no sabia, que lo habia visto; pero que habia creido que era de mi jente.

Juan de Dios San Martin dijo, que él no habia reparado en semejante hombre.

Le observé á mi compadre, qué cómo habia podido tomar por hombre mio un rotoso como ese.

Se encojió de hombros y le ordenó á San Martin, que averiguase quién era, de dónde venia, qué queria?

San Martin salió.

Yo me eché en el suelo, como en mullido sofá.

Mi compadre siguió imperturbable picando su tabaco.

Estuvimos en silencio, mientras San Martin indagó lo que queríamos saber.

Juan de Dios San Martin era el lenguaraz de mi compadre, su secretario, su amigo, sirviente y confidente. Varias veces como representante suyo estuvo en el Rio 4°.

Es un *roto* chileno; vivo como un rayo, taimado y melífluo; que sabe tirar y aflojar cuando conviene. Tiene 30 años y sabe leer y escribir perfectamente bien. Tenia varios libros, entre ellos un tratado de geografía.

Como su cara hay muchas. No tiene nada de notable. Es blanco y de sangre pura. Segun él, está entre los indios por rescatar algunos parientes mendocinos. Será ó no verdad. Yo solo sé que estando en el Rio 4° entre varias cautivas, que me mandó Mariano Rosas, que entregué al Padre Burela, venia una de diez y siete años, que se decia prima suya y que le estaba muy agradecida.

Pretendia tambien San Martin estar muy enamorado de una chiquilla de catorce años, *que habia sido ya* querida de mi compadre, quien se la habia vendido. Y decia, que saldria de los indios cuando se la acabára de pagar. La chiquilla andaba por allí, era bonita y muy inocentona al parecer. Lo mismo que estaba con San Martin hubiera estado con otro. Era mendocina y vestia exactamente como una india. Su donosura contrastaba en estremo con su desaseo. Reia y jugaba con todos mis ayudantes, con infantil desenfado; y *su dueño,* no se curaba de ello. El derecho de vida ó muerte que tenia sobre la pobre le inspiraba sin duda esa confianza. La institucion es bárbara, nadie lo pondrá en duda. Pero hay que reconocer que entre los indios nadie *se mata* por celos. Algo mas; hay que reconocer, — que los casos de infidelidad son rarísimos allí.

Miéntras llega San Martin, con las noticias que ha ido á traer se me ocurre preguntar:

La virtud de la fidelidad conyugal, que no puede ser convencional, sino que debe tener por base un sentimiento, — el amor, — donde estará mas segura; entre los ranqueles, ó entre los christianos?

Me guardo bien de contestar.

Prefiero esperar á San Martin, llamando tu atencion, Santiago amigo, sobre los tipos que se refujian entre los indios. Calcula si ellos conocerán bien á los cristianos, sus ideas, sus tendencias, sus proyectos futuros, teniendo á su lado secretarios, lenguaraces, amigos, íntimos por el estilo del que te acabo de bosquejar.

Aquel mundo es realmente digno de estudio. Lo tenemos encima, golpeando diariamente nuestras puertas, como los enemigos de Roma, en sus horas aciagas, y qué sabemos de él?

Que nos roban.

Es bastante. Pero no es una noticia nueva para el país. Tanto valiera decirle, — hay guerra civil en Entre Rios. La conciencia pública lo sabe, no lo vé; pero lo siente. Ella pregunta otra cosa. Cuál es el remedio que costando ménos sangre puede conciliar el *hecho con el derecho?* Y por

qué pregunta eso? Porque miéntras para todo le presenteis el filo de una espada, la clemencia humana estará en su derecho de esclamar, *fratricidas.*

San Martin volvió diciendo, que el desconocido venia de las tolderías de Calfucurá.

Mi compadre no manifestó estrañeza alguna.

— Y cómo es, le pregunté, que Vds. no se fijan en los que vienen y están una porcion de dias comiendo en sus casas?

— Aquí viene el que quiere, compadre, me contestó.

— Y si vienen á espiar?

— Y qué van á espiar?

— Pero lo que Vds. hacen.

— Nosotros hacemos toda la vida lo mismo.

Le hice una seña á San Martin, salí del toldo y me siguió.

Mi compadre, continuó picando su tabaco, le quedaba aun un rollo tucumano.

San Martin me habia servido con lealtad en otras ocasiones. Le encargué que tomára mas informes sobre el desconocido y se marchó.

Al separarse de mí, el Padre Marcos vino á decirme que aquel me pedia una camisa y unos calzoncillos, yerba, tabaco y papel.

Todo se me habia concluido. Pero donde hay soldados no faltan jamás corazones desprendidos y jenerosos.

Llamé un asistente y le dije, — que me buscára entre sus compañeros una camisa y un calzoncillo, y todo lo demás que pedia el desconocido.

Hizo una junta; á este le pidió una cosa, á aquel otra, al uno yerba, al otro azúcar, tabaco y papel, y volvió al punto con la contribucion.

Le dí todo al Padre Marcos, y el buen franciscano se fué muy contento llevándoselo á su protejido.

Me senté á descansar en un divan que con caronas y ponchos me improvisaron los soldados.

Dormitaba, cuando oí un tropel de caballos y una voz de indio, que con acento de embriaguez, preguntaba:

— Donde está ese coronel Mansilla?

Hablaba con los que estaban detrás de la cocina.

— Ahí, le contestaron.

Un ginete indio se me presentó, pisándome casi con las patas del caballo.

Le reconocí en el acto, era Caiomuta, y viendo que estaba ébrio le miré con afectado desprecio y no le dije nada.

— Vos Coronel Mansilla, gritó el bárbaro clavándole ferozmente las espuelas al caballo, *rayándolo* y levantando una nube de polvo que me envolvió.

Creí que iba á atropellarme.

Callé, me puse en pié y en actitud de defenderme.

— Vos Coronel Mansilla, volvió á gritarme.

— Sí, le contesté secamente.

— Ahhhh! hizo.

Permanecí en silencio, y como se retirára unos cuantos pasos, avancé sobre él, cubriendo mi frente con el fogon que presentaba el obstáculo de unos grandes montones de leña.

— Vos amigo indio? me dijo.

Sí, le contesté, y avancé para darle la mano.

Me rechazó, diciendo:

— Yo dando mano, amigo no mas.

— Yo soy tu amigo.

— ¿Por qué entónces midiendo tierra, — *gualicho redondo?*

Gualicho redondo, era mi aguja de marear óptica, de la que me habia servido infinidad de veces, en la travesía del Rio 5º á Leubucó.

— Eso no es para medir la tierra, le contesté.

— Vos engañando, repuso.

— Yo no miento.

— ¿Y entónces qué haciendo *gualicho redondo?*

— Era para saber el rumbo — donde quedaba el Norte.

— ¿Y para qué haciendo eso, teniendo camino y baqueano?

— Porque cuando ando por los campos me gusta saber derecho á donde voy.

Winca! winca! murmuró. Y en voz alta y volviendo á rayar el caballo, en círculos concéntricos para lucir la rienda del animal y su destreza, gritó: engañando!

Llegaron varios indios, hablaron á un mismo tiempo y rodeándome, me dijeron:

— Dando camisa.

— No tengo, contesté secamente.

Caiomuta, con ojos mal intencionados me echó encima el caballo, balanceándose sobre él con dificultad, y me dijo:

— Vos rico, dando pues, pobre indios.

— Yo no doy nada á quien no es mi amigo, le contesté, frunciendo el ceño y apostrofándole de bárbaro.

Recojió el caballo como para atropellarme. Me retiré. Llegaron mis ayudantes y asistentes y me rodearon.

— Winca! winca! bramó el indio.

Juan de Dios San Martin, se presentó en ese momento y me dijo, que decia Baigorrita, que no le hiciera caso á su hermano, que me fuera á su toldo. Y de su cuenta agregó: Ese indio, señor, tiene muy malas entrañas.

Me pareció desdoroso abandonar el campo.

Le contesté á mi compadre, que no tuviese cuidado.

Caiomuta se echó al coleto un trago, como un chorro, de un limeta de aguardiente que llevaba en la mano derecha, y picando el caballo y vociferando insultos contra Baigorrita, á quien tachaba de ladron, y diciéndoles á los otros que le siguieran, se lanzó á toda brida, por unos arenales donde parecia imposible que el caballo corriera.

Queriendo evitar un segundo diálogo, me dirijí al toldo de mi compadre. Pero viendo al padre Márcos con el desconocido, hice un rodeo y me acerqué á ellos.

— Y al fin de dónde eres, le pregunté; de Chile, de Patagones ó de Bahía Blanca?

No me contestó.

— Con que tienes lengua para pedir, y no la tienes para contestar? agregué.

— Yo no he pedido nada, contestó por primera vez con acento porteño.

— Lo que yo debia hacer era quitarte por soberbio lo que te he dado, le dije.

— Ahí está, murmuró, con desprecio.

Me retiré — aquel hombre me alteraba la sangre, y entré en el toldo de mi compadre.

Seguia picando tabaco.

Me hizo señas de que tomára asiento.

Me senté.

Trajeron puchero.

Comí.

A mi compadre le sirvieron un riñon de cordero caliente crudo y un bofe de vaca fiambre, aliñado con cebolla y sal.

Me ofreció un bocado.

Acepté.

El riñon era incomible — hedía como álcali volátil. Pero lo mastiqué procurando no hacer jestos y lo tragué.

El bofe era pasable. Pero prefiero no volver á probarlo mas en mi vida.

Como no habia lenguaraz, no hablábamos sino una que otra palabra.

Aproveché el tiempo para examinar la fisonomía de aquel *picador de tabaco* imperturbable, especie de patriarca.

Manuel Baigorria, álias, Baigorrita, tiene treinta y dos años.

Se llama así porque su padrino de bautismo fué el gaucho puntano de ese nombre, que en tiempos del cacique Pichun, de quién era muy amigo, vivió en Tierra Adentro. Su madre fué una señora cautiva del Morro. Allí vivia no há mucho con su familia, rescatada, no puedo decir en que época. Baigorrita tiene la talla mediana, predominando en su fisonomía el tipo español. Sus ojos son negros, grandes, redondos y brillantes; su nariz respingada y abierta; su boca regular; sus labios gruesos; su barba corta y ancha. Tiene una cabellera larga, negra y lácia y una frente espaciosa, que no carece de nobleza. Su mirada es dulce, bravía algunas veces. En este conjunto, sobresalen los instintos carnales y cierta inclinacion á las emociones fuertes, envuelto todo en las brumas de una melancolía jenial.

Con otro tipo mi compadre seria un árabe.

Es muy aficionado á las mujeres, jugador y pobre; tiene reputacion de valiente, de manso y prestijio militar entre sus indios.

Sus costumbres son sencillas, no es lujoso ni en los arreos de su caballo.

Me habló varias veces con ternura de la madre, manifestándome el deseo de ir al Morro á visitar sus parientes.

Caiomuta es su hermano menor por parte de padre. Son enemigos. Caiomuta es rico, ladron como Caco, borracho como Baco y malo como Satanás. Insolente, violento, audaz, aborrecido de la jeneralidad. Pero es fuerte, porque tiene un circulito de desalmados que le siguen ciegamente, ayudándole á perpetrar todas sus maldades.

Concluia el estudio de los rasgos fisonómicos de mi compadre, cuando se presentó San Martin.

Cambió algunas palabras en lengua araucana con aquel, y diciéndome en un aparte, que tenia algo que comunicarme, se retiró.

Hasta luego, le dije á Baigorrita, que sin dejar de picar su tabaco, me contestó *Adio!* (los indios como los negros no pronuncian jeneralmente las eses finales), y fuí á ver que me queria San Martin.

En cuanto me acerqué á él, me dijo:

— Señor, el hombre es un espía de Calfucurá.

— Y tras de qué anda? le pregunté.

— Viene á ver que hace Vd. aquí. Allí temen que Vd. mueva estas indiadas contra aquellas.

— Y se lo has dicho á Baigorrita, ahora lo que hablaste con él?

— No, señor.

— Avisaselo, pues.

San Martin obedeció.

Yo me quedé pensando en la cautelosa prevision de Calfucurá, el gran político y guerrero de la Pampa, tan temido por su poder como por su sabiduría.

La noticia de mi arribo á las tolderías de los ranqueles,

le habia sido trasmitida por Mariano Rosas, junto con una consulta, en su calidad de aliado por simpatía de raza.

Su contestacion habia sido, — que la paz convenia, que no trepidase en sellarla y cumplirla.

Al mismo tiempo habia enviado un emisario secreto.

Hombres de Estados cultos habrian procedido de otra manera?

La diplomacia moderna es mas sincera y ménos desconfiada?

Tú, que vives en Europa, donde nacieron y gobernaron Richelieu, Mazarino, Walpole, Alberoni, Talleyrand, y Metternich, en Europa, que nos dá la norma en todo, lo dirás.

---

algun tiempo habia vivido con un indio muy malo. Que este habia muerto á consecuencia de heridas recibidas en la última invasion que llevaron los Ranqueles al Rio 5°, cuando los derroté en los Pozos Covados, cerca de Santa Catalina; y que no habiendo dejado herederos, Baigorrita la habia recojido y se la habia dado al mayor Colchao, montonero de la jente del Chaco, refujiado en Tiera Adentro. Agregó que Colchao era muy bueno y que ahora era feliz.

Vea, señor, me decia, como me castigaba el indio. Y mostraba los brazos y el seno cubiertos de moretones empedernidos y de cicatrices. Así, añadia, con mezclada espresion de candor y crueldad, — yo rogaba á Dios que el indio echára por la herida cuanto comiese. Porque tenia un balazo en el pescuezo y por ahí se le salia todo, envuelto con el humor y....

Me dió asco aquella desdichada, cuyos ojos eran hermosísimos. Tenia una lubricidad incitante en la fisonomía. Era esbelta y graciosa.

A fin de que no continuára el repugnante relato de las agonías de su opresor, y queriendo saber quién era ese mayor Colchao, la interrumpí, preguntándole:

— Y quién es Colchao?

— Ese hombre que habrá visto, señor, aquí, el que traia enlazada la res que le carneamos.

Yo lo habia tomado por un indio.

Era un hombre insignificante. Mi compadre tenia mucha confianza en él. Hacia de capataz suyo.

— Y este muchacho, dices que es hijo de Colchao? volví á preguntarle.

— Sí, señor, repitió.

— Y, dónde vives tú? le pregunté á aquel.

— En la toldería del capitanejo Estanislao.

— Cerca de aquí?

— No, señor.

— Qué distancia hay?

— Un dia de camino (son treinta leguas en lenguaje convencional de los indios).

— Y á ese hombre le conoces? le pregunté, señalándole al cuarteron.

— Sí, señor.

— Desde cuándo?

— Hace tres dias.

— Tres dias no mas?

— Sí, señor.

— Cómo así?

— Lo he conocido en el campo, viniendo para acá.

— De dónde venias?

— Del toldo de Estanislao.

— En qué rumbo queda?

— Aquí (señalando al Sud Este).

— En qué venia?

— A caballo.

— Con cuántos caballos?

— En el montado.

— Y de dónde venia?

— De lo de Calfucurá.

— Qué por ahí va el camino?

— Por ahí.

— Y cuántos dias de camino hay del toldo de Estanislao á lo de Calfucurá?

— Dos dias y medio.

— Y habla castellano ese hombre?

— Sí, señor.

— Aquí interrumpí el diálogo con el hijo de Colchao, y dirijiéndome al otro, le dije:

— Con que te estabas haciendo el zonzo.

No contestó.

— Habla, imbécil, le dije.

— Tengo vergüenza: me contestó.

— Has de ser algun bandido, repuse, y dándole las espaldas, les dije en voz baja á mis ayudantes: averígüenle la vida.

— Iba á retirarme, pero se me ocurrió una pregunta esencial. Se la hice.

— De dónde eres?

— De Patagones.

— Ah! dijo, mi ayudante Rodriguez, á mí me has dicho hace un rato que chileno.

— Y á mí, no recuerdo quien, que de Bahia Blanca.

— Sí, ha de ser algun pícaro, les contesté.

— Y esto diciendo, me dirijí al toldo de mi compadre.

Estaba como le habia dejado, en la misma postura, seguia picando tabaco con la navaja y hablaba con Juan de Dios San Martin.

Me senté, y le hice preguntar por el lenguaraz, quien era el desconocido.

Me contestó que no sabia, que lo habia visto; pero que habia creido que era de mi jente.

Juan de Dios San Martin dijo, que él no habia reparado en semejante hombre.

Le observé á mi compadre, qué cómo habia podido tomar por hombre mio un rotoso como ese.

Se encojió de hombros y le ordenó á San Martin, que averiguase quién era, de dónde venia, qué queria?

San Martin salió.

Yo me eché en el suelo, como en mullido sofá.

Mi compadre siguió imperturbable picando su tabaco.

Estuvimos en silencio, mientras San Martin indagó lo que queríamos saber.

Juan de Dios San Martin era el lenguaraz de mi compadre, su secretario, su amigo, sirviente y confidente. Varias veces como representante suyo estuvo en el Rio 4°.

Es un *roto* chileno; vivo como un rayo, taimado y melífluo; que sabe tirar y aflojar cuando conviene. Tiene 30 años y sabe leer y escribir perfectamente bien. Tenia varios libros, entre ellos un tratado de geografía.

Como su cara hay muchas. No tiene nada de notable. Es blanco y de sangre pura. Segun él, está entre los indios por rescatar algunos parientes mendocinos. Será ó no verdad. Yo solo sé que estando en el Rio 4° entre varias cautivas, que me mandó Mariano Rosas, que entregué al Padre Burela, venia una de diez y siete años, que se decia prima suya y que le estaba muy agradecida.

Pretendia tambien San Martin estar muy enamorado de una chiquilla de catorce años, *que habia sido ya* querida de mi compadre, quien se la habia vendido. Y decia, que saldria de los indios cuando se la acabára de pagar. La chiquilla andaba por allí, era bonita y muy inocentona al parecer. Lo mismo que estaba con San Martin hubiera estado con otro. Era mendocina y vestia exactamente como una india. Su donosura contrastaba en estremo con su desaseo. Reia y jugaba con todos mis ayudantes, con infantil desenfado; y *su dueño,* no se curaba de ello. El derecho de vida ó muerte que tenia sobre la pobre le inspiraba sin duda esa confianza. La institucion es bárbara, nadie lo pondrá en duda. Pero hay que reconocer que entre los indios nadie *se mata* por celos. Algo mas; hay que reconocer, — que los casos de infidelidad son rarísimos allí.

Miéntras llega San Martin, con las noticias que ha ido á traer se me ocurre preguntar:

La virtud de la fidelidad conyugal, que no puede ser convencional, sino que debe tener por base un sentimiento, — el amor, — donde estará mas segura; entre los ranqueles, ó entre los christianos?

Me guardo bien de contestar.

Prefiero esperar á San Martin, llamando tu atencion, Santiago amigo, sobre los tipos que se refujian entre los indios. Calcula si ellos conocerán bien á los cristianos, sus ideas, sus tendencias, sus proyectos futuros, teniendo á su lado secretarios, lenguaraces, amigos, íntimos por el estilo del que te acabo de bosquejar.

Aquel mundo es realmente digno de estudio. Lo tenemos encima, golpeando diariamente nuestras puertas, como los enemigos de Roma, en sus horas aciagas, y qué sabemos de él?

Que nos roban.

Es bastante. Pero no es una noticia nueva para el país. Tanto valiera decirle, — hay guerra civil en Entre Rios. La conciencia pública lo sabe, no lo vé; pero lo siente. Ella pregunta otra cosa. Cuál es el remedio que costando ménos sangre puede conciliar el *hecho con el derecho?* Y por

qué pregunta eso? Porque miéntras para todo le presenteis el filo de una espada, la clemencia humana estará en su derecho de esclamar, *fratricidas.*

San Martin volvió diciendo, que el desconocido venia de las tolderías de Calfucurá.

Mi compadre no manifestó estrañeza alguna.

— Y cómo es, le pregunté, que Vds. no se fijan en los que vienen y están una porcion de dias comiendo en sus casas?

— Aquí viene el que quiere, compadre, me contestó.

— Y si vienen á espiar?

— Y qué van á espiar?

— Pero lo que Vds. hacen.

— Nosotros hacemos toda la vida lo mismo.

Le hice una seña á San Martin, salí del toldo y me siguió.

Mi compadre, continuó picando su tabaco, le quedaba aun un rollo tucumano.

San Martin me habia servido con lealtad en otras ocasiones. Le encargué que tomára mas informes sobre el desconocido y se marchó.

Al separarse de mí, el Padre Marcos vino á decirme que aquel me pedia una camisa y unos calzoncillos, yerba, tabaco y papel.

Todo se me habia concluido. Pero donde hay soldados no faltan jamás corazones desprendidos y jenerosos.

Llamé un asistente y le dije, — que me buscára entre sus compañeros una camisa y un calzoncillo, y todo lo demás que pedia el desconocido.

Hizo una junta; á este le pidió una cosa, á aquel otra, al uno yerba, al otro azúcar, tabaco y papel, y volvió al punto con la contribucion.

Le dí todo al Padre Marcos, y el buen franciscano se fué muy contento llevándoselo á su protejido.

Me senté á descansar en un divan que con caronas y ponchos me improvisaron los soldados.

Dormitaba, cuando oí un tropel de caballos y una voz de indio, que con acento de embriaguez, preguntaba:

— Donde está ese coronel Mansilla?

Hablaba con los que estaban detrás de la cocina.

— Ahí, le contestaron.

Un ginete indio se me presentó, pisándome casi con las patas del caballo.

Le reconocí en el acto, era Caiomuta, y viendo que estaba ébrio le miré con afectado desprecio y no le dije nada.

— Vos Coronel Mansilla, gritó el bárbaro clavándole ferozmente las espuelas al caballo, *rayándolo* y levantando una nube de polvo que me envolvió.

Creí que iba á atropellarme.

Callé, me puse en pié y en actitud de defenderme.

— Vos Coronel Mansilla, volvió á gritarme.

— Sí, le contesté secamente.

— Ahhhh! hizo.

Permanecí en silencio, y como se retirára unos cuantos pasos, avancé sobre él, cubriendo mi frente con el fogon que presentaba el obstáculo de unos grandes montones de leña.

— Vos amigo indio? me dijo.

Sí, le contesté, y avancé para darle la mano.

Me rechazó, diciendo:

— Yo dando mano, amigo no mas.

— Yo soy tu amigo.

— ¿Por qué entónces midiendo tierra, — *gualicho redondo?*

Gualicho redondo, era mi aguja de marear óptica, de la que me habia servido infinidad de veces, en la travesía del Rio 5º á Leubucó.

— Eso no es para medir la tierra, le contesté.

— Vos engañando, repuso.

— Yo no miento.

— ¿Y entónces qué haciendo *gualicho redondo?*

— Era para saber el rumbo — donde quedaba el Norte.

— ¿Y para qué haciendo eso, teniendo camino y baqueano?

— Porque cuando ando por los campos me gusta saber derecho á donde voy.

Winca! winca! murmuró. Y en voz alta y volviendo á rayar el caballo, en círculos concéntricos para lucir la rienda del animal y su destreza, gritó: engañando!

Llegaron varios indios, hablaron á un mismo tiempo y rodeándome, me dijeron:

— Dando camisa.

— No tengo, contesté secamente.

Caiomuta, con ojos mal intencionados me echó encima el caballo, balanceándose sobre él con dificultad, y me dijo:

— Vos rico, dando pues, pobre indios.

— Yo no doy nada á quien no es mi amigo, le contesté, frunciendo el ceño y apostrofándole de bárbaro.

Recojió el caballo como para atropellarme. Me retiré. Llegaron mis ayudantes y asistentes y me rodearon.

— Winca! winca! bramó el indio.

Juan de Dios San Martin, se presentó en ese momento y me dijo, que decia Baigorrita, que no le hiciera caso á su hermano, que me fuera á su toldo. Y de su cuenta agregó: Ese indio, señor, tiene muy malas entrañas.

Me pareció desdoroso abandonar el campo.

Le contesté á mi compadre, que no tuviese cuidado.

Caiomuta se echó al coleto un trago, como un chorro, de un limeta de aguardiente que llevaba en la mano derecha, y picando el caballo y vociferando insultos contra Baigorrita, á quien tachaba de ladron, y diciéndoles á los otros que le siguieran, se lanzó á toda brida, por unos arenales donde parecia imposible que el caballo corriera.

Queriendo evitar un segundo diálogo, me dirijí al toldo de mi compadre. Pero viendo al padre Márcos con el desconocido, hice un rodeo y me acerqué á ellos.

— Y al fin de dónde eres, le pregunté; de Chile, de Patagones ó de Bahía Blanca?

No me contestó.

— Con que tienes lengua para pedir, y no la tienes para contestar? agregué.

— Yo no he pedido nada, contestó por primera vez con acento porteño.

— Lo que yo debia hacer era quitarte por soberbio lo que te he dado, le dije.

— Ahí está, murmuró, con desprecio.

Me retiré — aquel hombre me alteraba la sangre, y entré en el toldo de mi compadre.

Seguia picando tabaco.

Me hizo señas de que tomára asiento.

Me senté.

Trajeron puchero.

Comí.

A mi compadre le sirvieron un riñon de cordero caliente crudo y un bofe de vaca fiambre, aliñado con cebolla y sal.

Me ofreció un bocado.

Acepté.

El riñon era incomible — hedía como álcali volátil. Pero lo mastiqué procurando no hacer jestos y lo tragué.

El bofe era pasable. Pero prefiero no volver á probarlo mas en mi vida.

Como no habia lenguaraz, no hablábamos sino una que otra palabra.

Aproveché el tiempo para examinar la fisonomía de aquel *picador de tabaco* imperturbable, especie de patriarca.

Manuel Baigorria, álias, Baigorrita, tiene treinta y dos años.

Se llama así porque su padrino de bautismo fué el gaucho puntano de ese nombre, que en tiempos del cacique Pichun, de quién era muy amigo, vivió en Tierra Adentro. Su madre fué una señora cautiva del Morro. Allí vivia no há mucho con su familia, rescatada, no puedo decir en que época. Baigorrita tiene la talla mediana, predominando en su fisonomía el tipo español. Sus ojos son negros, grandes, redondos y brillantes; su nariz respingada y abierta; su boca regular; sus labios gruesos; su barba corta y ancha. Tiene una cabellera larga, negra y lácia y una frente espaciosa, que no carece de nobleza. Su mirada es dulce, bravía algunas veces. En este conjunto, sobresalen los instintos carnales y cierta inclinacion á las emociones fuertes, envuelto todo en las brumas de una melancolía jenial.

Con otro tipo mi compadre seria un árabe.

Es muy aficionado á las mujeres, jugador y pobre; tiene reputacion de valiente, de manso y prestijio militar entre sus indios.

Sus costumbres son sencillas, no es lujoso ni en los arreos de su caballo.

Me habló varias veces con ternura de la madre, manifestándome el deseo de ir al Morro á visitar sus parientes.

Caiomuta es su hermano menor por parte de padre. Son enemigos. Caiomuta es rico, ladron como Caco, borracho como Baco y malo como Satanás. Insolente, violento, audaz, aborrecido de la jeneralidad. Pero es fuerte, porque tiene un circulito de desalmados que le siguen ciegamente, ayudándole á perpetrar todas sus maldades.

Concluia el estudio de los rasgos fisonómicos de mi compadre, cuando se presentó San Martin.

Cambió algunas palabras en lengua araucana con aquel, y diciéndome en un aparte, que tenia algo que comunicarme, se retiró.

Hasta luego, le dije á Baigorrita, que sin dejar de picar su tabaco, me contestó *Adio!* (los indios como los negros no pronuncian jeneralmente las eses finales), y fuí á ver que me queria San Martin.

En cuanto me acerqué á él, me dijo:

— Señor, el hombre es un espía de Calfucurá.

— Y tras de qué anda? le pregunté.

— Viene á ver que hace Vd. aquí. Allí temen que Vd. mueva estas indiadas contra aquellas.

— Y se lo has dicho á Baigorrita, ahora lo que hablaste con él?

— No, señor.

— Avisaselo, pues.

San Martin obedeció.

Yo me quedé pensando en la cautelosa prevision de Calfucurá, el gran político y guerrero de la Pampa, tan temido por su poder como por su sabiduría.

La noticia de mi arribo á las tolderías de los ranqueles

le habia sido trasmitida por Mariano Rosas, junto con una consulta, en su calidad de aliado por simpatía de raza.

Su contestacion habia sido, — que la paz convenia, que no trepidase en sellarla y cumplirla.

Al mismo tiempo habia enviado un emisario secreto.

Hombres de Estados cultos habrian procedido de otra manera?

La diplomacia moderna es mas sincera y ménos desconfiada?

Tú, que vives en Europa, donde nacieron y gobernaron Richelieu, Mazarino, Walpole, Alberoni, Talleyrand, y Metternich, en Europa, que nos dá la norma en todo, lo dirás.

XLVI.

Cansancio. — Puesta de sol. — Un fogon de dos filas. — Mis caballos no estaban seguros. — Aviso de Baigorrita. — Los indios viven robándose unos á otros. — La justicia. — Los pobres son como los caballos *patrios*. — Cena y sueño. — Intentan robarme mis caballos. — Cantan los gallos. Vision. — El mate. — Un cañonazo.

El dia habia sido fecundo en impresiones. La tarde, esa hora dulce y melancólica avanzaba. El fuego solar no quemaba ya. La brisa vespertina soplaba fresca, batiendo la grama frondosa, el verde y florido trébol, el oloroso poleo, y arrancándoles sus perfumes suaves y balsámicos á los campos, saturaba la atmósfera al pasar con aromáticas exalaciones. Los ganados se retiraban pausadamente al aprisco.

Mi cuerpo tenia necesidad de reposo. Mi estómago pedia un asadito á la criolla. Teníamos una carne gorda, que solo mirarla abria el apetito.

Mandé hacer un buen fogon, con asientos para todos. Proclamé cariñosamente á los asistentes, para que trajeran leña gruesa de chañar y carda.

Habia una enramada llena de cueros viejos, de trebejos inútiles, de guascas y chala de maíz. Le eché el ojo, la mandé limpiar, y me dispuse á cenar, como un príncipe, y á pasar una noche de perlas.

Mis pensamientos eran plácidos, como los del niño que alegre corre y juguetea, en tarde primaveral, por las avenidas acordonadas de arrayan del verde y pintado pensil.

Las penas andaban huidas. Tambien ellas son veleidosas. A veces suelo echarlas de ménos.

El sol hundió su frente radiosa tras de las alturas de Quenque, augurando el limpio horizonte y el cielo despejado de nubes un nuevo hermoso dia; las estrellas comenzaron á centellar tímidamente en el firmamento; las sombras nocturnas fueron envolviendo poco á poco en tinieblas el vasto y dilatado panorama del desierto; y cuando la noche estendió completamente su imponente sudario, el fogon ardia, rechinando al quemarse los gruesos troncos de amarillento calden, chisporroteando alegre la endeble carda, como si festejára el poder del elemento destructor.

La rueda se habia hecho sin órden en dos filas. Detrás de cada franciscano y de cada oficial habia un asistente. El chusco Calisto Oyarzabal atizaba el fuego, reparaba el asado, tomaba mate y soltaba dicharachos sin pararle la lengua un minuto.

A no haber estado allí los frailes, hubiera podido decirse que parecia un Vulcano jocoso entre las llamas, rodeado de condenados; porque aquellas, flameando al viento, chamuscaban su barba, siendo motivo de que hiciera toda clase de piruetas y jesticulaciones, lo que provocando la risa de los circunstantes completaba el cuadro.

Los ojos se me iban, viendo el apetitoso asado.

Pensaba en el pincel y en la paleta de Rembrandt, cuando una voz conocida, dijo detrás de mí, con acento respetuoso.

— Buenas noches, señores!

Era Juan de Dios San Martin.

— Buenas noches; siéntese, amigo, si gusta, le contesté.

Gracias, señor, repuso; no puedo ahora. — Vengo á decirle, — que dice Baigorrita que los caballos están mal donde los tiene: que ha sabido que andan algunos indios ladrones por darle un golpe, y que seria mejor los encerrasen en el corral.

No pude resolverme de pronto á contestar que estaba bueno, porque los animales tenian mucha necesidad de alimentarse bien. Pero entre que sufrieran mas y perderlos, el partido no era dudoso.

Despues de un instante de reflexion, contesté.

— Dile á mi compadre que si hay peligro los haré encerrar.

— Es mejor, contestó San Martin.

— Pues bien, repuse, que los encierren.

Y esto diciendo, le ordené al mayor Lemlemgni le hiciera prevenir á Camilo Arias que las tropillas no dormirian á ronda abierta, sino en el corral.

San Martin se fué y volvió diciéndome:

— Dice Baigorrita que el corral tiene un portillo, que es preciso taparlo con ramas y que pongan una guardia.

Mandé dar las órdenes correspondientes, y como Calisto gritára en ese momento, — ya está! invité nuevamente al mensajero de mi compadre á que se sentára.

Aceptó, ocupó un puesto en la rueda, le entramos al asado, como se dice en la tierra, y miéntras lo hacíamos desaparecer, se pusieron algunos choclos al rescoldo, para tener postre.

Una jauria de perros hambrientos, habia formado á nuestro alrededor una tercera fila. Viendo que no los trataban como los indios, nos empujaban, y á mas de uno le sucedió le arrebatáran la tira de carne que llevaba á la boca. La confianza de aquellos convidados de piedra de cuatro patas llegó á ser tan impertinente, que para que nos dejáran comer en paz hubo que tratarlos á la baqueta.

— Pero hombre, le dije á San Martin, aquí no respetan nada. Será posible que se atrevan á robarme mis caballos hasta del corral de Baigorrita?

— Qué, señor, si son muy ladrones estos indios; el otro dia, no mas, se le han perdido sus caballos á Baigorrita, lo tienen á pié; me contestó.

Y, qué ha hecho?

— Los andan campeando.

— Entónces aquí viven robándose los unos á los otros?

— Así nos mas viven, ya es vicio el que tienen.

— Y qué hacen con lo que roban?

— Unas veces se lo comen, otras lo juegan, otras lo llevan y lo cambalachean en lo de Mariano ó en lo de Ramon, ó se van á lo de Calfucurá, ó se mandan cambiar á Chile.

— Y no castigan á los ladrones?

— Algunas veces, señor.

— Pero, cuando á un indio le roban, qué hace?

— Segun y conforme, señor. Unas veces le pone la queja al cacique, otras él mismo busca al ladron y le quita á la fuerza lo que le han robado.

Le hice algunas preguntas mas, y de sus contestaciones saqué en conclusion que la justicia se administraba de dos modos, — por medio de la autoridad del cacique y por medio de la fuerza del mismo damnificado.

El primer modo es el ménos usual,

1° Porque miéntras el cacique manda averiguar quiénes son los ladrones, descubre el hecho y se prueba, se pasa mucho tiempo, 2° porque los ajentes de que se vale se dejan seducir por los ladrones; 3° porque este procedimiento no le reporta ningun beneficio al juez.

El segundo modo es el que se practica con mas jeneralidad.

Le roban á un indio una tropilla de yeguas, por ejemplo.

Es fulano, dice por adivinacion, ó porque lo sabe. Cuenta el número de hombres de armas llevar que tiene en su casa, recluta sus amigos, se arman todos, le pegan un malon al ladron, y le quitan el robo y cuanto mas pueden.

Jeneralmente no hay lucha, porque los que van á vindicar la justicia son mas numerosos que los que acaudilla el ladron. Contra la fuerza toda resistencia es inútil, máxime si no se tiene razon.

Hecho esto, se le da cuenta al cacique, y de lo que á título de indemnizacion se ha quitado se le hace parte. Este sebo hace inútil todo reclamo ante él. Es perder tiempo.

El indio que vaya á decirle: yo le robé á fulano diez yeguas. Me las ha quitado anoche, y cincuenta mas, recibirá esta contestacion.

Para qué robaste, pues? Róbale vos otra vez, y quítale lo que te ha robado.

Cuando llegaba á esta parte de mis investigaciones sobre la justicia pampa, le pregunté á San Martin:

— Y cuando le roban á un indio pobre, que tiene poca

familia y pocos amigos, y el ladron es mas fuerte que él, qué hace?

— Nada, me contestó.

— Cómo nada?

— Señor, si aquí es lo mismo que entre los cristianos, los pobres siempre se embroman.

Calisto Oyarzábal metió su cuchara y quemándose los dedos y la boca con una tira de asado revolcado en la ceniza, dijo:

— Y así no mas es, pues. Yo entré una vez en una revolucion con D. Olazábal. Despues que las bullas pasaron á él lo hicieron juez en el Rio 4°, y á mi me echaron de veterano al 7 de caballería de línea. Eh! como á él no le faltaban macuquinos, la sacó bien.

— Tú eres un entrometido y un bárbaro, le dije.

— Así será, mi coronel; pero yo creo que tengo razon, repuso.

— Qué sabes tú, hombre?

— Mi coronel, si los pobres son como caballos patrios todo el mundo les dá.

La contestacion, ó mejor dicho, la comparacion les pareció muy buena á los circunstantes, y todos la festejaron.

Efectivamente, no hay nada comparable á la desgraciada condicion de lo que en nuestro lenguaje arjentino se llama, — un *caballo patrio.*

Empecemos porque le falta una oreja, lo que, desfigurándolo, le da el mismo antipático aspecto que tendria cualquier conocido sin narices. Está siempre flaco, y si no está flaco tiene una matadura en la cruz ó en el lomo; es manco ó bichoco; es rengo ó lunanco; es rabon ó tiene una porra enorme en la cola; está mal tusado, y si tiene la crin larga hay en ella un abrojal; cuando no es tuerto, tiene una nube; no tiene buen trote ni buen galope, ni tranco, ni sobrepaso. Y sin embargo, todo el que le encuentra le monta. Y no hay ejemplo de que un patrio haya podido decir al morir: á mí no me sobaron jamás. Todo el que alguna vez le montó le dió duro hasta postrarlo. Ah! si los patrios que á millares yacen sepultados por los campos formando sus osamentas

una especie de fauna post-diluviana se levantáran como espectros de sus tumbas ignoradas y hablasen! qué no contarian! Qué ideas no suministrarian para la defensa y seguridad de las fronteras! Pobres patrios! Quién no les echó la culpa de algo? Cuántas batallas perdidas por ellos desde el año 20 hasta la guerra del Paraguay, cuántas campañas prolongadas como la actual de Entre Rios! Cuántas reputaciones vindicadas á sus costillas por no haber vivido en tiempo de Esopo! Los tiempos hacen todo. Está visto. Pobres patrios! Solo ellos han callado. Resignados han sufrido, sufren y sufrirán su suerte impía. Pobres patrios! Desde el dia en que los hubo, quién no ha murmurado y gritado contra la patria? Todo el mundo ménos ellos.

Such is life!

Así es la vida! Los que no deben quejarse se quejan.

Los choclos se cocieron y los comimos; se acabó la cena, siguió un rato mas la conversacion y luego cada cual pensó en hacer su cama.

La mia estaba deliciosa; con cueros le habian hecho cortinas á la enramada; el airecito fresco de la noche no podia incomodarme. Me acosté.

Despues que los asistentes acomodaron las camas de los franciscanos y de los oficiales se posesionaron del fogon y churrasquearon bien.

Yo me dormí arrullado por su charla, y por la bulla del toldo de mi compadre, que junto con unos cuantos amigos íntimos y sus chinas, saboreaba en el mayor órden el aguardiente que yo le habia llevado.

Varias veces me desperté sobrecojido, creyendo ver al negro del acordion y oir su voz.

Estaba profundamente dormido, cuando San Martin, acercándose á mi cabecera, me despertó diciéndome.

— Mi coronel!

Temiendo que mi compadre quisiera hacerme las de Mariano Rosas, no contesté.

— Mi coronel, mi coronel, repitió San Martin.

— No contesté.

Acercóse entónces á la cama de uno de mis oficiales, y le dijo:

— El coronel está muy dormido, no oye, vengo á decirle que acaban de correr á unos ladrones que andaban por robarle los caballos, que es bueno que mande mas jente al corral.

Viendo que no habia riesgo en darme por despierto, llamé y ordené que cuatro asistentes fueran á reforzar la ronda del corral. Y llamándolo á San Martin, le pregunté que hacia mi compadre.

— Se está divirtiendo, me contestó.

— Bueno, le dije; que no me vayan á embromar llamandome.

— No hay cuidado, señor, Baigorrita me ha encargado que repare no lo incomoden. No quiere que V. lo vea achumado, tiene vergüenza. Por eso ha empezado á beber de noche.

Respiré. Me acomodé en la cama, me dí unas cuantas vueltas, porque algo habia que no permitia conciliar el sueño con facilidad, y por fin me volví á quedar dormido.

El cuerpo se acostumbra á todo. Dormí sin interrupcion unas cuantas horas seguidas.

La vida se pasa sin sentir, ya lo he dicho. Pero ni todos los dias, ni todas las noches son iguales. Si lo fuesen, el peor de los suplicios seria vivir. Felizmente en la existéncia humana hay contrastes.

Imajináos un hombre que no hace mas que divertirse — ó á quien todo le sale bien — que no sabe lo que es una contrariedad; y decidme, lector sesudo, que acabais quizá de estar maldiciendo vuestra estrella, si os cambiarais por él. Ah! el que tiene hambre no sabe lo que es un opulento enfermo del estómago. Con razon un magnate inglés, á quien, en los momentos de sentarse á su opípara mesa se le presentó un desconocido pidiéndole una limosna y diciéndole que era tan desgraciado que se moria de hambre — contesto: vete de aquí, tienes hambre y dices que eres desgraciado.

El desgraciado soy yo, que rodeado de manjares no puedo pasar ninguno, el que no me hace daño me empalaga.

Por eso las mujeres de mas talento, las que mas interesan, — son las que renovándose mas, se prodigan ménos.

Queria decir que la segunda noche de Quenque, no habia sido como la primera.

En cuanto cantaron los gallos me desperté, llamé á Carmen y le pedí mate.

Miéntras hacia fuego, calentaba agua y lo cebaba, pasé revista de impresiones nocturnas. Habia tenido un sueño — un sueño estravagante, como son todos los sueños, por mas que hayan dicho y escrito sobre el particular los grandes soñadores como Simonide, Sevano, el sucesor de Pertinax, la madre de Páris, Alejandro, Amilcar y César.

De una novela de Cárlos Joliet, de una fiesta veneciana dada á Luigi Metello, de mi almuerzo en el toldo de Baigorrita y otras reminiscencias, mi imajinacion habia hecho un verdadero *imbroglio*.

Habia asistido á una cena. Los manjares eran todos de carne humana; los convidados eran cristianos disfrazados de indios y la escena pasaba á la vez en Quenque y en casa de Héctor Varela. El anfitrion era una mujer, Concordia, la hija de Júpiter y de Temis, y al rededor de ella estaban los principales hombres arjentinos. Cada cual tenia una vincha pampa y en ella se leia un mote. Mitre — *Tout ou rien*. Rawson — *Frères unis et libre*. Quintana — *Sempre Diritto*. Alsina — *Remember!* Argerich — *Liberté*. Gutierrez José Maria — *Odi et amo*. Avellaneda — *Dormir? Rêver?* Varela Mariano — *Honni soit qui mal y pense!* Velez Sarsfield — *De l'or!* Gorostiaga — *Assez*. Elizalde — *Jamais, Toujours*. Gainza *Veni, vidi, vici*. Lopez Jordan — *Muriamur*. Sarmiento — *Lasciate ogni speranza*.

Habia muchos otros convidados, veia aun como entre sueños sus caras, mas no podia recordar quienes eran.

Algunos comian — los mas rechazaban la carne humana con asco y con horror!

Una gran orquesta de instrumentos, que parecian de viento — como trompetas de papel de diario tocaba un aire militar y un coro como el que produciria el éco del pueblo agrupado en la plaza pública cantaba:

«There is no hope for nations! Search the page
«Of many thousand years — the daily scene;
«The flow and ebb of each recurring age,
«The everlasting to be which hath been,
«Hath tought us nought or little.»

Lo que traducido en prosa quiere decir:

No hay ya esperanza para las naciones. Recorred las pájinas de los siglos. Qué nos han enseñado sus vicisitudes periódicas, el flujo y reflujo de las edades y esa eterna repeticion de los acontecimientos? Nada ó muy poco.

Cármen llegó con el mate y me sacó de la meditacion retrospectiva en que estaba.

En ese momento se oyó un cañonazo.

Era una descarga eléctrica, un trueno seco.

El fenómeno es frecuente en la Pampa.

XLVII.

Baigorrita se levanta al amanecer y se baña. — Saludos. — En el toldo de mi futuro compadre. — El primer bautismo en Quenque. — Deberes recíprocos del padrino y del ahijado. — Nociones de los indios sobre Dios. — Promesas de mi compadre sobre mi ahijado. — Me hablan de una cosa y contesto otra. — Lucio Victorio Mansilla, será algun dia un gran cacique Pensamientos locos. — Visita al toldo de Caniupan. — Usos y costumbres ranquelinas. — Un fumador sempiterno.

Baigorrita se levantó muy temprano, se fué á la laguna y se baño, para correjir los exsesos de la noche. Sus huéspedes y las chinas hicieron lo mismo, regresando todos frescos y acicalados, con los labios y las mejillas pintados y lunarcitos postizos en los pómulos.

Las chinas asearon el toldo, recojieron leña, hicieron fuego, carnearon una res y se pusieron á cocinar el almuerzo.

Baigorrita y sus amigos, ensillaron los caballos que estaban en el palenque, montaron en ellos, y durante media hora los varearon, haciéndolos correr el tiro de una legua por el campo mas quebrado y escabroso.

Mi compadre regresó solo, soltó su caballo, ensilló otro, entró á su toldo, se sentó, armó cigarros y se puso á fumar.

Juan de Dios San Martin, vino de parte de él á preguntarme, — cómo habia pasado la noche, y si no se habian perdido algunos caballos.

Le contesté que habia dormido muy bien, que no habia ninguna novedad y que así que almorzára iria á hacerle una visita.

Llevó San Martin el mensaje y volvió diciéndome, — que mi compadre se alegraba mucho de que hubiera pasado la

noche á gusto; que me invitaba á ir á su toldo; que iban á llegar visitas nuevas y queria que me conocieran; que allí almorzaria, si no tenia algo mejor que comer que lo suyo.

Hablaba con San Martin cuando se presentó un indio con otro mensaje de Caniupan y un regalo. Me mandaba saludar, vivia de allí legua y media, y me enviaba una bola de patai, pisada con maiz tostado, grande como una bala de cañon de á cuarenta y ocho.

Traté al mensajero como lo merecia, con todo cariño. Le hice algunos regalitos, sacando contribuciones á los oficiales y soldados; le agradecí á Caniupan su atencion y le envié una camisa de Crimea que llevaba esprofeso para él, azúcar, tabaco, yerba y papel, — prometiéndole visita para la tarde.

En seguida me fuí al toldo de mi campadre. Fumaba tranquilamente rodeado de sus hijos: no se movió, me insinuó un asiento con la sonrisa mas dulce y amable, y apenas me habia acomodado en él, le dijo á mi ahijado: padrino, bendicion.

El indiecito vino hácia mí con cierta timidez; le atraje del todo echándole los brazos, le cojí las manecitas que habia unido, obedeciendo al mandato de su padre, le acaricié y le senté á mi lado, — contestándole á su, — bendicion padrino, Dios lo haga bueno ahijado.

La madre, que hablaba español, le preguntó desde el fogon: cómo te llamas?

No contestó. Le repitió la pregunta en lengua araucana y respondió mirándome con recelo: Lucio Mansilla.

Mi compadre se sonrió complacido. La madre, las chinas y cautivas que cocinaban festejaron mucho la respuesta. Una de las mas ladinas, dijo: coronel Mansilla, chico.

Mi compadre llamó á San Martin.

Entró éste; hablaron.

San Martin, me dijo:

— Dice Baigorrita, que cuando se hace el bautismo.

— Dile que cuando quiera, que ahora mismo, si le parece, ántes que entren visitas.

Contestó que bueno.

Llamé al padre Márcos, y el franciscano no se hizo esperar.

En cuanto entró, mi compadre le hizo decir, con San Martin.

— Que si le hacia el favor de bautizarle su hijo?

— Con mucho placer, contestó el Padre.

Salió, volvió con fray Moisés Alvarez, se revistieron, nos hincamos, rezamos el Padre Nuestro, haciendo coro los cautivos que lo sabian y mi ahijado fué bautizado con el nombre de Lucio Victorio.

Terminada la ceremonia, Baigorrita les dió las gracias á los franciscanos y les invitó á sentarse y á almorzar.

Hizo una seña y nos sirvieron. Habia puchero de dos clases, de carne de vaca y de yegua; asado idem. Yo comí carne de yegua, mi compadre lo mismo, los frailes de vaca.

Miéntras almorzábamos llegaron visitas. A todos se les obsequió como á nosotros; los unos eran conocidos del dia ántes, los otros recien llegados. Baigorrita me presentó á todos sucesivamente. Hubo abrazos y apretones de mano hasta el fastidio, las preguntas y respuestas de siempre.

Mi compadre esplicó lo que significaba entre los indios darle al ahijado el nombre y apellido del padrino.

Era ponerlo bajo su patrocinio para toda la vida; pasar del dominio del padre al del padrino; obligarse á quererle siempre, á respetarle en todo, á seguir sus consejos, á no poder en ningun tiempo combatir contra él, so pena de provocar la cólera del cielo.

El padrino se obliga por su parte á mirar al ahijado como hijo propio, — á educarlo, socorrerlo, aconsejarlo y encaminarlo por la senda del bien, so pena de ser maldecido por Dios.

Eran dos séres que se identificaban por un voto solemne.

Con este motivo me habló del gaucho puntano Manuel Baigorria, manifestando el deseo de que se le diera permiso para que le hiciera una visita.

Le dije que una vez hecha la paz, no habia inconveniente en que tuviera ese gusto, si Mariano Rosas lo permitia.

Le agregué que Baigorria no era buen hombre, — que habia sido mal cristiano y mal indio, — que á unos y á otros los habia traicionado.

Me contestó que no desconocia mis razones. Pero que al fin era su padrino, que llevaba su nombre y que él no podia dejar de quererle.

Le dije que sus sentimientos le honraban; porque probaban su lealtad, y que le honraban tanto mas cuanto que convenia en que su padrino habia sido infiel á sus compromisos y á su palabra.

Varios de los visitantes, aprobaron mis observaciones.

Los franciscanos á su turno esplicaron con mansedumbre, claridad y sencillez lo que significaba el bautismo.

Dijeron que el que se bautizaba entraba en gracia de Dios.

Que Dios era eterno, inmenso, misericordioso; que tenia un poder infinito, que hacia cosas grandes que los hombres no podian comprender; que su voluntad era que todos se amáran como hermanos, que no matáran, que no robáran, que no mintieran; que los que se casáran lo hicieran con una sola mujer; que los que tuvieran hijos los educáran y enseñáran á vivir del trabajo; que para ser buen cristiano era necesario tener presente siemper esas cosas.

San Martin, tradujo *las razones* de los franciscanos, y todos los presentes las escucharon con suma atencion.

Mi compadre prometió, — educar á su hijo en la ley de los cristianos, que no se casaria con varias mujeres, ni con dos, que lo enseñaria á vivir de su trabajo.

Entraron mas visitas. Tuvimos una larga conferencia y espliqué el Tratado de paz celebrado con Mariano Rosas.

Todo el que queria me dirijia una pregunta. — Baigorrita me hacia decir con San Martin que tuviera paciencia y Camargo me aconsejaba que no dejára de contestar.

Cuando la interpelacion era impertinente, Camargo me zumbaba al oido: diga señor cuantas yeguas se dan por el Tratado.

Pero hombre, le observaba yo, qué tiene que ver la pregunta con eso? Nada, señor, conteste lo que yo le digo; yo le diré despues como son estos. Era una comedia. Me hablaban de pitos y contestaba flautas. Y el resultado de cada diálogo era siempre el mismo, — bueno, lo que haga

Baigorrita está bien hecho. Mi compadre agachaba la cabeza en señal de asentimiento; y Camargo me decia entre dientes, como hombre que sabia el terreno que pisaba: no vé, señor, si lo que quieren es hacerle creer á Baigorrita que ellos tambien saben hablar.

No ménos de cuatro horas duró la broma aquella. Poco á poco fueron desapareciendo los grandes dignatarios de la tríbu. Por fin nos quedamos *tête à tête* con mi compadre. Me dijo entónces que todo el Tratado le parecia bueno. Pero que deseaba saber quien le iba á entregar á él su parte. Le contesté que Mariano Rosas era quien debia hacerlo; que tanto él como Ramon lo habian apoderado para tratar. Convino en ello, y terminamos, pidiéndome dejára bien arreglado con Mariano, que á su tríbu le tocaba la mitad de todo lo que el gobierno iba á entregar, lo que prometí hacer.

Mi ahijado, el futuro cacique Lucio Victorio Mansilla, no se movió de mi lado, miéntras duró la conferencia. Viéndolo cabecear le acomodé la cabecita en el respaldo de mi asiento y se quedó dormido. Era hora de siesta. Me acosté sin decirle una palabra á mi compadre y dormí hasta que el desasosiego me despertó. Mi cuerpo hervia.

Me levanté, salí del toldo y lo dejé á mi compadre fumando y haciéndose espulgar por una de sus chinas.

Cambié de ropa, y en tanto que me vestia pensaba que el plan soñado de hacerme proclamar emperador de los Ranqueles bien valia la pena de aquellos sacrificios.

Murmuré: *Lucius Victorius*, *imperator*. Me pareció sonoro. Pero la onomancia me dijo, — loco! Me miré la palma de la mano, consulté sus rayas, y la quiromancia me dijo, — dos veces loco!! Ví cruzar una bandada de loros, observé su vuelo, y la ornitomancia me dijo, — tres veces loco!!!

La vision de la patria cruzó entre una nube de fuego por mi mente en ese instante, y viéndola tan bella me ruboricé de mis pensamientos y de no haber hecho hasta ahora nada grande, útil, ni bueno por ella.

Mandé ensillar un caballo, y me fuí á visitar á Caniupan.

Galopé media hora y llegué á su toldo.

Iba á echar pié á tierra, San Martin que me acompañaba, me dijo: — todavía no, señor, la costumbre es otra.

Salió un indio del toldo y haciendo callar los perros que habian sido los heraldos de nuestra aproximacion, dijo:

— Buenas tardes, hermanos!

— Buenas tardes, contestó San Martin.

— No quieren apearse? añadió.

— Vamos á hacerlo, repuso San Martin.

Y dirijiéndose á mí, ahora es tiempo, señor, apéese me dijo.

Quise avanzar y me detuvo.

El indio, dijo:

— Pase adelante.

— Vamos, señor, me dijo San Martin contestando:

— Ya vamos.

Quise manear mi caballo y San Martin me dijo, — todavía no.

— Por qué no atan los caballos? dijo el indio.

— Vamos á hacerlo, contestó San Martin.

Y dirijiéndose á mí, me dijo: — atemos, señor, los caballos y entremos.

Los atamos y entramos en el toldo.

Caniupan estaba sentado, se levantó, nos recibió con gran agasajo y nos hizo sentar.

— Vienen á quedarse? me preguntó.

— No, vengo por un rato, le contesté.

San Martin me esplicó la pregunta. Si hubiera dicho que sí, en el acto habrian mandado desensillar mi caballo, las chinas ó cautivas habrian hecho un lío del apero y lo habrian guardado como cosa sagrada.

Al toldo de un indio se acerca el que quiere. Pero no puede apearse del caballo, ni entrar en él sin que primero se lo ofrezcan. Una vez hecho el ofrecimiento, la hospitalidad dura una hora, un dia, un mes, un año, toda la vida. Lo que entra al toldo es cuidado escrupulosamente. Nada se pierde. Seria una deshonra para la casa. Solo de los caballos no responden. Sea conocido ó desconocido el huésped, se lo previenen, diciéndole: aquí ni lo de uno está seguro. Y es la verdad.

El indio no rehusa jamás hospitalidad al pasajero. Sea rico ó pobre, el que llame á su toldo es admitido. Si en lugar de ser ave de paso se queda en la casa, el dueño de ella no exije en cambio del techo y de los alimentos que da, — tampoco da otra cosa, — sino que en saliendo á malon le acompañen.

El toldo de Caniupan estaba perfectamente construido y aseado. Sus mujeres, sus chinas y cautivas, limpias. Cocinaron con una rapidez increible un cordero, haciendo puchero y asado y me dieron de comer.

El indio hizo los honores de su casa con una naturalidad y una gracia encantadoras. Me habria quedado allí de buena gana un par de dias. Los cueros de carnero de los asientos y camas, las mantas y ponchos parecian recien lavados, no tenian una mancha, ni tierra ni abrojos.

Me presentó todas sus mujeres, que eran tres, sus hijos que eran cuatro y varios parientes, escepto la suegra, que vivia con él; pero con la que segun la costumbre no podia verse, porque como me parece haberte dicho ántes, — los indios creen que todas las suegras tienen *gualicho*, y el modo de estar bien con ellas es no verlas ni oirlas.

Pasé un rato may entretenido, comí un buen asado de cordero, escelente patai de postre, bebí un trago de aguardiente, y al caer la tardecita me despedí y me volví al toldo de Baigorrita.

A mi compadre lo encontré como lo habia dejado, sentado y fumando.

Unas chinas de los alrededores me esperaban de visita. Iban á dormir conmigo, es decir, á pasar la noche cerca de mi fogon, como lo hizo Villareal con su familia cuando me tenian detenido á la orilla de la lagunita de Calcumuleu. Es una costumbre de la tierra.

Camargo no estaba. Unos indios amigos le habian llevado á un baile esa tarde. Se habia ido con mi permiso, sin pedírmelo.

Cuando pregunté por él me dijeron que habia encargado me avisáran, — que con mi permiso se habia ido á divertir. Era un verdadero mensaje de gaucho.

Mandé cebar mate y obsequié á mis visitas como correspondia. Eran cuatro, se habian puesto muy currutacas y las encabezaba una llamada Maria Jesus Rodriguez que hablaba el castellano como yo.

Su nombre derivaba del de su madrina. No era cristiana. Se me olvidaba decir que entre los indios, el compadrazgo se establece sin necesidad de bautismo.

Pero dejemos á las visitas y vamos al fogon. El cuarteron conversa con mis ayudantes, oigo que dice que conoce á Julian Murga y esto pica mi curiosidad.

XLVIII.

El cuarteron cuenta su historia. — Recuerdo de Julian Murga. — Los niños de hoy. — Diálogo con el cuarteron. — Insultos. — Nuestros juicios son siempre imperfectos. — Un recuerdo de la imitacion de Cristo. — Dudas filosóficas. — Ultima mirada al fogon — El cuarteron me dá lástima. — Alarma. — Caiomuta ébrio, quiere matarme. — Un reptil humano.

Me acerqué al fogon, sin que me vieran, y permanecí de pié para no interrumpir al cuarteron. Las llamas iluminaban el cuadro, destacándose en él la horrible y deforme cara del espía de Calfucurá.

Contaba su historia.

No habia conocido padres. Era natural de Buenos Aires, y habia sido soldado del coronel Barcena, de repugnante y sangrienta memoria. Sus campañas eran muchas y habia presenciado y sido ejecutor de inauditas crueldades.

El pronunciamiento de Urquiza contra Rosas, le tomó en la Banda Oriental, militando en las filas de Oribe. De allí vino incorporado á la Divison de Aquino, — ese tipo noble, caballeresco y valiente que sucumbió á manos de una soldadesca fanática y desenfrenada.

Estuvo en Caseros, en el sitio de Buenos Aires y en el Azul con el jeneral Rivas. De allí desertó. Vivió errante algun tiempo haciendo fechorías, mató á uno de una puñalada en una pulpería, ganó los indios, anduvo por Patagones comerciando, en calidad de Picunche, y allí conoció al coronel Murga.

Yo me he criado con Julian, le quiero mucho; los recuerdos de nuestra infancia no se borrarán jamás de mi imajina-

cion ; en nuestro barrio, el de San Juan, habia como en todos un caudillo, — él era el nuestro. Los pulperos, los zapateros, los tenderos y las viejas nos templaban. Eramos el azote de los negros que vendian pasteles, de los lecheros y panaderos.

Teniamos nuestro arsenal de piedras para ellos, y una coleccion de apodos que todavía sobreviven. Perseguíamos á muerte los gatos y los perros del vecino. Pescábamos por los fondos sus gallinas.

No dejábamos llamador en su lugar, zócalo recien pintado pared recien blanqueada, vidrio sano que no rayáramos ó rompiéramos.

Los locos nos aborrecian, los vijilantes y los serenos preferian estar de amigos con la cuadrilla. Nos disfrazábamos y asustábamos á las viejas, prefiriendo á nuestras tias.

Los criados de todas las casas conocidas nos abominaban y las sirvientas nos toleraban. Julian prometia desde chiquito. Era audaz, inventivo, estratéjico. Diablura que á él se le ocurria era siempre heróica. Una vez se le ocurrió tirarse de una azotea y lo hizo, se rompió una pierna; otra que incendiáramos una pulpería lanzando en ella un gato bañado en alquitran y espíritu de vino al que le pegamos fuego, y armamos un alboroto de marca mayor. Teníamos la ciudad dividida en secciones. Un dia le tocaba á uno, otro á otra. Esta noche le robábamos á Chandery la bota que tenia de muestra y á una paraguería el paraguas, y por la mañana, Chandery anunciaba paraguas y la paraguería botas.

Aquellos compañeros auguraban ya lo que serian mas adelante algunos de la infantil decuria. Cuántas traiciones y debilidades no denunciaron nuestros planes! Cuántas cobardías no los hicieron fracasar! Hasta espías habia entre nosotros pagados por el celo maternal! Ah! los niños, los niños! Los niños de hoy han de ser los hombres del porvenir.

Tomad nota de sus buenas y malas cualidades, de sus arranques de cólera, de sus ímpetus jenerosos. Porque mas tarde ó mas temprano, ellos serán, — comerciantes, sacerdotes, coroneles, jenerales, presidentes, dictadores. El fond

de la humanidad persiste hasta la tumba. El barro del Océano nada lo remueve.

Me allegué al fogon, — saludé dando las buenas noches, se pusieron todos de pié, — ménos el cuarteron, — me hicieron lugar y me senté.

El espía habia referido su vida con una injenuidad y un cinismo, que revelaban á todas luces, cuan familiarizado estaba con el crímen. Robar, matar ó morir habian sido lo mismo para él.

— Con que conoces al coronel Murga? le pregunté.

— Sí, le conozco, me contestó.

Pero no cambió de postura, ni se movió siquiera. Conocia el terreno; sabia que allí todos éramos iguales, que podia ser desatento y hasta irrespetuoso.

— Y qué cara tiene?

Me describió la fisonomía de Julian, su estatura.

— Dónde le has conocido?

— En Patagones.

— Dónde queda?

Me esplicó á su modo donde quedaba.

— Y cómo has ido á Patagones!

— Por el camino.

— Por qué camino?

— Por el que sale de lo de Calfucurá.

— Y cuántos rios pasaste?

— Dos.

— Cuáles?

— El colorado y el Negro.

— Sabes leer?

— No.

— Cómo te llamas?

— Uchaimañé (ojos grandes).

— Te pregunto tu nombre de cristiano.

— Se me ha olvidado.

— Se te ha olvidado . . . .?

— Sí.

— Quieres irte conmigo?

— Para qué?

— Para no llevar la vida miserable que llevas.

— Me harán soldado?

No le contesté.

El prosiguió: aquí no se vive tan mal, tengo libe hago lo que quiero, no me falta que comer.

Eres un bandido, le dije; me levanté, abandoné el f y me apresté á dormir.

La tertulia se deshizo, — el cuarteron se quedó c una salamandra al lado del fuego. Los perros le rode lanzándose famélicos sobre los restos de la cena. Refu ñaban, se mordian, se quitaban la presa unos á los otro

El espía permanecia inmóvil entre ellos. Tomó un h disputado y se lo dió á uno de los mas flacos acaricián

Noté aquello y me abismé en reflexiones morales sobr carácter de la humanidad.

El hombre que no habia tenido una palabra, un jest atencion para mí, que se habia mostrado hasta soberbic medio de su desnudez, tenia un acto de jenerosidad movimiento de compasion para un hambriento y ese h briento era un perro.

Yo le habia creido peor de lo que era.

Así son todos nuestros juicios, imperfectos como nu propia naturaleza.

Cuando no fallan porque consideramos á los demás riores á nosotros mismos, — fallan porque no los hemos minado con detencion. Y cuando no fallan por algun esas dos razones, fallan porque faltos de caridad, no ten presente las palabras de la Imitacion de Cristo:

«Si tuvieses algo bueno, piensa que son mejores los ot

Quién era aquel hombre? Un desconocido. Qué vida bia llevado? La de un aventurero. Cuál habia sido su tro, qué espectáculos habia presenciado? Los campo batalla, la matanza y el robo. Qué nociones del bien y mal tenia? Ningunas. Qué instintos? Era intrínsecam malo? Era susceptible de compadecerse del hambre ó d sed de uno de sus semejantes? No es permitido duc despues de haberle visto, entre las tinieblas, sentado c del moribundo fogon, sin mas testigos que sus pensamie

— apiadarse de un perro, que por su flacura y su debilidad parecia condenado á presenciar con avidez el nocturno festin de sus compañeros.

Seria yo mejor que ese hombre, me pregunté, — si no supiera quien me habia dado el ser; si no me hubieran educado, dirijido, aconsejado; si mi vida hubiese sido oscura, fugitiva; si me hubiera refugiado entre los bárbaros y hubiera adoptado sus costumbres y sus leyes y me hubiera cambiado el nombre, embruteciéndome hasta el punto de olvidar el que primitivamente tuviera?

Si jamás hubiera vivido en sociedad, — aprendiendo desde que tuve uso de razon á confundir mi interés particular con el interés general, que es la base de nuestra moral, — seria yo mejor que ese hombre? me pregunté por segunda vez.

Si no fuera el miedo del castigo, que unas veces es la reprobacion y otras veces los suplicios de la ley, seria yo mejor que ese hombre? me pregunté por tercera vez.

No me atrevi á contestarme. Nada me ha parecido mas audaz que Juan Jacobo Rousseau, esclamando; «Yo, solo yo, conozco mi corazon y á los hombres. No soy como los demás que he visto y me atrevo á decir que no me parezco á ninguno de los que existen. Si no valgo mas que ellos, no soy como ellos. Si la naturaleza ha hecho bien ó mal en romper el molde en que me fundió, no puede saberse sino leyéndome.»

Eché la última mirada al fogon.

El cuarteron atizaba el fuego maquinalmente con una mano, y con la otra acariciaba al perro flaco, que apoyado sobre las patas traseras dobladas y sujetando con las delanteras estiradas un zoquete, en el que clavaba los dientes hasta hacer crujir el hueso, miraba á derecha é izquierda con inquietud, como temiendo que le arrebatáran su presa. Una llama vacilante, iluminaba con cambiantes de claro-oscuro la cara patibularia. Me dió lastima y no me pareció tan fea.

Hacia fresco.

Me acerqué á él y pregunté:

— No tienes frio?

— Un poco, me contestó, mirándome con fijeza por pri-

mera vez, al mismo tiempo que le aplicaba una fuerte palmada á su protejido, que al aproximarme gruñó, mostrando los colmillos.

Una calma completa reinaba en derredor; todos dormian, oyéndose solo la respiracion cadenciosa de mi jente.

La luna rompia en ese momento un negro celaje y eclipsando la luz de las últimas brasas del fogon, iluminaba con sus tímidos fulgores aquella escena silenciosa, en que la civilizacion y la barbárie se confundian, durmiendo en paz al lado del hediondo y desmantelado toldo del cacique Baigorrita, todos los que acompañaban, — oficiales, frailes y soldados.

Cuidando de no pisarle á alguno la cabeza, el cuerpo por los piés, busqué el sitio donde habian acomodado mi montura. Estaba á la cabecera de mi cama. Saqué de ella un poncho calamaco, volví al fogon y se lo dí al espía de Calfucurá, cuyos grasientos piés lamia el hambriento perro, — diciéndole:

— Toma, tápate.

— Gracias, me contestó tomándolo.

Iba á sentarme para seguir interrogándole, aprovechando la quietud que reinaba, cuando oí el galope de varios caballos y gritos de:

— Dónde está ese coronel Mansilla?

El espía se puso de pié. Tenia un gran cuchillo medio atravesado por delante. Le miré. Su cara revelaba curiosidad, pero no mala intencion.

— Qué gritos son esos? le pregunté.

— Parecen borrachos, me contestó.

— A ver; fíjate, le dije.

Paró la oreja, los gritos seguian aproximándose. Yo no percibia bien lo que decian. Ya no resonaba en el silencio de la noche mi nombre, sino ecos araucanos.

— Qué dicen? le pregunté, pareciéndome oir una voz conocida.

— Es Camargo, me contestó.

— Camargo?

Sí, viene con unos indios borrachos, ya llegan.

En efecto, sujetaron los caballos é hicieron alto detrás del toldo de Baigorrita, presentándoseme acto contínuo Camargo.

— Mi Coronel, me dijo, echándome el tufo, acuéstese, acuéstese pronto!

— Porqué hombre?

— Acuéstese, señor, acuéstese!

— Pero por qué?

— Caiomuta viene muy borracho.

Y esto diciendo, me tomó del brazo y me empujó hácia la enramada en que estaba mi cama.

— Acuéstese, señor, dijo el espía tambien.

Me acosté volando.

Caiomuta habia entrado en el toldo de su hermano y le habia despertado.

Hablaban con calor, en su lengua. Yo nada comprendia. Estaba tranquilo; pero receloso.

De repente, un hombre tropezó en mis piernas y se cayó encima de mi.

— Eh! grité.

— Dispense, señor, me dijo Camargo, reconociendo mi voz.

— Qué haces hombre?

— Cállese, señor, me contestó en voz baja.

— Y arrastrándose en cuatro piés, le ví acercarse al toldo de Baigorrita, quedando bastante cerca de mi cama para poder conversar sin alzar la voz.

— Qué indio tan picaro, me dijo.

— Qué hay?

— Le dice á Baigorrita, que lo quiere matar á Vd.

— Y mi compadre qué dice?

— Le ha dado una trompada y le ha dicho que se atreva.

En ese momento, Baigorrita gritó, San Martin.

Camargo se reia, apretándose la barriga y me decia:

— Ah! indio malo? no se puede levantar de la trompada que le ha dado el hermano.

Toma, por pícaro. Sabe, señor, que me han robado los estribos? Ladrones! les he tirado todo y me he venido en pelos, ni las riendas he traido, le he echado al pingo un medio bozal.

— San Martin! San Martin! gritaba Baigorrita.

Vino San Martin, entró en el toldo y mi compadre habló con él, repitiendo mi nombre varias veces.

— Dice, me dijo Camargo, que lo cuide á Vd. que no hagan ruido y que si Caiomuta quiere hacer barullo que lo maten.

Caiomuta, ébrio como estaba, no podia levantarse del sitio en que lo habia tendido el membrudo brazo de su hermano mayor.

Camargo se arrastró como un reptil, saliendo de donde estaba, y acostándose á los piés de mi cama, me pidió mil disculpas por haber venido alegre; me contó el robo que le habian hecho otra vez; me dijo que los indios eran unos pícaros, que él los conocia bien; que por eso no les andaba con chicas: que Caiomuta era quien le habia hecho robar los estribos de plata; que para saberlo habia tenido que asustarlo á un indio; que le habia ofrecido matarlo sino le confesaba la verdad, y que, de miedo, no solo le habia contado todo, sino que le habia dado un chifle de aguardiente que tenia muy guardado hacia tiempo; que al dia siguiente habian de parecer los estribos, que si no parecian se habia de volver en pelos á lo de Mariano y lo habia de avergonzar á Caiomuta, que á una visita no se le robaban las prendas.

Yo no podia pegar los ojos. Oía rujir á Caiomuta y estaba alerta.

San Martin se allegó á mi cama y me miró de cerca.

— Qué hay? le dije.

— Nada, señor, duerma no mas, no hay cuidado, me contestó.

— Gracias, repuse.

Me dió las buenas noches y se marchó, entrando en el toldo de Baigorrita.

A ese tiempo, el otro indio que habia venido con Caiomuta, y que al apearse del caballo, se habia caido, permaneciendo un rato tirado en el suelo, se levantó y preguntó:

— Donde está ese Camargo?

Nadie le contestó.

— Ese Camargo mucho asesino, dijo.

Nadie le contestó.

— Mucho asesino! gritó.

Camargo, se despertó, le echó un terno y el indio no replicó.

Así estuvieron mas de una hora.

Yo, al fin me quedé dormido.

De improviso me desperté sobresaltado.

Una cosa blanda, húmeda y tibia pesaba sobre mi cara.

XLIX.

Medio dormido. — Un palote humano. — Un baño de aguardiente. — Lo perros son mas leales que los hombres. — Preparativos. — El comerci entre los indios. — Dar y pedir con *vuelta*. — Peligros á que me espus mi pera. — En marcha para Añancué. — Una águila mirando al Nort buena señal.

La luna habia terminado su evolucion, las estrellas brillaba apenas al través de cenicientos nubarrones — reinaba un oscuridad caótica.

Abrí los ojos, no ví nada.

Me apretaban fuertemente, quitándome la respiracion una sustancia glutinosa, fétida, corria como copioso sud por mi cara; una mole me oprimia el pecho, palpitaba confundia sus latidos con los mios; otro peso gravitaba sob mi vientre; y algo, como brazos, aleteaba.

El sobresalto, el cansancio, el sueño reparador interru pido, las tinieblas me ofuscaban.

Oia como un gruñido y sentia como si diese vuelta p encima de mi estirada humanidad, un inmenso palote amasar.

No podia sacar los brazos de abajo de las cobijas, po que las sujetaban de ambos lados; hice un esfuerzo y co seguí sacar uno.

Tanteando con cierto inesplicable temor, á la mane que entre las sombras de la noche penetramos en un cuar cuyos muebles no sabemos en que disposicion están co cados, — toqué una cosa como la cara de un hombre barba fuerte, que se ha afeitado hace tres dias. Me h el efecto de una bejiga de piel de lija.

Conseguí sacar el otro brazo, y siguiendo la esploracion, lo llevé á la altura del primero; toqué una cosa como la clin de un animal. Luego tanteando con las dos manos á la vez, hallé otra cosa redonda, que no me quedó la menor duda era una cabeza humana. Un líquido aguardentoso, cayendo sobre mi cara como el último chorro de una pipa al salir por ancho bitoque, me ahogó.

Llamé á Camargo angustiosamente. No me oyó. Creí morirme. No sabia lo que embargaba mis sentidos. Pegué un empujon con entrambas manos á lo que me parecia una cabeza; formé con mis rodillas un triángulo y dándole un fuerte empellon al peso que las oprimia eché á rodar un bulto pesado, que gritó, peñi — (hermano).

Me puse de pié, como D. Quijote en la escena con Maritornes, y ví un cuerpo revolcándose á mi lado. Volví á llamar á Camargo, con todos mis pulmones, se levantó rápido, se acercó á mi cama y oyendo que le decia, qué es eso, señalándole el bulto, se agachó, miró, echóse á reir y esclamó: es el indio borracho.

Comprendí lo que habia pasado; su interlocutor de un rato ántes, al cruzar por mi enramada habia tropezado, se habia caido y con la tranca no habia podido levantarse; habia posado su cara sobre la mia y me habia bañado con sus babas y sus erupciones alcohólicas.

Tuve que llamar á Cármen, que lavarme y mudar de ropa.

El crepúsculo empezaba. Mandé hacer fuego, calentar agua y fuí á sentarme en el fogon.

El cuarteron y el perro estaban allí — dormian.

La madrugada me sorprendió tomando mate. Mi compadre se levantó cuando las últimas estrellas desaparecian. Llamó á San Martin, le dió sus órdenes y un momento despues, Caiomuta salia de su toldo en brazos de cuatro indios como un cuerpo muerto.

Le enhorquetaron sobre su caballo, le dieron á éste un rebencazo y el animal tomó el camino de la querencia, llevándose á su dueño y señor.

Mi compadre vino en seguida al fogon, y saludándome,

se sentó á mi lado. Preguntóme si habia dormido bien. contesté que sí; le dí un mate y un cigarro, tomó amb cosas, no habló mas y se marchó.

Varias veces, miéntras permaneció á mi lado clavó s ojos en el cuarteron con indiferencia.

Despertóse éste, — me dió los buenos dias y se levan Siéntate no mas, le dije, pasándole un mate. Obedeció y tomó.

Nuevos parroquianos llegaron en ese momento.

Al tomar asiento, mi ayudante Rodriguez viendo al cus teron allí, dijo:

— Con que sabias escribir?

El hombre no contestó.

El alferez Ozaroski, dijo:

Si no sabe; ha querido hacer creer que sabia; lo q estuvo escribiendo eran unas rayas, y contó que la tar ántes le habian visto con un lápiz y aire misterioso, detr de la cocina, hacer como que tomaba nota de lo que se co versaba. Pero que todo habia sido una pantomima.

El espía de Calfucurá era un tipo.

Oyendo que se ocupaban de él, se marchó; el perro le sigu

Habia encontrado un hombre que parecia indio, q hablaba una lengua que conocia y se habia adherido á por la gratitud.

Los perros son mas leales que los hombres; los hombr mas jenerosos que los perros. El mundo está bien a miéntras no se presente otro planeta mejor á donde emigra Pero la raza humana tiene sin embargo mucho que aprend de la canina y vice-versa.

Me acordé de que ese dia era el prefijado para la gr junta. Llamé á San Martin y le hice preguntar á mi co padre — á qué hora marcharíamos. Me contestó que cua do ladeára el sol.

Dí mis órdenes, se pasó la mañana en preparativos p ra la marcha y cuando todo estuvo dispuesto me fuí al tol de Baigorrita, entrando en él como en mi casa.

Yo observaba movimiento en su jente y tenia curiosid de saber en qué consistia.

La hora se acercaba.

Mi compadre me vió entrar sin salir de su apatía habitual. Habia vuelto á la faena de picar tabaco con la navaja de Rodgers.

En la cara me conoció que alguna curiosidad me llevaba.

Llamó á San Martin.

Vino éste y le hice preguntar, que si todavía no era hora de ensillar.

Me contestó que teníamos bastante tiempo aun; que de allí á *Añancué*, línea divisoria de sus tierras, no habia mas que dos galopes; que ya habia mandado traer sus caballos y buscar una res, para que mi jente carneára ántes de partir; pero que la res tardaria un rato largo en llegar, porque estaba lejos.

Y que mi compadre, no tiene vacas gordas aquí? le pregunté á San Martin.

— No, señor, si está muy pobre, me contestó.

— Muy pobre?

— Sí, señor.

— Y cuánto vale una vaca?

— No tiene precio.

— Cómo no tiene precio?

— Cuando es para comercio, depende de la abundancia, cuando es para comer no vale nada, la comida no se vende aquí — se le pide al que tiene mas.

— De modo que los que hoy tienen mucho, pronto se quedarán sin tener que dar.

— No, señor; porque lo que se dá *tiene vuelta.*

— Qué es eso de vuelta?

— Señor, es que aquí el que dá una vaca, una yegua, una cabra, ó una oveja para comer, la cobra despues; el que la recibe algun dia ha de tener.

— Y si á un indio rico le piden veinte indios pobres á la vez, qué hace?

— A los veinte les dá *con vuelta* y poco á poco se va cobrando.

— Y si se mueren los veinte, quién le paga?

— La familia.

— Y si no tienen familia?

— Los amigos.

— Y si no tienen amigos?

— No pueden dejar de tener.

— Pero todos los hombres no tienen amigos que pague por ellos.

— Aquí sí; no ve, señor, que en cada toldo hay *allegados*, que viven de lo que ajencia el dueño.

— Y si se les antoja no pagar?

— No sucede nunca.

— Puede suceder, sin embargo.

— Podria suceder, sí, señor; pero si sucediese, el que á ellos le faltase nadie les daria.

— Cada indio tendrá una cuenta muy larga de lo que debe y le deben?

— Todo el dia hablan de lo que han recibido y dado con vuelta.

— Y no se olvidan?

— Un indio no se olvida jamás de lo que dá, — ni lo que le ofrecen.

— Me has dicho que cuando una vaca era para comercio tenia precio?

— Sí, señor.

— Esplícame ese?

— Señor, comercio es, — que el que tiene le haga cambio al que tiene.

— Entónces si un indio tiene un par de estribos de plata, y no tiene que comer, y quiere cambiar los estribos por una vaca, los cambia?

— No se usa; le darán la vaca *con vuelta* y él dará estribos *con vuelta* tambien.

— Y si un indio tiene un par de espuelas de plata y quiere cambiar por un par de estribos?

— Las cambia, *con vuelta* ó *sin vuelta*, segun el trato.

— Y con los indios chilenos, cómo hacen el comercio ellos mismo?

— No, señor; con los chilenos, el comercio lo hacen como los cristianos, á no ser que sean parientes.

— Y con los indios de Calfucurá y con los Pampas?

— Lo mismo, señor.

— Y hay pleitos aquí?

— No faltan, señor.

— Y cuando dos indios tienen una diferencia, quién los arregla?

— Nombran jueces.

— Y si alguno no se conforma?

— Tiene que conformarse.

— Estos bárbaros, dije para mis adentros, han establecido la ley del Evanjelio, — hoy por tí, mañana por mí, — sin incurrir en las utopias del socialismo; la solidaridad, el valor en cambio para las transacciones; el crédito para las necesidades imperiosas de la vida y el jurado civil; entre ellos se necesitan especies para las permutas, — crédito para comer.

Es lo contrario de lo que sucede entre los cristianos. El que tiene hambre no come si no tiene con qué. Está visto que las instituciones humanas son el resultado de las necesidades y de las costumbres, y que la gran sabiduría de los lejisladores, consiste en no perderlo de vista al modelar las leyes. Los que á cada rato nos presentan el cartabon de otras naciones cuya raza, cuya relijion, cuyas tradiciones difieren de las nuestras, deberian tomar nota de estas observaciones.

Por aquí iba de mi soliloquio, cuando el indio que me escamoteó los guantes de castor se presentó. Venia algo *achumado*.

En cuanto me vió, me dijo una cuchufleta. Sentóse á mi lado y me pidió el pañuelo de seda que llevaba al cuello. Me negué á dárselo, porque su desaparicion importaba *una señal*. Pero insistió é insistió y no tuve mas recurso que ceder. Era una prenda insignificante y quién sabe que se imajinaba mi compadre si no lo daba. De la suspicacia de un indio hay que esperarlo todo.

Gran contento esperimentó el indio al recibir el pañuelo y en el acto se lo puso como yo lo usaba, calándose encima el sombrero.

Siguió jaraneando, siendo mi larga pera objeto de los mayores elojios y admiracion. Grande, linda, me decia, pasando por ella sus puercas manos. Queria levantarme y no me dejaba. Estaba cargoso como cuatro. Y no me era dado manifestarle que me atosigaba con sus monadas, porque á mi compadre le hacian suma gracia. Además yo sabia todo el cariño y respeto que tenia por él.

Me abrazaba, me besaba, — se quedaba mirándome y gozoso esclamaba: ese Coronel Mansilla toro! Era el mayor cumplimiento que podia dirijirme. Ya lo he dicho, ser *toro* es ser todo un hombre.

No sabiendo que mas hacerme, se le ocurrió *trenzarme la pera.*

Era la otra seña convenida con Camilo si algun peligro me amenazaba. Cómo dejarlo satisfacer su capricho?

Se aferró á él con tanta tenacidad, que me preocupó sériamente.

Y no era para ménos, Santiago amigo, si tienes presente la composicion de lugar hecha con Camilo, para el caso de que los indios no quisieran dejarme salir de entre ellos.

Que me hubiera pedido y sacado el pañuelo, se esplicaba. A cualquier indio podia habérsele ocurrido pedírmelo. Me habia puesto en ese caso. Pero que despues de haber dado el pañuelo, me quisiera trenzar la barba, era inesplicable, estraordinario.

No hay prevision que alcance ciertas cosas; con razon dice Napoleon, que en la guerra dos tercios deben concedérsele al cálculo y uno á la casualidad.

No podia ocurrírseme la idea de una traicion porque los *muchachos* de Camilo eran todos hombres muy seguros. Han conversado entre ellos sobre lo convenido, algun espía los ha oido, — me decia, — y me tienden un lazo, quieren ver que hago.

El indio no declinaba de su empeño. A Roma por todo, esclamé interiormente y me dejé trenzar la barba, tomando la precaucion de darle la espalda á la entrada del toldo, no fuera á pasar Camilo, viera la señal y se largára para la Villa de Mercedes, llevándole un parte falso al general Arredondo.

Estaba en áscuas; los caballos debian llegar de un momento á otro y con ellos Camilo, quien segun la consigna no me veia hacia dias.

Darle aviso de lo que acontecia, era imposible. El indio no me dejaba salir del toldo. Un hombre *achumado* es mas pesado y fastidioso que una mujer enamorada celosa.

La res que habia mandado pedir mi compadre llegó, y me sacó de apuros. Preguntáronle si la carneaban, contestó que sí, y me hizo decir: que cuando gustára podia mandar ensillar.

Me levanté, y destrenzándome la malhadada pera, salí del toldo, — á pesar de los repetidos, — «no se vaya, amigo, del indio.»

Tres trompas tocaron llamada y algunos momentos despues comenzaron á llegar grupos de jinetes, montando buenos caballos y vistiendo trajes de gala. Uno de ellos tenia uniforme completo de teniente coronel y la pata en el suelo.

Mi jente estaba pronta. Arrimaron las tropillas y ensillamos.

Me despedí tiernamente de mi ahijado. Estraños fenómenos de la simpatía, el chiquilin lagrimeó!

Montamos y partimos al gran galope en dispersion.

El cuarteron iba con nosotros y el perro del toldo de Baigorrita le seguia.

Por el camino se incorporaron varios grupos de indios, y cuando llegábamos á las alturas de Poitaua era la tarde ya.

Sujeté para esperar á los franciscanos que se habian quedado atrás, y mi compadre tambien.

Sobre la copa de un algarrobo estaba una águila, mirando al Norte.

Baigorrita me hizo decir con San Martin, que era buena seña, que el águila nos indicaba el rumbo.

Si hubiese estado mirando el Sud, — *todos* los indios se habrian vuelto.

Es el ave sagrada de ellos y tienen esa preocupacion.

Los franciscanos llegaron y seguimos la marcha al trote; iba á reirme de la supersticion del águila, diciéndoles lo

Siguió jaraneando, siendo mi larga pera objeto de los mayores elojios y admiracion. Grande, linda, me decia, pasando por ella sus puercas manos. Queria levantarme y no me dejaba. Estaba cargoso como cuatro. Y no me era dado manifestarle que me atosigaba con sus monadas, porque á mi compadre le hacian suma gracia. Además yo sabia todo el cariño y respeto que tenia por él.

Me abrazaba, me besaba, — se quedaba mirándome y gozoso esclamaba: ese Coronel Mansilla toro! Era el mayor cumplimiento que podia dirijirme. Ya lo he dicho, ser *toro* es ser todo un hombre.

No sabiendo que mas hacerme, se le ocurrió *trenzarme la pera.*

Era la otra seña convenida con Camilo si algun peligro me amenazaba. Cómo dejarlo satisfacer su capricho?

Se aferró á él con tanta tenacidad, que me preocupó sériamente.

Y no era para ménos, Santiago amigo, si tienes presente la composicion de lugar hecha con Camilo, para el caso de que los indios no quisieran dejarme salir de entre ellos.

Que me hubiera pedido y sacado el pañuelo, se esplicaba. A cualquier indio podia habérsele ocurrido pedírmelo. Me habia puesto en ese caso. Pero que despues de haber dado el pañuelo, me quisiera trenzar la barba, era inesplicable, estraordinario.

No hay prevision que alcance ciertas cosas; con razon dice Napoleon, que en la guerra dos tercios deben concedérsele al cálculo y uno á la casualidad.

No podia ocurrírseme la idea de una traicion porque los *muchachos* de Camilo eran todos hombres muy seguros. Han conversado entre ellos sobre lo convenido, algun espía los ha oido, — me decia, — y me tienden un lazo, quieren ver que hago.

El indio no declinaba de su empeño. A Roma por todo, esclamé interiormente y me dejé trenzar la barba, tomando la precaucion de darle la espalda á la entrada del toldo, no fuera á pasar Camilo, viera la señal y se largára para la Villa de Mercedes, llevándole un parte falso al general Arredondo.

Estaba en áscuas; los caballos debian llegar de un momento á otro y con ellos Camilo, quien segun la consigna no me veia hacia dias.

Darle aviso de lo que acontecia, era imposible. El indio no me dejaba salir del toldo. Un hombre *achumado* es mas pesado y fastidioso que una mujer enamorada celosa.

La res que habia mandado pedir mi compadre llegó, y me sacó de apuros. Preguntáronle si la carneaban, contestó que sí, y me hizo decir: que cuando gustára podia mandar ensillar.

Me levanté, y destrenzándome la malhadada pera, salí del toldo, — á pesar de los repetidos, — «no se vaya, amigo, del indio.»

Tres trompas tocaron llamada y algunos momentos despues comenzaron á llegar grupos de jinetes, montando buenos caballos y vistiendo trajes de gala. Uno de ellos tenia uniforme completo de teniente coronel y la pata en el suelo.

Mi jente estaba pronta. Arrimaron las tropillas y ensillamos.

Me despedí tiernamente de mi ahijado. Estraños fenómenos de la simpatía, el chiquilin lagrimeó!

Montamos y partimos al gran galope en dispersion.

El cuarteron iba con nosotros y el perro del toldo de Baigorrita le seguia.

Por el camino se incorporaron varios grupos de indios, y cuando llegábamos á las alturas de Poitaua era la tarde ya.

Sujeté para esperar á los franciscanos que se habian quedado atrás, y mi compadre tambien.

Sobre la copa de un algarrobo estaba una águila, mirando al Norte.

Baigorrita me hizo decir con San Martin, que era buena seña, que el águila nos indicaba el rumbo.

Si hubiese estado mirando el Sud, — *todos* los indios se habrian vuelto.

Es el ave sagrada de ellos y tienen esa preocupacion.

Los franciscanos llegaron y seguimos la marcha al trote; iba á reirme de la supersticion del águila, diciéndoles lo

que me habia hecho notar mi compadre. Pero me acordé de que yo no como donde hay trece, ni mato arañas por la noche.

Hay un mundo en el que todos los hombres son iguales, — es el mundo de las preocupaciones. El mas sensato es un bárbaro. Decidme sino, lector, porque aborreceis á don fulano?

L.

Mi compadre Baigorrita me pide caballos prestados. — El que entre lobos anda á aullar aprende. — Aves de la Pampa. — En un monte. — Perdido. — Las tinieblas. — Fantasmas de la imajinacion. — Somos felices? — Disertacion sobre el derecho. — El miedo. — Hallo el camino. — Me incorporo á mis compañeros. — Clarines y cornetas.

En *Pitralauquen*, volvimos á hacer alto; los flamencos atornasolados saludaron nuestra llegada, batiendo con estrépido sus sonrosadas alas, y en ondas caprichosas se perdieron por el éter incoloro.

Mi compadre y sus indios allegados iban tan mal montados, que me pidió por favor le prestára algunos caballos para llegar á la raya.

Ordené que se los dieran, y diciéndole á San Martin, — parece increible que Baigorrita no tenga mas caballos, — me contestó: si anoche casi lo han dejado á pié.

Descansamos un rato y seguimos la marcha.

Al tiempo de subir á caballo, le robé al indio de los guantes un naco de tabaco que llevaba atado á los tientos.

El que entre lobos anda á aullar aprende.

Se lo dije á mi compadre y se rió mucho, festejando la ocurrencia y la burla que le harian los demás cuando supieran que se habia dejado robar por mí.

Galopábamos á toda brida.

Eramos como doscientos y ocupábamos media legua, por el desórden en que los indios marchan.

El sol se ponia con un esplendor imponente; sus rayos como dardos de fuego despejaban los celajes que intentaban

ocultarlo á nuestras miradas y refractándose sobre
del opuesto hemisferio, teñian el cielo con colores

Las aves acuáticas, en numerosas bandadas, h
aires con raudo vuelo y graznando se retiraban á la
donde anidaban sus huevos.

Es increible la cantidad de cisnes, blancos com
de cuello flexible y aterciopelado; de gansos manc
rojo pico; de patos reales, de plumas azules como
lazuli; de negras bandurrias, de corvo pico; c
chorlos, de frájiles patitas; de austeras becacinas,
alas — que alegran la Pampa. En cualquier la
millares.

Cómo gozaria allí un cazador!

Imajináos que en la «Ramada» los soldados
un dia ocho mil huevos, despues de haber recojic
semana grandes cantidades.

Cuánto echaba yo de ménos mi escopeta!

Entramos en el monte. Anocheció y seguimos
El polvo y la oscuridad envolvian en tinieblas pro
árboles que, como fantasmas, se alzaban de im
acercarnos á ellos; no nos veíamos á corta dista
llevábamos por delante unos á los otros; mi caballo era
yo iba á la cabeza, — perdí la senda y me estrav

Sujeté, hice alto, puse atento el oido en di
rumbo que me pareció traerian los que me prec
nada oí.

Qué peligro corria?

Ninguno en realidad.

Un tigre, no podia hacerme nada. El caballo
librado de él. Nuestros tigres, — el yaguar arj
no atacan como el tigre de Bengala, sino cuando l
Por otra parte el monte habia sufrido los estrag
quemazon y el tigre vive entre los pajonales.

Qué me imponia entónces?

Las tinieblas de la noche.

Las sombras tienen para mí un no sé qué d
En la oscuridad, cuando estoy solo me siento a
Me domino; pero tiemblo.

La noche y los perros son mis dos grandes pesadillas. Yo amo la luz y á los hombres, aunque he hecho mas locuras por las mujeres. No puedo decir lo que me aterra cuando estoy solo en un cuarto oscuro, cuando voy por la calle en tenebrosas horas, cuando cruzo el monte umbrío; como no puedo decir lo que sentia cuando trepaba las laderas resbaladizas de la gran cordillera de los Andes, sobre el seguro lomo de cautelosa mula.

Pero siento algo de pavoroso, que no está en los sentidos, que está en la imajinacion; en esa rejion poética, mística, fantástica, ardiente, fria, límpida, nebulosa, trasparente, opaca, luminosa, sombría, risueña, triste, — que es todo y no es nada, — que es como los rayos del sol y su penumbra, — que cria y destruye, — que forja sus propias cadenas y las rompe, — que se enjendra á si misma y se devora, — que hoy entona tiernas endechas al dolor, que mañana pulsa el plectro aurífero y canta la alegría, — que hoy ama la libertad y mañana se inclina sumisa ante la oprobiosa tiranía.

Ah! si pudiéramos darnos cuenta de todo lo que sentimos!

Si nuestra impotente naturaleza pudiera tocar los lindes vedados que separan lo finito de lo infinito! Si pudiéramos penetrar en los abismos del mundo psicolójico, como alcanzamos con el telescopio á las mas remotas estrellas!

Si pudiéramos descomponer los rayos de la mirada del hombre, como el espectro solar descompone los rayos del gran luminar! Si pudiéramos sondar el corazon, como los bajios tempestuosos del mar!

Seríamos mas felices?

Mas felices . . . . !

Somos acaso felices?

Si constantemente hablamos de la felicidad, es porque tenemos idea de ella.

Definidme pues lo que es.

Quiero saberlo, necesito saberlo, debo saberlo, — es mi derecho.

Sí, yo tengo derecho á ser feliz, como tengo derecho á

ser libre. Y tengo derecho á ser libre, porque he nacid libre.

Qué es la libertad?

No es el poder de obrar, ó de no obrar; no es la facul tad de elejir; no es el ejercicio de mi voluntad conscient reflexiva, deliberada, calculada, — espere daño ó bien?

Os atreveis á tacharme la definicion!

Qué me vais á decir?

Que no es jurídica; porque la libertad *es el poder d hacer lo que no daña á otro?*

Os advierto que no hablo como un lejista, sino como u filósofo, y os admito la diferencia.

Convenido; la libertad es eso, mi derecho corriendo e línea paralela con el vuestro, una abstraccion susceptible d asumir una fórmula gráfica.

— A mi derecho: ——

— A vuestro derecho: ——

Luego un derecho que se sobrepone á otro no es derech — es abuso ó tiranía.

Yo tengo el derecho de hablar, vos tambien. Si os im pongo silencio y no callo, — os oprimo. Yo tengo el de recho de trabajar para mí, vos tambien. Si os hago m esclavo, os tiranizo.

Estamos acordes.

Pues bien. Insisto en ello. Yo tengo el derecho de se feliz. Lo reconozco, me contestais; no me opongo á ell no tengo como oponerme; lo intentaria en vano.

Es mentira, puesto que mi felicidad consiste en que m devolvais el amor de la mujer que me habeis robado.

No depende de mí. En todo caso dependerá de ella.

Pero es que si ella volviese á mí, no volveria como ánt era; para que lo fuera, hubiera debido permanecer inmac lada y la habeis corrompido.

Suponiendo que yo pueda ser responsable de vuestra f licidad, os prevengo que haceis un sofisma cuando la co parais con el derecho.

No os entiendo.

Quiero decir que el derecho regla las relaciones natura

de la humanidad; que si la libertad es un derecho, la felicidad no lo es.

Y por qué no ha de ser un derecho aquello que mas necesito?

Tanto valiera que me dijerais que respirar no es mi derecho, siendo así que tengo el derecho de vivir y que si no respiro muero.

Es que el sofisma consiste en que haceis de un accidente una necesidad; de una cosa continjente una cosa absoluta; de una cosa que está en vuestras manos, una cosa que depende de los demás.

Pero mi libertad, mi derecho están en ese mismo caso?

No, porque vuestra libertad y vuestro derecho están garantidos por la libertad y el derecho ajenos. *Alteri non feceris quod tibi fieri non vis.* No hagas á los demás, lo que no quieres que te hagan á ti mismo. *Alteri feceris quod tibi fieri velis.* Haz á los demás lo que quieres que te hagan á tí mismo. Estos dos aforismos encierran todos los deberes del hombre para con sus semejantes y con la familia.

No protesto contra esos principios, — arguyo solo, que si mi felicidad no daña á los demás, tengo el derecho de exijir ser feliz.

A quién?

A quién . . . . ?

Sí, á quién?

Contestadme.

Os he pedido que me definais la felicidad.

Que os defina la felicidad?

Si la felicidad no es absoluta, — es relativa. No es como el bien y el mal, como lo bueno y lo malo. Es objetiva y subjetiva. Depende de las circunstancias, del carácter, de las aspiraciones, de accidentes sin fin.

Os entiendo.

Quereis decirme, que un fraile de la Trapa, vicioso, descreido, puede vivir mas tranquilamente en su retiro que yo, creyente y sano, en el bullicio de la sociedad.

Precisamente.

Entónces qué recurso nos queda á los que rodamc mente en ese torbellino?

Tomarlo como viene. — resignarse.

La conformidad puede convenirle á un esclavo.

Y creis haber dicho algo?

Si no lo creyese no hubiera hablado.

Os prevengo, sin embargo, que sois esclavo de v pasiones.

Y qué me quereis decir?

Queria recordaros, que Dios es inescrutable, que el de no poder definir satisfactoriamente una cosa en ab: no prueba que la cosa deje de existir; en una palab habeis sido insensato al esclamar con desaliento: somo: felices?

De consiguiente, porque no pueda definir lo qu rimenté cuando me ví perdido en el monte, no por jará de creerse que fué miedo.

Cuánto duró? Pocos instantes. Quizá si hubiera mas, lo hubiera podido definir.

Me hallaba perplejo sin saber que hacer, mi caba minaba en la direccion que queria, yo estaba deso y todo era igual, lo mismo un rumbo que otro.

Así habia vagado un breve instante á la aventura do sentí un tropel, cerca, muy cerca de mí. La emoc duda no me habia permitido oirlo ántes.

Hay situaciones en que, segun las disposiciones píritu, el zumbido de una mosca, el susurro de un parecen una tempestad; y otras en que no se oy estampido del cañon. Yo he visto en el campo de hombres asustados, poseidos de terror pánico, huir h enemigo, que no reconocian á quien les hablaba, ni que se les decia.

Dando vueltas habia caido al camino. Me incor un grupo que pasaba al galope y seguí. Salimos á u campado. Algunas estrellas brillaban entre nubes er que á impulsos de un vientecito que se habia lev corrian de naciente á poniente, presagiando que al s luna tendríamos luz.

Volvimos á entrar en la espesura; caimos á unos barrancos con lagunas salitrosas, que parecian espejos de bruñida plata; subimos á la falda de los médanos y al llegar á la cumbre de uno de ellos, la errante reina de los cielos asomó su blanca faz, y clavándola en la inmóvil superficie de las lagunas hizo brotar de su seno diamantinas luces.

Oyéronse toques de clarin. Jamás el bélico instrumento resonó en mis oidos con mas solemnidad. Me hizo el efecto de la trompeta del arcángel el dia del juicio final. Sus vibraciones se alcanzaban tremulantes unas á otras, recorriendo las ondulaciones del vacío.

Los cornetas de Baigorrita contestaron.

Estábamos en la raya.

Hicimos alto. Llegó un parlamento, habló y habló; le contestaron razon por razon; lo despacharon; volvió otro y otro, se hizo lo mismo y á las cansadas llegó un hijo de Mariano Rosas, invitándonos á avanzar.

Marchamos y llegamos, pasando por una gran playa, que es donde los indios, despues de sus grandes juntas, juegan á la *chueca*.

LI.

Mariano Rosas y su jente. — Que valiente animal es el caballo! — Un parlamento de noche. — Respeto por los ancianos. — Reflexiones. — La humanidad es buena. — Si así no fuese estaria perturbado el equilibrio social. — El arrepentimiento es infalible. — Lo dejo á mi compadre Baigorrita y me retiro. — Un recien llegado. — Chañilao. — Su retrato.

Mariano Rosas y su jente estaban campados en una colina escarpada; trepábamos dificultosamente á la cima, los caballos se hundian hasta los ijares en la esponjosa arena; cada paso les costaba un triunfo, caian y se enderezaban; temblaban, se esforzaban ardorosos y volvian á caer: la espuela y el rebenque los empujaba, por decirlo así; endurecian los miembros, recojian las patas delanteras y sacándolas al mismo tiempo, se arrastraban y desencajaban poco á poco las traseras; sudaban, jadeaban, se paraban, resollaban y subian; á veces teníamos que apearnos, que tirarlos de la rienda y animarlos, accionando con los brazos, gritando aaaah!

Qué potente y valiente animal es el caballo!

Llegamos á la cumbre de la colina.

Bajo dos coposos algarrobos, habia sentado sus reales el Cacique general de las tríbus ranquelinas.

Parlamentaba solemnemente con los capitanejos é indios circunvecinos y lejanos que sucesivamente llegaban al lugar de la cita.

A todos los recibia con la misma consideracion; á todos les hacia las mismas preguntas; á todos los conocia por sus nombres, — sabia de donde venian, como se llamaban sus abuelos, sus padres, sus mujeres, sus hijos; y á todos les

licaba el motivo de la junta, que al dia siguiente se ce-
raria. Y todos contestaban lo mismo, y despues de con-
tar se sentaban en hilera dándóles la derecha á los ca-
anejos mas caracterizados y á los viejos. Entre estos fué
jeto de las mayores atenciones un tal Estanislao. Venia
muy lejos, de la ràya de las tierras de Baigorrita con
lfucurá.

Tendria como setenta años; era alto pero estaba encorvado
jo el peso de la edad; sus largos cabellos canos, cayendo
lácias crenchas sobre sus hombros, le daban á su rugosa
ra, tostada por el sol, un aspecto simpático de veneracion.
Su traje era el de un paisano.

Poncho y chiripá de tela pampa; camisa de crimea, cal-
ncillos con fleco, botas de potro cerradas en la punta.
llevaba sombrero. Una ancha vincha azul y blanca ador-
ba su frente.

Para bajarse del caballo tuvo necesidad de que dos indios
ustos le prestáran ayuda.

Una vez en tierra le colocaron un par de muletas hechas
tosca madera de chañar. Apoyado en ellas, y abriéndole
so todo el mundo avanzó sobre Mariano Rosas. Púsose
e de pié y le recibió con marcadas muestras de cariño,
ándole los brazos y estrechándolo con efusion.

Los capitanejos é indios de importancia que ocupaban los
entos preferentes se corrieron á la derecha, cediéndole el
mer puesto en el que se colocó. Aquel homenaje respetuoso
medio del desierto, á la luz de las estrellas tributado por
bárbaros, me hizo comprender que el respeto hácia los
nos han precedido en la difícil y escabrosa carrera de la
a es innato al corazon humano.

Yo tengo la peor idea de los que no se inclinan reverentes
e la ancianidad.

Cuando me encuentro con algun viejo, conocido ó des-
ocido, instintivamente le cedo el paso.

Cualquiera que sea la condicion del hombre, sea su porte
tinguido ó no, vista el rico paño de la opulencia, ó los
ios harapos del mendigo, una cabeza helada por el in-
rno de la vida, me infunde siempre relijioso respeto.

Quién sabe, me digo, a verle pasar, cuántas injusticias no han herido ese corazon!

Quién sabe cuántos dolores no han desgarrado su alma!

Quién sabe de cuántos desdenes no es víctima, despues de haber sacrificado los mas caros intereses en aras de la patria y de la amistad!

Quién sabe cuántos infortunios indecibles no han anticipado su vejez!

Quién sabe si habiéndose hecho la ilusion de ver en el último tercio de la vida, amenizado el hogar con los afanes de la tierna esposa, y de los hijos, no es un desterrado de la familia por sus liviandades ó por la fatalidad!

Quién sabe si esa existencia trémula, enfermiza, que se apaga, que no destella ya si no moribundos rayos, como el sol de brumoso dia al ponerse, no necesita un poco de consideracion social para disfrutar de un soplo mas de vida!

Los niños y los viejos son como los polos del mundo, opuestos, pero iguales.

En los unos hay el candor pristino, en los otros hay la inofensiva debilidad.

> . . . . . «Last scene of all,
> That ends this strange eventful history
> Is second childishness, and more oblivious;
> Sans teeth, sans eyes, sans taste, sans everything.»

Los unos merecen nuestra atencion y nuestro amparo, porque vienen; los otros nuestra lástima y nuestro sostén porque se van.

Como la luz del dia, bella al nacer, bella al morir, — así son ellos. El alfa y el omega de la humanidad se encierra en estas dos palabras: *nacer y morir*.

Nacer es elevarse, sentir, aspirar, — morir, es hundirse en el abismo del tiempo. La vida y la muerte son dos instantes solemnísimos.

Pensad en el placer de ver venir al mundo un hijo, placer inefable, inmenso, y vereis que solo es comparable á la amarga pesadumbre de ver al objeto querido que nos dió el ser darle á esta vida fugaz y transitoria un eterno adios. Los niños! Ah! los niños son una cifra!

uántas esperanzas para la madre, para el padre, para la
ia no encierra el recien nacido! Ellos labrarán algun
la soñada felicidad de todos. Gratas esperanzas mecen
una. Hasta el egoismo se afana por ellos sin darse
ta de sus recelos. Si muriera — cuántas ilusiones des-
cidas!
l tiempo pasa, la vejez llega. Todos han desaparecido.
el objeto de tantos anhelos y cuidados sobrevive, y solo,
en el mundo, su pecho encierra impenetrables arcanos.
uántas historias lúgubres no sabe!
us ojos no lloran ya, su corazon está frio, helado. Pero
ita aun. El mundo de los recuerdos es su suplicio. Si
era olvidar! Olvidar? No! Debe arrastrar la pesada
na de sus decepciones, ó de sus remordimientos.
h! los viejos! No desdeñeis esas existencias retrospecti-
que adustas ó risueñas, ocultan en insondables profundi-
s terribles misterios de amor y de ódio, de constancia y
tilidad, de nobleza y ambicion, de jenerosidad y cálculo
y meditado.
i ellos os abrieran su pecho, leeriais allí severas lecciones
conformar vuestras acciones; para no incurrir en las
as faltas y errores que ellos cometieron.
allan, porque son discretos; porque la discrecion es la
a y la mas difícil de las virtudes que aprendemos.
h! Si los viejos hablaran!
i en lugar de contarnos sus grandezas, sus glorias, sus
fos juveniles, nos contáran sus miserias. Cuánto de-
nto no nos infundirian!
u silencio es la postrer prueba de amor que nos dan.
s son como las pájinas de un libro atroz. Si hablan con
periencia, desencantan, confunden, anonadan.
o os empeñeis en leerlas.
mad y respetad á los viejos, no porque hayan sido buenos,
porque deben haber sufrido.
l dolor es fecundo y purifica.
o les creais cuando haciendo esfuerzos levantan erguida
rviz, diciendo con orgullo insolente como J. J. Rousseau:
l de vosotros ha sido mejor que yo?

Van haciendo su papel en la comedia de la vida.

Todos han sido iguales en un sentido. En otro tribun que no está en este mundo habrá quien les arranque cc mano segura el antifaz.

Allí será en vano disimular. Miéntras tanto, inclináı ante sus canas.

Quién sabe si cuando llegueis como ellos al último te: mino de la jornada no habeis incurrido en sus mismas dı bilidades!

La vida es así. Lo que no se hace por amor debe hı cerse por caridad; lo que no se hace por caridad, deb hacerse por reflexion.

Trabajados por opuestos sentimientos y pasiones, camina mos vacilantes, pretendiendo que tenemos confianza en nosotrc mismos, y es mentira: todo lo esperamos de los demás.

En las tribulaciones pasamos revista de los que nos puede ayudar, y dudando ocurrimos á ellos. Y el último de lc castigos, es que nos sirvan los que ménos obligacion de sei virnos tienen. Sí, es el último castigo de los hombres sin f

Viven quejándose de la humanidad, y ella está siempı presente ahí para socorrerlos en todo, con su bolsa, su sang y su vida. La misma blasfemia se escapa siempre de s labios; haz bien y espera mal.

Qué ingratos somos!

La mano que ayer recibió nuestra limosna jenerosa, mañan nos desconocerá quizá. Pero cuántos hijos pródigos no cruzarán por nuestro camino!

El equilibrio social estaria perturbado si las cosas pasára de otra manera. Y Dios que ha echado á rodar los mund en los espacios sin fin, para que jiren eternamente sin ch carse jamás, ha querido que la ley consoladora de la so daridad nunca sufra tampoco perturbacion alguna.

En buena hora; no espereis el bien de aquel que recib vuestros favores. Esperadlo, sin embargo, de los desconocido

Maldecireis vuestra estrella, renegareis de la vida las amargas horas, y al encontraros cara á cara con muerte tendreis que reconocer que los hombres no han si tan malos.

No hay quien á las puertas de la eternidad maldiga á sus hermanos. Sea justicia ó pavor, cuando el cuadrante del tiempo marca el minuto solemne entre el ser y no ser, todos se arrepienten del mal que hicieron ó del bien que dejaron de hacer.

Los viejos! los viejos! no les negueis, os lo vuelvo á repetir, — ni el paso, ni la mirada, ni el saludo.

Cuesta tan poco, complacer á los que con un pié en el último escalon de este mundo y otro en el dintel de las puertas de la eternidad, esperan sin rencor ni ódio el instante fatal!

Estanislao tuvo un largo diálogo con Mariano Rosas. En seguida le llegó su turno á Baigorrita y demás capitanejos é indios de importancia que les acompañaban.

Yo saludé al cacique particularmente, me senté al lado de mi compadre, y como el ceremonial no rezaba conmigo, me llamé á sosiego. El galope habia excitado mi estómago, despertando el apetito. Traté de abandonar el campo, pero Baigorrita que se fastidiaba mucho de aquella inacabable letanía de dimes y diretes me dijo, — que no me fuera, que le esperára, que camparíamos juntos.

Dí mis órdenes, mandé que los caballos los rondáran lejos, en lugar seguro, que hicieran campamento, allí cerca en un montecito muy tupido, y que nos esperáran con buen fuego, puchero y asado.

Miéntras mi compadre se desocupaba no faltó quien me obsequiára con mate; Hilarion me pasó una torta riquísima, hecha al rescoldo y á hurtadillas, lo mismo que un niño mimado y goloso delante de las visitas, me la manduqué.

No hay quien no conserve algun recuerdo imperecedero de ciertas escenas de la vida, — este, de una cena espléndida en el Club del Progreso; aquel, de otra en el Plata; el uno, de un almuerzo campestre; el otro, de un *lunch* á bordo. Yo no puedo olvidar la torta cocida entre las cenizas que me regaló Hilarion con disimulo, diciéndome «para Vd. la tenia, Coronel.» La mirada perspicaz de Mariano Rosas se apercibió de ello, y calculando que tenia hambre me hizo pasar un par de palomas asadas, — diciéndome el conductor, que las habia hecho cazar para mí. Efectivamente, el Dr. Macias

fué quien cumplió la órden. Al dia siguiente lo supe. P(Macias! Ya tendré ocasion de ocuparme de él. Qué p me daba verle! No habíamos sido nunca amigos. Pero (servaba por él ese afecto de escuela que muchas veces cula mas á los corazones que la sangre misma. Cuántas v al través del tiempo, lo mismo en el seno de la Patria en estranjera playa, sean cuales sean las borrascas que ha azotado el bajel de nuestra fortuna, el título de condiscíp suele ser un talisman!

Viendo que la charla no cesaba y que amenazaba contir hasta media noche, segun el número de personajes que no habia cambiado sus saludos; viendo tambien que el ne del acordion andaba por allí y que se preparaba á dar una serenata, — le hice una indicacion á mi compadre.

Me contestó que no podia retirarse todavía; que me fu(que mas tarde iria él.

Mariano Rosas estaba en lo mas fuerte del entrevero; lu su remarcable retentiva y hacia gala de sus habilidades o torias. Le hice una seña, como diciéndole, me voy, — me c(testó con otra, como diciéndome, — hace bien, esto no es (Vd.; me levanté, me abrí paso por entre una espesa mura de chusma que escuchaba el parlamento, llamé á mi asisten me acercó el caballo, puse pié en el estribo y me dispo á montar cuando unos *acordes destemplados* hirieron mis oid de atrás. Era el negro del acordion! Al mismo tiempo q volteaba la pierna derecha, le pegué con la izquierda en pecho un fuerte puntapié, le dí contra el suelo y me te al golpe. El artista estaba *achumado.*

Llegué al montecito donde me esperaba mi jente; el fog ardia resplandeciente lo mismo que una hoguera de la inq sicion; daba ganas de saltarlo, como los muchachos saltan fogatas de viruta y alquitran en el dia de San Juan. Hay t taciones irresistibles. Piqué mi valiente caballo, pasé por cima del fuego, é hice un desparramo. Y como ni el asado, n puchero, ni la caldera cayeron, todos aplaudieron de corazo

Contento de mi triunfo eché pié á tierra, con mas ajilic que otras veces, ocupé mi puesto en la rueda y empec *pegarle* al mate.

Mi compadre no venia, — cenamos, ordené que le guardáran algo, y ántes de recojerme mandé ver dónde y cómo estaban los caballos.

Mas de veinte formábamos el círculo del fogon. Hablábamos quien sabe de qué; de repente oyóse un tropel de caballos. Es Baigorrita, dijeron unos. Los jinetes sujetaron casi encima de nosotros, y una voz firme, varonil, desconocida para mí, dijo: Buenas noches!

Es Chañilao, dijeron unos.

— Buenas noches, dijeron otros.

— Eche pié á tierra, si gusta, dije yo, finjiendo que no habia reparado en el recien llegado. Pero á la vislumbre del fogon habia visto perfectamente bien su cara.

Chañilao se apeó, y hablando en lengua araucana y haciendo sonar unas enormes espuelas, se acercó á mí y con aire indiferente se sentó á mi lado.

No me moví.

Nadie escepto los indios lo conocia.

Era un hombre alto, delgado, de facciones prominentes y acentuadas, de tez blanca, poco quemada; de largos cabellos castaños, tirando al rubio; de ojos azules vivos, penetrantes; de ancha frente, cortada á pico; de nariz recta como la de un antiguo heleno; de boca pequeña, cuyos labios apenas resaltaban; de barba aguda, retorcida para arriba, en la que se veia un hoyo; lampiño; de modales fáciles; vestido como un gaucho rico; llevaba un sombrero de paja de Guayaquil, fino; espuelas de plata; y un largo facon de lo mismo, atravesado en la cintura; rebenque con virolas de oro, y su gran cigarro de hoja en la boca.

Sin cuidarse de mí, habló con varios indios ostentando un aire y un tono marcadísimos de superioridad.

Me parecia estudiado.

Les hice una seña á mis ayudantes con el dedo, — para que no dijeran quién era yo.

Le hice pasar un mate y al recibirlo preguntó:

— Dónde está el amigo Camilo Arias?

Mi compadre Baigorrita se hacia sentir en ese momento.

LII.

Quien es Chañilao. — Su historia. — El carácter es un defecto para las medianías. — Diferencia entre el paisano y el gaucho. — El primero no es nada, el segundo es siempre federal. — Tenemos pueblo propiamente hablando? — Sentimientos de un maestro de posta cordobés cuando estalló la guerra con el Paraguay. — Chañilao y yo. — Frescas. — Intrigas. — Una china.

Chañilao es el célebre gaucho cordobés Manuel Alfonso, antiguo morador de la frontera del Rio 4°.

Vive entre los indios hace años.

No hay un baqueano mas esperto, ni mas valiente que él. Tiene la carta topográfica de las provincias fronterizas en la cabeza.

Ha cruzado la Pampa en todas direcciones millares de veces, — desde la sierra de Córdoba hasta Patagones, desde la Cordillera de los Andes hasta las orillas del Plata.

En ese inmenso territorio, no hay un rio, un arroyo, una laguna, una cañada, un pasto que no conozca bien.

El ha abierto nuevas rastrilladas y frecuentado las viejas abandonadas ya.

En la peligrosa travesía, donde pocos se aventuran, él conoce escondido *guaico*, para abrevar la sed del caminante y de sus caballos.

Ha acompañado á los indios en sus mas atrevidas escursiones y muchas veces se salvaron por su pericia y su arrojo.

Sus constantes correrías, de noche, de dia, con buen ó mal tiempo, llueva ó truene, brille el sol ó esté nublado, haya luna ó esté sombrío el cielo, — le han hecho adquirir tal

ráctica, que puede anticipar los fenómenos meteorolójicos con
ı exactitud del barómetro, del termómetro y del higrómetro.

Es un aguja de marear humana; su mirada marca los rumos y los medios rumbos, con la fijeza del cuadrante.

Habla la lengua de los indios como ellos, — tiene mujer ropria y vive con ellos. Es domador, enlazador, boleador, ialador. Conoce todos los trabajos de campo como un estanero; ha tenido tratos con Rosas y con Urquiza, ha caido risionero varias veces y siempre se ha escapado, gracias su astucia ó su temeridad.

Poco ántes de la batalla de Cepeda le tomaron, junto con einte indios en la frontera Oeste de Buenos Aires. Solo él urló la vijilancia de las guardias y se salvó.

Es un oráculo para los indios cuando invaden y cuando e retiran; vive por desconfianza en *Inché*, treinta leguas ıas al Sud que Baigorrita, á cuya indiada pertenece; tiene équito y es *capitanejo*, — con lo cual está dicho todo sobre ste tipo, planta verdaderamente oriunda del suelo arjentino.

Chañilao no es sanguinario; ha vivido entre los cristianos entre los indios alternativamente. En el Rio 4° tiene amios; Camilo Arias, mi fiel é inseparable compañero, es uno e ellos. La última vez que emigró de allí fué por preveniones infundadas.

Esa es nuestra tierra, — como nuestra política suele onsistir en hacer de los amigos enemigos, — párias de los ijos del país, — secretarios, ministros, embajadores de los ue nos han combatido.

Solemos ser justos con los *nuestros*, con los adversarios omos siempre débiles. Solemos ser tolerantes con los que ransijen, con los que se hacen un honor y un deber de tener onciencia, jamás.

Para ellos está reservada la crítica irritante, acerba.

El peor papel que puede representar el patriotismo á los jos de las medianías, — es tener carácter.

Mas hábiles en el arte de reclutar nulidades, de seducir raficantes y especuladores, — que dispuestos á admirar el alento y la probidad; mas capaces de claudicar que de imponerse por la elevacion moral, prefieren los que se doblegan

á los que firmes sobre el pedestal de sus creencias tienen la osadía de esclamar: yo pienso así!

Ah! si el país no estuviera jadeante! Ah! si no estuviera arraigado en todos los corazones el convencimiento de que hay que preparar la tierra, ántes de arrojar en sus entrañas fecundas la semilla!

Ah! si no fuera que el hierro mata! Ah! si no fuera que una verdad escrita con sangre es siempre una conquista fratricida!

Camilo, me habia hablado largamente de Manuel Alfonso. Habia sido el apoderado de los pocos intereses que dejó en la frontera la última vez que huyó de ella. Tenia por él ese cariño respetuoso, — que el paisano le profesa siempre al gaucho cuando no le cree malo; habia sido su maestro en los campos; y como aborrecia de muerte á los indios, con los que se habia batido muchas veces cuerpo á cuerpo, perdiendo dos hermanos en dos invasiones, se hacia la ilusion de arrancarlo de su guarida.

Camilo Arias, — es igual á Manuel Alfonso en un sentido; su reverso en otro.

Camilo sabe tanto como Alfonso; es rumbeador como él, jinete como él, valiente como él; pero no es aventurero.

Camilo es un paisano gaucho, pero no es un gaucho.

Son dos tipos diferentes. Paisano gaucho es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad, de cuyo lado estará siempre, aun contra su sentir.

El gaucho neto, es el criollo errante, que hoy está aquí, mañana allá; jugador, pendenciero, enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios si dá una puñalada, ó gana la montonera si esta asoma.

El primero, — tiene los instintos de la civilizacion; imita al hombre de las ciudades en su traje, en sus costumbres. El segundo, ama la tradicion, — detesta al *gringo;* su lujo son sus espuelas, su chapeado, su tirador, su facon. El primero se quita el poncho para entrar en la villa, el segundo entra en ella haciendo ostentacion de todos sus arreos. El primero es labrador, picador de caretas, acarreador de

nado, tropero, peon de mano. El segundo se conchaba ra las *yerras*. El primero ha sido soldado varias veces. l segundo formó alguna vez parte de un continjente y en anto vió luz se alzó.

El primero es siempre *federal*, el segundo ya no es nada. l primero cree todavía en algo, el segundo en nada. Como sufrido mas que la *jente de frac*, se ha desengañado ántes e ella. Va á las elecciones, porque el Comandante ó el lcalde se lo ordena, y con eso se hace sufragio universal. i tiene una demanda la deja porque cree que es tiempo perido, — sea dicho con verdad. En una palabra, el primero s un hombre útil para la industria y el trabajo, — el seundo es un habitante peligroso en cualquier parte. Ocurre l juez, porque tiene el instinto de creer que le harán justicia e miedo, — y hay ejemplos, si no se la hacen se venga, — iere ó mata. El primero compone la masa social arjentina; l segundo va desapareciendo. Para los que, metidos en la risálida de los grandes centros de poblacion, han visto su ierra y el mundo por un agujero; para los que suspiran por onocer el estranjero, en lugar de viajar por su país; para os que han surcado el oceáno en vapor; para los que saben onde está Riga, ignorando donde queda Yavi; para los ue han esperimentado la satisfaccion febril de tragarse las eguas en ferro-carril, sin haber gozado jamás del placer rimitivo de andar en carreta, — para todos esos el *gaucho* s un ser ideal.

No lo han visto jamás.

La libertad, el progreso, la inmigracion, — la larga y enta palinjenesia que venimos atravesando hace diez y ocho ños lo va haciendo desaparecer.

El dia en que haya desaparecido del todo será probableente aquel en que se comprenda, que tenemos una masa e pueblo sin alma, que en nada, ni en nadie cree; que esparramada en inmensas campañas, no tiene iglesias, ni scuelas, ni caminos, ni justicia, — nada que la ampare ficazmente, que la prepare para el gobierno propio, para la erdad del sufrajio popular, para el respeto siquiera del estranjero que viene á compartir con nosotros todo, — ménos

el dolor porque no nos estima, nada, nada en fin, sino un caudillejo armado ó togado que la oprima ó la esplote.

Entónces recien tendremos propiamente hablando pueblo; pueblo con corazon, con conciencia, con conviccion y pasion.

Entónces no habrá paisanos honrados, con intereses que perder, que encerrándose en el egoismo, que todo lo seca hasta el patriotismo, — sientan solos los males sociales que pueden asolar su casa.

Entónces, no habrá en Córdoba, un maestro de posta, hacendado, que conteste lo que me contestaron á mí en el Molle

Era el mes de Abril del año 1865. Ibamos de pasajeros de Mendoza para Córdoba en una galera, el Dr. D. Eduardo Costa, Alejandro Paz, y D. Francisco Civit, todos escelentes compañeros de viaje. En el primero, sobre todo, nadie habia sospechado un hombre tan avenido y varonil.

En el Rio 4° el Jeneral D. Emilio Mitre nos habia dado la noticia de la primera agresion de Lopez. Teníamos una impaciencia febril de llegar á Córdoba donde se hallaba el Dr. Rawson.

En la referida posta le pregunté yo al dueño de casa que era un vejete bastante alentado.

— Y, qué noticias tiene, paisano?

— Ningunas, me contestó.

— Pero hombre, agregué asombrado; no sabe Vd. que los paraguayos han invadido la Provincia de Corrientes con cuarenta mil hombres; que nos han apresado unos vapores; que han robado, incendiado y cautivado muchas familias?

Por toda contestacion esclamó, con la tonada consabida:

— Lo bueno que por aquí no han de llegar!

Qué desconsoladora injenuidad! Pero que bien pinta el estado moral de un país.

Despues de esto habladme cuanto querrais del patriotismo arjentino. Yo os diré que el patriotismo es una virtud cívica, que no apasiona las multitudes sino cuando la nocion del deber se ha encarnado en ellas; que todo deber responde á un ideal; que la libertad, la relijion, la patria, el honor nacional son un ideal; pero que ese ideal no está sino en la conciencia de cierto número de elejidos.

Tenemos el jérmen, — falta difundirlo.

De qué manera? Haciendo que la patria sea para el hombre del pueblo, — la libertad en todas sus manifestaciones, — la justicia, — el trabajo bien remunerado; no el abuso, el privilejio, la miseria.

Entónces no se encontrará quien diga, — lo que frecuentemente se oye: para lo que yo le debo á la Patria.

No basta que las constituciones proclamen que todo ciudadano está obligado á armarse en defensa de la Patria. Es menester que la Patria deje de ser un mito, una abstraccion, para que todos la comprendan y la amen con el mismo acendrado amor. Hay fanatismos necesarios, — que si no existen se deben crear.

Manuel Alfonso, volvió á preguntar por el amigo Camilo Arias.

— Que lo llamen, dije yo.

El gaucho, ni me miró siquiera.

Pero comprendiendo quien era y con la intencion sin duda de *calmarme*, preguntó.

— Y cómo se entienden estas paces? Aquí de amigos ya — Calfucurá invadiéndolo los porteños?

— Mire, amigo, le contesté; delante de mí no venga hablando barbaridades. Si no le gusta la paz, mándese mudar.

Se dió vuelta entónces, me miró y pegando maquinalmente con el rebenque en el suelo unas cuantas veces, repuso.

— Yo digo lo que me han dicho.

— Pues le repito que es una barbaridad, le contesté.

Me miró con mas fijeza y por toda contestacion se sonrió maliciosamente como diciendo: mozo malo!

Estaba provocativo.. Iba mal parado si le aflojaba; así es el gaucho taimado.

— Y este fogon es mio, le agregué, como diciéndole: «no quiero que en él se hablen cosas que no me gustan.»

Y Vd. quién es? repuso, jugando siempre con el rebenque y fijando la vista en el fogon.

— Averigue, le contesté.

En ese momento una voz conocida, dijo al lado mio:

— Ordene, señor.

Era Camilo Arias que venia á mi llamado.

— Aquí tienes un amigo, le dije, señalándole á Alfonso.

Los paisanos son jeneralmente frios, — se saludar si se hubieran visto el dia ántes.

— Vamos, le dijo Camilo.

— Vamos, contestó el gaucho, levantándose. buenas noches y se marchó.

Me quedé sumamente preocupado. En un hom sagaz como él, tan conocedor de los indios, tan in entre ellos por sus servicios, sus conocimientos y s aquellas palabras soltadas en mi fogon, revelaban r intencion.

No habia subido aun á caballo Manuel Alfonso, mi compadre Baigorrita se presentó.

Echó pié á tierra y se sentó á mi lado; pedí su la trajeron y sacando el cuchillo, me dijo:

— Conociendo Chañilao?

— Ahí va, le contesté, indicándoselo. Acababa d un cigarro en ese instante y lo encendia, montado y

Ahí hizo mi compadre.

— Hay algo? le pregunté á San Martin.

— Creo que sí, me contestó!

Baigorrita estaba mas pensativo que de costumb preguntas, sus esclamaciones, su aire sombrío, acab convencerme de que Manuel Alfonso, no habia veni fogon á hablar de la paz y de Calfucurá sin objeto.

Qué podia haber?

En vísperas de una gran junta, cualquier mala dis era alarmante.

— Hay alguna cosa, compadre? le hice pregunta gorrita con San Martin.

— Sí, compadre, me contestó él mismo.

Habló con San Martin y en seguida me dijo éste:

Que Mariano Rosas le habia contado muchas cosas que estando campado en Calcumuleu los habia trat mal á los indios; que á él le habia mandado decir cion de desvergüenzas; y que yo era muy altanero.

Le referí todo lo que habia sucedido y su respuesta fué por boca de San Martin:

— Alguna intriga, compadre, porque nos ven de amigos.

Comprendí todo.

Durante mi permanencia en Quenque, — me habian hecho la cama en Leubucó.

Mi compadre acabó de cenar, él y yo éramos los únicos que quedaban al lado del fogon; los demás se habian recojido.

— Vamos á dormir, compadre, le dije.

— Bueno, me contestó.

Llamé á Cármen.

Me enseñó mi cama. Estaba al pié de un hermoso calden.

Me sentaba en ella, cuando una china se apeó allí cerca del caballo y viniendo á mí me dijo con aire misterioso:

— Tengo que hablarle.

LIII.

Mi compadrazgo con Baigorrita habia alarmado á los de Leubucó. — Censura pública. — Nubes diplomáticas. — Camargo conocia bien á los indios. — Confio en él. — Camilo y Chañilao no se entienden. — En marcha para la junta grande. — Qieren que salude á quien no debo. — Me niego á ello. — Ceden saludos. — Empieza la conversacion. — Discurso inaugural. — Entusiasmo que produce Mariano Rosas. — El debate. — Un tonto no será nunca un héroe.

Al dia siguiente, ántes de amanecer, ya sabia yo con interesantes detalles, qué intrigas habian tenido lugar en Leubucó, miéntras habia andado por Quenque.

La noticia de mi compadrazgo con Baigorrita, habia producido mal efecto en Mariano Rosas.

La consagracion de ese vínculo es tan sagrado para los indios, que aquel se alarmó de una amistad naciente, sellada con el bautismo del hijo mayor de su aliado.

Sus allegados en lugar de tranquilizarlo, halagaban sus preocupaciones, diciéndole que no se descuidára, que estuviese en guardia.

Mi conducta era públicamente censurada; se me acusaba de haber tratado descortesmente á los indios, desde el dia en que llegué á Aillancó; se me hacia el cargo de no haber avisado con anticipacion mi viaje; criticaban mi mezquindad, comparándola con la magnificencia del Padre Burela, conductor de cincuenta cargas de bebida; decian que no era bueno; que les habia impuesto el tratado de paz, mandándoles un ultimatum; que habia llevado un instrumento para medir las tierras; que eso era porque los cristianos se pre-

paraban para una invasion; que el tratado no tenia mas objeto que entretener á los indios para ganar tiempo.

El Padre Burela parecia ajeno á estas murmuraciones. Pero no las habia reprobado; y no teniendo nada que hacer en la junta se hallaba al lado de Mariano Rosas. Con él estaba la noche ántes, dábase los aires de un valido y pretendia que Baigorrita le habia desairado, haciéndome su compadre, queja asaz estraña en un sacerdote.

El horizonte diplomático se me presentaba cargado de nubes.

La persona que se habia tomado el trabajo de venir furtivamente á contarme lo que habia pasado durante mi ausencia para que estuviera prevenido, — opinaba que tendríamos una junta tumultuosa.

Las voces malignas que traia Chañilao, hacian mas vidriosa la situacion.

Antes de estar en mi fogon habia estado en el sitio donde parlamentaba Mariano Rosas; habia hablado con él y con otros; habia desparramado sus noticias y la atmósfera de desconfianza se habia hecho.

Rayaba el dia cuando llegó un mensajero de Mariano Rosas; mandaba informarse de como habia pasado la noche y prevenirme que en cuanto saliera el sol nos moveríamos y que la señal seria un toque de corneta.

Le contesté que habia pasado la noche sin novedad; que me alegraba de que él y su jente hubiesen dormido bien; y que estaba á su disposicion.

Hice llamar á Camilo Arias, ordené que arrimáran los caballos, púsose toda mi jente en pié y nos aprestamos á marchar.

Miéntras llegaban los caballos se calentó agua y tomamos mate.

Camargo me inspiraba confianza. Le referí lo que me habia sucedido con Chañilao; lo que habia pasado en Leubucó durante nuestro paseo por las tierras de Baigorrita; lo que Mariano Rosas habia conversado con éste; y le pedí que me diera con franqueza su opinion.

Me la dió sin titubear. Su corazon no carecia de nobleza.

Me tranquilicé; pero no del todo. Cada mundo tiene sus misterios. El conocia bien los del suyo, como nadie quizá.

Prueba de ello era que no volvia en pelos de Quenque que se habia hecho devolver los estribos que le robaron en el toldo de Caiomuta y las demás prendas que le arrojó con desprecio para humillarle y afearle su proceder.

Llegaron los caballos y Camilo.

Mandé ensillar. En tanto lo hacian, me contó éste su entrevista con Manuel Alfonso.

Habian dormido juntos: no se habian entendido, porque el gaucho no habia simpatizado conmigo; pero se habian separado amigos.

Se oyó un toque de corneta.

Los clarines de Baigorrita contestaron, montamos á caballo y nos movimos, rompiendo la marcha en dispersion.

A poco andar avistamos la jente de Mariano Rosas, coronando la cumbre de una cuchilla.

Tocaron alto, llamada y reunion.

Los toques fueron obedecidos, lo mismo que lo habria hecho una tropa disciplinada.

Formamos en batalla, — Baigorrita, yo y mi séquito nos pusimos al frente de la línea y en ese órden avanzamos.

La indiada de Mariano Rosas hizo la misma maniobra. Las dos líneas marchaban á encontrarse. Seríamos trescientos de cada parte.

El sol se levantaba en ese momento, inundando la azulada esfera con su luz; la atmósfera estaba diáfana; los más lejanos objetos se transparentaban, como si se halláran corta distancia del observador; el cielo estaba despejad solo una que otra nube nacarada navegaba por el vacío, c majestuosa lentitud; la blanda brisa de la mañana ape ajitaba la grama color de oro; el rocío salpicando los c pos los hacia brillar como si estuvieran cubiertos por menso manto de rica y variada pedrería.

Cuando las dos líneas que avanzaban al paso estuv á cincuenta metros una de otra, los clarines y co tocaron alto, y las dos indiadas se saludaron golpe la boca.

Los ecos se perdian por los aires, quedaba todo en el mas profundo silencio, y los gritos se repetian.

Nadie llevaba armas; todo el mundo montaba escelentes caballos, vestia su mejor ropa y ostentaba las prendas de plata y los arreos mas ricos que tenia.

Mariano Rosas destacó un indio; Baigorrita otro; colocáronse equidistantes de las dos líneas; cambiaron *sus razones*, y volvieron á sus respectivos puntos de partida.

Los dos caciques acababan de saludarse y de invocar la proteccion de Dios para deliberar con acierto.

Tocaron atencion, dieron voces de mando en lengua araucana, la segunda fila de cada línea retrocedió dos pasos, los que miraban al Norte jiraron á la izquierda, tocaron marcha y las dos líneas quedaron formadas en alas.

Mariano Rosas destacó un indio que se acercó á mí y me habló en su lengua.

Camargo, haciendo de lenguaraz, me dijo:

— Dice el jeneral Mariano que eche pié á tierra para saludar al Padre Burela.

Me pareció haber entendido mal.

— Para saludar á quién? le pregunté á Camargo con estrañeza.

— Al Padre Burela! me contestó.

— Al Padre Burela? esclamé mirando á los franciscanos y á mis oficiales.

— Es pretension, agregué.

— Díle, proseguí dirijiéndome á Camargo, que le conteste á Mariano que yo no tengo que saludar al Padre Burela, que soy aquí el representante del Presidente de la República, que en todo caso es el Padre Burela quien debe saludarme á mí.

El mensajero se marchó y yo me quedé refunfuñando. Estaba indignado.

Lo que pasaba no era mas que la consecuencia de las intrigas de Leubucó.

Volvió el indio insistiendo en lo mismo.

Contesté con malísimo modo, que ántes que hacer lo que

se me exijia, me *cortaria* con mi jente, que hicieran la junta sin mí, si querian, que yo no estaba para bromas.

Llevó el indio mi contestacion.

Baigorrita que entendia todo lo que yo contestaba, porque Camargo lo repetia en lengua auracana, me hizo decir:

— Echemos pié á tierra, compadre.

Mariano Rosas recibió mi contestacion sin visible alteracion; conferenció con sus consejeros y su embajador volvió por tercera vez, diciéndome:

— Dice el jeneral que es para saludar á todos.

— Eso es otra cosa, contesté.

Y esto diciendo, mandé echar pié á tierra á los mios haciéndolo yo primero.

Mariano Rosas y los suyos me imitaron.

Vino otro indio, habló con Camargo y siguiendo las indicaciones de éste comenzó el ceremonial.

Mariano Rosas y su séquito estaban formados en ala Baigorrita y mi séquito lo mismo, es decir, que mi izquierda venia á quedar frente á la derecha de aquel.

Tiramos á la derecha, marchando al Naciente unos cuantos pasos, volvimos á jirar al Norte, seguimos hasta quedar perpendicularmente á la izquierda del séquito de Mariano Rosas, que permanecia inmóvil, formando un ángulo, y los saludos empezaron, consistiendo en fuertes apretones de manos y abrazos.

Desfilamos por delante de aquellos y cuando Baigorrita estrechaba la mano de Mariano Rosas y yo la de Epumer, mi cola, hablando militarmente, se abrazaba con el último indio del séquito de Mariano Rosas.

Hecho esto, seguimos desfilando, hasta que el último de mis asistentes saludó á aquel, y volvimos á ocupar el puesto en que estábamos al echar pié á tierra.

En seguida Mariano Rosas y los suyos avanzaron veinte pasos; Baigorrita, yo y los mios hicimos simultáneamente otro tanto, formando dos pelotones.

Las dos líneas de jinetes formaron un circulo conversando á vanguardia, á derecha é izquierda sus respectivas alas; echaron pié á tierra y Mariano Rosas y los suyos; Baigorrita,

yo y los mios quedamos encerrados en dos círculos concéntricos, formados el esterior por caballos y el interior por indios.

Todas estas evoluciones se hicieron en silencio, con órden, revelando que estaban sujetos á una regla de ordenanza conocida.

Ningun indio maneó ni ató su caballo en las pajas; solo le bajó las riendas. Los mansos animales ni se movian de su puesto.

Mariano Rosas invitó á todo el mundo á sentarse.

Nos sentamos, pues, sobre el pasto humedecido por el rocío de la noche, sin que nadie tendiera poncho ni carona, cruzando las piernas á la turca.

Mariano Rosas me cedió á su lenguaraz José; colocóse éste entre él y yo, y el parlamento empezó.

Yo estaba bajo la influencia desagradable de las revelaciones que me habian hecho y fastidiado con la pretension rechazada de que saludára al Padre Burela.

Apoyé los codos en las rodillas y ocultando la cara entre las manos me dispuse á escuchar el discurso inaugural de Mariano Rosas.

El lenguaraz me previno que todavía no empezaba á hablar conmigo.

El cacique jeneral tomó la palabra y habló largo rato,—unas veces con templanza, otras con calor, ya bajando la voz hasta el punto de no percibirse los vocablos, ya á gritos; ora accionando, con la vista fija en tierra, ora mirando al cielo. Por momentos, cuando su elocuencia rayaba, sin duda, en lo sublime, sacudia la cabeza y estremecia el cuerpo como poseido de un ataque epiléptico.

Las palabras: *Presidente, Arredondo, Mansilla, yeguas, achucar, yerba, tabaco, plata* y otras castellanas que los indios no tienen, flotaban en la peroracion á cada paso.

Los oyentes aprobaban y desaprobaban alternativamente.

Cuando aprobaban, el orador bajaba la voz; cuando desaprobaban, gritaba como un condenado.

Terminado el discurso inaugural, en medio de entusiastas manifestaciones de aprobacion, llegó el turno del debate.

El cacique empezó por invocar á Dios.

Me dijo que protejia á los buenos, y que castigaba á lo malos; me habló de la lealtad de los indios, de las *pac* que en otras épocas habian tenido, que si habian fallad no habia sido por culpa de ellos; me hizo un curso sob la libertad con que entre ellos se procedia; agregó que p eso habia reunido los principales capitanejos, los indios m importantes por su fortuna ó por sus años para que dijese si les gustaba el tratado, porque él no hacia sino lo qu ellos querian; que su deber era velar por su felicidad; qu él, no les imponia jamás; que entre los indios no sucedi como entre los cristianos, donde el que mandaba, mandab y terminó pidiéndome leyera los artículos del tratado refe rentes á la donacion trimestral de yeguas, etc., etc.

Me disponia á contestar, cuando oí que le gritaban co desprecio al Dr. Macias, que teniendo al hombro una esco peta, regalo mio á Mariano Rosas, se habia confundido co su jente.

— Afuera, afuera el *Dotor!*

El pobre Macias agachó la cabeza, y resignado á s suerte se alejó de allí, siendo objeto de las risas y rechifla de los indios mas ladinos y de algunos cristianos.

Metí la mano al bolsillo, saqué mi libro de memoria busqué en él el estracto del tratado de paz, y procuran imitar la mímica oratoria de la escuela ranquelina, tomé palabra.

Espliqué el tratado, punto por punto; hablé de Dios, Diablo, del cielo, de la tierra, de las estrellas, del sol y la luna; de la lealtad de los cristianos, del deseo que ten de vivir en paz con los indios, de ayudarlos en sus nec dades, de enseñarles el trabajo, de hacerlos cristianos p que fueran felices, del Presidente de la República, del je ral Arredondo y de mí.

Este fué mi primer discurso.

Es posible que entre cristianos me hubieran ap dido.

El efecto que produjo mi retórica y mi accion entr bárbaros lo deduje viendo al indio que me robó los gu

)uenque, los cuales se habia puesto, dormido como una
ra á mi lado.
'aturot fué mas feliz que yo, la primera vez que de la
e á la mañana se vió convertido en orador republicano
lar.
'ecididamente estamos destinados á recorrer una escala
minable de desengaños en la complicada travesía por
pícaro mundo.
'o hay mas, — digan lo que quieran ciertos fanáticos, —
ı tonto será nunca un héroe, porque la palabra héroe
ɜrtando la idea de grandeza implica intelijencia; ni yo
acido para orador ministerial, mucho ménos entre los
s.

LIV.

Repito la lectura de los artículos del Tratado de Paz. — Los indios p mas que comer. — Mi elocuencia. — Mímica. — Dificultades. — E cuerdo de un sermon de Viérnes Santo me salva. — El representant la *Liberté* en Bruselas y yo. — Cargos mútuos. — Argumentos etnc ficos. — Recursos oratorios. — En el banco de los acusados. — I pelaciones *ad hominem*. — El traidor calla. — Redoblo mi enerjía é pongo con ella. — Se establece la calma. — Apéndice. — Once mortales horas en el suelo.

Mariano Rosas me exijió que repitiera la lectura de artículos que estipulaban la entrega de yeguas, yerba, car, tabaco, etc., diciéndome que queria que todos los in se enterasen bien de la paz que se iba á hacer.

Esta última frase: *que se iba á hacer,* dicha despues estar firmado, ratificado y canjeado el tratado de paz, otra orijinalidad verdaderamente ranquelina.

No una vez sino varias la habia oido ya. Me hacia mal efecto.

Las disposiciones de los indios en aquellos momentos, eran las mas favorables para obtener de ellos un tri oratorio; y la junta parecia que iba á tomar el cará de un *meeting*, aprobatorio ó reprobatorio, de la condu del Cacique.

Lo deducia de que varias veces me habia soltado otra frase: «recien voy á dar cuenta á mis indios de lo hemos arreglado, y lo que ellos decidan, eso será lo se haga.»

Yo estaba prevenido desde la noche anterior.

Accedí á la exijencia, leyendo otra vez los artículos del tratado que mas preocupaban é interesaban.

Comer será siempre un capítulo primordial para la humanidad.

Varias voces gritaron en auracano:

— Es poco! es poco!

Lo comprendí porque ciertos cristianos repitieron la frase en castellano, con intencion, apoyándola con repetidos sí! sí!

Mariano Rosas, notando aquello, me echó un discurso sobre la pobreza de los indios, exijiéndome la entrega de mas cantidad de yeguas, yerba, azúcar y tabaco.

Contesté que los indios eran pobres, porque no amaban el trabajo; que cuando le tomáran gusto se harian tan ricos como los cristianos, y que yo no podia comprometerme á dar mas de lo convenido, que no era poco, sino mucho.

— Es poco! es poco! — volvieron á gritar varios á una.

— Lo vé vd., me dijo Mariano Rosas, — que no me trataba ya de hermano, — dicen que es poco.

— Lo veo, le contesté; pero es que no es poco, al contrario es mucho.

— Poco! poco! poco! gritaron simultáneamente mas voces que ántes.

Tomé la palabra, volví á leer los artículos del tratado estipulando la entrega de yeguas, etc., los comparé con lo que se les entregaba á las indiadas de Calfucurá, y probé que iban á recibir mas que ellos.

Díganme que no es cierto, esclamaba yo, viendo que nadie habia contradicho mis demostraciones. Y aprovechando la coyuntura, fulminé mis rayos oratorios contra Calfucurá.

Calfucurá, les dije, ha roto la paz porque es un indio muy pícaro y de muy mala fé que no teme á Dios. Ha sabido que lo que hemos arreglado con Mariano Rosas para estas paces es mas de lo que él recibe, y se ha vuelto á hacer enemigo de los cristianos, diciendo que los indios ranqueles son preferidos. Pero todo es á ver si consigue que le den lo mismo que estas indiadas van á recibir por el tratado de paz, que ya hemos arreglado con mi hermano.

Y al decir *mi hermano*, acentuaba la palabra cuanto poc y me dirijia á Mariano Rosas.

— Ya ven vds., gritaba con toda la fuerza de mis p mones y mímica indiana, — para que todos me oyeran creyendo seducirles con mi estilo, — como los indios ra queles son preferidos á los de Calfucurá.

Mariano Rosas me preguntó, que cuántas yeguas se bian ya á los indios por el Tratado.

Queria decir que desde cuando habia empezado á ten fuerza.

Como se vé el Tratado era y no era Tratado.

Le contesté que el Tratado obligaba á los cristian desde el dia en que el Presidente de la República le habi puesto su firma al pié.

Me contestó que él habia creido, que era desde el di en que me lo devolvió aprobado.

Le contesté que nó.

Me preguntó que cuando lo habia firmado el Presiden de la República.

Satisfice su pregunta, y entónces, haciendo sus cuenta me dijo que ya se les debia tanto.

Espliqué lo que ántes le habia esplicado en Leubucó, — lo que es el Presidente de la República, el Congreso y e Presupuesto de la Nacion. Les dije que el Gobierno n podia entregar inmediatamente lo convenido; porque necesi taba que el Congreso le diera la plata para comprarlo; que éste ántes de darle la plata tenia que ver si el Tratad convenia ó nó.

Eso era lo que en cumplimiento de órdenes recibida debia yo esplicar, como si fuera tan fácil hacerles entende á bárbaros lo que es nuestra complicada máquina consti tucional.

Pero por lo pronto, continué diciéndoles, se va á entre gar algo á cuenta, lo demás se completará cuando el Con greso apruebe el tratado. El Presidente de la República quiere manifestarles de ese modo á los indíjenas su buen voluntad.

Miéntras yo hacia estas observaciones, me parecia qu

entre la manera de discurrir de los indios y la mia, habia una perfecta similitud.

Mariano Rosas, me decia para mis adentros, miéntras mi lengua funcionaba, ha firmado el Tratado, yo lo creia concluido, y ahora resulta que la junta lo puede anular. Pues es lo mismo que sucede con el Presidente y el Congreso.

No es verdad que el caso era idéntico? Los estremos se tocan.

Esperaba una interpelacion de Mariano Rosas.

Varios indios la hicieron ántes que él.

— Y si el Congreso no aprueba el Tratado, preguntaron, ya no habrá paz?

Ponte, Santiago amigo, en mi caso, y díme si no te habrias visto en figurillas como yo para contestar?

Contesté que eso no sucederia, que el Congreso y el Presidente eran muy amigos, que el Congreso le habia de aprobar lo que habia hecho, que así hacia siempre; dándole toda la plata que necesitaba.

Mariano Rosas me dijo:

— Pero el Congreso puede desaprobar?

Yo no podia confesar que sí; me esponia á confirmar la sospecha de que los cristianos solo trataban de ganar tiempo; recurrí á la oratoria y á la mímica, pronuncié un estenso discurso lleno de fuego, sentimental, patético.

Ignoro si estuve inspirado.

Debí estarlo ó debieron no entenderme; porque noté corrientes de aprobacion.

La elocuencia tiene sus secretos.

Yo me acuerdo siempre, en ciertos casos, cuando veo á la muchedumbre conmovida por la resonancia de una diccion eufónica, rimbombante, sonora, — de un predicador catamarqueño.

Predicaba un sermon de Viérnes Santo.

Un muchacho oculto en el fondo del púlpito se lo soplaba.

Habia llegado á lo mas tocante, — al instante en que el Redentor, va á espirar ya, ultimado por los fariseos. La agonía del mártir habia empezado á arrancar lágrimas de los fieles, amargos sollozos vibraban en las bóvedas del templo.

El predicador conmovido á su vez, iba perdiendo el hilo. — diró al fondo del púlpito; el muchacho se habia dormido.

Era imposible continuar hablando.

Recurrió á la mímica.

Ciceron lo ha dicho; — *quasi sermo corporis.* Esta ve quedó probado.

El dolor crecia como la marea. No habia mas que ayuda un poco para producir la crísis y completar el cuadro.

A falta de palabras, el orador apeló á sus brazos y sus pulmones; accionaba y se estremecia dando ayes de garradores.

El auditorio sobrescitado, jadeante, aturdido por sus pr pios jemidos, — nada oia. Veia, sentia, calculaba que predicador debia estar sublime y lo ahogaba con su llo y sus lamentaciones.

La sacra efijie, inclinó la cabeza por última vez, u oleada de dolor estremeció á todo el mundo y el predicad desapareció.

Ultimamente en Bruselas, en un banquete de periodis presidido por el rey Leopoldo, el mas aplaudido de los o dores ha sido el representante de *La Liberté* de Paris.

A los repetidos, — que hable *La Liberté,* — se puso de p

Las luces, el vino, la penosa elaboracion de la dijest de una comida opípara, la charla, habian ya producido todos una especie de mareo.

Era un rapaz vivo como él solo.

— Señores, dijo, en presencia de *sa majesté,* aplaus

— No le dejaban continuar.

Comenzó á mover la cabeza, á batir los brazos como mos, — aplausos, hurrahs!

— *Liberté!* dijo, — mas aplausos, mas hurrahs!

— *Egalité!* dobles aplausos, dobles hurrahs!

— *Fraternité!* triples aplausos, triples hurrahs!

El orador deja de hablar, los aplausos, los hurrahs, por fin, y un éxito completo corona el triunfo de la mima sentimental sobre el arte ciceroniano.

Hay resortes de los que no se debe abusar. Tra gastar los mios.

Dejé la palabra, viendo que los oyentes estaban convencidos de que el Presidente y el Congreso no se habian de pelear por cuatro reales, ni por un millon, ni por cosas mayores.

Mariano Rosas la tomó.

Me preguntó — que con qué derecho habíamos ocupado el Rio 5°; dijo que esas tierras habian sido siempre de los indios, que sus padres y sus abuelos habian vivido por las lagunas de Chemecó, la Brava y Tarapendá, por el cerrillo de la Plata y Langheló; agregó que no contentos con eso todavía, los cristianos querian *acopiar* (fué la palabra de que se valió) mas tierra.

Estas interpelaciones y cargos hallaron un éco alarmante.

Algunos indios estrecharon la rueda, acercándose á mí para escuchar mejor lo que contestaba.

Me pareció cobardía callar contra mis sentimientos y mi conciencia, aunque el público se compusiera de bárbaros.

Siempre con los codos en los muslos y la cara entre las manos, fija la mirada en el suelo, tomé la palabra y contesté:

Que la tierra no era de los indios, sino de los que la hacian productiva trabajando.

No me dejó continuar, é interrumpiéndome, me dijo:

— Cómo no ha de ser nuestra cuando hemos nacido en ella?

Le contesté que si creia que la tierra donde nacia un cristiano era de él; y como no me interrumpiera proseguí:

— Las fuerzas del Gobierno han ocupado el Rio 5° para mayor seguridad de la frontera; pero esas tierras no pertenecen á los cristianos todavía; son de todos y no son de nadie; serán algun dia de uno, de dos ó de mas, cuando el gobierno las venda, para criar en ellas ganados, sembrar trigo, maíz.

Vd. me pregunta que con qué derecho acopiamos la tierra?

Yo les pregunto á vds. con qué derecho nos invaden para acopiar ganados?

— No es lo mismo, me interrumpieron varios, nosotros no sabemos trabajar; nadie nos ha enseñado á hacerlo como

se me exijia, me *cortaria* con mi jente, que hicieran la jun sin mí, si querian, que yo no estaba para bromas.

Llevó el indio mi contestacion.

Baigorrita que entendia todo lo que yo contestaba, po que Camargo lo repetia en lengua auracana, me hizo deci

— Echemos pié á tierra, compadre.

Mariano Rosas recibió mi contestacion sin visible alter cion; conferenció con sus consejeros y su embajador volv por tercera vez, diciéndome:

— Dice el jeneral que es para saludar á todos.

— Eso es otra cosa, contesté.

Y esto diciendo, mandé echar pié á tierra á los mio haciéndolo yo primero.

Mariano Rosas y los suyos me imitaron.

Vino otro indio, habló con Camargo y siguiendo las i dicaciones de éste comenzó el ceremonial.

Mariano Rosas y su séquito estaban formados en al Baigorrita y mi séquito lo mismo, es decir, que mi izquierd venia á quedar frente á la derecha de aquel.

Tiramos á la derecha, marchando al Naciente unos cuant pasos, volvimos á jirar al Norte, seguimos hasta quedar pe pendicularmente á la izquierda del séquito de Marian Rosas, que permanecia inmóvil, formando un ángulo, y lo saludos empezaron, consistiendo en fuertes apretones de mano y abrazos.

Desfilamos por delante de aquellos y cuando Baigorrit estrechaba la mano de Mariano Rosas y yo la de Epumer mi cola, hablando militarmente, se abrazaba con el últim indio del séquito de Mariano Rosas.

Hecho esto, seguimos desfilando, hasta que el último d mis asistentes saludó á aquel, y volvimos á ocupar el puest en que estábamos al echar pié á tierra.

En seguida Mariano Rosas y los suyos avanzaron veint pasos; Baigorrita, yo y los mios hicimos simultáneament otro tanto, formando dos pelotones.

Las dos líneas de jinetes formaron un circulo conversand á vanguardia, á derecha é izquierda sus respectivas alas echaron pié á tierra y Mariano Rosas y los suyos; Baigorrita

yo y los mios quedamos encerrados en dos círculos concéntricos, formados el esterior por caballos y el interior por indios.

Todas estas evoluciones se hicieron en silencio, con órden, revelando que estaban sujetos á una regla de ordenanza conocida.

Ningun indio maneó ni ató su caballo en las pajas; solo le bajó las riendas. Los mansos animales ni se movian de su puesto.

Mariano Rosas invitó á todo el mundo á sentarse.

Nos sentamos, pues, sobre el pasto humedecido por el rocío de la noche, sin que nadie tendiera poncho ni carona, cruzando las piernas á la turca.

Mariano Rosas me cedió á su lenguaraz José; colocóse éste entre él y yo, y el parlamento empezó.

Yo estaba bajo la influencia desagradable de las revèlaciones que me habian hecho y fastidiado con la pretension rechazada de que saludára al Padre Burela.

Apoyé los codos en las rodillas y ocultando la cara entre las manos me dispuse á escuchar el discurso inaugural de Mariano Rosas.

El lenguaraz me previno que todavía no empezaba á hablar conmigo.

El cacique jeneral tomó la palabra y habló largo rato,—unas veces con templanza, otras con calor, ya bajando la voz hasta el punto de no percibirse los vocablos, ya á gritos; ora accionando, con la vista fija en tierra, ora mirando al cielo. Por momentos, cuando su elocuencia rayaba, sin duda, en lo sublime, sacudia la cabeza y estremecia el cuerpo como poseido de un ataque epiléptico.

Las palabras: *Presidente, Arredondo, Mansilla, yeguas, achucar, yerba, tabaco, plata* y otras castellanas que los indios no tienen, flotaban en la peroracion á cada paso.

Los oyentes aprobaban y desaprobaban alternativamente.

Cuando aprobaban, el orador bajaba la voz; cuando desaprobaban, gritaba como un condenado.

Terminado el discurso inaugural, en medio de entusiastas manifestaciones de aprobacion, llegó el turno del debate.

El cacique empezó por invocar á Dios.

Me dijo que protejia á los buenos, y que castigaba á los malos; me habló de la lealtad de los indios, de las *paces* que en otras épocas habian tenido, que si habian fallado, no habia sido por culpa de ellos; me hizo un curso sobre la libertad con que entre ellos se procedia; agregó que por eso habia reunido los principales capitanejos, los indios mas importantes por su fortuna ó por sus años para que dijesen si les gustaba el tratado, porque él no hacia sino lo que ellos querian; que su deber era velar por su felicidad; que él, no les imponia jamás; que entre los indios no sucedia como entre los cristianos, donde el que mandaba, mandaba; y terminó pidiéndome leyera los artículos del tratado referentes á la donacion trimestral de yeguas, etc., etc.

Me disponia á contestar, cuando oí que le gritaban con desprecio al Dr. Macias, que teniendo al hombro una escopeta, regalo mio á Mariano Rosas, se habia confundido con su jente.

— Afuera, afuera el *Dotor!*

El pobre Macias agachó la cabeza, y resignado á su suerte se alejó de allí, siendo objeto de las risas y rechiflas de los indios mas ladinos y de algunos cristianos.

Metí la mano al bolsillo, saqué mi libro de memorias; busqué en él el estracto del tratado de paz, y procurando imitar la mímica oratoria de la escuela ranquelina, tomé la palabra.

Espliqué el tratado, punto por punto; hablé de Dios, del Diablo, del cielo, de la tierra, de las estrellas, del sol y de la luna; de la lealtad de los cristianos, del deseo que tenian de vivir en paz con los indios, de ayudarlos en sus necesidades, de enseñarles el trabajo, de hacerlos cristianos para que fueran felices, del Presidente de la República, del jeneral Arredondo y de mí.

Este fué mi primer discurso.

Es posible que entre cristianos me hubieran aplaudido.

El efecto que produjo mi retórica y mi accion entre los bárbaros lo deduje viendo al indio que me robó los guantes

en Quenque, los cuales se habia puesto, dormido como una piedra á mi lado.

Paturot fué mas feliz que yo, la primera vez que de la noche á la mañana se vió convertido en orador republicano popular.

Decididamente estamos destinados á recorrer una escala interminable de desengaños en la complicada travesía por este pícaro mundo.

No hay mas, — digan lo que quieran ciertos fanáticos, — ni un tonto será nunca un héroe, porque la palabra héroe despertando la idea de grandeza implica intelijencia; ni yo he nacido para orador ministerial, mucho ménos entre los indios.

LIV.

Repito la lectura de los artículos del Tratado de Paz. — Los indios pid mas que comer. — Mi elocuencia. — Mímica. — Dificultades. — El cuerdo de un sermon de Viérnes Santo me salva. — El representante la *Liberté* en Bruselas y yo. — Cargos mútuos. — Argumentos etnog ficos. — Recursos oratorios. — En el banco de los acusados. — Int pelaciones *ad hominem*. — El traidor calla. — Redoblo mi enerjía é i pongo con ella. — Se establece la calma. — Apéndice. — Once mortales horas en el suelo.

Mariano Rosas me exijió que repitiera la lectura de l artículos que estipulaban la entrega de yeguas, yerba, az car, tabaco, etc., diciéndome que queria que todos los ind se enterasen bien de la paz que se iba á hacer.

Esta última frase: *que se iba á hacer*, dicha despues estar firmado, ratificado y canjeado el tratado de paz, otra orijinalidad verdaderamente ranquelina.

No una vez sino varias la habia oido ya. Me hacia mal efecto.

Las disposiciones de los indios en aquellos momentos, no eran las mas favorables para obtener de ellos un triunfo oratorio; y la junta parecia que iba á tomar el carácter de un *meeting*, aprobatorio ó reprobatorio, de la conducta del Cacique.

Lo deducia de que varias veces me habia soltado esta otra frase: «recien voy á dar cuenta á mis indios de lo que hemos arreglado, y lo que ellos decidan, eso será lo que se haga.»

Yo estaba prevenido desde la noche anterior.

Accedí á la exijencia, leyendo otra vez los artículos del ratado que mas preocupaban é interesaban.

Comer será siempre un capítulo primordial para la humaidad.

Varias voces gritaron en auracano:

— Es poco! es poco!

Lo comprendí porque ciertos cristianos repitieron la rase en castellano, con intencion, apoyándola con repetios sí! sí!

Mariano Rosas, notando aquello, me echó un discurso obre la pobreza de los indios, exijiéndome la entrega de as cantidad de yeguas, yerba, azúcar y tabaco.

Contesté que los indios eran pobres, porque no amaban l trabajo; que cuando le tomáran gusto se harian tan ricos omo los cristianos, y que yo no podia comprometerme á ar mas de lo convenido, que no era poco, sino mucho.

— Es poco! es poco! — volvieron á gritar varios á una.

— Lo vé vd., me dijo Mariano Rosas, — que no me traaba ya de hermano, — dicen que es poco.

— Lo veo, le contesté; pero es que no es poco, al conrario es mucho.

— Poco! poco! poco! gritaron simultáneamente mas voces ue ántes.

Tomé la palabra, volví á leer los artículos del tratado stipulando la entrega de yeguas, etc., los comparé con lo ue se les entregaba á las indiadas de Calfucurá, y probé ue iban á recibir mas que ellos.

Díganme que no es cierto, esclamaba yo, viendo que nadie habia contradicho mis demostraciones. Y aprovechando la coyuntura, fulminé mis rayos oratorios contra Calfucurá.

Calfucurá, les dije, ha roto la paz porque es un indio muy pícaro y de muy mala fé que no teme á Dios. Ha sabido que lo que hemos arreglado con Mariano Rosas para estas paces es mas de lo que él recibe, y se ha vuelto á hacer enemigo de los cristianos, diciendo que los indios ranqueles son preferidos. Pero todo es á ver si consigue que le den lo mismo que estas indiadas van á recibir por el tratado de paz, que ya hemos arreglado con mi hermano.

Y al decir *mi hermano*, acentuaba la palabra cuanto po
y me dirijia á Mariano Rosas.

— Ya ven vds., gritaba con toda la fuerza de mis p
mones y mímica indiana, — para que todos me óyeran
creyendo seducirles con mi estilo, — como los indios ra
queles son preferidos á los de Calfucurá.

Mariano Rosas me preguntó, que cuántas yeguas se
bian ya á los indios por el Tratado.

Queria decir que desde cuando habia empezado á tene
fuerza.

Como se vé el Tratado era y no era Tratado.

Le contesté que el Tratado obligaba á los cristianos
desde el dia en que el Presidente de la República le habia
puesto su firma al pié.

Me contestó que él habia creido, que era desde el dia
en que me lo devolvió aprobado.

Le contesté que nó.

Me preguntó que cuando lo habia firmado el Presidente
de la República.

Satisfice su pregunta, y entónces, haciendo sus cuentas
me dijo que ya se les debia tanto.

Espliqué lo que ántes le habia esplicado en Leubucó,
lo que es el Presidente de la República, el Congreso y
Presupuesto de la Nacion. Les dije que el Gobierno
podia entregar inmediatamente lo convenido; porque necesi
taba que el Congreso le diera la plata para comprarlo;
que éste ántes de darle la plata tenia que ver si el Tratado
convenia ó nó.

Eso era lo que en cumplimiento de órdenes recibidas
debia yo esplicar, como si fuera tan fácil hacerles entender
á bárbaros lo que es nuestra complicada máquina constitucional.

Pero por lo pronto, continué diciéndoles, se va á entregar algo á cuenta, lo demás se completará cuando el Congreso apruebe el tratado. El Presidente de la República quiere manifestarles de ese modo á los indíjenas su buena voluntad.

Miéntras yo hacia estas observaciones, me parecia que

entre la manera de discurrir de los indios y la mia, habia una perfecta similitud.

Mariano Rosas, me decia para mis adentros, miéntras mi lengua funcionaba, ha firmado el Tratado, yo lo creia concluido, y ahora resulta que la junta lo puede anular. Pues es lo mismo que sucede con el Presidente y el Congreso.

No es verdad que el caso era idéntico? Los estremos se tocan.

Esperaba una interpelacion de Mariano Rosas.

Varios indios la hicieron ántes que él.

— Y si el Congreso no aprueba el Tratado, preguntaron, ya no habrá paz?

Ponte, Santiago amigo, en mi caso, y díme si no te habrias visto en figurillas como yo para contestar?

Contesté que eso no sucederia, que el Congreso y el Presidente eran muy amigos, que el Congreso le habia de aprobar lo que habia hecho, que así hacia siempre; dándole toda la plata que necesitaba.

Mariano Rosas me dijo:

— Pero el Congreso puede desaprobar?

Yo no podia confesar que sí; me esponia á confirmar la sospecha de que los cristianos solo trataban de ganar tiempo; recurrí á la oratoria y á la mímica, pronuncié un estenso discurso lleno de fuego, sentimental, patético.

Ignoro si estuve inspirado.

Debí estarlo ó debieron no entenderme; porque noté corrientes de aprobacion.

La elocuencia tiene sus secretos.

Yo me acuerdo siempre, en ciertos casos, cuando veo á la muchedumbre conmovida por la resonancia de una diccion eufónica, rimbombante, sonora, — de un predicador catamarqueño.

Predicaba un sermon de Viérnes Santo.

Un muchacho oculto en el fondo del púlpito se lo soplaba.

Habia llegado á lo mas tocante, — al instante en que el Redentor, va á espirar ya, ultimado por los fariseos. La agonía del mártir habia empezado á arrancar lágrimas de los fieles, amargos sollozos vibraban en las bóvedas del templo.

El predicador conmovido á su vez, iba perdiendo el hilo. Miró al fondo del púlpito; el muchacho se habia dormido.

Era imposible continuar hablando.

Recurrió á la mímica.

Ciceron lo ha dicho; — *quasi sermo corporis.* Esta vez quedó probado.

El dolor crecia como la marea. No habia mas que ayudarle un poco para producir la crísis y completar el cuadro.

A falta de palabras, el orador apeló á sus brazos y á sus pulmones; accionaba y se estremecia dando ayes desgarradores.

El auditorio sobrescitado, jadeante, aturdido por sus propios jemidos, — nada oia. Veia, sentia, calculaba que el predicador debia estar sublime y lo ahogaba con su lloro y sus lamentaciones.

La sacra efijie, inclinó la cabeza por última vez, una oleada de dolor estremeció á todo el mundo y el predicador desapareció.

Ultimamente en Bruselas, en un banquete de periodistas presidido por el rey Leopoldo, el mas aplaudido de los oradores ha sido el representante de *La Liberté* de Paris.

A los repetidos, — que hable *La Liberté,* — se puso de pié.

Las luces, el vino, la penosa elaboracion de la dijestion de una comida opípara, la charla, habian ya producido en todos una especie de mareo.

Era un rapaz vivo como él solo.

— Señores, dijo, en presencia de *sa majesté,* aplausos!

— No le dejaban continuar.

Comenzó á mover la cabeza, á batir los brazos como remos, — aplausos, hurrahs!

— *Liberté!* dijo, — mas aplausos, mas hurrahs!

— *Egalité!* dobles aplausos, dobles hurrahs!

— *Fraternité!* triples aplausos, triples hurrahs!

El orador deja de hablar, los aplausos, los hurrahs, cesan por fin, y un éxito completo corona el triunfo de la pantomima sentimental sobre el arte ciceroniano.

Hay resortes de los que no se debe abusar. Traté de no gastar los mios.

Dejé la palabra, viendo que los oyentes estaban convenos de que el Presidente y el Congreso no se habian de ear por cuatro reales, ni por un millon, ni por cosas yores.

Mariano Rosas la tomó.

Me preguntó — que con qué derecho habíamos ocupado Rio 5º; dijo que esas tierras habian sido siempre de los lios, que sus padres y sus abuelos habian vivido por las ;unas de Chemecó, la Brava y Tarapendá, por el cerrillo la Plata y Langheló; agregó que no contentos con eso lavía, los cristianos querian *acopiar* (fué la palabra de que valió) mas tierra.

Estas interpelaciones y cargos hallaron un éco alarmante.

Algunos indios estrecharon la rueda, acercándose á mí ra escuchar mejor lo que contestaba.

Me pareció cobardía callar contra mis sentimientos y mi nciencia, aunque el público se compusiera de bárbaros.

Siempre con los codos en los muslos y la cara entre las anos, fija la mirada en el suelo, tomé la palabra y contesté:

Que la tierra no era de los indios, sino de los que la ıcian productiva trabajando.

No me dejó continuar, é interrumpiéndome, me dijo:

— Cómo no ha de ser nuestra cuando hemos nacido en la?

Le contesté que si creia que la tierra donde nacia un ristiano era de él; y como no me interrumpiera proseguí:

— Las fuerzas del Gobierno han ocupado el Rio 5º para ıayor seguridad de la frontera; pero esas tierras no perteecen á los cristianos todavía; son de todos y no son de adie; serán algun dia de uno, de dos ó de mas, cuando el obierno las venda, para criar en ellas ganados, sembrar rigo, maíz.

Vd. me pregunta que con qué derecho acopiamos la ierra?

Yo les pregunto á vds. con qué derecho nos invaden para ıcopiar ganados?

— No es lo mismo, me interrumpieron varios, nosotros no sabemos trabajar; nadie nos ha enseñado á hacerlo como

á los cristianos, somos pobres, tenemos que ir á malon para vivir.

— Pero vds. roban lo ajeno, les dije, porque las vacas, los caballos, las yeguas, las ovejas que se traen no son de vds.

— Y vds. los cristianos, me contestaron, nos quitan la tierra.

No es lo mismo, les dije; primero, porque nosotros no reconocemos que la tierra sea de vds., y vds. reconocen que los ganados que nos roban son nuestros; segundo, porque con la tierra no se vive, es preciso trabajarla.

Mariano Rosas observó:

— Por qué no nos han enseñado vds. á trabajar, despues que nos han quitado nuestros ganados?

— Es verdad! es verdad! esclamaron muchas voces, flotando un murmullo sordo por el círculo de cabezas humanas.

Eché una mirada rápida á mi alrededor, y ví brillar mas de una cara amenazante.

— No es cierto que los cristianos les hayan robado á vds. nunca sus ganados, contesté.

— Sí, es cierto, dijo Mariano Rosas; mi padre me ha contado que en otros tiempos, por las Lagunas del Cuero del Bagual habia muchos animales alzados.

— Eran de las estancias de los cristianos, les contesté. Vds. son unos ignorantes que no saben lo que dicen; fueran cristianos, si supieran trabajar, sabrian lo que yo s. no serian pobres, serian ricos.

Oigan, bárbaros, lo que les voy á decir:

Todos somos hijos de Dios, todos somos arjentinos.

No es verdad que somos arjentinos? decia mirando algunos cristianos, y ésta palabra májica, hiriendo la fib sensible del patriotismo, les arrancaba involuntarios: sí, som arjentinos.

Y vds. tambien son arjentinos, les decia á los indios. si no, qué son? les gritaba; yo quiero saber lo que son.

Contéstenme, díganme, qué son?

Me van á decir que son indios?

Pues yo tambien soyi ndio.

O creen que soy *gringo?*

Oigan lo que les voy á decir:

Vds. no saben nada, porque no saben leer; porque no ›nen libros. Vds. no saben mas de lo que les han oido á padre ó á su abuelo. Yo sé muchas cosas que han pasado :tes.

Oigan lo que les voy á decir para que no vivan equi-cados.

Y no me digan que no es verdad lo que están oyendo; ·rque si á cualquiera de vds. le pregunto como se llamaba abuelo de su abuelo, no me sabrá dar razon.

Pero los cristianos sabemos esas cosas.

Oigan lo que les voy á decir:

Hace muchísimos años que los *gringos* desembarcaron en ıenos Aires.

Entónces los indios vivian por ahí donde sale el sol, á orilla de un rio muy grande; eran puros hombres ¡los *ingos* que vinieron, y no traian mujeres; los indios eran ıy zonzos, no sabian andar á caballo, porque en esta tierra habia caballos; los gringos trajeron la primer yegua y el ımer caballo, trajeron vacas, trajeron ovejas.

Qué están creyendo vds.?

Ya ven como no saben nada.

— No es cierto, gritaron algunos, lo que está diciendo ese.

— No sean bárbaros, no me interrumpan, oíganme, les ntesté y proseguí.

Los *gringos* les quitaron sus mujeres á los indios, tuvie-n hijos en ellas, y es por eso que les he dicho que todos s que han nacido en esta tierra son indios, no *gringos.*

Oíganme con atencion.

Vds. eran muy pobres entónces, los hijos de los *gringos,* ıe son los cristianos, que somos nosotros, indios como vds., s hemos enseñado una porcion de cosas. Les hemos en-ñado á andar á caballo, á enlazar, á bolear, á usar poncho, hiripá. calzoncillo, bota fuerte, espuela, chapeado.

— No es cierto, me interrumpio Mariano Rosas; aquí ıabia vacas, caballos y todo ántes que vinieran los *gringos,* todo era nuestro.

— Están equivocados, les contesté; los *gringos* que eran los españoles, trajeron todas esas cosas. Voy á probárselo:

Vds. le llaman al caballo *cauallo*, á la vaca *uaca*, al toro *toro*, á la yegua *yegua*, al ternero *ternero*, á la oveja *oveja*, al poncho *poncho*, al lazo *lazo*, á la yerba *yerba*, al azúcar *achúcar* y á una porcion de cosas lo mismo que los cristianos.

Y por qué no les llaman de otro modo á esas cosas?

Porque vds. no las conocian hasta que las trajeron los *gringos*. Si las hubieran conocido les habrian dado otro nombre.

Por qué le llaman al hermano *peñi?*

Porque ántes de que vinieran los padres de los cristianos, vds. ya sabian lo que era hermano.

Porque le llaman á la luna *quién*, y no luna, como los cristianos? Por la misma razon. Porque ántes de que vinieran los gringos á Buenos Aires, ya la luna estaba en cielo y vds. la conocian.

No pudiendo Mariano refutar esta argumentacion etnojica, me contestó irritado:

— Y qué tiene que ver todo eso con el Tratado de pa Cuándo yo le he preguntado esas cosas para que me diga?

— Y qué tienen que ver las preguntas que V. me hecho con el Tratado de paz, que ya está firmado por Acaso yo he venido á la junta para que lo aprueben? está aprobado por V. y lo tienen que cumplir.

— Y vds. lo cumplirán? me contestó.

— Sí, lo cumpliremos, repuse, porque los cristianos tenemos palabra de honor.

— Dígame, entónces, si tienen palabra de honor, repu ¿por qué estando en paz con los indios, Manuel Lopez h degollar en el Sauce doscientos indios? Dígame, entónces si tienen palabra, por qué estando en paz con los indios, tio Juan Manuel Rozas, mandó degollar ciento cincue indios en el cuartel del Retiro? [cito casi testualmente palabras.

— Qué diga! qué diga! gritaron varios indios.

La junta empezaba á tomar todo el aspecto de la efervescencia popular, y yo de embajador, me convertia en acusado.

— A mí no me pidan cuentas, les dije, de lo que han hecho otros; el Presidente que ahora tenemos no es como los otros que ántes teníamos. Yo tampoco les pido á vds. cuenta de las matanzas de cristianos que han hecho los indios siempre que han podido, — y devolviéndole la pelota á Mariano Rosas, le pregunté:

— Qué tienen que hacer las degollaciones de Lopez y de Rozas con el Tratado de paz.

No le dí tiempo para que me contestára y proseguí:

— Vds. han hecho mas matanzas de cristianos que los cristianos de indios.

Inventé todas las matanzas imajinables, y las relaté junto con las que recordaba.

— Winca! winca! mintiendo! gritaron algunos.

Y en varios puntos del círculo se hízo como un tumulto.

Era el peor de los síntomas.

Varios de mis ayudantes se habian retirado guareciéndose bajo la sombra de un algarrobo.

El sol quemaba como fuego, y hacia ya largas horas que la discusion duraba.

A mi lado no habian quedado mas que los dos frailes franciscanos y el Ayudante Demetrio Rodriguez.

Viendo que la situacion se hacia peligrosa, lo miré á mi compadre Baigorrita que no habia hablado una palabra, permaneciendo inmóvil como una estátua. No hallé su mirada.

Busqué otras caras conocidas para decirles con los ojos: aplaquen esta turba desenfrenada.

Todas ellas estaban atónitas.

Si me miraban no me veian.

— Es que, dijo Mariano Rosas, los indios somos muy pocos y los cristianos muchos. Un indio vale mas que un cristiano.

Estuve por no contestar.

Pero ántes que arriar la bandera, esclamé interiormente: Que me maten; pero me han de oir.

— No diga barbaridades, hermano, le contesté; todos los hombres son iguales, lo mismo un cristiano, que un indio, porque todos son hijos de Dios.

Y dirijiéndome al Padre Burela que, como el convidado de piedra de D. Juan Tenorio, presenciaba aquella escena turbulenta sin tener ni una mirada ni una palabra de apoyo para mí, dije:

— Que conteste ese venerable sacerdote, que se encuentra entre los indios en nombre de la caridad cristiana; que diga él, á quien el Gobierno y los ricos de Buenos Aires le han dado plata para que rescate cautivos, si no es cierto lo que acaba de decir?

El Reverendo no contestó, tenia la cara larga, caidos los labios, mas abiertos los ojos que de costumbre, inflamada la nariz, sudaba la gota gorda y estaba pálido como la cera.

Qué contraste hacia con el Padre Márcos y el Padre Moisés!

Ellos no hablaban porque no podian hablar, nadie los interpelaba; pero en sus rostros simpáticos estaba impresa la tranquilidad evanjélica, y la inquietud jenerosa del amigo que ve á otro comprometido en una demanda desigual.

Que diga, continué, el Padre Burela, que no tiene espada, de quien vds. no pueden desconfiar, si los cristianos aborrecen á los indios.

El Reverendo no contestó, su facha me hacia el efecto de un condenado.

La voz de la consciencia, sin duda, le trababa la lengua al hipócrita.

— Que diga el Padre Burela, proseguí, si los cristianos no desean que los indios vivan tranquilos, todos juntos, renunciando á la vida errante, como viven los indios de Colliqueo, cerca de Junin.

El Reverendo no contestó.

En ese momento, sea que los caballos se espantaron, sea lo que se fuere, no puedo decir lo que hubo, sintióse algo parecido á un estremecimiento de la multitud. Lo confieso, temí una agresion.

Redoblé mi enerjía y seguí hablando.

— Yo soy aquí, les dije, el representante del Presidente ɜ la República; yo les prometo á vds. que los cristianos no ltarán á la palabra empeñada, que si vds. cumplen, el ·atado de paz se cumplirá.

Vds. pueden faltar á su compromiso; pero tarde ó temano tendrán que arrepentirse; como les sucederá á los istianos si los engañáran á vds.

Yo no he venido aquí á mentir. He venido á decir la rdad y la estoy diciendo.

Si los cristianos abusasen de la buena fé de vds. harian en en vengarse de la falsía de ellos; así como si vds. no ɜ tratasen á mí y á los que me acompañan con todo resto y consideracion, si no me dejasen volver ó me matan, dia mas, dia ménos, vendria un ejército que los paria á todos por el filo de la espada, por traidores; y en tas pampas inmensas, en estos bosques solitarios, no .edarian ni recuerdos ni vestijios de que vds. vivieron ellos.

Camargo se acercó á mí en ese instante, y me dijo al lo:

— Hable de lo que se dá por el Tratado, Coronel, hable eso.

— Y qué mas quieren, continué diciendo, que hagan los istianos? No les van á dar dos mil yeguas para que se partan entre los pobres; azúcar, yerba, tabaco, papel, aguarɜnte, ropa, bueyes, arados, semillas para sembrar, plata ·ra los caciques y los capitanejos?

Qué mas quieren?

Mariano Rosas tomó la palabra despues de un largo sincio, y dijo:

— Ya estamos arreglados; pero queremos saber que cantlad de cada cosa nos van á dar.

Diga, hermano, agregó.

Y, dirijiéndose á los indios: oigan bien.

Volví á hacer la enumeracion de lo que se habia de entregar segun el Tratado.

La calma se restablecia y la junta parecia tocar á su fin.

Aproveché las buenas disposiciones que renacian para hacer presente, á fin de quitar todo motivo de resentimiento futuro: —

Que la paz no era hecha conmigo, que yo era un representante del Gobierno y un subalterno del jeneral Arredondo, mi jefe, con cuyo permiso me hallaba entre los indios; que no creyesen si otro jefe me reemplazaba que por eso la paz se habia de alterar, que ese jefe tendria que cumplir el Tratado y las órdenes que el Gobierno le diera; que ellos estaban acostumbrados á confundir á los jefes con quienes se entendian con el Gobierno; que así, en ningun tiempo la desaparicion mia de la frontera debia ser un motivo de queja, una razon para que se negáran á observar fielmente lo convenido; que cerca ó lejos tendrian siempre en mí un amigo que haria por el bien de ellos, si lo merecian, todo cuanto pudiera.

Mariano Rosas se puso de pié y con una sonrisa, la mas afable, me dijo:

— Ya se acabó, hermano.

Nueve horas consecutivas los frailes y yo habíamos estado sentados en la misma postura y en el mismo lugar; cuando quisimos levantarnos, las piernas entumecidas no obedecian.

Para incorporarnos, tuvimos que prestarnos mútua ayuda.

Nos levantamos.

Mariano Rosas me dijo, que algunos indios de importancia querian conversar particularmente conmigo.

Para conferencias estaba yo.

Pero, qué hacer!

Accedí.

Mi primer interlocutor fué el viejo de las muletas.

Nos sentamos cara á cara en el suelo, nombramos nuestros respectivos lenguaraces y empezó la plática.

El viejo era un conversador lo mas recalcitrante.

Me habló de sus antepasados, de sus servicios, de su ciencia y paciencia, de las leguas que habia galopado par

venir á la junta, de este mundo y el otro en fin, y cuando yo creia que me iba á decir que habia tenido muchísimo gusto en conocerme, me salió con esta pata de gallo:

— He oido con atencion todas las razones de vd. y ninguna de ellas me ha gustado.

— Pues estoy fresco, dije para mi capote. Si querrá este armarme alguna gresca?

Varios indios le habian formado rueda, asintiendo á lo que acababa de decir.

Tomé la palabra y le contesté:

— Que me alegraba mucho de haberle conocido; que sentia infinito que un anciano tan respetable como él, tan lleno de esperiencia y de servicios, tan digno del aprecio de los indios, se hubiera incomodado en venir desde tan lejos por verme; que cuando fuera de paseo al Rio 4º tendria mucho gusto en alojarlo en mi casa y regalarlo y que ahora que la paz estaba hecha y que iban á recibir tantas cosas, — las enumeré todas, — todos debíamos mirarnos como hijos de un mismo Dios.

El indio reprodujo al pié de la letra todo lo que me habia dicho anteriormente, y acabó con la muletilla:

— He oido con atencion todas las razones de vd. y ninguna de ellas me ha gustado.

Hice lo mismo que él: reproduje mi contestacion.

Así estuvimos larguísimo rato. Nueve veces dijo él lo mismo, — nueve veces le contesté yo lo mismo tambien.

Cedió el viejo.

En pos de él vinieron otros personajes; con todos tuve que hablar, todos me dijeron casi la misma cosa y á todos les contesté casi la misma cosa tambien.

Dios se apiadó de mí; y despues de once mortales horas, inolvidables, como jamás las he pasado, ni espero volverlas á pasar, en lo que me resta de vida, me ví libre de jente incómoda.

Aquel dia valió por todos los otros y eso que no he

hecho sino pintar á brocha gorda el cuadro. Para ilun narlo con todos sus colores habria tenido necesidad del mar de un libro entero.

Estaba harto y cansado; me eché sobre la blanda yerb y me quedé pensativo un rato viendo á los indios despar marse como moscas en todas direcciones y desaparacer veloc como la felicidad.

LV.

**elacion. — Mas habia sido el ruido que las nueces. — Nuevas presen-
ones. — El último abrazo y el último adios de mi compadre Baigor-
— Otra vez adios. — Mariano Rosas despues de la junta. — Que
e es la vida lejos del ruido y de los artificios de la civilizacion! —
enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárbaros la medida
e la civilizacion. — Una mujer azotada. — No era posible dormir
tranquilo en Leubucó.**

Miéntras arrimaban las tropillas, descansaba y pensaba
el estraño concilio á que acababa de asistir, estaba com-
amente abstraido cuando se me presentó mi compadre
orrita.

Despues de haberlo acompañado á Mariano Rosas cierta
ancia, por el camino de Leubucó, volvia sobre sus pasos
la intencion de ir á dormir en Quenque.

Llegó donde yo estaba, echó pié á tierra, se sentó á mi
y me hizo decir con San Martin:

Que ya se iba, — que no estrañase que no hubiera hablado
a junta en defensa mia, — que no lo habia hecho por
ndios de Mariano, — que si lo hubiese hecho habrian
o, que era mas amigo mio que de ellos, — que yo tenia
a *razon en mis razones*, — que los hombres de espe-
cia lo habian conocido, — que ninguno lo habia conocido
r que el mismo Mariano Rosas, — pero que habia te-
que portarse así, porque si no, sus indios habrian dicho,
era mas amigo mio que de ellos — que me fuera sin
ado, que Mariano era mi amigo, que tenia confianza
ní, — y que con él contára en todo tiempo para lo

que gustára, que para qué nos habíamos hecho compadres entónces.

Este lenguaje fué una revelacion.

Recien comencé á ver claro y á esplicarme la actitud indiferente, reconcentrada, ceñuda de mi compadre durante toda la junta. A fuer de diplomático, que conoce perfectamente bien el terreno que pisa, habia estado haciendo su papel.

Mas habia sido el ruido que las nueces, segun se ve.

Faltaba averiguar si aquellos discípulos de Machiavello me habrian dejado sacrificar, dado el caso, que el *pueblo bárbaro*, exasperado por la razon de mis sinrazones, se me hubiera ido encima.

Estaba impaciente de conversar con Mariano Rosas á ver si me hablaba con la misma franqueza de Baigorrita, — su aliado, á la vez que su rival en la justa pretension de adquirir prestijio entre todas las indiadas.

San Martin, completando el pensamiento de mi compadre, me dijo de su cuenta;

— Así son los indios, señor; y como Baigorrita es cacique principal, tiene que tener mucho cuidado con Mariano; los indios son muy desconfiados y celosos; para andar bien con ellos, es preciso no aparecer amigo de los cristianos.

Baigorrita le interrumpió y me hizo decir, — que ya era tarde, que queria ponerse en marcha.

Mis tropillas acabaron de llegar; mandé mudar, la operacion se hizo prontamente y un momento despues abandonamos la raya.

Ordené que mi séquito se fuera despacio por el camino de Leubucó, y con Camilo Arias y un asistente tomé para el sud en compañia de mi compadre.

Varios indios, entre ellos el de las muletas, le acompañaban. Me presentó á algunos que no me habian visitado en Quenque; tuve que sufrir sus saludos, apretones de mano, abrazos y pedidos, y en el sitio donde habíamos pasado la noche que precedió á la junta, nos dijimos — adios!

Conforme fué cordial la recepcion de Baigorrita, así fué fria la despedida.

Partimos al galope en opuestas direcciones.

Silencioso, contemplando la verde sabana de aquellas sodades, dejaba que mi caballo se tendiera á sus anchas, ando sentí un tropel á retaguardia. Sin sujetar dí vuelta, un grupo de jinetes; entre ellos venia Baigorrita corriendo r alcanzarme.

— Hice alto, alguna novedad ocurría.

Mi compadre llegó y San Martin me dijo:

— Dice Baigorrita, que viene á darle el último abrazo y último adios!

Nos abrazamos pues.

— El indio me estrechó con efusion, y al desapartarnos, mándome vigorosamente la mano derecha y sacudiéndomela n fuerza me dijo, con visible espresion de cariño: — adios! mpadre! amigo!

— Adios! compadre! amigo! — le contesté, y volvimos á pararnos.

Galopaba yo, apurando mi caballo por ver si alcanzaba jente, ántes de que se pusiera el sol, cuando un jinete me anzó.

Era San Martin; lo mandaba Baigorrita á decirme otra z adios, — me enviaba sus mas fervientes votos de felicidad, me hacia presente que le habia ofrecido otra visita, — y ra no desmentir en ningun momento que era indio me pe- que le mandára unas espuelas de plata.

Contesté á todo como debia, despaché al mensajero y se- í por el camino que acababa de tomar.

A poco andar me incorporé á mi jente. Adelante de ella n varios indios desparramados.

Entre ellos reconocí á Mariano Rosas, le acompañaba á par su hijo mayor.

Sintió el tropel de mis caballos, miró atrás, y al ver que yo, sujetó.

— Buenas tardes, hermano, me dijo con marcada amabilidad Jamás le habia visto un aire tan amistoso.

— Buenes tardes, le contesté con estudiosa sequedad.

— Cómo le ha ido, prosiguió, diciéndole á su hijo: saca s perdices para mi hermano.

El hijo obedeció, y de unas alforjas sacó dos hermosas martinetas cocidas y una torta.

Yo contesté:

— Me ha ido regular, hermano.

Tomó las perdices y la torta y me las pasó, diciéndome

— Coma, hermano.

Su cara tenia una espresion de malicia particular; parecia que el indio se reia interiormente.

Tomé las perdices, — le pasé una, y media torta á los frailes, y el resto lo partí con él.

Ibamos al trote masticando sin hablar.

— Galopemos, me dijo.

— No, mis caballos están pesados, no tengo apuro en llegar; galope Vd. si tiene prisa, le contesté.

— Qué le ha parecido la junta? me preguntó.

— Qué me ha parecido, — repuse, fijando en él mis ojos, como diciéndole: Ya lo calculará usted.

Me entendió y dijo:

— Con estos indios se precisa mucha paciencia, es preciso conocerlos bien, son muy desconfiados, en cuanto ven que uno es amigo de los cristianos, ya piensan que los engañan. Los han traicionado tantas veces! Ya ve como ha estado su compadre Baigorrita.

— Pero de mí, qué podian temer? le contesté.

— Nada, de Vd. nada.

— Y entónces?

— Pero si yo hubiera aprobado todas sus razones, quien sabe que hubieran dicho.

— Y si me hubiesen insultado, ó me hubieran querido matar?

— Cuándo! fué toda su respuesta.

Y esto diciendo, se tendió al galope, añadiendo:

— Bueno, hermano, hasta luego, lo espero á comer.

— Bueno, hermano, ahorita no mas estoy en Leubuco voy á descansar un rato en la Aguada, le contesté.

El sol se hundia del todo en la raya lejana; una ancha faja cárdena, resplandeciente, radiosa, teñia el horizonte con su lumbre purpúrea, cambiante, hermosa, doraba las ap

adas nubes de occidente, que, como encumbradas montañas novedizas coronadas de eternas nieves, se alzaban hasta el ielo á la manera de inmensas espirales y de informes figuas de inconmensurable grandor.

El seco aquilon plegaba sus alas; las mansas y apacibles uras jugueteaban galanas, refrescando la frente del viajero; l pasto ondulaba como el irritado mar en sus profundidades nsondables despues de la tempestad; las silvestres flores se rguian sobre su flexible tallo, pintando los campos con coores vivaces; un perfume suavísimo, delicado, imperceptible omo la confusa reminiscencia del primer ósculo de amor, agaba envuelto entre las brisas embriagadoras.

Los últimos rayos solares refractándose en la atmófera envolvian la tierra con el poético manto crepuscuar; la moribunda luz del dia confundiéndose con las mísicas sombras de la noche le abrian el paso á la celeste iajera.

La luna brillaba ya entre tremulantes estrellas, como asta matrona de plateados cabellos, entre púdicas doncellas le rubia faz, cuando llegábamos al borde de una lagunita, n cuyo espejo cristalino innumerables aves acuáticas piaban n coro.

Hicimos alto, mandé mudar caballos, y sediento de reposo e tendí sobre las blandas pajas, haciendo de mis brazos ruzados cómoda almohada.

Qué dulce es la vida, lejos del ruido y de los artificios e la civilizacion!

Ay! una hora de libertad por los campos es un placer alvaje que yo trocaria mañana mismo por un dia entero de sta existencia vertijinosa.

Miéntras ensillaban pensé en los sucesos del dia, y, franamente, los indios me trajeron á la memoria lo que pasa en s parlamentos de los cristianos.

Mariano Rosas y Baigorrita, como dos jefes de partido nian el terreno preparado, la votacion segura; pero uno y tro ántes de imponer su voluntad habian lisonjeado las precupaciones populares.

No es esto lo que vemos todos los dias?

La paz y la guerra, — no se resuelven así?

El pueblo no tolera todo, — hasta que se juegue su destino, — con tal que se le deje gritar un poco?

No hacen presidentes, gobernadores, diputados, en nombre de ciertas ideas, de ciertas tendencias, de ciertas aspiraciones, y las camarillas, no hacen despues lo que quieren y las muchedumbres no callan?

No pretende que lo gobierne la justicia y no lo gobierna eternamente esa inícua inmoralidad, — que los políticos sin conciencia llaman la *razon de estado?*

Pasa otra cosa en el mundo civilizado?

Mariano Rosas, despues de haber resuelto la paz, acusándome en público de las matanzas de Lopez y de Rosas; Baigorrita dominado por la misma idéa, silencioso, irresoluto en presencia de la multitud, — no hacian el mismo papel de Napoleon III proclamando: *el imperio es la paz,* al mismo tiempo que se armaba hasta los dientes?

No mentian?

No hacian lo mismo que los que en nombre de la Constitucion y de las leyes, de la civilizacion y de la humanidad arman al pueblo contra el pueblo?

No mentian?

No hacian lo mismo que los que despues de haber sostenido, que el pueblo tiene el derecho de equivocarse se han rebelado contra él, porque tuvo la enerjía de inmolar uno de sus tiranos?

No mentian?

Mariano Rosas y Baigorrita, declarando en una junta, despues de haber firmado un tratado de paz, que harian lo que la mayoría resolviese, — no imitaban á los que mas de una vez han declarado en nuestros Congresos lo contrario de lo que habian convenido con el estranjero.

Cuánto he aprendido en esta correría!

Si me hubieran dicho que los indios me iban á enseñar á conocer la humanidad, una carcajada homérica habria sido mi contestacion.

Como Gulliver — en su viaje á Liliput, — yo he visto al mundo tal cual es en mi viaje á los ranqueles.

Somos unos pobres diablos.

Los enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárıros la medida de la civilizacion.

Resta saber si seríamos mas felices, poniendo en la silla ırul de nuestros magnates, pigmeos, y cambiando el coturno ancés, por la bota de potro.

Los héroes prueban tan mal y la moda es tan tiránica en ıs imposiciones que vale la pena de meditar sobre las venjas y las consecuencias de una revolucion social.

De todos modos, nuestros ídolos de ayer, no resisten á la críti-ı, — son como los ranqueles, — capaces de engañar al mas pintado.

Por esos trigales de Dios iban mis reflexiones, en el ins-ınte en que Calisto Oyarzabal, acercándoseme, me dijo:

— Ya está el caballo, señor.

Me levanté, — á caballo, grité — y diciendo y haciendo onté y tomé al galope la gran rastrillada de Leubucó, en-ando luego en el monte.

El cielo se encapotaba; caimos á un descampado pantaoso, unas lucesitas fugaces, macilentas, aparecian y desaarecian; creia llegar á ellas, y se alejaban de mí como rádas mariposas. Eran las emanaciones de la tierra; cruzáamos un cementerio de indios y estábamos á las puertas de toldería de Mariano Rosas.

Llegamos.

Me esperaban con la comida pronta y con música. Comí, porté al negro del acordion una vez mas, y viendo que mi resunto compadre Mariano estaba muy bien templado, le edí la libertad del Dr. Macias.

Me contestó que sí.

Veremos despues lo que vale el *sí* de un indio.

Me despedí, salí del toldo, me senté al lado del fogon de os asistentes y aunque no tenia sueño me quedé dormido.

Unos ladridos de perro me despertaron.

En el toldo de Mariano Rosas se oian gritos de mujer.

Me acerqué ocultándome.

El cacique habia castigado una de sus mujeres, queria astigar otra y el hijo se oponia, amenazando al padre con un uñal si tocaba á la madre.

Era una escena horrible y tocante á la vez.

Habian bebido, el toldo era un caos, las mujeres y los perros se habian refujiado en un rincon, los indiecitos y las chinitas desnudas lloraban, y un fogon espirante era toda la luz.

Mariano Rosas rujia de cólera.

Pero retrocedia ante la actitud del hijo protector de su madre.

Segun se dijo al dia siguiente, era muy capaz de haber muerto al padre, si no se hubiera contenido, — para que vea que, hasta entre los bárbaros, el ser querido que nos ha llevado en sus entrañas, que nos ha amamantado en su seno, nos ha mecido en su regazo es un objeto de culto sagrado.

Me acosté con la intencion y la esperanza de dormir.

Pero estaba de Dios que en Leubucó las noches habian de ser toledanas para mí.

Cuando conciliaba el sueño, una serenata de acordion negro y todo, presidida por los cuatro hijos de Mariano Rosas, *achumados* á cual mas, me despertó.

Fué en vano resistir.

Hubo cohetes y aguardiente como para que los *yapaí* rieran un buen rato.

Yo, en lugar de beber hacia el ademan y derramaba nauseabundo líquido por donde caia.

Al fin se *remató* la impertinente chusma y me escapé pasando el resto de la noche sin novedad.

LVI.

La paz estaba definitivamente hecha. — El Doctor Macias. — Gotas maravillosas. — Padre é hijo indios. — Lo pido á Macias. — Visita á Epumer.

Las paces estaban definitivamente hechas.

El sufrajio popular les habia puesto su sello soberano en la junta.

Las sospechas habian desaparecido.

Yo era mirado ya como un indio.

Numerosas visitas llegaban á saludarme.

El viento de Leubucó me era favorable.

Los intrigantes, corridos y avergonzados, solicitaban mi perdon con estudiadas sonrisas y amabilidades.

Finjí que no me habia apercibido de sus manejos, estaba en tierra diplomática, y reservé el castigo para la oportunidad debida.

El Doctor Macias me preocupaba.

Su espíritu abatido por las humillaciones y padecimientos que habia sufrido durante dos años, nada esperaba de los hombres.

Como el náufrago que despues de haber luchado brazo á brazo con la muerte, viendo venir la onda irritada que va á tragarle y sumerjirle en las frias y tenebrosas cavernas del océano, hace un esfuerzo supremo y coje una tabla de salvacion, que otros le arrebatan desesperados, en el instante mismo en que la barca del arrojado pescador viene en su ayuda, — así es la vida.

Las penas secan los ojos, las ingratitudes hielan el cora-

hecho sino pintar á brocha gorda el cuadro. Para ilu narlo con todos sus colores habria tenido necesidad del ma de un libro entero.

Estaba harto y cansado; me eché sobre la blanda yer y me quedé pensativo un rato viendo á los indios despar marse como moscas en todas direcciones y desaparacer veloc como la felicidad.

LV.

Revelacion. — Mas habia sido el ruido que las nuecos. — Nuevas presentaciones. — El último abrazo y el último adios de mi compadre Baigorrita. — Otra vez adios. — Mariano Rosas despues de la junta. — Que dulce es la vida lejos del ruido y de los artificios de la civilizacion! — Los enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárbaros la medida de la civilizacion. — Una mujer azotada. — No era posible dormir tranquilo en Leubucó.

Miéntras arrimaban las tropillas, descansaba y pensaba en el estraño concilio á que acababa de asistir, estaba completamente abstraido cuando se me presentó mi compadre Baigorrita.

Despues de haberlo acompañado á Mariano Rosas cierta distancia, por el camino de Leubucó, volvia sobre sus pasos con la intencion de ir á dormir en Quenque.

Llegó donde yo estaba, echó pié á tierra, se sentó á mi lado y me hizo decir con San Martin:

Que ya se iba, — que no estrañase que no hubiera hablado en la junta en defensa mia, — que no lo habia hecho por los indios de Mariano, — que si lo hubiese hecho habrian dicho, que era mas amigo mio que de ellos, — que yo tenia mucha *razon en mis razones*, — que los hombres de esperiencia lo habian conocido, — que ninguno lo habia conocido mejor que el mismo Mariano Rosas, — pero que habia tenido que portarse así, porque si no, sus indios habrian dicho, que era mas amigo mio que de ellos — que me fuera sin cuidado, que Mariano era mi amigo, que tenia confianza en mí, — y que con él contára en todo tiempo para lo

que gustára, que para qué nos habíamos hecho compad— entónces.

Este lenguaje fué una revelacion.

Recien comencé á ver claro y á esplicarme la actitud diferente, reconcentrada, ceñuda de mi compadre dura— n toda la junta. A fuer de diplomático, que conoce perfe— ta mente bien el terreno que pisa, habia estado haciendo su pa— pel.

Mas habia sido el ruido que las nueces, segun se ve.

Faltaba averiguar si aquellos discípulos de Machiavello me habrian dejado sacrificar, dado el caso, que el *pueblo bárbaro*, exasperado por la razon de mis sinrazones, se me hubiera ido encima.

Estaba impaciente de conversar con Mariano Rosas á ver si me hablaba con la misma franqueza de Baigorrita, — su aliado, á la vez que su rival en la justa pretension de adquirir prestijio entre todas las indiadas.

San Martin, completando el pensamiento de mi compadre, me dijo de su cuenta;

— Así son los indios, señor; y como Baigorrita es cacique principal, tiene que tener mucho cuidado con Mariano; los indios son muy desconfiados y celosos; para andar bien con ellos, es preciso no aparecer amigo de los cristianos.

Baigorrita le interrumpió y me hizo decir, — que ya era tarde, que queria ponerse en marcha.

Mis tropillas acabaron de llegar; mandé mudar, la operacion se hizo prontamente y un momento despues abandonamos la raya.

Ordené que mi séquito se fuera despacio por el camino de Leubucó, y con Camilo Arias y un asistente tomé para el sud en compañia de mi compadre.

Varios indios, entre ellos el de las muletas, le acompañaban. Me presentó á algunos que no me habian visitado en Quenque; tuve que sufrir sus saludos, apretones de mano, abrazos y pedidos, y en el sitio donde habíamos pasado la noche que precedió á la junta, nos dijimos — adios!

Conforme fué cordial la recepcion de Baigorrita, así fué fria la despedida.

Partimos al galope en opuestas direcciones.

Silencioso, contemplando la verde sabana de aquellas so-
dades, dejaba que mi caballo se tendiera á sus anchas,
ando sentí un tropel á retaguardia. Sin sujetar dí vuelta,
un grupo de jinetes; entre ellos venia Baigorrita corriendo
or alcanzarme.

— Hice alto, alguna novedad ocurría.

Mi compadre llegó y San Martin me dijo:

— Dice Baigorrita, que viene á darle el último abrazo y
último adios!

Nos abrazamos pues.

— El indio me estrechó con efusion, y al desapartarnos,
omándome vigorosamente la mano derecha y sacudiéndomela
on fuerza me dijo, con visible espresion de cariño: — adios!
ompadre! amigo!

— Adios! compadre! amigo! — le contesté, y volvimos á
epararnos.

Galopaba yo, apurando mi caballo por ver si alcanzaba
ni jente, ántes de que se pusiera el sol, cuando un jinete me
lcanzó.

Era San Martin; lo mandaba Baigorrita á decirme otra
ez adios, — me enviaba sus mas fervientes votos de felicidad,
- me hacia presente que le habia ofrecido otra visita, — y
ara no desmentir en ningun momento que era indio me pe-
ia que le mandára unas espuelas de plata.

Contesté á todo como debia, despaché al mensajero y se-
uí por el camino que acababa de tomar.

A poco andar me incorporé á mi jente. Adelante de ella
an varios indios desparramados.

Entre ellos reconocí á Mariano Rosas, le acompañaba á
a par su hijo mayor.

Sintió el tropel de mis caballos, miró atrás, y al ver que
ra yo, sujetó.

— Buenas tardes, hermano, me dijo con marcada amabilidad
Jamás le habia visto un aire tan amistoso.

— Buenes tardes, le contesté con estudiosa sequedad.

— Cómo le ha ido, prosiguió, diciéndole á su hijo: saca
esas perdices para mi hermano.

El hijo obedeció, y de unas alforjas sacó dos hermosas martinetas cocidas y una torta.

Yo contesté:

— Me ha ido regular, hermano.

Tomó las perdices y la torta y me las pasó, diciéndome:

— Coma, hermano.

Su cara tenia una espresion de malicia particular; parecia que el indio se reia interiormente.

Tomé las perdices, — le pasé una, y media torta á los frailes, y el resto lo partí con él.

Ibamos al trote masticando sin hablar.

— Galopemos, me dijo.

— No, mis caballos están pesados, no tengo apuro en llegar; galope Vd. si tiene prisa, le contesté.

— Qué le ha parecido la junta? me preguntó.

— Qué me ha parecido, — repuse, fijando en él mis ojos, como diciéndole: Ya lo calculará usted.

Me entendió y dijo:

— Con estos indios se precisa mucha paciencia, es preciso conocerlos bien, son muy desconfiados, en cuanto ven que uno es amigo de los cristianos, ya piensan que los engañan. Los han traicionado tantas veces! Ya ve como ha estado su compadre Baigorrita.

— Pero de mí, qué podian temer? le contesté.

— Nada, de Vd. nada.

— Y entónces?

— Pero si yo hubiera aprobado todas sus razones, quien sabe que hubieran dicho.

— Y si me hubiesen insultado, ó me hubieran querido matar?

— Cuándo! fué toda su respuesta.

Y esto diciendo, se tendió al galope, añadiendo:

— Bueno, hermano, hasta luego, lo espero á comer.

— Bueno, hermano, ahorita no mas estoy en Leubucó, voy á descansar un rato en la Aguada, le contesté.

El sol se hundia del todo en la raya lejana; una ancha faja cárdena, resplandeciente, radiosa, teñia el horizonte y con su lumbre purpúrea, cambiante, hermosa, doraba las apí-

ñadas nubes de occidente, que, como encumbradas montañas movedizas coronadas de eternas nieves, se alzaban hasta el cielo á la manera de inmensas espirales y de informes figuras de inconmensurable grandor.

El seco aquilon plegaba sus alas; las mansas y apacibles auras jugueteaban galanas, refrescando la frente del viajero; el pasto ondulaba como el irritado mar en sus profundidades insondables despues de la tempestad; las silvestres flores se erguian sobre su flexible tallo, pintando los campos con colores vivaces; un perfume suavísimo, delicado, imperceptible como la confusa reminiscencia del primer ósculo de amor, vagaba envuelto entre las brisas embriagadoras.

Los últimos rayos solares refractándose en la atmósfera envolvian la tierra con el poético manto crepuscular; la moribunda luz del dia confundiéndose con las místicas sombras de la noche le abrian el paso á la celeste viajera.

La luna brillaba ya entre tremulantes estrellas, como casta matrona de plateados cabellos, entre púdicas doncellas de rubia faz, cuando llegábamos al borde de una lagunita, en cuyo espejo cristalino innumerables aves acuáticas piaban en coro.

Hicimos alto, mandé mudar caballos, y sediento de reposo me tendí sobre las blandas pajas, haciendo de mis brazos cruzados cómoda almohada.

Qué dulce es la vida, lejos del ruido y de los artificios de la civilizacion!

Ay! una hora de libertad por los campos es un placer salvaje que yo trocaria mañana mismo por un dia entero de esta existencia vertijinosa.

Miéntras ensillaban pensé en los sucesos del dia, y, francamente, los indios me trajeron á la memoria lo que pasa en los parlamentos de los cristianos.

Mariano Rosas y Baigorrita, como dos jefes de partido tenian el terreno preparado, la votacion segura; pero uno y otro ántes de imponer su voluntad habian lisonjeado las preocupaciones populares.

No es esto lo que vemos todos los dias?

La paz y la guerra, — no se resuelven así?

El pueblo no tolera todo, — hasta que se juegue su destino, — con tal que se le deje gritar un poco?

No hacen presidentes, gobernadores, diputados, en nombre de ciertas ideas, de ciertas tendencias, de ciertas aspiraciones, y las camarillas, no hacen despues lo que quieren y las muchedumbres no callan?

No pretende que lo gobierne la justicia y no lo gobierne eternamente esa inícua inmoralidad, — que los políticos sin conciencia llaman la *razon de estado?*

Pasa otra cosa en el mundo civilizado?

Mariano Rosas, despues de haber resuelto la paz, acusándome en público de las matanzas de Lopez y de Rosas Baigorrita dominado por la misma idéa, silencioso, irresoluto en presencia de la multitud, — no hacian el mismo papel de Napoleon III proclamando: *el imperio es la paz,* al mismo tiempo que se armaba hasta los dientes?

No mentian?

No hacian lo mismo que los que en nombre de la Constitucion y de las leyes, de la civilizacion y de la humanidad arman al pueblo contra el pueblo?

No mentian?

No hacian lo mismo que los que despues de haber sostenido, que el pueblo tiene el derecho de equivocarse se han rebelado contra él, porque tuvo la enerjía de inmolar uno de sus tiranos?

No mentian?

Mariano Rosas y Baigorrita, declarando en una junta, despues de haber firmado un tratado de paz, que harian lo que la mayoría resolviese, — no imitaban á los que mas de una vez han declarado en nuestros Congresos lo contrario de lo que habian convenido con el estranjero.

Cuánto he aprendido en esta correría!

Si me hubieran dicho que los indios me iban á enseñar á conocer la humanidad, una carcajada homérica habria sido mi contestacion.

Como Gulliver — en su viaje á Liliput, — yo he visto al mundo tal cual es en mi viaje á los ranqueles.

Somos unos pobres diablos.

Los enanos nos dan la medida de los jigantes y los bárbaros la medida de la civilizacion.

Resta saber si seríamos mas felices, poniendo en la silla curul de nuestros magnates, pigmeos, y cambiando el coturno francés, por la bota de potro.

Los héroes prueban tan mal y la moda es tan tiránica en sus imposiciones que vale la pena de meditar sobre las ventajas y las consecuencias de una revolucion social.

De todos modos, nuestros ídolos de ayer, no resisten á la crítica, — son como los ranqueles, — capaces de engañar al mas pintado.

Por esos trigales de Dios iban mis reflexiones, en el instante en que Calisto Oyarzabal, acercándoseme, me dijo:

— Ya está el caballo, señor.

Me levanté, — á caballo, grité — y diciendo y haciendo monté y tomé al galope la gran rastrillada de Leubucó, entrando luego en el monte.

El cielo se encapotaba; caimos á un descampado pantanoso, unas lucesitas fugaces, macilentas, aparecian y desaparecian; creia llegar á ellas, y se alejaban de mí como rápidas mariposas. Eran las emanaciones de la tierra; cruzábamos un cementerio de indios y estábamos á las puertas de la toldería de Mariano Rosas.

Llegamos.

Me esperaban con la comida pronta y con música. Comí, soporté al negro del acordion una vez mas, y viendo que mi presunto compadre Mariano estaba muy bien templado, le pedí la libertad del Dr. Macias.

Me contestó que sí.

Veremos despues lo que vale el *sí* de un indio.

Me despedí, salí del toldo, me senté al lado del fogon de los asistentes y aunque no tenia sueño me quedé dormido.

Unos ladridos de perro me despertaron.

En el toldo de Mariano Rosas se oian gritos de mujer.

Me acerqué ocultándome.

El cacique habia castigado una de sus mujeres, queria castigar otra y el hijo se oponia, amenazando al padre con un puñal si tocaba á la madre.

Era una escena horrible y tocante á la vez.

Habian bebido, el toldo era un caos, las mujeres y los perros se habian refujiado en un rincon, los indiecitos y las chinitas desnudas lloraban, y un fogon espirante era toda la luz.

Mariano Rosas rujia de cólera.

Pero retrocedia ante la actitud del hijo protector de la madre.

Segun se dijo al dia siguiente, era muy capaz de haber muerto al padre, si no se hubiera contenido, — para que se vea que, hasta entre los bárbaros, el ser querido que nos ha llevado en sus entrañas, que nos ha amamantado en su seno y nos ha mecido en su regazo es un objeto de culto sagrado.

Me acosté con la intencion y la esperanza de dormir.

Pero estaba de Dios que en Leubucó las noches habian de ser toledanas para mí.

Cuando conciliaba el sueño, una serenata de acordion con negro y todo, presidida por los cuatro hijos de Mariano Rosas, *achumados* á cual mas, me despertó.

Fué en vano resistir.

Hubo cohetes y aguardiente como para que los *yapaí* durán un buen rato.

Yo, en lugar de beber hacia el ademan y derramaba el nauseabundo líquido por donde caia.

Al fin se *remató* la impertinente chusma y me escurrí pasando el resto de la noche sin novedad.

LVI.

La paz estaba definitivamente hecha. — El Doctor Macias. — Gotas maravillosas. — Padre é hijo indios. — Lo pido á Macias. — Visita á Epumer.

Las paces estaban definitivamente hechas.

El sufrajio popular les habia puesto su sello soberano en la junta.

Las sospechas habian desaparecido.

Yo era mirado ya como un indio.

Numerosas visitas llegaban á saludarme.

El viento de Leubucó me era favorable.

Los intrigantes, corridos y avergonzados, solicitaban mi perdon con estudiadas sonrisas y amabilidades.

Finjí que no me habia apercibido de sus manejos, estaba en tierra diplomática, y reservé el castigo para la oportunidad debida.

El Doctor Macias me preocupaba.

Su espíritu abatido por las humillaciones y padecimientos que habia sufrido durante dos años, nada esperaba de los hombres.

Como el náufrago que despues de haber luchado brazo á brazo con la muerte, viendo venir la onda irritada que va á tragarle y sumerjirle en las frias y tenebrosas cavernas del océano, hace un esfuerzo supremo y coje una tabla de salvacion, que otros le arrebatan desesperados, en el instante mismo en que la barca del arrojado pescador viene en su ayuda, — así es la vida.

Las penas secan los ojos, las ingratitudes hielan el cora-

zon; los desengaños matan las últimas ilusiones; parecemos mómias ambulantes, descendiendo marcialmente sin consuelo por los oscuros escalones de la eternidad, y, sin embargo, algo nos estremece y nos conforta aun á la manera de un sacudimiento galvánico, inefable, — es la esperanza en Dios.

Ay! de aquel que despues de haber perdido la fé en todo, no conserva en su esqueleto un santuario siquiera para refujiar en él esa fé pura.

Macias, no creia que yo me atreviera á exijir su libertad; aunque no me lo decia, lo comprendia. Abatido por el infortunio me confundia con los aduladores del cacique.

Su actitud era digna; aprovechaba toda ocasion de manifestar que su existencia se hacia cada dia mas insoportabl pero no suplicaba.

El desgraciado tenia impresas en su frente las huellas de un dolor punzante, reconcentrado; celaje de amargura; sus grandes ojos negros rasgados, vagaban inquietos, fijábanse á veces en tierra, y al recordar sin dud la dulce libertad perdida, brillaban cristalizados por comprimido lloro.

Macias tiene cuarenta años; es hijo de una respetab familia de Buenos Aires y está enlazado á una jóven de ojen inglés.

Su padre es un español conocido en este comercio.

Imajináos un árabe con gran nariz aguileña, de barba cabello cano y tendreis su retrato.

Sus primeros estudios los hizo en la escuela del señor don Juan A. de la Peña, donde yo le conocí.

Despues cursó las aulas universitarias, preparándose para entrar en la escuela de medicina, de la que salió doctor.

Su vida ha tenido grandes alternativas; ha sido médico leñatero en las islas del Paraná é industrial en el Chaco entre cuyos indios pasó algunos años voluntariamente. Ha algo de poético, de novelesco y misterioso en esta existencia mas yo no debo descorrer el velo si no hasta aquí.

Por muchísimos años, Macias y yo nos perdímos de vista, desde la última vez que nos vimos en la escuela de primeras

letras, no nos habiamos vuelto á encontrar hasta el dia de mi arribo á Leubucó.

Macias, habia tenido el desgraciado talento de ponerse mal en Tierra-Adentro con casi todos los que habian podido ayudarle á pasar los ménos malos ratos posibles.

Tiene un carácter estraño, — indómito y dócil, — firme y versátil á la vez. Es capaz de acometer una empresa arriesgada y no tiene valor personal.

Estas dos últimas faces de su carácter esplican su presencia entre los indios, sin ser cautivo y su falta de prestijio entre ellos.

Macias estaba en el Rio 4º por el año de 1867.

El coronel Elia, jefe de la frontera de Córdoba, habia iniciado una negociacion de paz con los indios.

Se ofreció y partió con las credenciales correspondientes.

Pero sea que el coronel Elia no estaba autorizado para negociar un tratado de paz, sea lo que se fuera, — el hecho es que el plenipotenciario fué abandonado á sus propios recursos y á su suerte.

Por falta de tacto, ó por falta de suerte, fatalidad que suele oscurecer las dotes mas relevantes del hombre, burlar sus planes y desvanecer sus ilusiones unas tras otras, lo mismo que los vendavales deshojan los árboles mas frondosos, — Macias se convirtió de plenipotenciario en prisionero.

Escribió y escribió — sus cartas no fueron contestadas. Hasta el soldado que en calidad de asistente le acompañaba le abandonó.

Solo, sin sirviente ni medios de subsistencia, *maturrango*, de qué habia de vivir, ni cómo habia de escaparse?

Tuvo que aceptar el pan de los indios y de los cristianos refujiados entre ellos por causas politicas.

Por debilidad, por falsos cálculos, por conveniencia, — que sé yo por qué, se vinculó á los últimos y riñó con ellos despues.

No le quedaba mas arbitrio que apelar á los indios, — se hizo amigo de Mariano Rosas.

Mejoró de condicion y de prisionero se elevó á la categoría de *secretario*.

Las primeras notas que yo recibí en el Rio 4º de aquel cacique, eran escritas por mi antiguo condiscípulo.

A la distancia le juzgué mal.

Corrian tantas historias sobre los motivos que lo llevaron á los indios, — que era muy difícil sustraerse á la influencia de las sospechas populares.

Quién resiste á los juicios de los conocidos sobre los desconocidos?

Cuál es la cabeza bastante fuerte para despreciarlos, — para esperar?

El criterio que tenemos de la jeneralidad de las personas es acaso el resultado de nuestra observacion directa?

No amamos, no aborrecemos, no simpatizamos, no *antipatizamos* por refraccion?

Una secretaría hace celosos en cualquier parte, — lo mismo en Paris que en Berlin, en Buenos Aires que en Leubucó.

Macias despertó la emulacion de los cristianos.

Temieron su ascendiente.

Comenzaron á intrigarle y lo consiguieron.

Yo, desde el Rio 4º contribuí sin intencion dañina á su caida.

Lo juzgaba mal ya he dicho porqué, y le escribí á Mariano Rosas, que el secretario que tenia no era bueno, que sus notas decian todo lo contrario de los recados que me llevaban sus mensajeros.

El hecho era cierto.

Lo que faltaba averiguar era: si Macias ponia lo que le mandaban ó nó; si las contradicciones entre lo que me escribian y me decian, — no eran gramática parda, diplomacia ranquelina.

El tiempo, iniciándome en las cosas de Leubucó me aclaró el misterio de todo.

Macias cumplia al pié de la letra las órdenes que recibia, — sus notas le eran leidas á Mariano Rosas por otros cristianos ántes de salir de la Cancillería de Tierra Adentro.

Macias cayó pues de la gracia y del favor.

s que viéndole de Secretario le consideraban le abandona-
ı, y los que ni por eso le habian considerado redoblaron
ı hostilidades.

Tuvo que pasar por todo linaje de humillaciones, —
edando agregado como uno de tantos al toldo del cacique.

Dormia donde le tomaba la noche; comia donde le daban
limosna de una *tumba* de carne; sus vestiduras eran po-
ísimas.

Desgraciado Macias!

Cuando yo le ví su traje consistia en una camisa sucia y
ta, en un calzoncillo de algodon ordinario y en un chiripá
paño viejo colorado; un resto de sombrero cubria su frente
unas botas llenas de agujeros era todo su calzado. Sus
ès estaban destrozados, sus manos encallecidas.

En una bolsa de cuero de gato tenia todo su caudal, —
.o, botones, piedritas, agujas, azúcar, yerbas medicinales,
ɔaco, yerba, papel, y, envuelto en un trapito un relicario de
o, de cuatro faces, con los retratos de sus padres y de sus
s hijos.

Desgraciado Macias!

Ah! imajináos el efecto que me haria ver aquel hombre
.e habia nacido bien, que habia recibido educacion, gozado
la vida y frecuentado la buena sociedad, reducido á aquella
ndicion!

El mismo no lo comprendió!

Me veia alegre, festivo, contento, finjiendo que todo cuanto
ɜ rodeaba me parecia óptimo, y me creia insensible al in-
rtunio.

Su corazon atrofiado por el dolor, creia que el mio estaba
co.

Desgraciado Macias!

Los indios hablaban mal de él, — le creian loco.

Los cristianos lo mismo; contaban cosas horribles del
bre.

Todos sus vicios se los atribuian á él.

En tal situacion escribió al Presidente de la República.

No le contestaron.

Cómo le habian de contestar?

Sus cartas habian sido interceptadas y detenidas.

Llamé al capitan Rivadavia y le mandé preguntar con él á Mariano Rosas, — si estaba visible.

Me contestó que fuera cuando quisiese, que estaba por almorzar.

Entré á su toldo.

Su cara revelaba la ajitacion de la noche; estaba mas pálido que de costumbre.

Al verme entrar me dijo, sin cambiar de postura, (estaba sentado al lado del fogon):

— Buenos dias, hermano, dispense que no me pare, estoy medio enfermo.

Me insinuó un asiento á su lado.

Sentándome le contesté:

— Esté cómodo, hermano, cómo ha pasado la noche?

— Mal, repuso, arrugando la frente como cuando un recuerdo mortificante nos asalta.

— Qué tiene?

— Me duele la cabeza.

— Quiere tomar un remedio muy bueno que yo traigo?

— Lo tomaré, si vd. lo conoce.

Salí y volví al punto con un frasquito de *gotas* maravillosas de la corona.

Era todo mi botiquin.

Abrí el frasquito, pedí un jarro de agua, lo derramé dejándole solo dos dedos y eché en él sesenta gotas.

Para que las bebiera sin aprension, le dije:

— Vea, proseguí, — y esto diciendo tomé un trago.

— Si no tengo recelo, hermano, me contestó, y tomándome el jarro bebió hasta la última gota que contenia.

— Un poco amargo no mas, dijo.

— Sí, repuse.

— Y ha descansado bien?

— Muy bien.

— Qué diablos de indios, eh!

— Hum! anduvo medio mal la cosa en la junta.

— Eh! no todos comprenden.

— Es cierto!

— Y su amigo, — el padre Burela por qué no le ayudó?

— No sé, estaba medio asustado, me parece.

Se sonrió, como diciendo «uno y medio» y acariciando á uno de sus hijos que se echó sobre sus rodillas, esclamó:

— Ese toro!

Era el hijo que habia defendido á la madre la noche ántes.

— Tiene muy buena cara, le dije.

— Pero no es bueno, ya me ha querido matar, repuso, mirando al hijo con una mezcla de complacencia y admiracion.

El indiecito, entendia lo que su padre hablaba; pero no le prestaba atencion.

Se desperezó, bostezó, se levantó, habló en la lengua y salió *quebrándose* como lo hacen solo nuestros gauchos.

Mariano, le siguió con la vista hasta la puerta del toldo, y volvió á repetir:

— Toro, hermano!

— Cuántos años tiene?

— Debe tener ..... me hizo la seña de doce con las manos.

— Es muy chico todavía.

— Pero es gaucho ya.

Trajeron el almuerzo; era lo de siempre: puchero con choclos y zapallo, carne asada, — de vaca y de yegua.

— Bueno, hermano, le dije, yo pienso irme pronto para mandarle cuanto ántes las raciones.

— Cuando quiera, hermano, me contestó, yo no tengo ya sino un poquito que conversar con Vd.

— Pienso irme dentro de dos dias.

— Hablaremos mañana entónces.

— Está bien.

— Me lo voy á llevar á Macias.

No me contestó; en su cara leí una negativa.

— A Vd. no le sirve de nada aquí.

Siguió callado.

— Es un pobre diablo, le dije.

— Mire, hermano, me contestó; iba á proseguir, — unas visitas nos interrumpieron.

Saludaron y se sentaron.

Yo, seguí almorzando, acabé, me levanté y diciéndole Mariano, — luego conversaremos, — salí del toldo, bastante contrariado.

En seguida me fuí á visitar al cacique Epumer.

Mariano Rosas me prestó su caballo.

En el toldo de Epumer me recibieron con toda galantería.

En un rincon, acurrucado como un tullido, estaba el espía de Calfucurá, — que tanta curiosidad me dió en Quenque.

Me vió entrar como á un perro.

Qué hacia allí?

LVII.

le Epumer. — Me esperaban en su toldo. — Recepcion. — Indias anas. — Pasteles y carbonada entre los indios. — Amabilidades. apostólico del Padre Márcos. — Puchero de yegua. — Insisto en ı Macias. — Negativas. — Un indio teólogo. — Un espectro vivo.

toldo de Epumer distaba un cuarto de legua del de ıo Rosas.

hay indio mas temido que Epumer; es valiente en la , terrible en la paz cuando está *achumado.*

aguardiente lo pone demente.

ı adulacion, sea verdad, — todos dicen que no estando le la cabeza es muy bueno.

tiene mas que una mujer, — cosa rara entre los in- la quiere mucho.

e bien y con lujo; todo el mundo llega á su casa y ı recibido.

mí me esperaban hacia rato.

toldo acababa de ser barrido y regado; todo estaba en.

ımer estaba sentado en un asiento alto, de cueros de ɔ y mantas.

frente habia otro mas elevado, que era el destinado ní.

ı chinas aguardaban de pié, con la comida pronta para a á la primera indicacion.

ı cautivas atizaban el fuego.

umer se levantó, me estrechó la mano, me abrazó, me ue aquella era mi casa, me hizo sentar y despues que ıté, se sentó él.

Los demás circunstantes, que eran todos *chusma* a gada al toldo, no se sentaron hasta que Epumer se insinuó.

La conversacion roló sobre las costumbres de los ind pidiéndome disculpas de no poder obsequiarme, en razon su pobreza, como yo lo merecia.

Un cristiano bien educado, modesto y obsequioso, n habria hecho mejor el agasajo.

Epumer me presentó su mujer, — que se llamaba Quin tuiner, sus hijas, que eran dos, y hasta las cautivas, cuyo aire de contento y de salud llamó grandemente mi atencion.

— Cómo les vá, hijas? les pregunté á estas.

— Muy bien, señor, me contestaron.

— No tienen ganas de salir?

No contestaron y se ruborizaron.

Epumer me dijo:

— Si tienen hijos y no les falta hombre.

Las cautivas añadieron:

— Nos quieren mucho.

— Me alegro, repuse.

Una de ellas esclamó:

— Ojalá todas pudieran decir lo mismo, *gueselencia.*

Era una cordobesa.

Epumer les indicó á su mujer y á sus hijas que se sen táran, y mandó que sirvieran la comida.

Obedecieron.

Estaban vestidas con lo mas nuevo y rico que tenian.

El *pilquen* era de paño encarnado bastante fino; lo collares y cinturones, las pulseras de piés y manos, d cuentas, los grandes aros en forma triangular y el alfiler d pecho redondo, de plata maciza labrada.

La manta era, contra la costumbre, de pañuelo escocé de lana.

Se habian pintado los labios y las uñas de las mano con carmin; se habian puesto muchos lunarcitos negro en las mejillas y sombreado los párpados inferiores y la pestañas.

Estaban muy bonitas.

La mujer de Epumer, sobre todo, me recordaba cierta ama elegantísima de Buenos Aires, que no quiero nombrar.

Pues no faltaria mas; compararla á ella tan simpática y restijiosa, por la gracia y la belleza, por su carácter dulce, u talle flexible como el mimbre, su voz de soprano, que ambien interpreta los acentos delicados de Campanna, con ına china!

Trajeron la comida, platos de loza, cubiertos, vasos y nantel.

Empezamos por pasteles á la criolla. Una cautiva los habia hecho. Aunque acababa de almorzar con Mariano, comí dos. Luego trajeron carbonada con zapallos y choclos. Epumer me dijo: — que me habian buscado el gusto, que le habian preguntado á mi asistente lo que me gustaba. No pude rehusar y comí un plato. Estaba inmejorable; la carne era gorda, la grasa finísima.

En seguida vino el asado, — de cordero y de vaca, despues puchero. El pan, eran tortas al rescoldo. El postre fueron miel de avispa, queso y maíz frito pisado con algarroba.

Con la carbonada quedé repleto como un lego; rehusé de lo demás. Fué en vano. Me instaron y me instaron. Tuve que comer de todo.

Pobres jentes! A cada rato me decian: si no está bueno, dispense. Aquella lo ha hecho, — y señalaban á tal ó cual cautiva, — y esta me miraba, como diciendo, — por vd. nos hemos esmerado.

Qué escena aquella! En medio del desierto, en la Pampa, entre los bárbaros, — un remedo de civilizacion es cosa que hace una impresion indescriptible.

El espía de Calcufurá, — como un buho, observaba con inquieta mirada cuanto pasaba.

— Quién es ese? le pregunté á Epumer.

— No le conozco, me contestó.

— Pues yo sí.

— Llegó hace un rato, — tenia hambre y le hemos dado de comer.

— Y no le conocen ustedes?

— No!

— Es un pillo mentiroso.

— Y aquí, qué mal nos puede hacer un pobre!

La contestacion me avergonzó. El perro de Quenque estaba con el cuarteron. Me acordé de que aquel hombre tenia corazon; que era quizá mas desgraciado que yo, y cambié de conversacion.

El espía, me oyó hablar de él y no hizo mas que lanzarme una mirada estraña y replegarse mas y mas sobre sí mismo.

Saqué mi libro de memorias, les pregunté á Epumer y su familia qué querian que les mandára del Rio 4º y tomé nota de sus encargos.

Bien poca cosa me pidieron; tela para pilquenes, hilo y agujas.

Epumer me dijo: que queria un chaleco de seda. . . .

— Colorado? le interrumpí.

— No, me contestó; negro.

Me levanté, me despedí, me acompañaron, violando los usos de la tierra, hasta el palenque, — monté á caballo y partí.

A cierta distancia dí vuelta.

Me seguian con la vista.

Saludé con la mano, — me contestaron con el pañuelo.

Llegué al toldo de Mariano Rosas.

Estaba sentado en la enramada, solo. Las visitas se habian retirado.

Eché pié á tierra, até su caballo en el palenque, le dí las gracias, pasando de largo, y me metí en mi rancho.

Los franciscanos disfrutaban en santa paz las delicias de la siesta.

El ruido que hice al entrar los despertó.

Les conté mi visita al toldo de Epumer, discurrimos un rato sobre la franca y cordial hospitalidad que me habia dispensado, despues de las escenas tumultuarias de los primeros dias, y, por último, les comuniqué que habia resuelto partir á los dos dias.

El Padre Márcos, me manifestó el deseo de quedarse, á

si arreglaba lo concerniente á la fundacion de la capilla que hablaba el Tratado de Paz. No pareciéndome pru-ıte su resolucion, me opuse amistosamente á ella. Le e algunas reflexiones con tal motivo, y el Padre Moisés, luciendo de ellas, que mi negativa provenia de que no ería que su compañero se quedára solo, — me observó ı él le acompañaria, permaneciendo á su lado. Le tran-ilicé viendo su jenerosa oferta; amplié las razones de mi ıativa, y, finalmente, les dije, — que pensáran en hacer dia siguiente algunos bautismos.

Al efecto le indiqué al Padre Márcos fuera á hablar n Mariano Rosas, solicitando como cosa suya el permiso mpetente.

Mandó ver con su asistente si estaba en disposicion de cibirle y contestó que si.

Salió el Padre y entró en el toldo del Cacique, que aca-ıba de recibir visitas.

Detrás de él me fuí yo.

Mariano Rosas le habia sentado á su lado; le habia con-ıdido el permiso solicitado y le habia rogado le bautizára hija mayor, de la que yo seria padrino.

Trajeron de comer.

Era un puchero de carne de yegua.

— Padre, — le dijo Mariano al buen franciscano, — ıra probarle que soy buen cristiano, y el gusto con que ıo aquí unos hombres como ustedes, comamos en el mismo ıato.

Y esto diciendo puso entre él y el Padre uno que le ıban en ese momento.

— Con mucho gusto, le contestó aquel.

Y sin mas preámbulo, empuñó el tenedor y el cuchillo ıin repugnancia alguna, comenzó á engullir la carne de ıgua, como si hubiera sido hecado de cadernal.

Yo rehusé comer [illegible] no lo atribu-ıan á desaire.

En [illegible] cabo del dia, [illegible]

[illegible] de conver-

sacion con ellos. El Padre Márcos por su parte, le hi
á Mariano Rosas una larga esplicacion de lo que significa
el bautismo, quien varias veces contestó, — ya sé. Le exi
que á la hijita que iban á bautizar la educára como cristia
lo que le fué prometido; dejó de comer puchero, cuando
plato dijo, no hay mas, y en seguida se despidió y salió.

Yo me quedé en mi puesto, busqué una postura cómo
la hallé acostado, dejé que Mariano Rosas hablára con
visitas y me dormí.

Cuando me desperté el toldo estaba solo.

Salí de él; Mariano habia vuelto á la enramada, me sent
á su lado y le dije:

— Hermano, y, me lo llevo ó nó á Macias?

— Entremos, me contestó, levantándose y dirijiéndose al
toldo.

Le seguí y entramos cediéndome él el paso en la puerta.

Nos sentamos.

Tomó la palabra y habló así:

— Hermano, el *dotor* es mejor que se quede.

— Vd. me lo habia cedido ya, le contesté.

— Es cierto; pero es mejor que se quede.

— Y el Tratado de Paz, hermano? Vd. olvida que Ma-
cias no es cautivo, que si me exije que lo saque yo lo deb
reclamar y que vd. no me lo puede negar?

— Yo no se lo niego, hermano, le digo que se lo d
despues.

— Y que dirán en el Rio 4° los cristianos lo que se
que vuelvo sin Macias? Dirán que no me he atrevid
reclamarlo, se quejarán y con razon. Vd. me compro
hermano.

Macias entró en ese momento, con el intento de
por el toldo.

Mariano Rosas le miró airado y con voz irritada
testualmente:

— Donde conversa la jente no se entra. Salga.

Macias retrocedió humillado, — murmurando:

— Creia . . . . . .

— Salga, dotor! le repitió con énfasis, y el desdich

prendí que alguien habia influido en el ánimo del
me pareció de buena táctica no insistir mucho.
, empero, una insinuacion final diciéndole con es-
:
', hermano?
sus ojos en los mios y me dijo *testualmente:*
Hermano, el corazon de ese hombre es mio!
misterio hay aquí, dije para mis adentros, y como
ontestára y siguiera mirándole, añadió *testualmente:*
La conciencia de ese hombre es mia.
mezcla de asombro y de temor por la vida de Ma-
selló los labios.
evantó el indio, tomó de sobre su cama el cajon del
, lo abrió, revolvió sus bolsitas, halló lo que queria,
ella unos papeles y dándomelos, me dijo:
Lea, hermano!
é los papeles, que eran manuscritos, abrí uno de
econocí la letra de Macias y leí.
una larga carta dirijida al Presidente de la Repú-

ias le relataba como se hallaba entre los indios;
con colores bastante animados su vida; daba una
de lo que eran los cristianos en Tierra Adentro; los
aba con los indios, quedando aquellos en peor punto
a; y por último invocaba la proteccion del Gobierno
vindicar su libertad perdida.
carta estaba mal redactada, Macias no escribe bien;
nia la elocuencia del dolor.
ntras yo leía, Mariano Rosas se limpiaba las uñas
puñal.
bé de leer la carta y le miré, — no me vió.
otro de los papeles, era otra carta, muy parecida á
rior dirijida al Gobernador de Mendoza.
otros papeles eran apuntes sin importancia, — eran
corazon lacerado por el infortunio.
minada la lectura de todo el mamotreto, esclamé:
Ya he concluido!
Y, ha visto?

— Sí.

— Qué le parece?

— No hallo nada contra Vd.

— Nada?

Y esto diciendo me miró, como preguntándome: — me engaña Vd?

— Nada! nada! repetí.

— Hermano! me dijo con intencion.

— Nada, hermano, le doy mi palabra.

Y como no me contestára y no me quitára los ojos y le conociera que queria sondar mis pensamientos, — agregué:

— Hermano, si alguien le ha dicho que estas cartas hablan mal de vd. lo ha engañado.

— Léamelas, hermano.

— ¿Quiere mas bien que venga el Padre y se las lea él?

— No, léamelas vd., hermano.

Se las leí — la lectura duraria un cuarto de hora.

Miéntras leia le miré varias veces; tenia los ojos clavados en el suelo y la frente plegada.

Cuando acabé de leer, dije:

— ¿Y qué dice ahora?

— Que ese hombre es un desagradecido. (Testual).

— Por qué, hermano?

— Porque habla mal de los cristianos que le han dado de comer. (Testual).

Hice una composicion de lugar con la rapidez del relámpago y dije:

— Tiene Vd. razon, hermano, — que se quede entónces.

— Sí, me contestó, dos años mas.

— El tiempo que Vd. quiera.

Tomó las papeles, los puso en órden, los colocó en su bolsita, cerró el cajon y me dijo:

— Mañana bautizaremos á su ahijada.

— Está bien, le contesté y salí, dándole las buenas tardes.

Macias estaba á la puerta del rancho.

Parecia un espectro.

Nada habia oido. Pero su corazon sabia lo que habia asado.

El corazon de los que sufren suele ser profético, — anticipándose al dolor lo prolonga.

Le miré sonriéndome por tranquilizarle, y exhalando un ondo suspiro, me dijo al pasar:

— Ya sé que te ha ido mal.

— Nunca es tarde, hombre, cuando la dicha es buena, — le contesté.

Meneó la cabeza como diciendo, — no me habia engaado; y para acabar de tranquilizarle, agregué:

— Todavía no le he hablado.

LVIII.

Intrigas contra Macias. — Envidia de los cristianos. — Preparativos para el bautismo. — Animacion de Leubucó. — Aspavientos de las madres. — Sentimiento que las dominaba. — El mal de este mundo en materia de relijion. — Mi ahijada, la hija de Mariano Rosas. — De gala, con botas de potro de cuero de gato, y vestido de brocato. — Invencible curiosidad. — No puedo esplicar lo que sentí. — Una cristalizacion en el cérebro. — Regalos recíprocos. — Pobre humanidad.

Macias me inspiraba tanta lástima, que toda la noche soñé con él.

Redimirlo del cautiverio, era para mí no solo una obra de caridad, sino el cumplimiento de un deber.

La paz estaba solemnemente hecha y Mariano Rosas obligado por un tratado, á dejar en completa tranquilidad á todos los que, habiéndose refugiado en tierra adentro quisieran volver á sus hogares.

En cuanto amaneció llamé al Capitan Rivadavia para tener una consulta con él.

Era el único hombre que me inspiraba completa confianza. Habia vivido mas tiempo que yo entre los indios, haciéndose respetar de ellos y de los cristianos, que no es poco decir, y Mariano Rosas le tenia gran aficion.

Conocia las costumbres de los unos, las mañas de lc otros, todos los títeres, en fin, de aquel mundo, donde estudio del corazon humano es tan difícil, como en cualqui otra parte.

Si él no salvaba mis dudas, — quién las habia de sal

Le referí todo lo que habia sucedido, cambiamos nue

resultó que Macias era víctima de alguna nueva

iano Rosas, les habia sin duda alguna, comunicado
ferencias conmigo á sus confidentes y estos le habian
lo de su resolucion de cedérmelo.
ia en esto, — represalias por parte de los que se
ofendidos con los informes consignados en la cor-
encia interceptada, egoismo ó envidia.
cristianos refujiados entre los indios por causas po-
— finjian todos la mayor conformidad. Otra cosa
en el fondo de su alma. La salida de Macias á quien
abian mortificado y ultrajado, haciéndole pagar caro
zo de carne que le daban, los contrariaba.
se iba y ellos se quedaban. Ellos, que gozaban del
lel cacique no podian volver al seno de su familia,
as, el loco Macias, de quien tantas veces se habian
, de quien todavía delante de mí se reian, estaba á
le romper las cadenas de su cautividad!
os eran libres y se quedaban, Macias no lo era y se
ba.
verdad, solo nobles corazones podian regocijarse de
desgraciado sacudiera el ominoso yugo.
galeotes reciben con júbilo al nuevo condenado y
an en vísperas de su salida al que ha cumplido la
condena.
l de muchos consuelo de tontos, dice el refran. Mal
chos consuelo de ingratos, debiera decir.
preciso aprovechar el dia.
íamos que bautizar una porcion de criaturas, hijas de
ios refujiados, de cautivas y de indios.
recordé á los buenos franciscanos que no teníamos
que perder; mandamos mensajeros en todas direc-
y se preparó el altar, en el mismo rancho en que se
celebrado la misa dias ántes.
o á poco fueron llegando hombres y mujeres cristianos
s hijos, indios é indias con los suyos.
toldo de Mariano Rosas era un jubileo.
naba verdadera animacion; todo el mundo se habia

Los demás circunstantes, que eran todos *chusma* agregada al toldo, no se sentaron hasta que Epumer se la insinuó.

La conversacion roló sobre las costumbres de los ind- pidiéndome disculpas de no poder obsequiarme, en razon su pobreza, como yo lo merecia.

Un cristiano bien educado, modesto y obsequioso, habria hecho mejor el agasajo.

Epumer me presentó su mujer, — que se llamaba Quiz tuiner, sus hijas, que eran dos, y hasta las cautivas, cuy aire de contento y de salud llamó grandemente mi atencion.

— Cómo les vá, hijas? les pregunté á estas.

— Muy bien, señor, me contestaron.

— No tienen ganas de salir?

No contestaron y se ruborizaron.

Epumer me dijo:

— Si tienen hijos y no les falta hombre.

Las cautivas añadieron:

— Nos quieren mucho.

— Me alegro, repuse.

Una de ellas esclamó:

— Ojalá todas pudieran decir lo mismo, *gueselencia.*

Era una cordobesa.

Epumer les indicó á su mujer y á sus hijas que se sentáran, y mandó que sirvieran la comida.

Obedecieron.

Estaban vestidas con lo mas nuevo y rico que tenian.

El *pilquen* era de paño encarnado bastante fino; los collares y cinturones, las pulseras de piés y manos, de cuentas, los grandes aros en forma triangular y el alfiler de pecho redondo, de plata maciza labrada.

La manta era, contra la costumbre, de pañuelo escocés de lana.

Se habian pintado los labios y las uñas de las manos con carmin; se habian puesto muchos lunarcitos negros en las mejillas y sombreado los párpados inferiores y las pestañas.

Estaban muy bonitas.

La mujer de Epumer, sobre todo, me recordaba cierta dama elegantísima de Buenos Aires, que no quiero nombrar.

Pues no faltaria mas; compararla á ella tan simpática y prestijiosa, por la gracia y la belleza, por su carácter dulce, su talle flexible como el mimbre, su voz de soprano, que tambien interpreta los acentos delicados de Campanna, con una china!

Trajeron la comida, platos de loza, cubiertos, vasos y mantel.

Empezamos por pasteles á la criolla. Una cautiva los habia hecho. Aunque acababa de almorzar con Mariano, comí dos. Luego trajeron carbonada con zapallos y choclos. Epumer me dijo: — que me habian buscado el gusto, que le habian preguntado á mi asistente lo que me gustaba. No pude rehusar y comí un plato. Estaba inmejorable; la carne era gorda, la grasa finísima.

En seguida vino el asado, — de cordero y de vaca, despues puchero. El pan, eran tortas al rescoldo. El postre fueron miel de avispa, queso y maíz frito pisado con algarroba.

Con la carbonada quedé repleto como un lego; rehusé de lo demás. Fué en vano. Me instaron y me instaron. Tuve que comer de todo.

Pobres jentes! A cada rato me decian: si no está bueno, dispense. Aquella lo ha hecho, — y señalaban á tal ó cual cautiva, — y esta me miraba, como diciendo, — por vd. nos hemos esmerado.

Qué escena aquella! En medio del desierto, en la Pampa, entre los bárbaros, — un remedo de civilizacion es cosa que hace una impresion indescriptible.

El espía de Calcufurá, — como un buho, observaba con inquieta mirada cuanto pasaba.

— Quién es ese? le pregunté á Epumer.

— No le conozco, me contestó.

— Pues yo sí.

— Llegó hace un rato, — tenia hambre y le hemos dado de comer.

— Y no le conocen ustedes?

— No!

— Es un pillo mentiroso.

— Y aquí, qué mal nos puede hacer un pobre!

La contestacion me avergonzó. El perro de Quenqu estaba con el cuarteron. Me acordé de que aquel homb tenia corazon; que era quizá mas desgraciado que yo, cambié de conversacion.

El espía, me oyó hablar de él y no hizo mas que la zarme una mirada estraña y replegarse mas y mas sobre mismo.

Saqué mi libro de memorias, les pregunté á Epumer su familia qué querian que les mandára del Rio 4° y to nota de sus encargos.

Bien poca cosa me pidieron; tela para pilquenes, hilo agujas.

Epumer me dijo: que queria un chaleco de seda . . .

— Colorado? le interrumpí.

— No, me contestó; negro.

Me levanté, me despedí, me acompañaron, violando lo usos de la tierra, hasta el palenque, — monté á caballo y partí.

A cierta distancia dí vuelta.

Me seguian con la vista.

Saludé con la mano, — me contestaron con el pañuelo.

Llegué al toldo de Mariano Rosas.

Estaba sentado en la enramada, solo. Las visitas se habian retirado.

Eché pié á tierra, até su caballo en el palenque, le di las gracias, pasando de largo, y me metí en mi rancho.

Los franciscanos disfrutaban en santa paz las delicias de la siesta.

El ruido que hice al entrar los despertó.

Les conté mi visita al toldo de Epumer, discurrimos un rato sobre la franca y cordial hospitalidad que me habia dispensado, despues de las escenas tumultuarias de los primeros dias, y, por último, les comuniqué que habia resuelto partir á los dos dias.

El Padre Márcos, me manifestó el deseo de quedarse, é

er si arreglaba lo concerniente á la fundacion de la capilla .e que hablaba el Tratado de Paz. No pareciéndome prulente su resolucion, me opuse amistosamente á ella. Le iice algunas reflexiones con tal motivo, y el Padre Moisés, leduciendo de ellas, que mi negativa provenia de que no ıueria que su compañero se quedára solo, — me observó que él le acompañaria, permaneciendo á su lado. Le tranquilicé viendo su jenerosa oferta; amplié las razones de mi negativa, y, finalmente, les dije, — que pensáran en hacer al dia siguiente algunos bautismos.

Al efecto le indiqué al Padre Márcos fuera á hablar con Mariano Rosas, solicitando como cosa suya el permiso competente.

Mandó ver con su asistente si estaba en disposicion de recibirle y contestó que sí.

Salió el Padre y entró en el toldo del Cacique, que acababa de recibir visitas.

Detrás de él me fuí yo.

Mariano Rosas le habia sentado á su lado; le habia concedido el permiso solicitado y le habia rogado le bautizára su hija mayor, de la que yo seria padrino.

Trajeron de comer.

Era un puchero de carne de yegua.

— Padre, — le dijo Mariano al buen franciscano, — para probarle que soy buen cristiano, y el gusto con que veo aquí unos hombres como ustedes, comamos en el mismo plato.

Y esto diciendo puso entre él y el Padre uno que le daban en ese momento.

— Con mucho gusto, le contestó aquel.

Y sin mas preámbulo, empuñó el tenedor y el cuchillo y sin repugnancia alguna, comenzó á engullir la carne de yegua, como si hubiera sido bocado de cadernal.

Yo rehusé comer, esplicando el por qué no lo atribuyeran á desaire.

En la tierra, la costumbre es comer al cabo del dia, tantas veces, cuantas hay ocasion.

Algunas de las visitas eran conocidos. Entablé conver-

sacion con ellos. El Padre Márcos por su parte, le hizo á Mariano Rosas una larga esplicacion de lo que significaba el bautismo, quien varias veces contestó, — ya sé. Le exijió que á la hijita que iban á bautizar la educára como cristiana, lo que le fué prometido; dejó de comer puchero, cuando el plato dijo, no hay mas, y en seguida se despidió y salió.

Yo me quedé en mi puesto, busqué una postura cómoda, la hallé acostado, dejé que Mariano Rosas hablára con sus visitas y me dormí.

Cuando me desperté el toldo estaba solo.

Salí de él; Mariano habia vuelto á la enramada, me senté á su lado y le dije:

— Hermano, y, me lo llevo ó nó á Macias?

— Entremos, me contestó, levantándose y dirijiéndose al toldo.

Le seguí y entramos cediéndome él el paso en la puerta. Nos sentamos.

Tomó la palabra y habló así:

— Hermano, el *dotor* es mejor que se quede.

— Vd. me lo habia cedido ya, le contesté.

— Es cierto; pero es mejor que se quede.

— Y el Tratado de Paz, hermano? Vd. olvida que Macias no es cautivo, que si me exije que lo saque yo lo debo reclamar y que vd. no me lo puede negar?

— Yo no se lo niego, hermano, le digo que se lo daré despues.

— Y que dirán en el Rio 4º los cristianos lo que sepan que vuelvo sin Macias? Dirán que no me he atrevido á reclamarlo, se quejarán y con razon. Vd. me compromete, hermano.

Macias entró en ese momento, con el intento de cruzar por el toldo.

Mariano Rosas le miró airado y con voz irritada le dijo *textualmente:*

— Donde conversa la jente no se entra. Salga.

Macias retrocedió humillado, — murmurando:

— Creia . . . . . .

— Salga, dotor! le repitió con énfasis, y el desdichado salió.

Comprendí que alguien habia influido en el ánimo del indio y me pareció de buena táctica no insistir mucho.

Hice, empero, una insinuacion final diciéndole con espresion:

— Y, hermano?

Fijó sus ojos en los mios y me dijo *testualmente:*

— Hermano, el corazon de ese hombre es mio!

Qué misterio hay aquí, dije para mis adentros, y como no le contestára y siguiera mirándole, añadió *testualmente:*

— La conciencia de ese hombre es mia.

Una mezcla de asombro y de temor por la vida de Macias me selló los labios.

Se levantó el indio, tomó de sobre su cama el cajon del archivo, lo abrió, revolvió sus bolsitas, halló lo que queria, sacó de ella unos papeles y dándomelos, me dijo:

— Lea, hermano!

Tomé los papeles, que eran manuscritos, abrí uno de ellos, reconocí la letra de Macias y leí.

Era una larga carta dirijida al Presidente de la República.

Macias le relataba como se hallaba entre los indios; pintaba con colores bastante animados su vida; daba una noticia de lo que eran los cristianos en Tierra Adentro; los comparaba con los indios, quedando aquellos en peor punto de vista; y por último invocaba la proteccion del Gobierno para revindicar su libertad perdida.

La carta estaba mal redactada, Macias no escribe bien; pero tenia la elocuencia del dolor.

Mientras yo leía, Mariano Rosas se limpiaba las uñas con el puñal.

Acabé de leer la carta y le miré, — no me vió.

Leí otro de los papeles, era otra carta, muy parecida á la anterior dirijida al Gobernador de Mendoza.

Los otros papeles eran apuntes sin importancia, — eran de un corazon lacerado por el infortunio.

Terminada la lectura de todo el mamotreto, esclamé:

— Ya he concluido!

— Y, ha visto?

— Sí.

— Qué le parece?

— No hallo nada contra Vd.

— Nada?

Y esto diciendo me miró, como preguntándome: — engaña Vd?

— Nada! nada! repetí.

— Hermano! me dijo con intencion.

— Nada, hermano, le doy mi palabra.

Y como no me contestára y no me quitára los ojos y conociera que queria sondar mis pensamientos, — agregué

— Hermano, si alguien le ha dicho que estas cartas l blan mal de vd. lo ha engañado.

— Léamelas, hermano.

— ¿Quiere mas bien que venga el Padre y se las lea é

— No, léamelas vd., hermano.

Se las leí — la lectura duraria un cuarto de hora.

Miéntras leia le miré varias veces; tenia los ojos cl vados en el suelo y la frente plegada.

Cuando acabé de leer, dije:

— ¿Y qué dice ahora?

— Que ese hombre es un desagradecido. (Testual).

— Por qué, hermano?

— Porque habla mal de los cristianos que le han da de comer. (Testual).

Hice una composicion de lugar con la rapidez del relá pago y dije:

— Tiene Vd. razon, hermano, — que se quede é tónces.

— Sí, me contestó, dos años mas.

— El tiempo que Vd. quiera.

Tomó las papeles, los puso en órden, los colocó en bolsita, cerró el cajon y me dijo:

— Mañana bautizaremos á su ahijada.

— Está bien, le contesté y salí, dándole las buen tardes.

Macias estaba á la puerta del rancho.

Parecia un espectro.

Nada habia oido. Pero su corazon sabia lo que habia pasado.

El corazon de los que sufren suele ser profético, — anticipándose al dolor lo prolonga.

Le miré sonriéndome por tranquilizarle, y exhalando un hondo suspiro, me dijo al pasar:

— Ya sé que te ha ido mal.

— Nunca es tarde, hombre, cuando la dicha es buena, — le contesté.

Meneó la cabeza como diciendo, — no me habia engañado; y para acabar de tranquilizarle, agregué:

— Todavía no le he hablado.

LVIII.

Intrigas contra Macias. — Envidia de los cristianos. — Preparativos para el bautismo. — Animacion de Leubucó. — Aspavientos de las madres. — Sentimiento que las dominaba. — El mal de este mundo en materia de relijion. — Mi ahijada, la hija de Mariano Rosas. — De gala, con botas de potro de cuero de gato, y vestido de brocato. — Invencible curiosidad. — No puedo esplicar lo que sentí. — Una cristalizacion en el cérebro. — Regalos recíprocos. — Pobre humanidad.

Macias me inspiraba tanta lástima, que toda la noche soñé con él.

Redimirlo del cautiverio, era para mí no solo una obra de caridad, sino el cumplimiento de un deber.

La paz estaba solemnemente hecha y Mariano Rosas obligado por un tratado, á dejar en completa tranquilidad á todos los que, habiéndose refugiado en tierra adentro quisieran volver á sus hogares.

En cuanto amaneció llamé al Capitan Rivadavia para tener una consulta con él.

Era el único hombre que me inspiraba completa confianza. Habia vivido mas tiempo que yo entre los indios, haciéndose respetar de ellos y de los cristianos, que no es poco decir, y Mariano Rosas le tenia gran aficion.

Conocia las costumbres de los unos, las mañas de los otros, todos los títeres, en fin, de aquel mundo, donde el estudio del corazon humano es tan difícil, como en cualquier otra parte.

Si él no salvaba mis dudas, — quién las habia de salvar!

Le referí todo lo que habia sucedido, cambiamos nuestras

ideas y resultó que Macias era víctima de alguna nueva intriga.

Mariano Rosas, les habia sin duda alguna, comunicado sus conferencias conmigo á sus confidentes y estos le habian disuadido de su resolucion de cedérmelo.

Habia en esto, — represalias por parte de los que se creian ofendidos con los informes consignados en la correspondencia interceptada, egoismo ó envidia.

Los cristianos refujiados entre los indios por causas políticas, — finjian todos la mayor conformidad. Otra cosa tenian en el fondo de su alma. La salida de Macias á quien tanto habian mortificado y ultrajado, haciéndole pagar caro el pedazo de carne que le daban, los contrariaba.

El se iba y ellos se quedaban. Ellos, que gozaban del favor del cacique no podian volver al seno de su familia, y Macias, el loco Macias, de quien tantas veces se habian mofado, de quien todavía delante de mí se reian, estaba á punto de romper las cadenas de su cautividad!

Ellos eran libres y se quedaban, Macias no lo era y se marchaba.

En verdad, solo nobles corazones podian regocijarse de que un desgraciado sacudiera el ominoso yugo.

Los galeotes reciben con júbilo al nuevo condenado y maltratan en vísperas de su salida al que ha cumplido la terrible condena.

Mal de muchos consuelo de tontos, dice el refran. Mal de muchos consuelo de ingratos, debiera decir.

Era preciso aprovechar el dia.

Teníamos que bautizar una porcion de criaturas, hijas de cristianos refujiados, de cautivas y de indios.

Les recordé á los buenos franciscanos que no teníamos tiempo que perder; mandamos mensajeros en todas direcciones y se preparó el altar, en el mismo rancho en que se habia celebrado la misa dias ántes.

Poco á poco fueron llegando hombres y mujeres cristianos con sus hijos, indios é indias con los suyos.

El toldo de Mariano Rosas era un jubileo.

Reinaba verdadera animacion; todo el mundo se habia

vestido de gala. Yo estaba encantado viendo aquellos i felices honrar instintivamente á Dios. Los frailes content como si se tratára de unos óleos réjios.

Cualquiera que hubiese llegado á aquellas comarcas e dia, — sin estar en antecedentes, — se habria creido tra portado á una tríbu indijena, convertida al cristianismo.

Cuando todo estuvo pronto, se le mandó prevenir á M riano Rosas, pidiéndole permiso para empezar, é invitándo á presenciar la ceremonia.

Contestó que podíamos dar comienzo cuando gustáram y que no le era posible acompañarnos; porque en ese m mento acababan de entrarle visitas.

El rancho que hacia de capilla, era estrecho para co tener la concurrencia. Con cada criatura venian los padre sus parientes, sus amigos, los padrinos y madrinas.

Los chiquillos estaban azorados. Todos ellos, lo misn los grandes que los chicos, lloraban. El altar, los sace dotes revestidos, las caras estrañas, el aire de solemnid de los circunstantes, el empeño inusitado en que estuvier con juicio ó callados, todo, todo les impresionaba. L madres se volvian puros aspavientos. Esta decia: Jesus, q criatura! Aquella: Ay! qué chiquilla! La una: Qué ve güenza! La otra: Cállate, por Dios! Acariciaban, repre dian, amonestaban, amenazaban, recurrian en fin, á todos l ardides maternales, para imponer silencio.

Imposible! el destemplado coro seguia.

Yo observaba aquella escena *sui generis*, y al través d la parodia veia la tendencia humana hácia las cosas grav y solemnes.

Esas pobres mujeres, andrajosas las unas, bastante bi vestidas las otras, cristianas unas, chinas otras; hacian al al pié del improvisado altar, lo mismo que habrian hecl bajo las naves monumentales de una catedral.

Qué sentimiento las dominaba? — cuando llorosas ó r diantes de júbilo esclamaban, como varias veces lo escuch viéndolas abrazar con efusion el fruto de sus entrañas: a fin vas á ser cristiana, hija mia, hijo mio!

Sí, qué sentimiento las dominaba?

Ah! un sentimiento innato al corazon humano.

Un sentimiento que Voltaire mismo ha esplicado en una frase célebre:

«*Si Dieu n'existait pas, il faudrait l'inventer.*»

Si Dios no existiese seria menester inventarlo.

Aquellas jentes, alejadas de la civilizacion quién sabe desde cuando, desgraciadas ó pervertidas, resignadas á su suerte ó desesperadas, ignorantes, vulgares; aquellas mujeres cristianas en el nombre; aquellas chinas, aquellos indios, — sosteniendo en sus brazos sus hijos con recojimiento y devocion, comprendian por un instinto especialmente humano, que entre este mundo y el otro, entre esta vida y la otra, — necesitamos un vínculo, y que ese vínculo es Dios, cualquiera que sea la forma en que le adoremos.

El mal de este mundo no consiste en profesar una mala relijion, sino en no profesar ninguna.

Ah! y si la relijion que se profesa es consoladora por su moral, si como una fuente inagotable de poesía, ella nos ofrece un refujio en las tribulaciones y una tabla de salvacion en las últimas congojas de la vida, — qué bien inmenso no es creer, adorar y confiar en Dios!

Con razon aquellas jentes estaban de fiesta y consideraban dichosos á sus hijos de que recibieran el bautismo.

Cualquier ceremonia que hubiese sido como la consagracion de un culto, habria sido lo mismo.

Bautizar treinta ó mas criaturas una despues de otra, era obra de todo el dia. El ritual permitia, lo que yo ignoraba, — administrar el sacramento en masa.

Respiré.

Mi ahijada no comparecia.

Mandé decir á mi compadre que la esperábamos, y un instante despues la pusieron en mis brazos.

Era una chiquilla como de ocho años, hija de cristiana, trigueñita, ñatita, de grandes y negros ojos, simpática aunque un tanto uraña. Lloró como una Magdalena un largo rato, haciendo llorar á otras criaturas, cuyas lágrimas se habian aplacado y obligándonos á diferir el momento de empezar.

Calmóse por fin y la sagrada ceremonia empezó. Re-

sonaban los latines y los *Padre Nuestros*, mi ahijada permanecia en mis brazos, ora inquieta, ora tranquila. Me miraba, huia de mí sus ojos, se sonreia, hacia fuerzas, cedia, — á mí me dominaba solo una idea.

La chiquilla habia sido vestida con su mejor ropa, con la mas lujosa, — era un vestido de brocato encarnado bien cortado, con adornos de oro y encajes, que parecian bastante finos. A falta de zapatos, le habian puesto unas botitas de potro, de cuero de gato. La civilizacion y la barbárie se estaban dando la mano.

¿Qué vestido era ese? — de dónde venia? — quién lo habia hecho? — era todo mi pensamiento.

Queria atender á lo que el sacerdote hacia y decia. En vano!

El vestido y las botas me absorbian. Examinaba el primero con minucioso cuidado. Estaba perfectamente bien hecho y cortado.

Las mangas eran á la Maria Estuardo. Aquello no era obra de modista de Tierra-Adentro. Tampoco podia ser regalo de cristianos, ni tomado en el saqueo de una tropa de carretas, estancia, dilijencia ó villa fronteriza. Entre nosotros ninguna niña se viste así.

Mi curiosidad era solo comparable á la incongruencia del traje y de las botas de potro.

Era una curiosidad rara.

A veces me venia como un rayo de luz y me decia, — ya caigo, ese vestido viene de tal parte. No, no podia ser eso, era una estravagancia.

Cuando me tocaba contestar *amen*, otro tenia que hacerlo por mí. Distraido, no veia sino el vestido, no pensaba sino en el contraste que formaban con él las botas.

A mi lado estaba un cristiano, agregado al toldo de Mariano Rosas, cuya cara de forajido daba miedo.

Era uno de esos tipos repelentes, cuya simple vista estremece. Jamás me habia dirijido la palabra, ni yo se la habia dirijido á él.

La curiosidad pudo mas que la repugnancia que me inspiraba y le pregunté con disimulo:

— De dónde ha sacado mi compadre este vestido?

— Oh! me dijo, con voz bronca y tonada cordobesa, ese es el vestido de la Vírgen de la Villa de la Paz.

— De la Vírgen? le pregunté, haciéndome la ilusion de que habia oido mal, aunque el hombre pronunció la frase netamente.

— Sí, pues, repuso, cuando la invasion que hicimos lo trajimos y se lo dimos al Jeneral.

Y esto diciendo, sostuvo á mi ahijada que casi se me escapó de los brazos.

Con unas pobres palabras humanas, yo no puedo espresar el efecto estraño que hizo en mis nervios, la voz, el aire y la tonada de aquella revelacion.

No sentí, lo que se siente en presencia de una profanacion; no esperimenté lo que se esperimenta ante un sacrilejio; no me conmoví como cuando un sortilejio nos llena de estúpida supersticion. Sentí y esperimenté una impresion fenomenal, me conmoví de una manera diabólica, como en la infancia me imajinaba que se estremecia el diablo cuando le echaban agua bendita.

Mi ahijada Maria, la hija de Mariano Rosas, está ligada á los recuerdos de mi vida, por una impresion tan singular, que su vestido y sus botas me hacen todavía el efecto de un *cauchemar*.

Yo no puedo ya ver una Vírjen sin que esos atavíos sarcásticos se presenten á mi imajinacion. Tengo el retrato de mi ahijada como cristalizado en el cérebro y el vozarron del bandido que me sacó de dudas me zumba al oido todavía. Hay ecos inolvidables. Son como el rujido del mar cuando, silbando el viento, azota encrespado la pedregosa orilla. Se le oye una vez en la vida y no se le olvida jamás.

Terminados los bautismos, el padre Márcos dirijió á las madres de los recien cristianizados un breve sermon, exhortándolas á educar sus hijos en la ley de Jesucristo, único modo de que ganáran el cielo despues de la muerte.

Todos quedaron muy alegres y contentos y me agradecieron el favor que acababan de merecer, debido á mí.

sonaban los latines y los *Padre Nuestros*, mi ahijada permanecia en mis brazos, ora inquieta, ora tranquila. Me miraba, huia de mí sus ojos, se sonreia, hacia fuerzas, cedia, — á mí me dominaba solo una idea.

La chiquilla habia sido vestida con su mejor ropa, con la mas lujosa, — era un vestido de brocato encarnado bien cortado, con adornos de oro y encajes, que parecian bastante finos. A falta de zapatos, le habian puesto unas botitas de potro, de cuero de gato. La civilizacion y la barbárie se estaban dando la mano.

¿Qué vestido era ese? — de dónde venia? — quién lo habia hecho? — era todo mi pensamiento.

Queria atender á lo que el sacerdote hacia y decia. En vano!

El vestido y las botas me absorbian. Examinaba el primero con minucioso cuidado. Estaba perfectamente bien hecho y cortado.

Las mangas eran á la Maria Estuardo. Aquello no era obra de modista de Tierra-Adentro. Tampoco podia ser regalo de cristianos, ni tomado en el saqueo de una tropa de carretas, estancia, dilijencia ó villa fronteriza. Entre nosotros ninguna niña se viste así.

Mi curiosidad era solo comparable á la incongruencia del traje y de las botas de potro.

Era una curiosidad rara.

A veces me venia como un rayo de luz y me decia, — ya caigo, ese vestido viene de tal parte. No, no podia ser eso, era una estravagancia.

Cuando me tocaba contestar *amen*, otro tenia que hacerlo por mí. Distraido, no veia sino el vestido, no pensaba sino en el contraste que formaban con él las botas.

A mi lado estaba un cristiano, agregado al toldo de Mariano Rosas, cuya cara de forajido daba miedo.

Era uno de esos tipos repelentes, cuya simple vista estremece. Jamás me habia dirijido la palabra, ni yo se la habia dirijido á él.

La curiosidad pudo mas que la repugnancia que me inspiraba y le pregunté con disimulo:

— De dónde ha sacado mi compadre este vestido?

— Oh! me dijo, con voz bronca y tonada cordobesa, ese es el vestido de la Vírgen de la Villa de la Paz.

— De la Vírgen? le pregunté, haciéndome la ilusion de que habia oido mal, aunque el hombre pronunció la frase netamente.

— Sí, pues, repuso, cuando la invasion que hicimos lo trajimos y se lo dimos al Jeneral.

Y esto diciendo, sostuvo á mi ahijada que casi se me escapó de los brazos.

Con unas pobres palabras humanas, yo no puedo espresar el efecto estraño que hizo en mis nervios, la voz, el aire y la tonada de aquella revelacion.

No sentí, lo que se siente en presencia de una profanacion; no esperimenté lo que se esperimenta ante un sacrilejio; no me conmoví como cuando un sortilejio nos llena de estúpida supersticion. Sentí y esperimenté una impresion fenomenal, me conmoví de una manera diabólica, como en la infancia me imajinaba que se estremecia el diablo cuando le echaban agua bendita.

Mi ahijada Maria, la hija de Mariano Rosas, está ligada á los recuerdos de mi vida, por una impresion tan singular, que su vestido y sus botas me hacen todavía el efecto de un *cauchemar*.

Yo no puedo ya ver una Vírjen sin que esos atavíos sarcásticos se presenten á mi imajinacion. Tengo el retrato de mi ahijada como cristalizado en el cérebro y el vozarron del bandido que me sacó de dudas me zumba al oido todavía. Hay ecos inolvidables. Son como el rujido del mar cuando, silbando el viento, azota encrespado la pedregosa orilla. Se le oye una vez en la vida y no se le olvida jamás.

Terminados los bautismos, el padre Márcos dirijió á las madres de los recien cristianizados un breve sermon, exhortándolas á educar sus hijos en la ley de Jesucristo, único modo de que ganáran el cielo despues de la muerte.

Todos quedaron muy alegres y contentos y me agradecieron el favor que acababan de merecer, debido á mí.

— Ah! si no fuera por Vd., señor, qué habria sido de nosotras, me dijeron varias mujeres!

Yo fuí padrino de cuatro criaturas, inclusive la hija de Mariano Rosas. Poco tenia para obsequiar á mis ahijados y ahijadas. Pero como cuando hay deseo y buena voluntad nunca falta algo con que manifestarlo, con todos ellos quedé bien.

Deshicimos el altar, guardamos los ornamentos y en seguida nos fuímos al toldo de Mariano Rosas.

Nos esperaba con el almuerzo pronto.

Estaba plácido como nunca.

— Ya somos compadres, hermano, me dijo: ahora Vd. dirá como nos hemos de tratar.

— Compadre, le contesté, como ántes, no mas, — de hermanos.

— Es lo mismo, — le doy las gracias, repuso; y dirijiéndose á los frailes, añadió: muchos cristianos ahora aquí, eh?

— Es verdad, le contestaron, — Dios los ayude á todos!

Sirvieron el almuerzo, almorzamos y nos despedimos para retirarnos.

Yo ántes de salir le dije á mi compadre:

— Esta tarde acabaremos de conversar.

— Cuando guste, me contestó.

Iba á salir del toldo; me llamó y sacándose el poncho pampa que tenia puesto, me dijo, dándomelo:

— Tome, hermano, úselo en mi nombre, es hecho por mi mujer principal.

Acepté el obsequio, que tenia una gran significacion y se lo devolví, — dándole yo mi poncho de goma.

Al recibirlo me dijo:

— Si alguna vez no hay paces, mis indios no lo han de matar, hermano, viéndole ese poncho.

— Hermano, le contesté, si algun dia no hay paces y nos encontramos por ahí, lo he de sacar á Vd. por esa prenda.

La gran significacion que el poncho de Mariano Rosas tenia, no era, — que pudiera servirme de escudo en un pe-

ligro, sino que el poncho tejido por la mujer principal, es entre los indios un gaje de amor, — es como el anillo nupcial entre los cristianos.

Cuando salí del toldo y me vieron con el poncho del cacique, una espresion de sorpresa se pintó en todas las fisonomías.

La jente de *palacio* se mostró mas atenta y solícita que nunca.

Pobre humanidad!

LIX.

Se acerca la hora de la partida. — Desaliento de Macias. — El negro del acordion y un envoltorio. — Era un queso. — Calisto Oyarzabal anuncia que hay baile. — Bailes de los indios y de las chinas. — En un detalle encuentro á los indios ménos civilizados que nosotros.

Macias veia llegar la hora de mi partida y con suspiros y monosílabos me hacia comprender que iba perdiendo hasta la esperanza.

Me senté en el fogon y él se puso á mi lado.

Yo estaba de muy buen humor, — quizá porque al dia siguiente pensaba rumbear para la *querencia.* Somos así, versátiles aun en medio de la felicidad. Todo es poco, nada nos sacia. Y tarde, muy tarde, recien comprendemos que en este mundo sublunar, los que lo han pasado mejor son los que contentos con el presente no se han apurado nunca por nadie ni por nada; los que estrechando el horizonte de sus miradas, limitando sus aspiraciones y sacudiendo la férula de las exijencias sociales, — han *subjetivado* la vida hasta el estremo de identificarse con su frac.

Ah! cuántos á quienes estériles combates consumieron: cuántos que despiertos ó dormidos tuvieron visiones de amor, de ódio, de gloria, de orgullo, de riqueza, de envidia, de miedo, olvidando que *velar es soñar de pié* y que *el sueño no es mas que el noviciado de la muerte,* — cuántos de esos, decia, no habrian sido mas dichosos si al fin de la jornada hubiesen podido esclamar:

«Sois-moi fidèle ô pauvre habit que j'aime!
Ensemble nous devenons vieux.
Depuis dix ans je te brosse moi-même,
Et Socrate n'eût pas fait mieux.
Quand le sort à ta mince étoffe
Livrerait de nouveaux combats,
Imite-moi: résiste en philosophe.
Mon vieil ami, ne nous séparons pas.» *

Yo reia, charlaba, jaraneaba con todos los que rodeaban el fogon, en el que un apetitoso asado se doraba al calor de abundante leña.

El triste prisionero, — taciturno, reconcentrado, sombrío, como la imájen de la desesperacion me echaba de vez en cuando miradas furtivas.

Queria decirme algo y no se atrevia; queria hacerme un reproche y no hallaba espresiones adecuadas; sus pensamientos fluctuaban, como algas marinas entre opuestas corrientes; iba á hablar y callaba; sus ojos brillaban, sin rencor; pero sus labios comprimidos revelaban claramente que balbuceaba una ironía.

— En qué piensas? le dije.

— En que estás muy alegre, me contestó.

— El que se aflije se muere, repuse.

— Ah! tú te vas, yo me quedo.

— Ya te he dicho, que nunca es tarde cuando la dicha es buena, le contesté.

— Como ha de ser! volvió á esclamar y levantándose de improviso se quiso marchar.

En ese momento, Calisto Oyarzabal, tomando el asador, poniéndolo horizontalmente y raspando el asado con un cuchillo, para quitarle la ceniza, gritó:

— Ya está, mi coronel.

— A comer, caballeros! grité yo á mi vez, y dirijiéndome á Macias, le dije: ven, hombre, come, sobra tiempo para ahorcarse de desesperacion.

Volvió sobre sus pasos, se sentó nuevamente á mi lado; sacó su cuchillo, y como el asado incitaba, siguiendo los usos campestres de la tierra, cortó una tira.

* Béranger, *Mon habit.*

Una olla de puchero hervia, rebosando de choclos y zapallo angola.

Acabamos con el asado y en un santiamen con ella.

Ibamos á tomar el mate de café, no teniendo postre, cuando el negro del acordion se presentó, trayendo una cosa en la mano envuelta en un trapo.

— El acordion! dije, para mis adentros, me espeluzné y con aire y voz imperativa:

— Fuera de aquí, negro! le grité, antes que desplegára los labios.

— Mi amo, contestó sonriéndose, si vengo solo.

— Y eso! le pregunté, señalándole la cosa que traia envuelta.

— Esto, repuso mostrando dos filas de hermosos dientes, tan blancos y tan iguales que me dieron envidia, — esto, es un queso!

— Un queso?

— Sí, mi amo, y se lo manda el jeneral á su *mercé* para que lo coma en nombre de su ahijada, la niña Maria.

Y esto diciendo, desenvolvió el queso y lo puso en mis manos.

— Dile á mi hermano que le doy las gracias, le dije, y haciéndole una indicacion con la mano, agregué: vete!

Obedeció, y él que estuvo á cierta distancia, me preguntó con malicia:

— Quiere su *mercé* que vuelva con el instrumento?

Le contesté con un caracú que estaba á mano, — en medio de una esplosion de risa de los circunstantes.

— Y está de baile, dijo Calisto.

— De baile? le pregunté.

— Sí, mi coronel.

— Y dónde hay baile?

— Allí, en un toldo, dijo señalándolo.

— Pues, probemos el queso, tomemos el café y vamos á ver el fandango aunque haya acordion y negro.

Despachamos todo, mandé á Calisto averiguar á que hora era el baile y volvió diciendo que ya iban á empezar.

Dejamos el fogon y nos fuímos á ver la fiésta.

Era lo único que me faltaba.

Mi reloj marcaba las cuatro, — las cuatro de la tarde, bien entendido.

Los indios, mas razonables que nosotros, duermen de noche y se divierten de dia.

Esta costumbre tiene una ventaja sobre la usanza de la civilizacion, — no hay que pensar en luminarias de ningun género, ni en velas, ni en kerosene, ni en gas.

El baile era de varones y al aire libre.

En aquellas tierras, las mujeres no tienen sino dos destinos, — trabajar y procrear.

No me atrevo á decir, si á este respecto los indios andan mas acertados que nosotros.

Pero, considerando los infinitos desaguisados que acontecen y presenciamos de Enero á Enero, con motivo de la mescolanza de sexos; las mujeres que abandonan sus maridos, los maridos que olvidan sus mujeres, las reyertas por celos, los pleitos por alimentos, los divorcios, los raptos voluntarios de inocentes doncellas, — hechos desconocidos en Tierra Adentro, considerando todo esto decia, lo cierto es que nuestra civilizacion es un asunto muy sério.

Con razon se predica tanto contra el baile!

Yo comprendo la indispensable necesidad que un hombre de estado tiene de saber bailar. Porque como decia Molière por boca de uno de sus personajes, — cuando se dice que un Ministro ha dado un mal paso, es porque no ha aprendido la danza, — con lo cual el maestro de este arte le probaba al del florete la superioridad del baile sobre la esgrima.

Pero no comprendo la necesidad de que un médico ó un abogado bailen.

Por supuesto que los indios comprendiendo que bailar es un ejercicio, que á la vez que obra sobre el sistema nervioso de una manera fruitiva, conviene á la hijiene del cuerpo; porque despierta el apetito y contribuye al desarrollo de la musculatura, — les permiten á sus mujeres bailar solas de vez en cuando, reservándose ellos la parte que mas adelante se verá.

El salon de baile, ó mejor dicho la arena, tendria unas cuarenta varas de circuito.

Imajínate la era de trillar las mieses, rodeada de palos, á modo de corral; pónle con el pensamiento, Santiago amigo, un mogote de tierra en el centro como de dos varas de diámetro y una de alto y tendrás una idea de lo que he intentado describir.

Los concurrentes estaban colocados alrededor del círculo del lado de afuera.

Aquí viene bien hacer notar que los indios en materia de coreografía son ménos egoistas que nosotros.

Ellos bailan para divertir á sus amigos; nosotros por divertirnos nosotros mismos.

Para divertirnos viendo bailar, tenemos que gastar nuestro dinero.

Es otro inconveniente de la civilizacion.

La música instrumental consistia en unas especies de tamboriles; eran de madera y cuero de carnero y los tocaban con los dedos ó con baquetas.

El baile empezó con una especie de llamada militar redoblada.

Oyéronse unos gritos agudos, descompasados y cinco indios en hilera se presentaron haciendo piruetas *acancanadas.*

Venian todos tapados con mantas;

Entraron en la arena, dieron unas cuantas vueltas, al son de la música, alrededor del mogote de tierra, como pisando sobre huevos, de repente arrojaron las mantas y se descubrieron.

Se habian arrollado los calzoncillos hasta los muslos, la camisa se la habian quitado; se habian pintado de colorado las piernas, los brazos, el pecho, la cara; en la cabeza llevaban plumas de avestruz en forma de plumero, en el pescuezo collares que hacian ruido y las mechas le caian sobre la frente.

Las mantas las arrojaron sin hacer alto, sacudieron la cabeza, como dándose á conocer y empezó una série de figuras, sin perder los bailarines el órden de hilera.

Mareaba verlos jirar en torno del mogote, ajitando la cabeza á derecha é izquierda, de arriba abajo, para atrás, para adelante, se ponian unos á otros las manos en los hombros

pto el que hacia cabeza, que batia los brazos; se solta-
se volvian á unir formando una cadena, se atropellaban,
lando pegados, como una rosca; se dislocaban, pataleaban,
ban á mares, hedian á potro, hacian mil muecas, se
ban, se mordian, se tiraban manotones obscenos, se
an colita, en fin, parecian cinco Sátiros beodos, osten-
o cínicos la resistencia del cuerpo y la lubricidad de sus
ones.

El aire de las evoluciones determinaba el compás del
orileo, que de cuando en cuando era acompañado de
especie de canto ora triste, ora grave, ora burlesco,
n lo que la infernal cuadrilla parodiaba.

Quince fueron los que bailaron, en tres tandas; la con-
encia guardó el mayor órden; no aplaudia, pero se comia
los ojos á los bailarines.

Aquello era un verdadero *Alcázar lírico,* en plena Pampa.
Sin mujeres, sin *garçons,* sin mesas de mármol, sin limo-
gaseosa y otras yerbas.

Le hallé la ventaja de la entrada gratis.

Cerca de dos horas duró la farsa; se ponia el sol cuando
olvia á mi fogon, harto de jestos, alaridos y tamboriles.

Mi buena estrella quiso que el negro del acordion no for-
a parte de la orquesta.

Se hizo de noche y como estuviese fresco, me guarecí tras
ni rancho, dándole la espalda al viento.

En el acto brilló el fogon.

A la luz de su lumbre me contaron como bailan las
as.

En un local como el que ya describí, pintadas y ataviadas
an quince ó veinte; se toman las manos, hacen una rueda
mienzan á dar vueltas alrededor del mogote, ni mas ni
os que si jugáran á la *ronga catonga.*

Los concurrentes entran en el recinto del baile y al pasar
chinas por delante de ellos les hacen una porcion de iniqui-
es, hasta que no pudiéndolas soportar deshacen la rueda
escapan por donde pueden.

Francamente, en este detalle encuentro á los indios ménos
lizados que nosotros, — aunque hay ejemplos en las cró-

nicas policiales de caballeros que durmieron bajo las llaves de la alcaidía por tener las manos demasiado largas en los átrios de las iglesias.

El efecto de esos abusos y licencias de los indios con las chinas, cuando bailan, hace que ellas se abstengan de la inofensiva diversion, — lo que prueba que en todas partes la mujer es igual.

Perdona todo, ménos que la maltraten.

Yo les hallo muchísima razon, aunque declaro que ellas, sin maltratarnos, abusando de sus ventajas suelen *tratarnos mal.*

LX.

ɔlo en el fogon. — Qué habria pensado yo si hubiera tenido ménos de einta años? — Con las mujeres es mejor no estar uno solo. — El crímen hijo de las tinieblas. — El silencio es un síntoma alarmante en la ujer. — Visitas inesperadas. — Yo no sueño sino disparates. — Los filósofos antiguos han escrito muchas necedades.

Me habia quedado solo en el fogon, viendo arder las :asas.

Brillaban carbonizadas y cuando mas bellas estaban el ento las redujo á cenizas, lo mismo que los desengaños ɔsvanecen nuestras mas gratas ilusiones.

Mis pensamientos flotaban entre dos mundos.

Ya eran practicos, ya quiméricos, ora me parecian de ɔcil realizacion, ora imposibles de realizar; me sentia grande fuerte, pequeño y débil; dormitaba y me despertaba; queria ɔlir de allí y no salia.

Por qué?

Porque el hombre no es dueño de sí mismo, sino cuando ene ideas fijas ó determinadas.

Una voz dulce me sacó de aquella indecision, murmurando mi oido: — buenas noches.

Dí vuelta y al pálido resplandor de las últimas brasas que ɔ apagaban, reconocí á una mujer.

Era mi comadre Cármen.

— Comadre, vd. por aquí y á esta hora? la dije.

— Compadre, he sabido que se va mañana, me contestó.

La hice que se sentára.

Su rostro tenia una espresion tierna; su seno palpitaba

con violencia, ajitando levemente los pliegues de su camisa, mas ajustada al cuello que de costumbre, y su mirada traicionaba una inquietud mal disimulada.

— Vd. tiene algo, comadre? la dije.

— No, compadre, me contestó, clavando la vista en el moribundo fogon y comprimiendo un suspiro.

Si yo no me hubiese hallado en ese período de la vida en que el poeta esclamaba:

«My days are in the yellow leaf;
The flowers and fruits of love are gone.»

Quién sabe que hubiera pensado!

El viento habia calmado, el cielo estaba cubierto de nubes, las estrellas brillaban tímidamente, como luces lejanas al través de opacas cortinas, el fogon eran tibias cenizas, — mi visita y yo nos veíamos como dos sombras envueltas en sutíl crespon.

El silencio de la noche, interrumpido apenas por la respiracion acompasada de los que dormian cerca de allí; la soledad poética del lugar; los pensamientos, que como visiones de una edad mas bella, cruzaron como ráfagas de fuego por mi imajinacion — le dieron momentáneamente al cuadro un tinte novelesco.

Desperté á Calisto, se levantó, le ordené que avivára el fuego y cebára mate.

Removió las cenizas, descubrió algunas brasas, sopló haciendo con las manos una especie de fuelle y un momento despues el fogon flameaba.

Durante un rato, mi comadre y yo permanecimos mudos, oyendo hervir el agua y crujir la leña.

El fuego ejerce una influencia magnética, irresistible sobre los sentidos, y he observado que al calor de las llamas resplandecientes el corazon se dilata, que las ideas jerminan placenteras y el alma se eleva hácia la cumbre de lo grande y de lo bello, en alas de ráfagas jenerosas y sublimes.

Por eso el crímen es hijo de las tinieblas y se ceba en la oscuridad.

Calisto me pasó un mate; lo tomé y dándoselo á mi comadre, la dije:

— Por qué se ha quedado tan callada?
Suspiró por toda contestacion.
Está visto que las mujeres son iguales en todas las con-
aciones, — lo mismo en las montañas, donde las nieves
an eternamente, que entre las selvas románticas donde el
do *uratau*, entona tristes endechas; lo mismo á orillas
majestuoso rio de la Plata, que en las dilatadas llanuras
la Pampa Arjentina.
Suspirar, — creen que es hablar.
Confieso que es un lenguaje demasiado místico para un
tan prosáico como yo.
— Pero qué tiene, comadre? le volví á preguntar.
— Compadre, me contestó, estoy triste porque se va.
— Y qué, le gustaria á vd. que no me dejáran volver?
— No quiero decir eso.
— Y entónces?
— Quiero decir, que siento no poder acompañarlo.
— Y por qué no se viene á pasear al Rio 4º conmigo?
— Porque no puedo.
— No es vd. libre?
— Libre!
— Libre, sí, no es vd. viuda?
— Ah! compadre, esclamó con amargura, vd. no sabe
io es mi vida; vd. no conoce esta tierra.
Y esto diciendo, miró en derredor, como viendo si alguien
ia escuchado su indiscreta confesion.
Su voz tenia algo de significativo y misterioso.
Me parecia que queria decirme algo mas y que estaba
erosa de que algun espía nocturno la oyera.
Me levanté, dí una vuelta, me aseguré de que estábamos
os y me senté mas cerca de ella, diciéndole.
— No hay nadie.
— Compadre, me dijo, no se vaya sin pasar por mi toldo
queda en Carrilobo, cerca del de Villareal, allí lo espero;
ará mi hermana, es mujer de confianza y lo quiere, tengo
o que decirle, que le interesa mucho saber, esta noche
voy á acabar de averiguar, por eso he venido, nadie me
visto todavía.....

En ese momento se sintió un tropel y se oyeron como voces de indios *achumados*.

Se levantó de golpe, y diciéndome: — no quiero que me vean aquí — se deslizó por entre las sombras de la noche.

La seguí un instante con la vista, hasta que se perdió en la oscuridad, y me quedé perplejo y lleno de inquietud, de una inquietud inesplicable, oyendo al mismo tiempo retemblar el suelo y acercarse el vocerío de la chusma ébria.

La luz de mi fogon los atrajo.

Llegaron, se apearon, unos y otros se quedaron á caballo.

Epumer los encabezaba, — venian de un toldo vecino, donde habian estado de *mamaran*.

Traia en la mano una limeta de bebida y venia bastante *caldeado*.

Sin apearse, — me dijo:

— Yapaí, hermano!

— Yapaí, hermano, le contesté.

Bebimos alternativamente y tras del primer yapaí, vinieron otros y otros.

Afortunadamente el aguardiente estaba muy aguado y no traia cuerno, ni vaso, — lo que me permitia mojar solo los labios, pues, teníamos que tomar con la botella.

Viendo que se ponian muy fastidiosos, que me amenazaban con un largo *solo*, — le dije á Calisto:

— Che, mira que hace frio, alcánzame el poncho.

No tenia mas que el que esa mañana me habia regalado Mariano Rosas; quise ver que impresion hacia verme con él.

Me trajo Calisto el poncho y me lo puse.

Como lo habia calculado, surtió un efecto completo mi ardid.

— Ese coronel Mansilla toro! esclamaron algunos.

— Ese coronel Mansilla gaucho! otros.

Muchos me dieron la mano y otros me abrazaron y hasta me besaron con sus bocas hediondas.

Epumer me dijo repetidas veces.

— Mansilla *peñi!* (hermano).

En esos coloquios estábamos cuando un ruido semejante al de un organito descompuesto se oyó, junto con unas coplas, dedicadas á mí.

Me dieron escalofrios, esperimentando frio y calor á la ez y una destemplanza nerviosa como la que produce el roce .e una lima en los dientes.

De dondè salia aquel maldito negro con su execrable acor- ion, pues él en cuerpo y alma era el de la música?

A qué averiguarlo!

No pude resistir, y esplotando la respetabilidad de que ıe revestia el poncho de mi *compadre y hermano*, le dije Epumer y á su séquito:

— Caballeros, buenas noches, es tarde, estoy cansado y ıañana me voy; tengo ganas de dormir.

Y los dejé y me metí en mi rancho y le mandé á Calisto ue cerrára bien la puerta, atando con *guascas* el cuero que ı cubria.

Las visitas me saludaron con varias esclamaciones, — como dios, *peñi!* adios, amigo! adios, toro! gritaron un rato, apa- aron el fogon saltando por encima con los caballos, alboro- aron los perros, hicieron un gran barullo y cuando se can- aron se fueron.

Arrullado por su infernal gangolina, me dormí.

Toda la noche tuve los sueños mas estrafalarios. Así como asi todos los sentimientos de nuestra alma proceden de las ensaciones de la *bestia;* así tambien casi todas las visiones el espíritu dormido vienen de lo que hemos visto ó con- emplado despiertos, con los ojos del cuerpo ó con los de la majinacion.

Yo soy como los patanes.

Nunca tengo presentimientos en sueños.

Yo no he de ver nunca como Píndaro, — que las abejas leposítan su miel en mis labios;

Ni como Hesiodo, — nueve mujeres hechiceras, — que ueron las musas que le inspiraron;

Ni como Escipion, — Numancia destruida, ó Cartago lerribada;

Ni como Alejandro delante de Tiro, — que Hércules me resenta la mano desde lo alto de las murallas.

Para que yo viese á la verdad en sueños, seria menester ue fuese mas sóbrio y virtuoso, — ó es falso lo que dice

Sócrates, que un cuerpo saciado de placer ó repleto de alimentos y de vino, le hace esperimentar al alma sueños estravagantes; de donde se deduce que los emperadores, los reyes, los presidentes, los ministros y los diputados, todos, todos aquellos, en fin, que deben saber lo que hacen, y que á mas de esto deben procurar leer en lo futuro, *desde que gobernar es prever*, deben ser jente muy parca en el comer y muy moderada en el beber, amen de otras cosas indispensables para que la dijestion se haga regularmente.

Yo no puedo tener sueños sino como los que tuve la última noche que pasé en Leubucó.

O he de ver disparates, que no se han de cumplir; ó he de ver disparatadas las cosas que se cumplieron.

O he de soñar que me han proclamado emperador de los Ranqueles, — que *Lucius Victorius, Imperator*, ha hecho coronar emperatriz á la china Cármen; ó he de soñar que el baile de los indios está en moda en Buenos Aires y que el botin con taco á lo Luis XV ha sido reemplazado por la botita de potro de cuero de gato.

Por el estilo fueron mis sueños.

Y diga despues Platon que el espíritu divino nos revela en sueños el porvenir; y diga despues Estraton, — que los sueños nos dan á conocer la verdad, porque, durante la noche, el entendimiento es mas activo, mas puro, mas claro que durante el dia.

Los tales antiguos eran unos utopistas de marca mayor.

Los respeto solo porque ya son viejos y murieron.

LXI.

**loca de Séneca. — El sueño Cesáreo se me habia convertido en sus-
.cia. — Salida inesperada de Mariano Rosas. — Un bárbaro pretende
ı un hombre civilizado sea su instrumento. — Confianza en Dios. — El
ɔ del comandante Araya. — Dios es grande. — Una seña misteriosa.**

Me desperté con la cabeza hecha un horno; habia soñado ıto que mis ideas eran un embolismo.

De pronto no pude darme cuenta de lo sucedido durante noche.

Confundia los hechos reales con las visiones; me parecia e habia soñado con mi comadre Cármen, con Epumer y el gro del acordion, y que lo que habia visto en sueños era rdad.

Amanecia recien; la luz del crepúsculo entraba en el ncho por sus innumerables agujeros y lo iluminaba con ntásticos resplandores.

La cama era tan dura que estaba entumecido; me movia ın dificultad.

Las impresiones del sueño persistian; no dormia y veia lo ismo que habia visto dormido.

Durante un largo rato estuve como la loca de Séneca, era iega y no lo sabia; pedia que la hicieran cambiar de casa, orque en la que habitaba no se veia nada.

Yo estaba despierto y no lo sabia.

Caramba! cómo cuesta cuando se ha soñado un imperio onvencerse al despertar que no es uno emperador!

De tal modo se me habia convertido en sustancia el sueño el poder, — que á no ser los ladridos de unos perros, que

despertaron á mis oficiales, creo que me levanto arrastrando el poncho de Mariano Rosas á guisa de imperial manto de arminios.

Unos buenos dias, mi coronel, de mi ayudante Rodriguez, me despejaron los sentidos del todo.

Abrí los ojos que apretaba nerviosamente.

Era de dia, la claridad del rancho completa.

La vision del imperio ranquelino desapareció de mi retina. Pero como una sombra chinesca que se desvanece, todavía cruzó por mi imajinacion.

Me pareció que habia dormido un año. Yo no sé porque pintan al tiempo con alas. Yo lo pintaria con piés de plomo. Será que las cosas que mas deseo, son siempre las que mas tardan en suceder.

Verdad es que las que mas me gustan me parece que pasan con demasiada velocidad.

Llamé un asistente, vino, abrió la puerta, me levanté, me vestí y salí del rancho.

Decididamente me iba ese mismo dia y no era emperador. Lo uno me consoló de lo otro. Francamente, el imperio ranquelino era mas hermoso visto en sueños que despierto.

Me trajeron el parte de que en las tropillas no habia novedad y le hice prevenir á Camilo Arias que las tuviera prontas para cuando cayera el sol.

En seguida le hice preguntar á Mariano Rosas con el capitan Rivadavia si estaba en disposicion de que acabáramos de conversar.

Me contestó que sí.

Entré en su toldo; se acababa de bañar, tomaba mate y una china le desenredaba los cabellos.

— Hermano, me dijo al entrar sin moverse, siéntese y dispense.

— No hay de qué, repuse, sentándome.

— Y cómo ha pasado la noche? me preguntó.

— Muy bien, le contesté.

— Y, siempre se va hoy?

— Si vd. no dispone otra cosa.

— Vd. es libre, hermano.

— Bueno, quiero que me diga, qué se le ofrece?

— Hermano, deseo que no me apure por los cautivos que lebo entregar.

— Entréguemelos segun pueda.

— Ya faltan pocos.

— Cómo pocos?

— Sí, pues.

— No lo entiendo.

Me hizo una relacion de los cautivos que en diversas épocas habia remitido al Rio 4º y concluyó diciéndome, — que agregando á esa cuenta ocho se completaba el número.

Era una salida inesperada.

Qué tenia que hacer el nuevo Tratado de paz con los cautivos anteriores?

La idea era de él, — ó se la habian sujerido?

Quise esplorar el campo, fué en vano, circunspecto y reservado no soltaba prendas.

Resolví hablarle categóricamente porque el incidente era de tal naturaleza que *las paces* podian frustrarse, y le dije:

— Hermano, vd. está equivocado; los cautivos que ha dado ántes, no tienen nada que ver con los que me debe dar á mí; lea bien el Tratado y verá.

— Si ya sé; pero yo lo decia, porque vd. pudiera ser que lo pudiese arreglar.

— Y cómo quiere que lo arregle?

— Diciéndole al que lo gobierna que se han recibido los que yo digo.

— Y cómo le voy á decir eso?

— Yo le doy los nombres de los viejos.

— No puedo hacer eso.

— Entónces?....

— Entónces qué?....

— Haremos lo que vd. dice.

— Eso es, le contesté.

Y para mis adentros dije: era lo único que me faltaba, que este bárbaro me hiciera instrumento suyo.

No me contestó.

— Y, no tiene otra cosa que decirme? le pregunté
— Sí, pero lo dejaremos para mas tarde, me cont
— Tendremos tiempo?
— Sí, hemos de tener.
Me quedé callado á mi vez.
En los tres fogones del toldo cocinaban.
— Vamos á almorzar, me dijo, y pidió que nos si
en su lengua.
No le contesté.
Trajeron platos y cubiertos y pusieron una olla
chero de vaca entre él y yo.
Me sirvió un platazo.
Comi y callé.
Hacia largo rato que comíamos sin mirarnos ni hab
cuando se presentó un indio, — que le habló en ar
con suma vivacidad, y á quien le contestó de igual n
Nada entendí; solo percibí varias veces las palabr
indio Blanco.
Me dió curiosidad.
Pero me dominé, nada pregunté.
El indio se fué.
Continuamos en silencio.
— Es el indio Blanco, me dijo.
— Y qué hay? repuse.
— Anda hablando de vd.; dice que le va á salir á
zada.
— Si será una composicion de lugar para asustarme
cerme suspender el viaje? reflexioné, preguntándole:
— Y qué piensa hacerme?
— Matarlo, me contestó, sonriéndose.
— Matarme, eh!
— Así dice él.
— Pues dígale que nos veremos las caras.
— Le he mandado decir que se deje de andar *ba*
ando; que si no le gustan las paces, por qué se ha
de Chile; que ya le hice prevenir el otro dia que and
derecho.
Y como me dijera todo esto con aire de verdad,

se en su fisonomía cierta prevencion contra el indio Blanco, le dije en tono amistoso:

— Gracias, hermano.

Seguimos callados.

No me miraba, tenia la vista fija en un zoquete de carne ıe pelaba con los dedos; me pareció que queria que yo ıblára, que le pidiera algo, y resolví no hacerlo.

Volvió el que habia ido con el mensaje para el indio lanco, — habló unas pocas palabras y se marchó.

— Dice el indio Blanco, que se va para el Toai, me dijo.

— Para el Toai?

— Sí, y dice que va á buscar ovejas á la provincia de uenos Aires; porque están á muy buen precio en Chile.

— Pícaro! esclamé.

— Es muy pícaro! esclamó él.

Seguimos callados.

Al rato me dijo:

— Y á qué horas es la marcha?

— A las cuatro, le contesté.

Seguimos callados.

Por fin me dijo:

— Y, dígame hermano, V. qué me encarga?

— Qué le encargo?

— Sí!

— Que se acuerde en todo tiempo de su compadre.

Y esto diciendo me levanté y salí del toldo

Ordené que todo el mundo se aprestára á marchar, y me uí á decirles adios á algunos conocidos que moraban en tol-os vecinos.

A la hora estuve de vuelta; mi gente estaba pronta, no altaba sino que arrimaran las tropillas y ensillar.

Hacia un dia hermosísimo; ibamos á tener una tarde de-iciosa.

Muchos se preparaban para acompañarme.

El desgraciado Macias veia los preparativos recostado en ın horcon de mi rancho y su tétrica fisonomía revelaba el ıufrimiento de la desesperacion.

Me acerqué á él y le dije:

— Ten confianza en Dios!

— En Dios! murmuró.

— Sí, en Dios! le repetí, lanzándole una mirada, en la qu debió leer este pensamiento: el que desespera de Dios n merece la libertad, — y entré en el rancho de Ayala.

Me habia ofrecido entregarme un niño cautivo que teni Era un hijo del comandante Araya, vecino de la Cruz Alt El pobrecito lo sabia, veia que yo me marchaba por momen tos, que nada le decia de prepararse y sentado en el fogo de mis soldados lloraba desconsolado. Partia el corazon verl

Ayala me dijo, — que no tenia inconveniente en cumplirm su promesa; pero que tenia que avisárselo á Mariano Rosa

— Y que no está prevenido desde el otro dia? le pregunt

— Sí, sí está.

— Y entónces?

— Puede haber cambiado de opinion.

— Bueno, vaya, pues, háblele para que se apronte el niño

Salió y volvió diciéndome, — que era necesario pagar e prendas de plata doscientos pesos bolivianos.

— Y qué prendas han de ser? le pregunté á Ayala.

— Estribos, me contestó.

Mandé en el acto al capitan Rivadavia que se los com prára á uno de los pulperos que habia llevado el Padre Bu rela, ofreciéndole en pago una letra sobre Mendoza.

Miéntras tanto, el pobre cautivo se aprestaba para l marcha con infantil alegría.

Volvió el capitan Rivadavia con los estribos, se los dí Ayala y este fué á llevárselos á Mariano Rosas.

Volvió cabizbajo.

Qué mundo aquel! El cacique habia vuelto á cambiar d parecer! Ya no queria solo estribos; queria cien pesos e prendas y cien en plata.

Se buscaron los cien pesos y se hallaron.

Le entregué todo á Ayala, se lo llevó á Mariano Rosas al punto estuvo de regreso, contestándome todo cortado qu el *Jeneral* habia mudado una vez mas de parecer.

Me dió un acceso de cólera; vociferé cuanto se me vin á la boca, apostrofándolo á Mariano é insultándolo, — hast

ue cediendo á los ruegos de Ayala, que parecia muy contraiado, me calmé un poco.

Para hacerme callar del todo, me dijo en voz baja:

— No me comprometa, mire que estamos rodeados de espías.

Y esto diciendo me señaló unos indios rotosos y mugrienos en quienes nadie reparaba, que estaban por allí acurruados y echados de barriga, como animales, en el suelo.

Con el alma dolorida é irritado de mi impotencia, entré n mi rancho, llamé al hijito de Araya, y con paternal estulio le preparé á recibir el terrible desengaño.

Qué contento estaba!

Qué mustio y lloroso quedó!

Qué fugaces son las horas de la felicidad!

Le abracé, le acaricié, le rogué por sus padres, que tuviera valor; le ofrecí rescatarlo pronto, — ofrecimiento que cumplí, — y hasta que no le ví resignado á su suerte, no me separé de él.

Al salir de mi rancho, Macias me dijo:

— Qué te parece?

— Dios es grande! le contesté.

Suspiró, y esclamó como dudando de la omnipotencia divina, — Dios!.....

Yo me dirijí al toldo de Mariano Rosas.

La hora de partir se acercaba.

Camilo Arias me hizo una seña misteriosa.

En ese momento se sintió un tropel y se oyeron como voces de indios *achumados*.

Se levantó de golpe, y diciéndome: — no quiero que me vean aquí — se deslizó por entre las sombras de la noche.

La seguí un instante con la vista, hasta que se perdió en la oscuridad, y me quedé perplejo y lleno de inquietud, de una inquietud inesplicable, oyendo al mismo tiempo retemblar el suelo y acercarse el vocerío de la chusma ébria.

La luz de mi fogon los atrajo.

Llegaron, se apearon, unos y otros se quedaron á caballo.

Epumer los encabezaba, — venian de un toldo vecino, donde habian estado de *mamaran*.

Traia en la mano una limeta de bebida y venia bastante *caldeado*.

Sin apearse, — me dijo:

— Yapaí, hermano!

— Yapaí, hermano, le contesté.

Bebimos alternativamente y tras del primer yapaí, vinieron otros y otros.

Afortunadamente el aguardiente estaba muy aguado y no traia cuerno, ni vaso, — lo que me permitia mojar solo los labios, pues, teníamos que tomar con la botella.

Viendo que se ponian muy fastidiosos, que me amenazaban con un largo *solo*, — le dije á Calisto:

— Che, mira que hace frio, alcánzame el poncho.

No tenia mas que el que esa mañana me habia regalado Mariano Rosas; quise ver que impresion hacia verme con él.

Me trajo Calisto el poncho y me lo puse.

Como lo habia calculado, surtió un efecto completo mi ardid.

— Ese coronel Mansilla toro! esclamaron algunos.

— Ese coronel Mansilla gaucho! otros.

Muchos me dieron la mano y otros me abrazaron y hasta me besaron con sus bocas hediondas.

Epumer me dijo repetidas veces.

— Mansilla *peñi!* (hermano).

En esos coloquios estábamos cuando un ruido semejante al de un organito descompuesto se oyó, junto con unas coplas, dedicadas á mí.

Me dieron escalofrios, esperimentando frio y calor á la ez y una destemplanza nerviosa como la que produce el roce e una lima en los dientes.

De dondè salia aquel maldito negro con su execrable acor-ion, pues él en cuerpo y alma era el de la música?

A qué averiguarlo!

No pude resistir, y esplotando la respetabilidad de que ne revestia el poncho de mi *compadre y hermano*, le dije Epumer y á su séquito:

— Caballeros, buenas noches, es tarde, estoy cansado y nañana me voy; tengo ganas de dormir.

Y los dejé y me metí en mi rancho y le mandé á Calisto ue cerrára bien la puerta, atando con *guascas* el cuero que a cubria.

Las visitas me saludaron con varias esclamaciones, — como dios, *peñi!* adios, amigo! adios, toro! gritaron un rato, apa-aron el fogon saltando por encima con los caballos, alboro-aron los perros, hicieron un gran barullo y cuando se can-aron se fueron.

Arrullado por su infernal gangolina, me dormí.

Toda la noche tuve los sueños mas estrafalarios. Así como asi todos los sentimientos de nuestra alma proceden de las ensaciones de la *bestia;* así tambien casi todas las visiones del espíritu dormido vienen de lo que hemos visto ó con-emplado despiertos, con los ojos del cuerpo ó con los de la majinacion.

Yo soy como los patanes.

Nunca tengo presentimientos en sueños.

Yo no he de ver nunca como Píndaro, — que las abejas lepositan su miel en mis labios;

Ni como Hesiodo, — nueve mujeres hechiceras, — que ueron las musas que le inspiraron;

Ni como Escipion, — Numancia destruida, ó Cartago lerribada;

Ni como Alejandro delante de Tiro, — que Hércules me presenta la mano desde lo alto de las murallas.

Para que yo viese á la verdad en sueños, seria menester ue fuese mas sóbrio y virtuoso, — ó es falso lo que dice

Sócrates, que un cuerpo saciado de placer ó repleto de alimentos y de vino, le hace esperimentar al alma sueños estravagantes; de donde se deduce que los emperadores, los reyes, los presidentes, los ministros y los diputados, todos, todos aquellos, en fin, que deben saber lo que hacen, y que á mas de esto deben procurar leer en lo futuro, *desde que gobernar es prever*, deben ser jente muy parca en el comer y muy moderada en el beber, amen de otras cosas indispensables para que la dijestion se haga regularmente.

Yo no puedo tener sueños sino como los que tuve la última noche que pasé en Leubucó.

O he de ver disparates, que no se han de cumplir; ó he de ver disparatadas las cosas que se cumplieron.

O he de soñar que me han proclamado emperador de los Ranqueles, — que *Lucius Victorius, Imperator*, ha hecho coronar emperatriz á la china Cármen; ó he de soñar que el baile de los indios está en moda en Buenos Aires y que el botin con taco á lo Luis XV ha sido reemplazado por la botita de potro de cuero de gato.

Por el estilo fueron mis sueños.

Y diga despues Platon que el espíritu divino nos revela en sueños el porvenir; y diga despues Estraton, — que los sueños nos dan á conocer la verdad, porque, durante la noche, el entendimiento es mas activo, mas puro, mas claro que durante el dia.

Los tales antiguos eran unos utopistas de marca mayor.

Los respeto solo porque ya son viejos y murieron.

LXI.

La loca de Séneca. — El sueño Cesáreo se me habia convertido en sustancia. — Salida inesperada de Mariano Rosas. — Un bárbaro pretende que un hombre civilizado sea su instrumento. — Confianza en Dios. — El hijo del comandante Araya. — Dios es grande. — Una seña misteriosa.

Me desperté con la cabeza hecha un horno; habia soñado tanto que mis ideas eran un embolismo.

De pronto no pude darme cuenta de lo sucedido durante la noche.

Confundia los hechos reales con las visiones; me parecia que habia soñado con mi comadre Cármen, con Epumer y el negro del acordion, y que lo que habia visto en sueños era verdad.

Amanecia recien; la luz del crepúsculo entraba en el rancho por sus innumerables agujeros y lo iluminaba con fantásticos resplandores.

La cama era tan dura que estaba entumecido; me movia con dificultad.

Las impresiones del sueño persistian; no dormia y veia lo mismo que habia visto dormido.

Durante un largo rato estuve como la loca de Séneca, era ciega y no lo sabia; pedia que la hicieran cambiar de casa, porque en la que habitaba no se veia nada.

Yo estaba despierto y no lo sabia.

Caramba! cómo cuesta cuando se ha soñado un imperio convencerse al despertar que no es uno emperador!

De tal modo se me habia convertido en sustancia el sueño del poder, — que á no ser los ladridos de unos perros, que

despertaron á mis oficiales, creo que me levanto arrastrando el poncho de Mariano Rosas á guisa de imperial manto de arminios.

Unos buenos dias, mi coronel, de mi ayudante Rodriguez, me despejaron los sentidos del todo.

Abrí los ojos que apretaba nerviosamente.

Era de dia, la claridad del rancho completa.

La vision del imperio ranquelino desapareció de mi retina. Pero como una sombra chinesca que se desvanece, todavía cruzó por mi imajinacion.

Me pareció que habia dormido un año. Yo no sé porque pintan al tiempo con alas. Yo lo pintaria con piés de plomo. Será que las cosas que mas deseo, son siempre las que mas tardan en suceder.

Verdad es que las que mas me gustan me parece que pasan con demasiada velocidad.

Llamé un asistente, vino, abrió la puerta, me levanté, me vestí y salí del rancho.

Decididamente me iba ese mismo dia y no era emperador. Lo uno me consoló de lo otro. Francamente, el imperio ranquelino era mas hermoso visto en sueños que despierto.

Me trajeron el parte de que en las tropillas no habia novedad y le hice prevenir á Camilo Arias que las tuviera prontas para cuando cayera el sol.

En seguida le hice preguntar á Mariano Rosas con el capitan Rivadavia si estaba en disposicion de que acabáramos de conversar.

Me contestó que sí.

Entré en su toldo; se acababa de bañar, tomaba mate una china le desenredaba los cabellos.

— Hermano, me dijo al entrar sin moverse, siéntese dispense.

— No hay de qué, repuse, sentándome.

— Y cómo ha pasado la noche? me preguntó.

— Muy bien, le contesté.

— Y, siempre se va hoy?

— Si vd. no dispone otra cosa.

— Vd. es libre, hermano.

— Bueno, quiero que me diga, qué se le ofrece?

— Hermano, deseo que no me apure por los cautivos que lebo entregar.

— Entréguemelos segun pueda.

— Ya faltan pocos.

— Cómo pocos?

— Sí, pues.

— No lo entiendo.

Me hizo una relacion de los cautivos que en diversas épocas habia remitido al Rio 4º y concluyó diciéndome, — que agregando á esa cuenta ocho se completaba el número.

Era una salida inesperada.

Qué tenia que hacer el nuevo Tratado de paz con los cautivos anteriores?

La idea era de él, — ó se la habian sujerido?

Quise esplorar el campo, fué en vano, circunspecto y reservado no soltaba prendas.

Resolví hablarle categóricamente porque el incidente era le tal naturaleza que *las paces* podian frustrarse, y le dije:

— Hermano, vd. está equivocado; los cautivos que ha dado antes, no tienen nada que ver con los que me debe dar á mí; lea bien el Tratado y verá.

— Si ya sé; pero yo lo decia, porque vd. pudiera ser que lo pudiese arreglar.

— Y cómo quiere que lo arregle?

— Diciéndole al que lo gobierna que se han recibido los que yo digo.

— Y cómo le voy á decir eso?

— Yo le doy los nombres de los viejos.

— No puedo hacer eso.

— Entónces?....

— Entónces qué?....

— Haremos lo que vd. dice.

— Eso es, le contesté.

Y para mis adentros dije: era lo único que me faltaba, que este bárbaro me hiciera instrumento suyo.

No me contestó.

— Y, no tiene otra cosa que decirme? le pregunté.

— Sí, pero lo dejaremos para mas tarde, me contestó.

— Tendremos tiempo?

— Sí, hemos de tener.

Me quedé callado á mi vez.

En los tres fogones del toldo cocinaban.

— Vamos á almorzar, me dijo, y pidió que nos sirvieran en su lengua.

No le contesté.

Trajeron platos y cubiertos y pusieron una olla de puchero de vaca entre él y yo.

Me sirvió un platazo.

Comi y callé.

Hacia largo rato que comíamos sin mirarnos ni hablarnos, cuando se presentó un indio, — que le habló en araucano con suma vivacidad, y á quien le contestó de igual manera.

Nada entendí; solo percibí varias veces las palabras, — indio Blanco.

Me dió curiosidad.

Pero me dominé, nada pregunté.

El indio se fué.

Continuamos en silencio.

— Es el indio Blanco, me dijo.

— Y qué hay? repuse.

— Anda hablando de vd.; dice que le va á salir á la cruzada.

— Si será una composicion de lugar para asustarme y hacerme suspender el viaje? reflexioné, preguntándole:

— Y qué piensa hacerme?

— Matarlo, me contestó, sonriéndose.

— Matarme, eh!

— Así dice él.

— Pues dígale que nos veremos las caras.

— Le he mandado decir que se deje de andar *balaqueando;* que si no le gustan las paces, por qué se ha vuelto de Chile; que ya le hice prevenir el otro dia que anduviera derecho.

Y como me dijera todo esto con aire de verdad, pintá-

se en su fisonomía cierta prevencion contra el indio Blanco, le dije en tono amistoso:

— Gracias, hermano.

Seguimos callados.

No me miraba, tenia la vista fija en un zoquete de carne e pelaba con los dedos; me pareció que queria que yo blára, que le pidiera algo, y resolví no hacerlo.

Volvió el que habia ido con el mensaje para el indio anco, — habló unas pocas palabras y se marchó.

— Dice el indio Blanco, que se va para el Toai, me dijo.

— Para el Toai?

— Sí, y dice que va á buscar ovejas á la provincia de enos Aires; porque están á muy buen precio en Chile.

— Pícaro! esclamé.

— Es muy pícaro! esclamó él.

Seguimos callados.

Al rato me dijo:

— Y á qué horas es la marcha?

— A las cuatro, le contesté.

Seguimos callados.

Por fin me dijo:

— Y, dígame hermano, V. qué me encarga?

— Qué le encargo?

— Sí!

— Que se acuerde en todo tiempo de su compadre.

Y esto diciendo me levanté y salí del toldo

Ordené que todo el mundo se aprestára á marchar, y me á á decirles adios á algunos conocidos que moraban en tol- os vecinos.

A la hora estuve de vuelta; mi gente estaba pronta, no altaba sino que arrimaran las tropillas y ensillar.

Hacia un dia hermosísimo; ibamos á tener una tarde de- liciosa.

Muchos se preparaban para acompañarme.

El desgraciado Macias veia los preparativos recostado en un horcon de mi rancho y su tétrica fisonomía revelaba el sufrimiento de la desesperacion.

Me acerqué á él y le dije:

— Ten confianza en Dios!

— En Dios! murmuró.

— Sí, en Dios! le repetí, lanzándole una mirada, en la que debió leer este pensamiento: el que desespera de Dios no merece la libertad, — y entré en el rancho de Ayala.

Me habia ofrecido entregarme un niño cautivo que tenia. Era un hijo del comandante Araya, vecino de la Cruz Alta. El pobrecito lo sabia, veia que yo me marchaba por momentos, que nada le decia de prepararse y sentado en el fogon de mis soldados lloraba desconsolado. Partia el corazon verle.

Ayala me dijo, — que no tenia inconveniente en cumplirme su promesa; pero que tenia que avisárselo á Mariano Rosas.

— Y que no está prevenido desde el otro dia? le pregunté.

— Sí, sí está.

— Y entónces?

— Puede haber cambiado de opinion.

— Bueno, vaya, pues, háblele para que se apronte el niño.

Salió y volvió diciéndome, — que era necesario pagar en prendas de plata doscientos pesos bolivianos.

— Y qué prendas han de ser? le pregunté á Ayala.

— Estribos, me contestó.

Mandé en el acto al capitan Rivadavia que se los comprára á uno de los pulperos que habia llevado el Padre Burela, ofreciéndole en pago una letra sobre Mendoza.

Miéntras tanto, el pobre cautivo se aprestaba para la marcha con infantil alegría.

Volvió el capitan Rivadavia con los estribos, se los dí á Ayala y este fué á llevárselos á Mariano Rosas.

Volvió cabizbajo.

Qué mundo aquel! El cacique habia vuelto á cambiar de parecer! Ya no queria solo estribos; queria cien pesos en prendas y cien en plata.

Se buscaron los cien pesos y se hallaron.

Le entregué todo á Ayala, se lo llevó á Mariano Rosas; al punto estuvo de regreso, contestándome todo cortado que el *Jeneral* habia mudado una vez mas de parecer.

Me dió un acceso de cólera; vociferé cuanto se me vino á la boca, apostrofándolo á Mariano é insultándolo, — hasta

ue cediendo á los ruegos de Ayala, que parecia muy contrariado, me calmé un poco.

Para hacerme callar del todo, me dijo en voz baja:

— No me comprometa, mire que estamos rodeados de espías.

Y esto diciendo me señaló unos indios rotosos y mugrientos en quienes nadie reparaba, que estaban por allí acurruados y echados de barriga, como animales, en el suelo.

Con el alma dolorida é irritado de mi impotencia, entré n mi rancho, llamé al hijito de Araya, y con paternal estuio le preparé á recibir el terrible desengaño.

Qué contento estaba!

Qué mustio y lloroso quedó!

Qué fugaces son las horas de la felicidad!

Le abracé, le acaricié, le rogué por sus padres, que tuiera valor; le ofrecí rescatarlo pronto, — ofrecimiento que umplí, — y hasta que no le ví resignado á su suerte, no me eparé de él.

Al salir de mi rancho, Macias me dijo:

— Qué te parece?

— Dios es grande! le contesté.

Suspiró, y esclamó como dudando de la omnipotencia diina, — Dios!.....

Yo me dirijí al toldo de Mariano Rosas.

La hora de partir se acercaba.

Camilo Arias me hizo una seña misteriosa.

En ese momento se sintió un tropel y se oyeron como voces de indios *achumados*.

Se levantó de golpe, y diciéndome: — no quiero que me vean aquí — se deslizó por entre las sombras de la noche.

La seguí un instante con la vista, hasta que se perdió en la oscuridad, y me quedé perplejo y lleno de inquietud, de una inquietud inesplicable, oyendo al mismo tiempo retemblar el suelo y acercarse el vocerío de la chusma ébria.

La luz de mi fogon los atrajo.

Llegaron, se apearon, unos y otros se quedaron á caballo.

Epumer los encabezaba, — venian de un toldo vecino donde habian estado de *mamaran*.

Traia en la mano una limeta de bebida y venia bastante *caldeado*.

Sin apearse, — me dijo:

— Yapaí, hermano!

— Yapaí, hermano, le contesté.

Bebimos alternativamente y tras del primer yapaí, vinieron otros y otros.

Afortunadamente el aguardiente estaba muy aguado y no traia cuerno, ni vaso, — lo que me permitia mojar solo los labios, pues, teníamos que tomar con la botella.

Viendo que se ponian muy fastidiosos, que me amenazaban con un largo *solo*, — le dije á Calisto:

— Che, mira que hace frio, alcánzame el poncho.

No tenia mas que el que esa mañana me habia regalado Mariano Rosas; quise ver que impresion hacia verme con él.

Me trajo Calisto el poncho y me lo puse.

Como lo habia calculado, surtió un efecto completo mi ardid.

— Ese coronel Mansilla toro! esclamaron algunos.

— Ese coronel Mansilla gaucho! otros.

Muchos me dieron la mano y otros me abrazaron y hasta me besaron con sus bocas hediondas.

Epumer me dijo repetidas veces.

— Mansilla *peñi!* (hermano).

En esos coloquios estábamos cuando un ruido semejante al de un organito descompuesto se oyó, junto con unas coplas dedicadas á mí.

Me dieron escalofrios, esperimentando frio y calor á la vez y una destemplanza nerviosa como la que produce el roce de una lima en los dientes.

De dondè salia aquel maldito negro con su execrable acordion, pues él en cuerpo y alma era el de la música?

A qué averiguarlo!

No pude resistir, y esplotando la respetabilidad de que me revestia el poncho de mi *compadre y hermano*, le dije á Epumer y á su séquito:

— Caballeros, buenas noches, es tarde, estoy cansado y mañana me voy; tengo ganas de dormir.

Y los dejé y me metí en mi rancho y le mandé á Calisto que cerrára bien la puerta, atando con *guascas* el cuero que la cubria.

Las visitas me saludaron con varias esclamaciones, — como adios, *peñi!* adios, amigo! adios, toro! gritaron un rato, apagaron el fogon saltando por encima con los caballos, alborotaron los perros, hicieron un gran barullo y cuando se cansaron se fueron.

Arrullado por su infernal gangolina, me dormí.

Toda la noche tuve los sueños mas estrafalarios. Así como casi todos los sentimientos de nuestra alma proceden de las sensaciones de la *bestia;* así tambien casi todas las visiones del espíritu dormido vienen de lo que hemos visto ó contemplado despiertos, con los ojos del cuerpo ó con los de la imajinacion.

Yo soy como los patanes.

Nunca tengo presentimientos en sueños.

Yo no he de ver nunca como Píndaro, — que las abejas depositan su miel en mis labios;

Ni como Hesiodo, — nueve mujeres hechiceras, — que fueron las musas que le inspiraron;

Ni como Escipion, — Numancia destruida, ó Cartago derribada;

Ni como Alejandro delante de Tiro, — que Hércules me presenta la mano desde lo alto de las murallas.

Para que yo viese á la verdad en sueños, seria menester que fuese mas sóbrio y virtuoso, — ó es falso lo que dice

Sócrates, que un cuerpo saciado de placer ó repleto de alimentos y de vino, le hace esperimentar al alma sueños estravagantes; de donde se deduce que los emperadores, los reyes, los presidentes, los ministros y los diputados, todos, todos aquellos, en fin, que deben saber lo que hacen, y que á mas de esto deben procurar leer en lo futuro, *desde que gobernar es prever,* deben ser jente muy parca en el comer y muy moderada en el beber, amen de otras cosas indispensables para que la dijestion se haga regularmente.

Yo no puedo tener sueños sino como los que tuve la última noche que pasé en Leubucó.

O he de ver disparates, que no se han de cumplir; ó he de ver disparatadas las cosas que se cumplieron.

O he de soñar que me han proclamado emperador de los Ranqueles, — que *Lucius Victorius, Imperator,* ha hecho coronar emperatriz á la china Cármen; ó he de soñar que el baile de los indios está en moda en Buenos Aires y que el botin con taco á lo Luis XV ha sido reemplazado por la botita de potro de cuero de gato.

Por el estilo fueron mis sueños.

Y diga despues Platon que el espíritu divino nos revela en sueños el porvenir; y diga despues Estraton, — que los sueños nos dan á conocer la verdad, porque, durante la noche, el entendimiento es mas activo, mas puro, mas claro que durante el dia.

Los tales antiguos eran unos utopistas de marca mayor.

Los respeto solo porque ya son viejos y murieron.

LXI.

La loca de Séneca. — El sueño Cesáreo se me habia convertido en sustancia. — Salida inesperada de Mariano Rosas. — Un bárbaro pretende que un hombre civilizado sea su instrumento. — Confianza en Dios. — El hijo del comandante Araya. — Dios es grande. — Una seña misteriosa.

Me desperté con la cabeza hecha un horno; habia soñado tanto que mis ideas eran un embolismo.

De pronto no pude darme cuenta de lo sucedido durante la noche.

Confundia los hechos reales con las visiones; me parecia que habia soñado con mi comadre Cármen, con Epumer y el negro del acordion, y que lo que habia visto en sueños era verdad.

Amanecia recien; la luz del crepúsculo entraba en el rancho por sus innumerables agujeros y lo iluminaba con fantásticos resplandores.

La cama era tan dura que estaba entumecido; me movia con dificultad.

Las impresiones del sueño persistian; no dormia y veia lo mismo que habia visto dormido.

Durante un largo rato estuve como la loca de Séneca, era ciega y no lo sabia; pedia que la hicieran cambiar de casa, porque en la que habitaba no se veia nada.

Yo estaba despierto y no lo sabia.

Caramba! cómo cuesta cuando se ha soñado un imperio convencerse al despertar que no es uno emperador!

De tal modo se me habia convertido en sustancia el sueño del poder, — que á no ser los ladridos de unos perros, que

despertaron á mis oficiales, creo que me levanto arrastrando el poncho de Mariano Rosas á guisa de imperial manto de arminios.

Unos buenos dias, mi coronel, de mi ayudante Rodriguez, me despejaron los sentidos del todo.

Abrí los ojos que apretaba nerviosamente.

Era de dia, la claridad del rancho completa.

La vision del imperio ranquelino desapareció de mi retina. Pero como una sombra chinesca que se desvanece, todavía cruzó por mi imajinacion.

Me pareció que habia dormido un año. Yo no sé porque pintan al tiempo con alas. Yo lo pintaria con piés de plomo. Será que las cosas que mas deseo, son siempre las que mas tardan en suceder.

Verdad es que las que mas me gustan me parece que pasan con demasiada velocidad.

Llamé un asistente, vino, abrió la puerta, me levanté, me vestí y salí del rancho.

Decididamente me iba ese mismo dia y no era emperador. Lo uno me consoló de lo otro. Francamente, el imperio ranquelino era mas hermoso visto en sueños que despierto.

Me trajeron el parte de que en las tropillas no habia novedad y le hice prevenir á Camilo Arias que las tuviera prontas para cuando cayera el sol.

En seguida le hice preguntar á Mariano Rosas con el capitan Rivadavia si estaba en disposicion de que acabáramos de conversar.

Me contestó que sí.

Entré en su toldo; se acababa de bañar, tomaba mate una china le desenredaba los cabellos.

— Hermano, me dijo al entrar sin moverse, siéntese dispense.

— No hay de qué, repuse, sentándome.

— Y cómo ha pasado la noche? me preguntó.

— Muy bien, le contesté.

— Y, siempre se va hoy?

— Si vd. no dispone otra cosa.

— Vd. es libre, hermano.

— Bueno, quiero que me diga, qué se le ofrece?

— Hermano, deseo que no me apure por los cautivos que ebo entregar.

— Entréguemelos segun pueda.

— Ya faltan pocos.

— Cómo pocos?

— Sí, pues.

— No lo entiendo.

Me hizo una relacion de los cautivos que en diversas époas habia remitido al Rio 4º y concluyó diciéndome, — que gregando á esa cuenta ocho se completaba el número.

Era una salida inesperada.

Qué tenia que hacer el nuevo Tratado de paz con los cauvos anteriores?

La idea era de él, — ó se la habian sujerido?

Quise esplorar el campo, fué en vano, circunspecto y reervado no soltaba prendas.

Resolví hablarle categóricamente porque el incidente era e tal naturaleza que *las paces* podian frustrarse, y le dije:

— Hermano, vd. está equivocado; los cautivos que ha dado ntes, no tienen nada que ver con los que me debe dar á ní; lea bien el Tratado y verá.

— Si ya sé; pero yo lo decia, porque vd. pudiera ser que ɔ pudiese arreglar.

— Y cómo quiere que lo arregle?

— Diciéndole al que lo gobierna que se han recibido los ue yo digo.

— Y cómo le voy á decir eso?

— Yo le doy los nombres de los viejos.

— No puedo hacer eso.

— Entónces?....

— Entónces qué?....

— Haremos lo que vd. dice.

— Eso es, le contesté.

Y para mis adentros dije: era lo único que me faltaba, lue este bárbaro me hiciera instrumento suyo.

No me contestó.

— Y, no tiene otra cosa que decirme? le pregunté.

— Sí, pero lo dejaremos para mas tarde, me contestó.

— Tendremos tiempo?

— Sí, hemos de tener.

Me quedé callado á mi vez.

En los tres fogones del toldo cocinaban.

— Vamos á almorzar, me dijo, y pidió que nos sirvieran en su lengua.

No le contesté.

Trajeron platos y cubiertos y pusieron una olla de puchero de vaca entre él y yo.

Me sirvió un platazo.

Comi y callé.

Hacia largo rato que comíamos sin mirarnos ni hablarnos, cuando se presentó un indio, — que le habló en araucano con suma vivacidad, y á quien le contestó de igual manera.

Nada entendí; solo percibí varias veces las palabras, — indio Blanco.

Me dió curiosidad.

Pero me dominé, nada pregunté.

El indio se fué.

Continuamos en silencio.

— Es el indio Blanco, me dijo.

— Y qué hay? repuse.

— Anda hablando de vd.; dice que le va á salir á la cruzada.

— Si será una composicion de lugar para asustarme y hacerme suspender el viaje? reflexioné, preguntándole:

— Y qué piensa hacerme?

— Matarlo, me contestó, sonriéndose.

— Matarme, eh!

— Así dice él.

— Pues dígale que nos veremos las caras.

— Le he mandado decir que se deje de andar *balaqué-ando;* que si no le gustan las paces, por qué se ha vuelto de Chile; que ya le hice prevenir el otro dia que anduviera derecho.

Y como me dijera todo esto con aire de verdad, pintán-

se en su fisonomía cierta prevencion contra el indio Blanco, le dije en tono amistoso:

— Gracias, hermano.

Seguimos callados.

No me miraba, tenia la vista fija en un zoquete de carne e pelaba con los dedos; me pareció que queria que yo blára, que le pidiera algo, y resolví no hacerlo.

Volvió el que habia ido con el mensaje para el indio anco, — habló unas pocas palabras y se marchó.

— Dice el indio Blanco, que se va para el Toai, me dijo.

— Para el Toai?

— Sí, y dice que va á buscar ovejas á la provincia de ienos Aires; porque están á muy buen precio en Chile.

— Pícaro! esclamé.

— Es muy pícaro! esclamó él.

Seguimos callados.

Al rato me dijo:

— Y á qué horas es la marcha?

— A las cuatro, le contesté.

Seguimos callados.

Por fin me dijo:

— Y, dígame hermano, V. qué me encarga?

— Qué le encargo?

— Sí!

— Que se acuerde en todo tiempo de su compadre.

Y esto diciendo me levanté y salí del toldo

Ordené que todo el mundo se aprestára á marchar, y me á decirles adios á algunos conocidos que moraban en tols vecinos.

A la hora estuve de vuelta; mi gente estaba pronta, no taba sino que arrimaran las tropillas y ensillar.

Hacia un dia hermosísimo; ibamos á tener una tarde deiosa.

Muchos se preparaban para acompañarme.

El desgraciado Macias veia los preparativos recostado en l horcon de mi rancho y su tétrica fisonomía revelaba el ufrimiento de la desesperacion.

Me acerqué á él y le dije:

— Ten confianza en Dios!

— En Dios! murmuró.

— Sí, en Dios! le repetí, lanzándole una mirada, en la q debió leer este pensamiento: el que desespera de Dios merece la libertad, — y entré en el rancho de Ayala.

Me habia ofrecido entregarme un niño cautivo que ten Era un hijo del comandante Araya, vecino de la Cruz Al El pobrecito lo sabia, veia que yo me marchaba por momé tos, que nada le decia de prepararse y sentado en el fog de mis soldados lloraba desconsolado. Partia el corazon ver

Ayala me dijo, — que no tenia inconveniente en cumplir su promesa; pero que tenia que avisárselo á Mariano Ros

— Y que no está prevenido desde el otro dia? le pregun

— Sí, sí está.

— Y entónces?

— Puede haber cambiado de opinion.

— Bueno, vaya, pues, háblele para que se apronte el nii

Salió y volvió diciéndome, — que era necesario pagar prendas de plata doscientos pesos bolivianos.

— Y qué prendas han de ser? le pregunté á Ayala.

— Estribos, me contestó.

Mandé en el acto al capitan Rivadavia que se los co prára á uno de los pulperos que habia llevado el Padre I rela, ofreciéndole en pago una letra sobre Mendoza.

Miéntras tanto, el pobre cautivo se aprestaba para marcha con infantil alegría.

Volvió el capitan Rivadavia con los estribos, se los di Ayala y este fué á llevárselos á Mariano Rosas.

Volvió cabizbajo.

Qué mundo aquel! El cacique habia vuelto á cambiar parecer! Ya no queria solo estribos; queria cien pesos prendas y cien en plata.

Se buscaron los cien pesos y se hallaron.

Le entregué todo á Ayala, se lo llevó á Mariano Ros al punto estuvo de regreso, contestándome todo cortado q el *Jeneral* habia mudado una vez mas de parecer.

Me dió un acceso de cólera; vociferé cuanto se me vi á la boca, apostrofándolo á Mariano é insultándolo, — has

que cediendo á los ruegos de Ayala, que parecia muy contrariado, me calmé un poco.

Para hacerme callar del todo, me dijo en voz baja:

— No me comprometa, mire que estamos rodeados de espías.

Y esto diciendo me señaló unos indios rotosos y mugrientos en quienes nadie reparaba, que estaban por allí acurrucados y echados de barriga, como animales, en el suelo.

Con el alma dolorida é irritado de mi impotencia, entré en mi rancho, llamé al hijito de Araya, y con paternal estudio le preparé á recibir el terrible desengaño.

Qué contento estaba!

Qué mustio y lloroso quedó!

Qué fugaces son las horas de la felicidad!

Le abracé, le acaricié, le rogué por sus padres, que tuviera valor; le ofrecí rescatarlo pronto, — ofrecimiento que cumplí, — y hasta que no le ví resignado á su suerte, no me separé de él.

Al salir de mi rancho, Macias me dijo:

— Qué te parece?

— Dios es grande! le contesté.

Suspiró, y esclamó como dudando de la omnipotencia divina, — Dios!.....

Yo me dirijí al toldo de Mariano Rosas.

La hora de partir se acercaba.

Camilo Arias me hizo una seña misteriosa.

LXII.

Astucia y resolucion de Camilo Arias. — Última tentativa para sacar á Macías. — Un indio entre dos cristianos. — *Confitemini Domino.* — Frialdad á la salida. — La palabra amigo en Leubucó y en otras partes. — El camino de Carrilobo. — *Horrible! most horrible!* — Todavía el negro del acordion. — Felicidad pasajera de Macías.

Ya he dicho que Camilo Arias conocia la lengua de los indios y que estos lo ignoraban. Algo habia oido, cuando espiaba la ocasion de hacerme una seña. Mis órdenes no habian variado; conmigo no tenia que hablar sino en casos urjentes y graves.

Qué habrá? me dije, al entrar en el toldo de Mariano Rosas; me detuve y diciéndole á este, ahora vuelvo, y haciendo como que buscaba en mis bolsillos un objeto estraviado, dí media vuelta, salí y me dirijí á mi rancho.

El astuto y vijilante Camilo agachó la cabeza, fijó la vista en tierra, caminó distraido y sin rumbo, al parecer, y por medio de una maniobra casual, para quien no hubiera estado en autos, al mismo tiempo que yo entraba en mi rancho, él se recostaba en sus pajizas paredes y por uno de sus resquicios me decia:

— Hay novedad, señor.

— Entra, le contesté, llamando á varios oficiales y asistentes para que no se notára su entrada.

Entraron unos y otros, les dí ciertas órdenes, se retiraron, y así que estuvimos solos con Camilo, le pregunté:

— Qué hay?

— Acabo de oirles, en el corral, una conversacion á unos indios, me contestó.

— Qué decian?

— Que nos iban á salir á la cruzada.

— Por dónde?

— Por los montes de la Jarilla.

— Y qué mas decian?

— Que á mí me tenian mucha gana; que yo he muerto ıchos indios, que á un capitanejo le he dado un sablazo . la cara, que todavía tiene la cicatriz, que á otro lo hice isionero y se lo llevaron á Córdoba.

— Nada mas decian?

— Sí, señor, decian mas; que vd. me ha traido á mí por rlarse de ellos.

— Y saben que me voy hoy?

— Sí, señor, y que vá á dormir en el toldo de Ramon.

Me decia esto, cuando una voz que yo no podia oir sin perimentar una conmocion nerviosa, dijo desde la puerta l rancho sin asomarse:

— Con el permiso de su mercé?

No necesitaba dar vuelta y mirar, para ver quien era.) sonaba el acordion. Pero él estaba ahí, con sus motas radas.

Sin darme tiempo para contestarle y entrando, añadió:

— Dice el Jeneral, que por qué no vá?

— Dile que ya voy, le contesté.

Salió el negro, le pregunté á Camilo, que si los indios os que habian estado hablando estaban ahí, me contestó ıe sí; le despedí y pasé al toldo de Mariano Rosas.

Lo que los indios decian de Camilo era cierto.

Varias veces siendo soldado raso, midió sus armas con los dios, mató algunos, hirió á un capitanejo muy mentado y á ro lo tomó prisionero.

Yo estuve por no llevarle conmigo.

Pero tenia tanta confianza en él, me era tan útil en el ımpo, por su instinto admirable, que prescindí de los antedentes referidos y lo agregué á mi comitiva.

Por supuesto que para acabar de probar el temple de su ma, ántes de darle la órden de aprontarse para marchar

Sócrates, que un cuerpo saciado de placer ó repleto de alimentos y de vino, le hace esperimentar al alma sueños estravagantes; de donde se deduce que los emperadores, los reyes, los presidentes, los ministros y los diputados, todos, todos aquellos, en fin, que deben saber lo que hacen, y que á mas de esto deben procurar leer en lo futuro, *desde que gobernar es prever*, deben ser jente muy parca en el comer y muy moderada en el beber, amen de otras cosas indispensables para que la dijestion se haga regularmente.

Yo no puedo tener sueños sino como los que tuve la última noche que pasé en Leubucó.

O he de ver disparates, que no se han de cumplir; ó he de ver disparatadas las cosas que se cumplieron.

O he de soñar que me han proclamado emperador de los Ranqueles, — que *Lucius Victorius, Imperator*, ha hecho coronar emperatriz á la china Cármen; ó he de soñar que el baile de los indios está en moda en Buenos Aires y que el botin con taco á lo Luis XV ha sido reemplazado por la botita de potro de cuero de gato.

Por el estilo fueron mis sueños.

Y diga despues Platon que el espíritu divino nos revela en sueños el porvenir; y diga despues Estraton, — que los sueños nos dan á conocer la verdad, porque, durante la noche el entendimiento es mas activo, mas puro, mas claro que durante el dia.

Los tales antiguos eran unos utopistas de marca mayor—

Los respeto solo porque ya son viejos y murieron.

LXI.

La loca de Séneca. — El sueño Cesáreo se me habia convertido en sustancia. — Salida inesperada de Mariano Rosas. — Un bárbaro pretende que un hombre civilizado sea su instrumento. — Confianza en Dios. — El hijo del comandante Araya. — Dios es grande. — Una seña misteriosa.

Me desperté con la cabeza hecha un horno; habia soñado tanto que mis ideas eran un embolismo.

De pronto no pude darme cuenta de lo sucedido durante la noche.

Confundia los hechos reales con las visiones; me parecia que habia soñado con mi comadre Cármen, con Epumer y el negro del acordion, y que lo que habia visto en sueños era verdad.

Amanecia recien; la luz del crepúsculo entraba en el rancho por sus innumerables agujeros y lo iluminaba con fantásticos resplandores.

La cama era tan dura que estaba entumecido; me movia con dificultad.

Las impresiones del sueño persistian; no dormia y veia lo mismo que habia visto dormido.

Durante un largo rato estuve como la loca de Séneca, era ciega y no lo sabia; pedia que la hicieran cambiar de casa, porque en la que habitaba no se veia nada.

Yo estaba despierto y no lo sabia.

Caramba! cómo cuesta cuando se ha soñado un imperio convencerse al despertar que no es uno emperador!

De tal modo se me habia convertido en sustancia el sueño del poder, — que á no ser los ladridos de unos perros, que

despertaron á mis oficiales, creo que me levanto arr
el poncho de Mariano Rosas á guisa de imperial n
arminios.

Unos buenos dias, mi coronel, de mi ayudante R
me despejaron los sentidos del todo.

Abrí los ojos que apretaba nerviosamente.

Era de dia, la claridad del rancho completa.

La vision del imperio ranquelino desapareció de n
Pero como una sombra chinesca que se desvanece,
cruzó por mi imajinacion.

Me pareció que habia dormido un año. Yo no
que pintan al tiempo con alas. Yo lo pintaria con
plomo. Será que las cosas que mas deseo, son sie
que mas tardan en suceder.

Verdad es que las que mas me gustan me parece
san con demasiada velocidad.

Llamé un asistente, vino, abrió la puerta, me lev
vestí y salí del rancho.

Decididamente me iba ese mismo dia y no era
dor. Lo uno me consoló de lo otro. Francamente
perio ranquelino era mas hermoso visto en sueños
pierto.

Me trajeron el parte de que en las tropillas no h
vedad y le hice prevenir á Camilo Arias que las tuvi
tas para cuando cayera el sol.

En seguida le hice preguntar á Mariano Rosas c
pitan Rivadavia si estaba en disposicion de que ac
de conversar.

Me contestó que sí.

Entré en su toldo; se acababa de bañar, tomab
una china le desenredaba los cabellos.

— Hermano, me dijo al entrar sin moverse, si
dispense.

— No hay de qué, repuse, sentándome.

— Y cómo ha pasado la noche? me preguntó.

— Muy bien, le contesté.

— Y, siempre se va hoy?

— Si vd. no dispone otra cosa.

— Vd. es libre, hermano.

— Bueno, quiero que me diga, qué se le ofrece?

— Hermano, deseo que no me apure por los cautivos que debo entregar.

— Entréguemelos segun pueda.

— Ya faltan pocos.

— Cómo pocos?

— Sí, pues.

— No lo entiendo.

Me hizo una relacion de los cautivos que en diversas épocas habia remitido al Rio 4º y concluyó diciéndome, — que agregando á esa cuenta ocho se completaba el número.

Era una salida inesperada.

Qué tenia que hacer el nuevo Tratado de paz con los cautivos anteriores?

La idea era de él, — ó se la habian sujerido?

Quise esplorar el campo, fué en vano, circunspecto y reservado no soltaba prendas.

Resolví hablarle categóricamente porque el incidente era de tal naturaleza que *las paces* podian frustrarse, y le dije:

— Hermano, vd. está equivocado; los cautivos que ha dado ántes, no tienen nada que ver con los que me debe dar á mí; lea bien el Tratado y verá.

— Si ya sé; pero yo lo decia, porque vd. pudiera ser que lo pudiese arreglar.

— Y cómo quiere que lo arregle?

— Diciéndole al que lo gobierna que se han recibido los que yo digo.

— Y cómo le voy á decir eso?

— Yo le doy los nombres de los viejos.

— No puedo hacer eso.

— Entónces?....

— Entónces qué?....

— Haremos lo que vd. dice.

— Eso es, le contesté.

Y para mis adentros dije: era lo único que me faltaba, que este bárbaro me hiciera instrumento suyo.

No me contestó.

— Y, no tiene otra cosa que decirme? le pregunté.

— Sí, pero lo dejaremos para mas tarde, me contestó.

— Tendremos tiempo?

— Sí, hemos de tener.

Me quedé callado á mi vez.

En los tres fogones del toldo cocinaban.

— Vamos á almorzar, me dijo, y pidió que nos sirvieran en su lengua.

No le contesté.

Trajeron platos y cubiertos y pusieron una olla de puchero de vaca entre él y yo.

Me sirvió un platazo.

Comi y callé.

Hacia largo rato que comíamos sin mirarnos ni hablarnos cuando se presentó un indio, — que le habló en araucano con suma vivacidad, y á quien le contestó de igual manera.

Nada entendí; solo percibí varias veces las palabras, — indio Blanco.

Me dió curiosidad.

Pero me dominé, nada pregunté.

El indio se fué.

Continuamos en silencio.

— Es el indio Blanco, me dijo.

— Y qué hay? repuse.

— Anda hablando de vd.; dice que le va á salir á la cruzada.

— Si será una composicion de lugar para asustarme y hacerme suspender el viaje? reflexioné, preguntándole:

— Y qué piensa hacerme?

— Matarlo, me contestó, sonriéndose.

— Matarme, eh!

— Así dice él.

— Pues dígale que nos veremos las caras.

— Le he mandado decir que se deje de andar *balaqueando;* que si no le gustan las paces, por qué se ha vuelto de Chile; que ya le hice prevenir el otro dia que anduviera derecho.

Y como me dijera todo esto con aire de verdad, pintán-

: en su fisonomía cierta prevencion contra el indio Blanco, le dije en tono amistoso:
— Gracias, hermano.
Seguimos callados.
No me miraba, tenia la vista fija en un zoquete de carne pelaba con los dedos; me pareció que queria que yo lára, que le pidiera algo, y resolví no hacerlo.
Volvió el que habia ido con el mensaje para el indio nco, — habló unas pocas palabras y se marchó.
— Dice el indio Blanco, que se va para el Toai, me dijo.
— Para el Toai?
— Sí, y dice que va á buscar ovejas á la provincia de nos Aires; porque están á muy buen precio en Chile.
— Pícaro! esclamé.
— Es muy pícaro! esclamó él.
Seguimos callados.
Al rato me dijo:
— Y á qué horas es la marcha?
— A las cuatro, le contesté.
Seguimos callados.
Por fin me dijo:
— Y, dígame hermano, V. qué me encarga?
— Qué le encargo?
— Sí!
— Que se acuerde en todo tiempo de su compadre.
Y esto diciendo me levanté y salí del toldo
Ordené que todo el mundo se aprestára á marchar, y me á decirles adios á algunos conocidos que moraban en tol- vecinos.
A la hora estuve de vuelta; mi gente estaba pronta, no aba sino que arrimaran las tropillas y ensillar.
Hacia un dia hermosísimo; ibamos á tener una tarde de- osa.
Muchos se preparaban para acompañarme.
El desgraciado Macias veia los preparativos recostado en horcon de mi rancho y su tétrica fisonomía revelaba el rimiento de la desesperacion.
Me acerqué á él y le dije:

de mis soldados lloraba desconsolado. Partia el cor:

Ayala me dijo, — que no tenia inconveniente en su promesa; pero que tenia que avisárselo á Mari:

— Y que no está prevenido desde el otro dia? l

— Sí, sí está.

— Y entónces?

— Puede haber cambiado de opinion.

— Bueno, vaya, pues, háblele para que se apro

Salió y volvió diciéndome, — que era necesari prendas de plata doscientos pesos bolivianos.

— Y qué prendas han de ser? le pregunté á A

— Estribos, me contestó.

Mandé en el acto al capitan Rivadavia que s prára á uno de los pulperos que habia llevado el rela, ofreciéndole en pago una letra sobre Mendoz

Miéntras tanto, el pobre cautivo se aprestab marcha con infantil alegría.

Volvió el capitan Rivadavia con los estribos, s Ayala y este fué á llevárselos á Mariano Rosas.

Volvió cabizbajo.

Qué mundo aquel! El cacique habia vuelto á parecer! Ya no queria solo estribos; queria cien prendas y cien en plata.

que cediendo á los ruegos de Ayala, que parecia muy contrariado, me calmé un poco.

Para hacerme callar del todo, me dijo en voz baja:

— No me comprometa, mire que estamos rodeados de espías.

Y esto diciendo me señaló unos indios rotosos y mugrientos en quienes nadie reparaba, que estaban por allí acurrucados y echados de barriga, como animales, en el suelo.

Con el alma dolorida é irritado de mi impotencia, entré en mi rancho, llamé al hijito de Araya, y con paternal estudio le preparé á recibir el terrible desengaño.

Qué contento estaba!

Qué mustio y lloroso quedó!

Qué fugaces son las horas de la felicidad!

Le abracé, le acaricié, le rogué por sus padres, que tuviera valor; le ofrecí rescatarlo pronto, — ofrecimiento que cumplí, — y hasta que no le ví resignado á su suerte, no me separé de él.

Al salir de mi rancho, Macias me dijo:

— Qué te parece?

— Dios es grande! le contesté.

Suspiró, y esclamó como dudando de la omnipotencia divina, — Dios!.....

Yo me dirijí al toldo de Mariano Rosas.

La hora de partir se acercaba.

Camilo Arias me hizo una seña misteriosa.

LXII.

Astucia y resolucion de Camilo Arias. — Última tentativa para sacar á Macias. — Un indio entre dos cristianos. — *Confitemini Domino.* — Frialdad á la salida. — La palabra amigo en Leubucó y en otras partes. — El camino de Carrilobo. — *Horrible! most horrible!* — Todavía el negro de acordion. — Felicidad pasajera de Macias.

Ya he dicho que Camilo Arias conocia la lengua de los indios y que estos lo ignoraban. Algo habia oido, cuando espiaba la ocasion de hacerme una seña. Mis órdenes no habian variado; conmigo no tenia que hablar sino en casos urgentes y graves.

Qué habrá? me dije, al entrar en el toldo de Marian Rosas; me detuve y diciéndole á este, ahora vuelvo, y haciendo como que buscaba en mis bolsillos un objeto extraviado, dí media vuelta, salí y me dirijí á mi rancho.

El astuto y vijilante Camilo agachó la cabeza, fijó la vista en tierra, caminó distraido y sin rumbo, al parecer, y por medio de una maniobra casual, para quien no hubiera estado en autos, al mismo tiempo que yo entraba en mi rancho, se recostaba en sus pajizas paredes y por uno de sus resquicios me decia:

— Hay novedad, señor.

— Entra, le contesté, llamando á varios oficiales y asistentes para que no se notára su entrada.

Entraron unos y otros, les dí ciertas órdenes, se retiraron, y así que estuvimos solos con Camilo, le pregunté:

— Qué hay?

— Acabo de oirles, en el corral, una conversacion á unos indios, me contestó.

— Qué decian?

— Que nos iban á salir á la cruzada.

— Por dónde?

— Por los montes de la Jarilla.

— Y qué mas decian?

— Que á mí me tenian mucha gana; que yo he muerto muchos indios, que á un capitanejo le he dado un sablazo en la cara, que todavía tiene la cicatriz, que á otro lo hice prisionero y se lo llevaron á Córdoba.

— Nada mas decian?

— Sí, señor, decian mas; que vd. me ha traido á mí por burlarse de ellos.

— Y saben que me voy hoy?

— Sí, señor, y que vá á dormir en el toldo de Ramon.

Me decia esto, cuando una voz que yo no podia oir sin esperimentar una conmocion nerviosa, dijo desde la puerta del rancho sin asomarse:

— Con el permiso de su mercé?

No necesitaba dar vuelta y mirar, para ver quien era. No sonaba el acordion. Pero él estaba ahí, con sus motas paradas.

Sin darme tiempo para contestarle y entrando, añadió:

— Dice el Jeneral, que por qué no vá?

— Dile que ya voy, le contesté.

Salió el negro, le pregunté á Camilo, que si los indios esos que habian estado hablando estaban ahí, me contestó que sí; le despedí y pasé al toldo de Mariano Rosas.

Lo que los indios decian de Camilo era cierto.

Varias veces siendo soldado raso, midió sus armas con los indios, mató algunos, hirió á un capitanejo muy mentado y á otro lo tomó prisionero.

Yo estuve por no llevarle conmigo.

Pero tenia tanta confianza en él, me era tan útil en el campo, por su instinto admirable, que prescindí de los antecedentes referidos y lo agregué á mi comitiva.

Por supuesto que para acabar de probar el temple de su alma, ántes de darle la órden de aprontarse para marchar

le pregunté, — si no tenia recelo de ir conmigo á los indios, á lo cual me contestó:

— Señor, donde V. vaya voy yo.

— Y si los indios te conocen? le observé.

— Señor, repuso, yo no los he peleado á traicion.

Entré en el toldo de Mariano Rosas.

Estaba con visitas.

Todos eran indios conocidos, escepto uno en cuya cara se veia una herida lonjitudinal que si hubiera sido mas oblícua, le deja sin narices.

Mariano Rosas me recibió con mas afabilidad que nunca y despues de preguntarme, si ya estaba pronto me dijo, señalando al indio de la herida:

— Lo conoce, hermano?

— No, le contesté.

— Ese sablazo se lo ha dado Camilo Arias, agregó.

— Eso tiene andar en guerra, repuse.

— Es verdad, hermano, me contestó.

Oyendo una contestacion tan razonable, le referí lo que acababa de decirme Camilo Arias.

No me contestó.

Habló con las visitas, levantando mucho la voz, las despidió con un ademan, y no bien habian salido del toldo, me dijo:

— No tenga cuidado, hermano, nadie lo ha de incomodar en su viaje, ahora estamos de paces.

— Así lo espero.

Y sin darle tiempo á hablar, agregué:

— Hermano, mis caballos están prontos. Deseo me diga qué se le ofrece.

Me hizo una porcion de preguntas relativas al Tratado; me anunció en prenda de amistad, una invasion de Calcufurá á la frontera Norte de Buenos Aires por la Mula Colorada, me hizo varios encargos, y terminó pidiéndome, que las partidas corredoras de campo de mi frontera, no avanzáran tanto al Sud, como tenian costumbre de hacerlo, fundándose en que eso alarmaba mucho á los indios; porque los que salian á *boleadas,* cruzaban siempre sus rastros y venian llenos de temores.

Satisfice sus preguntas sobre el Tratado, le ofrecí llenar sus encargos, le prometí que las partidas corredoras de campo, harian el servicio de otro modo y me quedé estudiosamente distraido con la mirada fija en el suelo.

— Se va contento, hermano?

En lugar de contestarle, lo miré como diciéndole, — y me lo pregunta V?

— Yo he hecho todo cuanto he podido por servirle y porque lo pasára bien, me dijo.

— Así será; pero yo le he pedido una cosa y me la ha negado, le contesté.

— Qué cosa, hermano?

— Para qué se lo he de decir?

— Dígamelo, hermano.

— Me voy sin Macias y V. sabe que es un compromiso para mí.

— Macias! Macias! Y para qué quiere ese *dotor*, hermano? esclamó.

— Ya se lo he dicho á V., Macias no es un cautivo. Vd. está obligado por el Tratado á dejarlo en libertad, él quiere irse y V. no lo deja salir.

Se quedó pensativo.....

Yo le observaba de reojo.

Llamó....

Vino un indio.

— Ayala, — le dijo y el indio salió.

Permanecimos en silencio.

Vino Ayala.

Mariano Rosas le habló así. Repito sus palabras casi testualmente:

— Coronel, mi hermano quiere sacarlo al *dotor*, yo pensaba dejarlo dos años mas para que pagase lo que ha hecho contra vds. que son hombres buenos y fieles.

Ayala, no contestó, sus ojos se encontraron con los mios.

— Coronel, le dije, Macias es un pobre hombre, qué ganan vds. con que esté aquí? Sean vds. jenerosos, si él no ha correspondido como debia á la hospitalidad que le han dispensado, perdónenlo, tengan vds. presente que no es un

cautivo, — que el Tratado le obliga á mi hermano á dejarlo en libertad y que reteniéndolo me comprometen á mí, le comprometen á él y comprometen la paz, que tanto nos ha costado arreglar.

Ayala no contestó, se encojió de hombros.

Mariano Rosas le miró con aire consultivo y le dijo:

— Resuelva, Coronel.

No le dí lugar á que contestase y le dije:

— Amigo, piense V. que ese hombre no está aquí por su gusto, y que si ustedes se oponen á que salga, quedará justificado cuanto ha escrito en las cartas que mi hermano me ha hecho leer.

Ayala lo miró á Mariano Rosas como diciéndole: resuelva V.

Viendo que vacilaba en contestar me levanté y estirándole la mano, le dije:

— Hermano, ya me voy.

— Aguárdese un momento, me contestó, y dirijiéndose á Ayala, le dijo:

— Y qué hacemos?

— Adios! adios! hermano, ya me voy, volví á decirle.

— Que se lo lleve, contestó Ayala.

— Bueno, hermano, dijo Mariano Rosas, y se puso de pié, — me estrechó la mano y me abrazó reiterando sus seguridades de amistad.

Salí del toldo.

Mi jente estaba pronta, Macias perplejo, — fluctuando entre la esperanza y la desesperacion.

— Ensillen! grité.

— Y .... me preguntó Macias, brillando sus ojos con esa espresion lánguida que destellan, cuando el convencimiento le dice al prisionero, — todo es en vano, — y el instinto de la libertad, — todavía puede ser, valor!

Me acordé del salmo de Fray Luis de Leon — *Confitemini Domino* — y le contesté:

«Cantemos juntamente,
cuan bueno es Dios con todos, cuan clemente.

Canten los libertados,
los que libró el Señor del poderío
del áspero enemigo . . . .»

— Deveras? me preguntó enternecido.
— Deveras, le contesté, y diciéndole en voz baja, — disi-
a tu alegría, le grité á Camilo Arias: un caballo para el
Macias!
Entré al rancho de Ayala, me despedí de Hilarion Nicolai
algunas infelices cautivas, y un momento despues estaba
:ballo.
Los que me habian ofrecido acompañarme viendo que
iano Rosas no se movia, se quedaron con los caballos de
ienda, ni siquiera se atrevieron á disculparse.
La entrada habia sido festejada con cohetes, descargas de
ería, cornetas y víctores; la salida era el reverso de la
alla: me echaban, por decirlo así, con cajas destem-
as.
Solo un hombre me dijo adios, con cariño, sin ocultarse
adie; ni recelo — Camargo.
Aquel bandido tenia el corazon grande.
El cacique se mostraba indiferente, — los amigos habian
parecido.
En Leubucó, lo mismo que en otras partes, la palabra
go ya se sabe lo que significa.
Amigo, le decimos á un postillon, te doy un escudo si me
s llegar en una hora á Versalles, dice el conde de Se-
hablando de la amistad. Amigo, le decia un transeunte
pillo, ireis al cuerpo de guardia si haceis ruido. Amigo,
lice un juez al malvado, saldreis en libertad si no hay
bas contra vos; si las hay, os ahorcarán.
Con razon dicen los árabes, — que para hacer de un
bre un amigo, se necesita comer junto con él una fanega
al.
Mariano Rosas estaba en su enramada, mirándome con in-
encia, recostado en un horcon.
Me acerqué á él y dándole la mano, le dije por última
— Adios, hermano!
Me puse en marcha. El camino por donde habia caido

á Leubucó venia del Norte. Para pasar por las tolderí de Carrilobo y visitar á Ramon, tenia que tomar otro rumb Mariano Rosas no me ofreció baqueano. Partí, pues, sol confiado en el olfato de perro perdiguero de Camilo Aria Solo me acompañaba el capitan Rivadavia, que regresaria d la Verde, para permanecer en Tierra Adentro hasta que lle gasen las primeras raciones estipuladas en el Tratado de pa

Qué habia determinado la mudanza de Mariano Rosas des pues de tantas protestas de amistad? lo ignoro aun.

Galopábamos por un campo arenoso, yo iba adelante, Ca milo Arias á mi lado, mi jente desparramada.

Era la tarde, el sol declinaba, en lontananza divisábamo un monte, cruzábamos una sucesion de médanos, tendia d vez en cuando la vista atrás, Leubucó se alejaba poco poco, — me parecia un sueño.

Llegamos á una aguadita, donde Camargo tenia su *puest* Hallé allí un compadre, el indio Manuel Lopez, educado e Córdoba, que sabe leer y escribir. Eché pié á tierra par esperar que llegára toda mi gente y marchar unidos; íbamo á entrar en el monte y la noche se acercaba.

Sucesivamente se me incorporaron los que se habian qu dado atrás. Viendo que faltaba Macias, pregunté por é Ahí viene, me contestaron. Efectivamente, á poca distanc se veia el polvo de un jinete. Llegó este. Yo conversab con Manuel Lopez mirando en otra direccion. Al sentir s jetar un caballo, dí vuelta, y creyendo ver á Macias, ví... horrible vision! *horrible! most horrible!* al negro del aco dion. Quiso hacer sonar su abominable instrumento, se lo imped

¿Qué venia á hacer?

Despues lo sabremos.

Esperé á Macias un rato.

No pareció.

— Lo han de haber hecho quedar, me dijo el capit Rivadavia; yo por eso le dije, cuando V. se puso en march viéndolo que perdia el tiempo en despedidas: siga, amig con el coronel.

Estábamos en un bajo hondo, mandé dos hombres al g lope á ver si divisaban algunos polvos.

Partieron y cuando ya iba á oscurecer, volvieron diciéndome, — que nada se veia.

No era posible esperar mas.

Hice algunas prevenciones sobre el órden de la marcha por el monte, porque la noche estaria muy oscura, y partimos.

Qué poco habia durado la felicidad de Macias!

LXIII.

A orillas de un monte. — Un barómetro humano. — En marcha con antorchas. — Ecos estraños. — Conjeturas. — Un chañar convertido en lámpara. — Aparicion de Macias. — Inspiracion del gaucho. — Alrededores del toldo de Villareal. — Una cena. — Cumplo mi palabra.

Al llegar á la orilla del monte la oscuridad de la noche era completa.

No nos veíamos á corta distancia.

Seguíamos un camino enmarañado, cuyos surcos profundos y tortuosos comenzaban á abrirse como un gran abanico desplegado.

Hicimos alto; reconocimos la senda que debíamos tomar y combinamos un plan de señales para el caso de que alguien se estraviára en la espesura.

Era lo mas factible.

Soplaba un viento fresco de *abajo*; grupos inmensos de pardas nubes recorrian rápidamente el espacio, flotando como fantasmas informes por el piélago incoloro del vacío; los relámpagos brillaban como saetas de fuego, lanzadas del cielo á la tierra; el trueno rujía imponente y sus sordas detonaciones, haciendo temblar al suelo, llegaron hasta nosotros, como el estampido de lejanas descargas de cañon.

La tempestad era inminente.

Ya caian algunas gotas de agua; el viento silbaba, jiraba, calmaba, volvia á soplar y remolineaba, azotando con ímpetu fragoroso el bosque umbrío.

Las tropillas se movian circularmente, de un lado á otro

y el metálico cencerro mezclaba sus vibraciones con las armonías del viento.

Yo vacilaba entre seguir la marcha y campar.

Llamé á Camilo Arias y le pregunté:

— Qué te parece, lloverá?

Miró el cielo, siguió el curso de las nubes, le tomó el olor al viento y me contestó:

— Si calma el viento, lloverá, — sino nó.

— Entónces, seguiremos?

— Me parece mejor, en el monte sufriran ménos los animales; porque si llueve caerá piedra.

— Y no se perderán algunos caballos?

— No se han de mover, los tendremos á ronda cerrada en alguna abra.

— Y, has tomado la senda?

— Sí, señor.

— Estás cierto?

— Como nó!

— No te parece prudente que llevemos luces de señal?

— Seria bueno, señor.

— Bien pues, que hagan pronto unos manojos de paja y sebo.

Se retiró, volvió un momento despues y me avisó que todo estaba pronto.

Nuestros paisanos hacen ciertas cosas con una rapidez admirable.

Las señales consistian en antorchas de pasto seco, atadas en la punta de unos palos largos.

— En marcha! grité, y cuidado de apartarse de la senda; marchen en hilera; si alguno se separa y se estravía dé dos silbidos se le contestará con palmadas; sigan la luz!

Y esto diciendo me puse detrás de Camilo, que hacia de faro ambulante.

Desfilábamos, el huracan bramaba, tronchando los árboles; las baterías eléctricas fulminaban la negra esfera, con rápidas intermitencias, el rayo serpenteaba horizontalmente, de arriba abajo, en líneas rectas y oblícuas, descubriendo entre sombras y luz algunas remotas estrellas; el bronco

trueno, en incesante repercusion, conmovia la masa aérea impalpable y el alma de los nocturnos caminantes se replegaba sobrecojida sobre sí misma, como cuando signos materiales visibles le auguran un peligro cercano.

Oyóse un eco semejante al que saldria de las entrañas de la tierra si los que descansan en eternal reposo, exhaláran jemidos desgarradores de profunda desesperacion.

Se repitió varias veces.

Unas veces parecia venir de atrás, otras de adelante, ya de la izquierda, ya de la derecha.

El camino daba interminables vueltas, buscando el terreno ménos guadaloso y evitando los lugares mas tupidos.

— Es una voz de hombre, me dijo Camilo.

— Se habrá perdido alguien?

— Silbaria, señor.

— Y entónces? Será algun indio?

— Puede ser que se haya encontrado con un tigre. Les tienen tanto miedo!

El viento iba amainando, gruesas gotas de agua caian ya.

— Va á llover, señor, me dijo Camilo.

— Hagamos alto aquí.

Estábamos en un pequeño descampado.

Cesó el viento del todo, chocáronse dos nubes que seguian opuestas direcciones y simultáneamente se desplomó la lluvia, apagando las antorchas.

— Pronto! pronto! que maneen las madrinas; todo el mundo de ronda, grité.

El agua caia á torrentes, nos veiamos uuos á otros al fulgor de los relámpagos, las tropillas estaban quietas, no faltaba nadie.

El eco misterioso, se oia de vez en cuando, ora se acercaba, ora se alejaba.

Al fin pudieron percibirlo todos.

— No es voz de indio, dijo Camilo.

— Y qué es? le pregunté.

Su oido era como su vista, jamás le engañaba. No me contestó, permaneció atento. Resonó el eco, ahogándolo un trueno.

— Qué es! le pregunté.

— Déjeme, señor, un poco, me dijo.

No se oia nada.

En medio de la luz del rayo, del trueno bramador, y del ruido monótono del agua, — estábamos envueltos en un profundo silencio.

Volvióse á oir el eco.

— Gritan, dijo Camilo.

— Qué cosa?

— Gritan no mas, señor.

— Pero qué gritan?

— Gritan eeeeeh!

— Será alguno que va arriando animales?

— No me parece, señor.

— Escucha! escucha!

El agua disminuia y el viento soplaba con fuerza de nuevo. El cielo se despejaba, las nubes se rarificaban, el rayo y el trueno se alejaban, refrescaba y un aire mas puro y balsámico, dilatando los pulmones, anunciaba la bonanza.

Cesó la lluvia, se serenó el cielo, brillaron las estrellas, la luna asomó su rostro bello y el eco del que gritaba se oyó perceptiblemente.

— Es un cristiano, dijo Camilo.

— Contéstenle.

— Aaaaah! hicieron varios á un tiempo.

— Yo .... pareció oirse otra vez.

No habia duda, era un cristiano estraviado en el bosque, quién sabe desde cuando, que oia el cencerro de las madrinas y desesperado pedia ayuda.

— Quiénes? gritaron unos.

— Por acá, otros.

Y en eso estábamos, sin poder percibir mas que el eco de las últimas sílabas de lo que nos contestaban.

— Ha de ser algun cautivo que se ha escapado, y como oye cencerro, calcula que somos nosotros, dijo el capitan Rivadavia.

— Es verdad que ellos no usan cencerro, le contesté, pareciéndome justísima su conjetura.

Los gritos misteriosos no resonaban ya.

Mandé silbar; lo hicieron varios á una.

No contestaron.

Estábamos con el oido atento, cuando los resplandores de una llamarada brillaron de improviso, iluminando el cuadro que formábamos al rededor de un espinillo formidable y coposo.

El injenioso Camilo, á fuerza de sebo y de paja, de soplar y soplar, habia conseguido hacer fuego en la horquilla que formaba la estremidad del tronco de un carcomido chañar, medio carbonizado.

La luz debia verse de bastante lejos, á pesar de los árboles.

Varios á un tiempo gritaron:

— Aaaaah!

Una voz contestó algo que no se pudo comprender bien. Continuamos telegrafiando de esa manera; el improvisado fanal ardia y los ecos de mi jente se perdian por la selva.

De repente oyóse una voz, que á varios nos pareció conocida.

— Es el Doctor Macias, dijo Camilo.

Efectivamente era su voz, ú otra tan parecida á la suya, que se confundian.

— Pronto! pronto! salgan unos cuantos y hagan señas, — ordené, — previniendo no perdieran de vista el fuego.

La voz seguia oyéndose.

— Es el Doctor, señor, volvió á afirmar Camilo, añadiendo: y viene con el caballo muy pesado.

— Y en qué conoces, hombre?

— Si se oyen ya hasta los rebencazos que le da, — oiga, señor, oiga.

Mi oido no era de tísico, como el suyo.

— Macias! Macias! grité.

— Lucio! Lucio! me contestaron.

Era él.

Por acá! Por acá! gritaban los hombres que acababa de destacar.

Macias se presentó, como nosotros, hecho una sopa.

— Y qué es esto? le pregunté!

— Me quedé atrás por despedirme de algunos conocidos; cuando salí de Leubucó, vds. iban como á una legua, se divisaba muy bien el polvo, y no quise apurar mi caballo; subia yo al último médano, y vds. llegaban á la orilla del monte; calculé mal el tiempo, oscureció y me perdi.

— Y de qué conocidos tenias que despedirte?

— De algunos indios que mas de una vez me dieron de comer.

— Y de Mariano Rosas tambien te despediste?

— Por supuesto, no me ha tratado tan mal.

El esclavo no conoce su condicion, sino cuando respira la atmósfera de la libertad, pensé y me dispuse á seguir la marcha.

En Carrilobo me esperaban con una cena en el toldo de Villareal.

— Señor, me dijo Camilo, el caballo del Dotor está *desadon*.

— Que lo muden.

Un instante despues caminábamos.

Salimos del bosque y entramos en un campo quebrado y pastoso. Las martinetas se alzaban á cada paso espantando los caballos con el zumbido de su vuelo inopinado y rápido.

El cielo estaba limpio y sereno, la luna y las estrellas brillaban como luces de diamante; de la borrasca no quedaban mas indicios que unos nubarrones lejanos.

Lo mismo que luciérnagas en negra noche se divisaron unos fuegos.

A esa hora y en el desierto, era sumamente estraño.

El gaucho arjentino tiene la inspiracion de todos los fenómenos del campo.

De noche y de dia es su elemento.

— Esos fuegos han de ser en un toldo; los vemos por la puerta ó por alguna rotura de las paredes, dijo Camilo.

— Y en qué conoces? le pregunté.

— En que la llama no se mueve porque no tiene viento.

Así conversábamos cuando nuestros caballos se detuvieron de improviso.

Habíamos llegado al borde de una zanja.

Observamos atentamente el terreno, — teníamos al frente un gran sembrado de maíz.

— Aquí es el toldo de Villareal, dijo el capitan Rivadavia.

— Se oyen ladridos de perros, dijeron otros.

Costeamos la zanja, en la direccion que indicó el capitan Rivadavia y dimos con otro sembrado de zapallos y sandías, nos costó hallar la rastrillada que conducia al toldo; pero guiados por los ladridos de los perros y por los fuegos, saliendo de un sembrado y entrando en otro, — la hallamos al fin.

Llegamos al toldo.

Villareal, su mujer y su hermana nos esperaban.

Eran las diez y media.

Nos recibieron con el mayor cariño.

Yo no queria detenerme por lo avanzado de la hora.

Me instaron mucho y tuve que ceder.

Entramos en el toldo que era grande y cómodo, de techo y paredes pintarrajeadas.

Ardian en él tres grandes fogones.

— Señor, me dijo la mujer de Villareal, lo hemos esperado hasta hace un momento con unos corderos asados, pero viendo que era tan tarde y que no llegaba, creimos que ya no seria hasta mañana y acaban de comérselos los muchachos, que *ahora se están divirtiendo*; no han quedado mas que los fiambres y la mazamorra, — siéntese! siéntese! están Vds. como en su casa.

Nos sentamos alrededor de uno de los fogones, y miéntras nos secábamos y comíamos, mandé mudar caballos.

Yo no tenia hambre, en cambio Lemlenyi, Rodriguez, Rivadavia, Ozaroski y los franciscanos parecian animados de un entusiasmo gastronómico.

Trajeron unas cuantas gallinas cocidas y una hermosa olla de mazamorra muy bien preparada, tortas hechas al rescoldo y zapallo asado.

En un estremo del toldo se oia el ruido de la chusma ébria; casi todos los nichos estaban vacíos; en el que estaba detrás de mí dormia una vieja.

Tenia la cabeza apoyada en un brazo arrugado y flaco ›mo el de un esqueleto y descubria un seno cartilajinoso ıe daba asco.

La cena empezó.

La mujer de Villareal, viendo que yo no comia, me hizo na seña, se levantó y salió.

Salí tras de ella, y una vez á fuera me dijo, — con aire ›nfidencial y brillándole los ojos como solo les brillan á las ujeres cuando un pensamiento picaresco cruza por su imanacion:

— Cármen lo espera.

— Y dónde está mi comadre?

— Allí.

Me indicaba un toldo vecino.

Llamé á un soldado para que me acompañara, — lo con-ɛso, tenia miedo de los perros, — y miéntras mis compañe-›s llenaban el precioso hueco del estómago fuí á hacer la sita prometida.

El hombre debe tener palabra con las mujeres, aunque las suelen ser tan pérfidas y tan malas; las cosas han de ›ner algun fin.

LXIV.

Con quien vivia mi comadre Cármen. — Una despedida igual á todas. — Yo habria hecho igual á todas las mujeres. — Grupo asqueroso. — Adios! — Una faja pampa. — Arrepentimiento. — Trepando un médano. — Desparramo. — Perdidos. — El Brasil puede alguna vez salvar á los Arjentinos. — Llegamos al toldo de Ramon.

Mi comadre Cármen vivia con su madre, su hija y un indio viejo, entre gallinas y perros.

Me esperaba, los demás dormian.

Conversamos de lo que nos interesaba y á la media hora nos separamos para siempre quizá.

Yo habia cumplido mi promesa de visitarla, ántes de salir de Tierra Adentro, ella la suya, comunicándome ciertas intrigas contra mí, que por una casualidad habia descubierto.

Nuestra despedida, fué como todas las despedidas, — triste.

Me dirijí al toldo de Villareal, pensando en lo que es la mujer.

Me acordaba de lo que me habian hecho gozar y esclamaba interiormente, — son adorables.

Me acordaba de lo que me habian hecho sufrir y esclamaba, — son infames.

Estudiándolas y analizándolas, las hallaba físicamente perfectas; espiritualmente me parecian monstruosas.

Qué cabellos, qué ojos, qué boca, qué tez, qué jentileza tienen algunas!

Son hermosas como Niobe, dignas del amor de un dios olímpico.

Cualquier mortal daria cien vidas por ellas si cien vidas ıviera.

Y muriendo, todavía encontraria dulce la muerte despues e tan supremo bien.

Pero qué corazon tienen!

Son inconmovibles como las rocas, frias como el hielo, olubles como el viento, olvidadizas como la mentira.

Qué feas, qué desairadas son otras!

Nadie repara en ellas.

Pero acercáos á su lado, — oidlas, tratadlas.

Qué alma tienen!

Son buenas como la caridad, dulces como los querubines, uras como las auras del elíseo.

Se puede vivir al lado de ellas y amar la vida.

Ah! ellas nos hacen comprender que hay una belleza uyos encantos el tiempo no destruye, — la belleza moral.

Por qué han de ser tan lindas y tan malas; por qué tanta onosura, al lado de tanta perfidia á veces?

Por qué esos rostros anjélicos y esos corazones satánicos?

Por qué han de ser tan repelentes y tan buenas; por ué tanta seduccion oculta, al lado de tanta esterioridad esagradable?

Por qué esas caras defectuosas y esos corazones que son n dechado?

Por qué ha hecho Dios cosas tan contradictorias, como na mujer adorable y mala.

Si su poder es tan grande; porque lo que mas amamos, ıa de ser, como esas flores venenosas de ricos matices, usceptibles de fascinarnos con su mirada y de intoxicarnos on su aliento maldito?

Qué! no bastaba que hubiera hombres malos?

Para completar el infierno de este mundo, habia acaso ıecesidad de que las mujeres fueran demonios?

Yo habria hecho iguales á todas las mujeres.

Las rosas, — no exhalan todas el mismo suavísimo perfume?

Las cosas bellas, deberian serlo en todo y por todo.

Soliloquiando así iba yo, cuando un murmullo humano, ɔarecido á un gruñido de perros, llamó mi atencion.

Me detuve, estaba á dos pasos del toldo de Villareal; puse el oido, oí hablar confusamente en araucano; miré en esa direccion y ví el espectáculo mas repugnante.

Un candil de grasa de potro, hecho en un hoyo, ardia en el suelo; un tufo rojizo era toda la luz que despedia.

Bajo la enramada del toldo, la chusma viciosa y corrompida saboreaba con irritante desenfreno los restos aguardentosos de una saturnal que habia empezado al amanecer.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, todos estaban mezclados y revueltos unos con otros; desgreñados los cerdudos cabellos, rotas las sucias camisas, sueltos los grasientos pellquenes; medio vestidos los unos, desnudos los otros; sin pudor las hembras, sin vergüenza los machos, echando blanca babasa estos, vomitando aquellas; sucias y pintadas las caras, chispeantes de lubricidad los ojos de los que aun no habian perdido el conocimiento, lánguida la mirada de los que el mareo iba postrando ya; hediendo, gruñendo, vociferando, maldiciendo, riendo, llorando, acostados unos sobre otros, despachurrados, encojidos, estirados, parecian un grupo de reptiles asquerosos.

Sentí humillacion y horror, — viendo á la humanidad en aquel estado y entré en el toldo.

Mi jente estaba pronta.

Solo Villareal, su mujer y su cuñada, no estaban ébrios.

Me esperaban con agua caliente y todo preparado para cebarme un mate de café.

Tuve, pues, que sentarme un rato.

No siéndole posible acompañarme á Villareal hasta el toldo de Ramon, ni darme quien lo hiciera, porque toda su chusma estaba *achumada,* — lo que hacia que él no pudiese dejar sola su familia, llamé á Camilo Arias y miéntras yo tomaba unos mates, le hice que se informára del camino.

Villareal, como indio ladino, dió todas las señas del campo que debíamos cruzar; advirtió las rastrilladas que debian dejarse á la derecha ó á la izquierda, los bañados guadalosos que debian escusarse; los médanos que debian rodearse, los que debian cruzarse trepando por ellos; los toldos y los sembrados que quedaban cerca de la morada del Cacique.

Una vez enterado Camilo de todo, me despedí de Villareal su familia.

Nos abrazaron á todos con cariño, rogando á Dios en ngua castellana, que tuviéramos feliz viaje, y nos acomañaron hasta el palenque, pidiéndonos como lo hubieran echo las jentes mejor criadas, mil disculpas por la pobríma hospitalidad que nos habian dispensado.

Como la noche estaba tan hermosa, y no teníamos ninun monte que atravesar, mandé echar las tropillas por elante para que los animales montados, marcháran mas anosos.

Le previne á Camilo que cada diez minutos hiciera alto ara que no nos fuéramos á estraviar, por no oir los cenerros, — en marcha! grité y partieron todos.

Yo me detuve un instante á encender un cigarro.

Encendiéndolo estaba, cuando una sombra se acercó á i lado.

Reconocí una mujer.

— Aquí vengo á traerle esto, me dijo, poniendo en mis anos un pequeño envoltorio de papel.

— Y qué es eso? le pregunté.

— Es un recuerdo.

— Un recuerdo?

— Sí, una faja pampa, bordada por mí.

— Gracias, por qué se ha incomodado?

Dió un suspiro y con acento conmovido y tono de reroche amable, esclamó:

— ¡Incomodado!

— Adios! le dije, recojiendo mi caballo.

— Adios! me contestó tristemente.

— Adios! adios! dijeron Villareal y su mujer.

— Adios! adios! repuse yo, y partí al galope, murmuando:

— Saben querer desinteresadamente y olvidar tambien.

No son ni ánjeles, ni demonios.

Pero participan de las dos naturalezas á la vez. Cuando on buenas, — no hay nada comparable á ellas; cuando son alas, — son execrables.

Y, con todos sus defectos, sus contradicciones y sus veleidades, — la existencia sin ellas, seria como una peregrinacion nocturna por una tierra de hielo y bajo un cielo sin luz.

Sí, todos esclaman tarde ó temprano, despues de tantos arranques frenéticos:

> Yes! my adored, yet most unkind!
> Though thou wilt never love again,
> To me 't is doubly sweet to find
> Remembrance of that love remain.
>
> Yes! 't is a glorious thought to me
> Nor longer shall my soul repine,
> Whate'er thou art or e'er shall be,
> That thou hast been dearly, solely, mine. *

El cencerro de las tropillas me servia de guia; mi caballo iba brioso lo que le oia y rumbeaba al fin para la querencia.

Legué al pié de un médano bastante elevado y me encontré con Camilo Arias que me esperaba.

Oyendo el cencerro y no viendo las tropillas, se me ocurrió que alguna novedad habia.

— Qué hay? le pregunté.

— Nada, señor, me contestó, por precaucion lo he esperado aquí; vamos á cruzar este médano, tiene muchas caidas y es muy fácil perderse.

— Bueno, adelante! vamos! es mucho mas de media noche; no perdamos tiempo, le dije.

Trepó al médano y le seguí. Los caballos hacian esfuerzos supremos para repecharlo, se enterraban hasta los hijares en la blanda y deleznable arena; pero subian poco á poco. Llegamos al borde de la cresta, — y cuando yo creia trasmontar el obstáculo, me hallé con una hondonada pro-

* Sí, amiga adorada, aunque inconstante, en vano no me amarás ya; es para mí un consuelo saber que el recuerdo de nuestro amor no se borrará de tu corazon.

Sí, será para mí un triunfo, y ahogaré las penas de mi alma pensando que, seas lo que seas, te vuelvas lo que te vuelvas, *tú has sido mia y solo mia.*

funda, de cuyo fondo manaba puro y cristalino un espejo de agua. Las tropillas bebian reflejándose en él y la luna desde un cielo limpio y azul, iluminaba el agreste y poético paisaje.

Seguimos andándo, subimos y bajamos.

De repente, á pesar de las precauciones tomadas, Camilo Arias me dijo:

— Señor, estamos perdidos.

— Alto! alto! grité, y contestándole á Camilo:

— Busca la senda, pues.

Echamos pié á tierra y esperamos.

Un momento despues volvió el ecuestre piloto diciendo:

— Por allí vá.

Marchamos.

La noche se iba toldando; parecia querer llover al enrarse la luna.

Caimos á un bañado salitroso y siendo tantos los rastros que lo cruzaban y los arbustos espinosos de que estaba cubierto, las tropillas se desparramaron.

Era una confusion, de todos lados sonaban cencerros y se oian los silbidos de los tropilleros *repuntando* los caballos menos amadrinados.

Nosotros mismos tuvimos que diseminarnos; las sendas eran muy tortuosas y los caballos no se seguian.

El salitral blanqueaba como la mansa superficie de un lago helado; crujia estrepitosamente bajo los cascos de los cien caballos que lo cruzaban, hundiéndose aquí en el gualal, espinándose allí en las carquejías que tanto abundan en las pampas, espantándose de repente de los fuegos fátuos que como una fosforescencia errante corrian acá y allá.

La noche se encapotaba; la luna declinaba con sombría majestad por entre anchas fajas jaspeadas y las estrellas apenas alumbraban, al través del velo acuoso que cubria los cielos.

Crucé el bañado.

Camilo Arias no se habia separado de mí.

Algunos habian pasado ya y esperaban en la orilla; otros estaban acabando de pasar.

Con las tropillas sucedia lo mismo, no estaban reunidas aun.

Esperé un rato y miéntras tanto se buscó en vano el camino.

Viendo que no lo hallaban y que el capitan Rivadavia y otros no parecian, mandé quemar el campo, — no se pudo por la humedad y falta de sebo; se dieron voces, nadie contestó; silbamos, silencio profundo.

Destaqué tres descubridores; á las cansadas volvieron dos, sin haber visto ni oido nada.

Faltaba el otro, y contestó de ahí cerca; hacia un rato que jiraba perdido á nuestro alrededor.

La lluvia amenazaba volver á desplomarse por momentos.

— Marchemos al rumbo, le dije á Camilo, hasta que lleguemos á un campo mas alto que este; los demás jinetes y caballos los hallaremos de dia.

Marchamos.

Y marchando íbamos cuando ladraron perros.

— Allí hay un toldo, dijo Camilo.

Miré en la direccion que me indicaba, no ví sino tinieblas.

— Pues hagamos alto aquí y que vayan á averiguar donde queda el de Ramon le contesté.

Despachó una pareja de jinetes.

Volvieron diciendo que íbamos mal; que el camino quedaba á la izquierda, es decir, al poniente y que el toldo de Ramon estaba muy cerca, que en cuanto cruzáramos una cañada lo veríamos.

Cambiamos de rumbo y seguimos la marcha en la direccion indicada y á poco andar, caimos á un campo bajo, húmedo y guadaloso.

— Aquí debe ser la cañada, dijo Camilo, ya debemos estar cerca.

Entre los estraviados iba un perro mio llamado *Brasil*, que despues de haber hecho la campaña del Paraguay en el batallon 12 de línea, me acompañaba valientemente en aquella escursion.

Brasil era un sabueso criollo intelijentísimo, mezcla de galgo y de podenco de presa, fuerte, guapo, lijero, listo,

an cazador de peludos y mulitas, de gamos y avestruces, enemigo declarado de los zorros, únicos con quienes no empre salia bien.

Todos le querian, le acariciaban y le cuidaban.

Los soldados conocian sus ladridos lo mismo que mi voz.

Cruzábamos la cañada, cuando se oyeron unos ecos pernos.

— Ese es Brasil! dijeron varios á la vez.

— Ahí ha de estar el capitan Rivadavia, dijo Camilo Arias.

Con efecto, guiados por los ladridos de Brasil, no tardaos en reunirnos á él.

Faltaban sin embargo algunos.

El capitan Rivadavia, con los que le seguian, despues de ıber buscado inútilmente su incorporacion á mí, resolvió perar allí y hacia un buen rato que me esperaba.

Seguimos la marcha y al entrar en unos *viscacherales,* ımilo Arias me observó que debíamos estar muy cerca de gun toldo.

Las viscachas auguran siempre una poblacion cercana.

Corriéndolas Brasil, husmeó un rastro de jinetes y caballos.

— Por allí debe de ir Rufino Pereira, — que era uno de is asistentes de confianza que faltaba, — con su tropilla, jo Camilo al oirlo.

Un momento despues oyéronse con mas fuerza los ladrios de Brasil y de otros de su jaez.

A no dudarlo, íbamos á llegar al toldo de Ramon ó á otro.

Seguimos la direccion de los ladridos y al llegar á un an corral, apareció Rufino Pereira, con su tropilla.

La madrina habia perdido el cencerro en el *carquiejal* l bañado salitroso.

Estábamos en donde queríamos.

Me aproximé al toldo.

Salió un indio, me dijo que Ramon habia estado en pié, n toda la familia, esperándome, hasta media noche con la na pronta; que no se levantaba porque estaba medio inspuesto, que me apeára que aquella era mi casa, que me omodase como gustára.

Eché, pues, pié á tierra, me instalé en un espacioso

galpon, donde Ramon tenia la *fragua de su plater* acomodaron los caballos, se recojieron de la huerta zs y choclos en abundancia, se hizo fuego; cenamos acostamos á dormir alegres y contentos, como si hubié llegado al palacio de un príncipe y estuviéramos ha noche en él.

Cuán cierto es que el arte de la felicidad consi saber conformar los deseos á los medios y en desear mente los placeres posibles!

LXV.

El sueño no tiene amo. — El toldo de Ramon nada dejaba que desear. — Una frágua primitiva. — Diálogo entre la civilizacion y la barbárie. — Tengo que humillarme. — Se presenta Ramon. — Doña Fermina Zárate. — Una leccion de filosofía práctica. — Petrona Jofré y los cordones de Nuestro Padre San Francisco. — Veinte yeguas, sesenta pesos, un poncho y cinco chiripáes por una mujer. — Rasgo jeneroso de Crisóstomo. — El hombre ni es un anjel ni una bestia.

Un proverbio negro dice: el sueño no tiene amo.

Todos dormimos perfectamente bien.

El cansancio nos hizo hallar deliciosa la morada del cacique Ramon.

Cuando yo me desperté eran las ocho de la mañana; mis compañeros roncaban aun con una espansion pulmonar envidiable.

Llamé un asistente, pedí mate y me quedé un rato mas en cama gozando del placer de no hacer nada, — placer tan combatido y censurado cuanto jeneralmente codiciado.

Segun un amigo, pensador no vulgar y egrejio poeta, — no hacer nada es descansar. Así él sotiene que el dia es hecho para eso y la noche para dormir.

Lástima que un mortal de gustos tan patriarcales, que seria dichoso con muy poca cosa, se vea condenado como santo hijo de vecino, á la dura ley del trabajo, cuando innumerables prójimos desperdician lo supérfluo y aun lo necesario!

Qué hacer! el mundo está organizado así y el Eclesiastes que sabe mas que mi amigo y yo juntos, dice:

«El insensato tiene los brazos cruzados y se consume «*diciendo:*

«Lleno el hueco de una mano, con reposo, vale mas que «las dos llenas, con trabajo y mortificacion de espíritu.»

Con la luz del dia examiné el lecho en que habia dormido tan cómodamente, como en elástica cama á la *Balzac*, provista de sus correspondientes accesorios, almohadones de finísimas plumas y sedosos cobertores. Eran unos cueros de potro mal estaqueados y unas pieles de carnero, — la cabecera un mortero cubierto con mis cojinillos.

En seguida tendí la vista á mi alrededor.

En Tierra Adentro yo no habia pernoctado bajo techumbre mejor.

El toldo del Cacique Ramon superaba á todos los demás.

Mi alojamiento era un galpon de madera y paja, de doce varas de largo por cuatro de ancho y tres de alto.

Estaba perfectamente aseado.

En un costado, se veia la frágua y al lado una mesa de madera tosca y un yunque de fierro.

Ya he dicho que Ramon es platero y que este arte es comun entre los indios.

Ellos trabajan espuelas, estribos, cabezadas, pretales, aros, pulseras, prendedores y otros adornos femeninos y masculinos como sortijas y yesqueros.

Funden la plata, la purifican en el crisol, la ligan, la baten á martillo, dándole la forma que quieren y la cincelan.

En la *chafalonía*, prefieren el gusto chileno; porque con Chile tienen comercio y es de allí de donde les llevan toda clase de prendas, que cambalachean por ganado vacuno, lanar y caballar.

La frágua consistia en un paralelepipedo de adobe crudo.

Tenia dos fuelles y se conocia que el dia anterior habian trabajado; las cenizas estaban tibias aun.

En un saco de cuero habia carbon de leña y sobre la mesa se veian varios instrumentos cortantes, martillos y limas rotas.

Los fuelles llamaron sobre manera mi atencion por su estraña estructura.

Antes de examinar su construccion entablé un diálogo conmigo mismo.

— A ver, me dije, representante orgulloso de la civilizacion y del progreso moderno en la pampa, como harias tú un fuelle?

— Un fuelle?

— Sí, un fuelle, no se llama así por la Academia española «un instrumento para recojer viento y volverlo á dar», — aunque habria sido mas comprensible y digno de ella decir: un instrumento construido segun ciertos principios de física, para recojer aire por medio de una válvula, y volverle á despedir con mas ó menos violencia, á voluntad del que lo maneje, por un cañon colocado á su estremo?

— Entiendo, entiendo.

— Y bien, si entiendes, dime, cómo lo harias?

— Cómo lo haría?

— Sí, hombre, por Dios! parece que te hubiera puesto un problema insoluble.

— No digo eso.

— Entónces?

— Es que . . . . . .

— Ah! es que eres un pobre diablo, un fátuo del siglo XIX, un erudito á la violeta, un insensato que no quieres confesar tu falta de injenio.

— Yo . . . .

— Sí, tú, has entrado en el miserable toldo de un indio á quien un millon de veces has calificado de bárbaro, cuyo exterminio has preconizado en todos los tonos, en nombre de tu decantada y clemente civilizacion, te ves derrotado y no quieres confesar tu ignorancia.

— Mi ignorancia?

— Tu ignorancia, sí.

— Quieres acaso que me humille?

— Sí, humíllate y aprende una vez mas que el mundo no se estudia en los libros.

Incliné la frente, me acerqué á la frágua, cojí el manubrio de ambos fuelles, los que estaban colocados en la misma línea horizontal, tiré, aflojé y se levantó una nube de ceniza.

Eran feos; pero surtian el efecto necesario, despidiendo una corriente de aire bastante fuerte para inflamar el carbon encendido.

Todo era obra del mismo Ramon; invento esclusivo suyo.

Con una panza de vaca seca y sobada habia hecho una manga de una vara de largo y un pié de diámetro; con *tientos* la habia plegado, formándole tres grandes buches con comunicacion; en un estremo habia colocado la mitad del cañon de una carabina y en el otro un tarugo de palo labrado con el cuchillo; el cañon estaba embutido en la frágua y sujeto con ataduras á un piquete. Naturalmente, tirando y apretando aquel aparato hasta aplastar los buches, el aire entraba y salia, produciendo el mismo efecto que cualquier otro fuelle.

Pensaba el tiempo que habria empleado yo con todos los recursos de la civilizacion, si por necesidad ó aficion á las artes liberales me hubiese propuesto hacer un fuelle; se me ocurria que quizá habria tenido que darme por derrotado, — cuando un cautivo, blanco y rubio, de doce á catorce años, entró en el galpon y despues de saludarme con el mayor respeto tratándome de *usía*, me dijo:

— Dice el cacique Ramon que si se le puede ver ya; que cómo ha pasado la noche.

Le contesté que estaba á su disposicion, que podia verme en el acto, si queria, y que habia dormido muy bien.

Salió el cautivo y un momento despues se representó Ramon, vestido como un paisano prolijo, aseado que daba gusto verle; sus manos acostumbradas al trabajo, parecian las de un caballero, tenia las uñas irreprochablemente limpias, ni cortas ni largas y redondeadas con igualdad.

No estuvo ceremonioso.

Al contrario, me trató como á un antiguo conocido, me repitió que aquella era mi casa, que dispusiera de él, me anunció que ya iban á traer el almuerzo, que mas tarde me presentaria á su familia y me dejó solo.

En seguida volvió, se sentó y trajeron el almuerzo.

Era lo consabido, puchero con zapallo, choclos, asado, etc.

Todo estaba hecho con el mayor esmero; hacia mucho iempo que yo no veia un caldo mas rico.

Durante el almuerzo hablamos de agricultura y de ganadería.

El indio era entendido en todo.

Sus corrales eran grandes y bien hechos, sus sementeras rastas, sus ganados mansos como ningunos.

Es fama que Ramon ama mucho á los cristianos; lo cierto es que en su tribu es donde hay mas.

Una de sus mujeres, en la que tiene tres hijos, es nada ménos que Doña Fermina Zárate, de la Villa de la Carlota.

La cautivaron siendo jóven, tendria veinte años; ahora ya es vieja.

Allí estaba la pobre!

Delante de ella Ramon me dijo:

— La señora, es muy buena, me ha acompañado muchos años, yo le estoy muy agradecido, por eso le he dicho ya que puede salir cuando quiera volverse á su tierra, donde está su familia.

Doña Fermina le miró con una espresion indefinible, con una mezcla de cariño y de horror, de un modo que solo una mujer observadora y penetrante habria podido comprender y contestó:

— Señor, Ramon es buen hombre. Ojalá todos fueran como él! Ménos sufririan las cautivas. Yo, para que me he de quejar! Dios sabrá lo que ha hecho.

Y esto diciendo se echó á llorar sin recatarse.

Ramon dijo:

— Es muy buena la señora, — se levantó, salió y me dejó solo con ella.

Doña Fermina Zárate no tiene nada de notable en su fisonomía; es un tipo de mujer como hay muchos, aunque su frente y sus ojos revelan cierta conformidad paciente con los decretos providenciales.

Está ménos vieja de lo que ella se cree.

— Y por qué no se viene V. conmigo, señora? la dije.

— Ah! señor, me contestó con amargura, y qué voy á hacer yo entre los cristianos?

— Pero reunirse á su familia. Yo la conozco, está en la Carlota, todos se acuerdan de V. con gran cariño y la lloran mucho.

— Y mis hijos, señor?

— Sus hijos . . . . . .

— Ramon me deja salir á mí; porque realmente no es mal hombre, á mí al ménos me ha tratado bien, despues que fuí madre. Pero mis hijos, mis hijos no quiere que los lleve.

No me resolví á decirle, — déjelos vd.; son el fruto de la violencia.

Eran sus hijos!

Ella prosiguió:

— Además, señor, qué vida seria la mia entre los cristianos despues de tantos años que falto de mi pueblo? Yo era jóven y buena moza cuando me cautivaron. Y ahora ya vé. Estoy vieja. Parezco cristiana, porque Ramon me permite vestirme como ellas, pero vivo como india; y francamente, me parece que soy mas india que cristiana, aunque creo en Dios, como que todos los dias le encomiendo mis hijos y mi familia.

— A pesar de estar vd. cautiva cree en Dios?

— Y él que culpa tiene de que me agarráran los indios; la culpa la tendrán los cristianos que no saben cuidar sus mujeres ni sus hijos.

No contesté; tan alta filosofía, en boca de aquella mujer, la concubina jubilada de aquel bárbaro, me humilló mas que el soliloquio á propósito del fuelle.

Una mujer, jóven y hermosa demacrada, súcia y andrajosa se presentó diciendo con tonada cordobesa:

— Vd. será, mi señor, el Coronel Mansilla?

— Yo soy, hija, qué quiere vd?

— Vengo á pedirle que me haga el favor de hacer que los padrecitos me den á besar el cordon de Nuestro Padre San Francisco.

— Pues no, con mucho gusto, — y esto diciendo llamé á los santos varones.

Vinieron.

verlos entrar la desdichada Petrona Jofré se postró
ıojos, ante ellos y con efusion ferviente tomó los cor-
del Padre Márcos, despues los del Padre Moisés y
só repetidas veces.
s buenos franciscanos viéndola tan angustiosa, la ex-
on, la acariciaron paternalmente y consiguieron tran-
ırla aunque no del todo.
llozaba como una criatura.
rtia el corazon verla y oirla.
lmóse poco á poco y nos relató la breve y tocante
ia de sus dolores.
ıña Fermina confirmaba todas sus referencias.
, vida de aquella desdichada de la Cañada Honda,
de Cruz Bustos, — era una verdadera *viacrucis.*
ı tenia un indio malísimo llamado Carrapí.
ıtaba frenéticamente enamorado de ella; y ella resistia
eroismo á su lujuria.
ɜ ahí su martirio.
Primero me he de dejar matar, ó le he de matar yo,
ıacer lo que el indio quiere, decia con espresion enér-
r salvaje.
oña Fermina meneaba la cabeza y esclamaba:
· Vea que vida, señor!
o estaba desesperado.
Qué otro efecto puede producir la simpatía impotente?
ada podia hacer por aquella desdichada, nada tenia
larle.
o me quedaba sino lo puesto.
i pañuelo de manos llevaba ya.
ıoña Fermina me contó que Carrapí no queria venderla
que la sacáran y que un cristiano por caridad la an-
por comprar.
l indio pedia por ella veinte yeguas, sesenta pesos bo-
ıos, un poncho de paño y cinco chiripáes colorados.
– Y quién es ese cristiano? le pregunté.
– Crisóstomo, me contestó.
– Crisóstomo . . . .?
– Sí, señor, Crisóstomo.

Crisóstomo era el hombre aquel que en Calcumuleu hubo de pasar á caballo por entre los franciscanos: que tanto me exasperó, que me dió de comer despues y me relató su interesante historia.

Está visto, los malvados tambien tienen corazon.

Bien dice Pascal:

El hombre no es un ánjel ni una bestia.

Es un ser indefinible, — hace el mal por placer y goza con el bien.

En medio de todo es consolador.

LXVI.

La familia del cacique Ramon. — Español. — Una invasion. — Despacho al capitan Rivadavia. — Cuestion de amor propio. — Buen sentido de un indio. — En Carrilobo soplaba mejor viento que en Leubucó. — Suenan los cencerros. — Atincar, — véase borax. — El hombre civilizado nunca acaba de aprender. — Me despido. — Como doman los bárbaros. — Ultimos hurrahs!

Me invitaron á pasar al toldo de Ramon.

Dejé á doña Fermina Zárate y á Petrona Jofré, con los franciscanos y entré en él.

La familia del cacique constaba de cinco concubinas, de distintas edades, una cristiana y cuatro indias; de siete hijos varones y de tres hijas mujeres, dos de ellas púberes ya.

Estas últimas, y la concubina que hacia cabeza, se habian vestido de gala para recibirme.

No hay indio ranquel mas rico que Ramon, como que es estanciero, labrador y platero.

Su familia gasta lujo.

Ostentaba hermosos prendedores de pecho, zarcillos, pulseras y collares, todo de plata maciza y pura, — hecho á martillo y cincelado por Ramon; mantas, fajas y pilquenes de ricos tejidos pampas.

Las dos hijas mayores se llamaban, — Comeñé, la primera, que quiere decir *ojos lindos*, de *come*, lindo, y de *ñe*, ojos; Pichicaiun la segunda, que quiere decir *boca chica*, de *pichicai*, chico, y de *un* boca.

Se habian pintado con carmin los labios, las mejillas y las uñas de las manos; se habian sombreado los párpados y puesto muchos lunarcitos negros.

Tanto Pichicaiun, como Comeñé, tenian nombres muy apropiados; la una se distinguia por una boca pequeñita lindísima; la otra por unos grandes ojos negros llenos de fuego. Ambas estaban en la plenitud del desarrollo físico, y en cualquier parte un hombre de buen gusto las habria mirado largo rato con placer.

Me recibieron con graciosa timidez.

Me senté, Ramon se puso á mi lado, su mujer principal y sus hijas enfrente.

Las dos chinitas sabian que eran bonitas, — coqueteaban como lo hubieran hecho dos cristianas.

Ramon es muy conversador, no me dejaban conversar con él; el lenguaraz trabucaba sus razones y las mias.

Qué maldita condicion tienen nuestras caras compañeras!

Con su permiso diré, — que son como los gatos: ántes de matar la presa juegan con ella.

— Spañol! Spañol! gritó Ramon. El cautivo blanco y rubio se presentó. Recibió ordenes, se marchó y volvió trayendo cubiertos y platos.

Sirvieron la comida.

Yo acababa de almorzar. Pero no podia rehusar el convite que se me hacia. Me habria desacreditado.

Comí, pues.

El cautivo, no le quitaba los ojos á Ramon; este lo manejaba con la vista.

— Cómo te llamas? le pregunté, creyendo que las palabras Spañol! Spañol! tenian una significacion araucana.

— Spañol, me contestó.

— Spañol? repetí yo, mirando á Mora y a Ramon alternativamente.

— Sí, señor, Spañol, — me dijo Mora, así les llaman á algunos cautivos.

— Spañol, afirmó Ramon, que habia entendido mi pregunta.

— Pero qué nombre tenias en tu tierra? le pregunté al cautivo.

— No sé, se me ha olvidado; era muy chico cuando me trajeron, repuso.

— De dónde eres?

— No sé.

— Cómo no has de saber! Te han prohibido que digas su verdadero nombre y el lugar en donde te cautivaron?

— No, señor.

— Si no ha de saber nada, señor, dijo Mora; por eso le laman Español — hasta que sea mas grande y le den nombre de indio.

— Y esa es la costumbre?

— Sí, señor.

— Pregúntele á Ramon, qué quiere decir Español?

Ramon contestó:

— Español, quiere decir, — de otra tierra.

En esto estábamos, cuando el capitan Rivadavia se me presentó y hablándome al oido me dijo:

Que Crisóstomo acababa de llegar de Leubocó y que á su salida se decia allí que habia habido invasion por San Luis.

Le pedí permiso á Ramon para retirarme, comunicándole la ocurrencia, me retiré y un momento despues el capitan Rivadavia se separaba de mí con una carta bastante fuerte para Mariano Rosas.

Le exijia en ella el castigo de los invasores apoyándome en el Tratado de paz y le decia que en la Verde esperaba su contestacion; que á la tarde estaria allí.

Ramon vino á hablar conmigo y me manifestó su disgusto por el hecho; me dijo que habia de ser Wenchenao, calificándolo de *gaucho ladron* y me preguntó que á que hora pensaba ponerme en marcha.

Le dije que en cuanto medio quisiera ladear el sol, — estilo gauchesco, que vale tanto como despues de las doce.

Me hizo presente que entónces habia tiempo de carnear una res gorda y unas ovejas para que llevára carne fresca.

Le espresé que no se incomodára y me hizo entender que no era incomodidad sino deber y que estrañaba mucho, que Mariano Rosas me hubiera dejado salir de Leubucó sin darme carne.

En efecto, de allí habíamos salido con una mano atrás y otra adelante, — resueltos á comernos las mulas.

Yo habia hecho el firme propósito de no pedir que comer á nadie.

Era una cuestion de orgullo bien entendido en una tierra donde los alimentos no se compran; donde el que tiene necesidad *pide con vuelta.*

Trajeron una vaca gorda y dos ovejas, mandé á mi jente á carnearlas y entramos con Ramon en la platería.

El indio me habló así:

— Yo soy amigo de los cristianos, porque me gusta el trabajo; yo deseo vivir en paz, porque tengo que perder; yo quiero saber si esta paz durará y si me podré ir con mi indiada al Cuero, que es mejor campo que este.

Le contesté:

— Que me alegraba mucho de oirle discurrir así; que eso probaba que era un hombre de juicio.

Añadió:

— Yo conozco la razon; Vd. cree que no me gustaria á mí vivir como Coliqueo?* ¡Pero cuando van los otros!

Están muy asustadizos! Es preciso que pase mucho tiempo para que le tomen gusto á la paz.

Yo repuse:

— Entónces Vd. cree que es mejor vivir todos juntos y no desparramados?

— Ya lo creo, me contestó, viviendo así tan lejos unos de otros, todo son perjuicios, no hay comercio.

Llegaron algunas visitas. Tuve que recibirlas. Entre ellas venia el padre de Ramon, un indio valetudinario y se tenton. Me contó su vida, sus servicios, me ponderó sus méritos con un cinismo comparable solamente al de un hombre civilizado, me dijo que habia abdicado en su hijo el gobierno de la tribu, porque Ramon era como él, me hizo mil ofertas, mil protestas de amistad y por último me pidió un chaqueto de paño forrado en bayeta.

Me avisaron que la carneada estaba hecha; mandé arrimar las tropillas y le previne á Ramon que ya pensab

---

* Coliqueo, indio amigo establecido con su tribu entre los Departamentos Junin y 25 de Mayo; — Provincia de Buenos Aires.

narcharme, á lo cual contestó que yo era dueño de mi voluntad, que como habia de ser si no podia hacerle una visita mas larga y que iba á tener el gusto de acompañarme con algunos amigos hasta por ahí.

Le dí las gracias por su fineza, le manifesté que para que queria incomodarse, que no hiciera ceremonias, y me respondió que no habia incomodidad en cumplir con un deber, que quizá no nos volveríamos á ver.

Yo no tenia que replicar.

Pensé un momento para mis adentros, que en Carrilobo soplaba un viento mucho mejor que en Leubucó, como que Ramon no tenia á su lado cristianos que le aduláran; que era el indio mas radical en sus costumbres, el que me habia recibido mas á la usanza ranquelina, era el que se manifestaba á mi regreso mas caballero y cumplido; y acabé por hacerme esta pregunta: el contacto de la civilizacion será corruptor de la buena fé primitiva?

Sentí el cencerro de las tropillas que llegaban, mandé ensillar y le dije á Ramon:

— Bueno, amigo, qué tiene que encargarme?

— Necesito algunas cosas para la platería, me contestó.

— Yo se las mandaré, y esto diciendo saqué mi libro de memoria para apuntar en él los encargos, — añadiendo, — qué son?

— Un yunque.

— Bueno.

— Un martillo.

— Bueno.

— Unas tenazas.

— Bueno.

— Un torno.

— Bueno.

— Una lima fina.

— Bueno.

— Un alicate.

— Bueno.

— Un crisol.

— Bueno.

— Un bruñidor.

— Bueno.

— Piedra lapiz.

— Bueno.

— Atincar.

Ramon habia ido enumerando las palabras anteriores, s necesidad de lenguaraz, pronunciándolas correctamente.

Al oirle decir atincar, — le pregunté:

— Atincar?

— Sí, atincar, repuso.

— Dígame el nombre en lengua de cristiano.

— Así es, atincar.

Iba á decirle: ese será el nombre en araucano; pero m acordé de las lecciones que acababa de recibir, de mi hu millacion en presencia del fuelle, de mi humillacion ant doña Fermina, discurriendo como un filósofo consumado en lugar de hacerlo, le pregunté:

— Está vd. cierto?

— Cierto, atincar es, así le llaman los chilenos, y est diciendo se levantó, se acercó á la frágua, metió la man en un saquito de cuero que estaba colgado al lado de l orqueta de una tijera del techo y desenvolviéndolo y pasán domelo, me dijo:

— Esto es atincar.

Era una sustancia blanquecina, amarga, como la sal.

Apunté *atincar*, convencido que la palabra no er castellana.

En cuanto llegué al Rio 4º uno de mis primeros cuidado fué tomar el diccionario.

La palabra *atincar* trotaba por mi imajinacion.

Atincar hallé en la pájina 82, masculino, véase: *borax*.

— Alabado sea Dios! esclamé. Yo sabia lo que era bo rax; sabia que era una sal que se encuentra en disolucio en ciertos lagos, sabia que en metalurjía se la empleab como fundente, como reactivo y como soldadura. Loado se Dios! — volví á esclamar, que así castiga sin palo ni piedra

Tanto que declamamos sobre nuestra sabiduría, tanto qu leemos y estudiamos.

Y para qué?

Para despreciar á un pobre indio, llamándole bárbaro, vaje; para pedir su esterminio, porque su sangre, su raza, ; instintos, sus aptitudes no son susceptibles de asimilarse ı nuestra civilizacion empírica, — que se dice humanitaria, :ta y justiciera, aunque hace morir á hierro al que á hierro .ta, que se ensangrienta por cuestion de amor propio, de aricia, de engrandecimiento, de orgullo, que para todo nos esenta en nombre del derecho el filo de una espada, — una palabra, que mantiene la pena del talion, — porque yo mato me matan, — que en definitiva, lo que mas ;peta es la fuerza, desde que cualquier Breno de las balas ó del dinero es capaz de hacer inclinar de su lado la lanza de la justicia.

Ah! miéntras tanto, el bárbaro, el salvaje, el indio ese, que rechazamos y despreciamos, como si todos no derisemos de un tronco comun, como si la *planta hombre* no :se única en su especie, — el dia ménos pensado nos ueba, que somos muy altaneros, que vivimos en la ignoacia de una vanidad descomunal, irritante, que ha peneıdo en la oscuridad nebulosa de los cielos con el telescopio, e ha suprimido las distancias por medio de la electricidad del vapor, que volará mañana quizá, — convenido; pero e no destruirá jamás, hasta *aniquilarla* una simple partíla de la materia, ni le arrancará al hombre los secretos :ónditos del corazon.

Todo estaba pronto para la marcha.

Me despedí de la familia de Ramon, cuyas hijas, aparıdose de la costumbre de la tierra, nos abrazaron y nos :ron la mano, regalándoles sortijas de plata á algunos de ı que me acompañaban.

En seguida, marché, me acompañaban Ramon y cincuenta los suyos al son de cornetas.

Ramon montaba un caballo bayo domado por él.

Parecia un animal vigoroso.

— Yo no soy haragan, amigo, me dijo. Yo mismo domo ıs caballos, me gusta mas el modo de los indios que el de s cristianos.

— Y qué, doman de otro modo vds? le pregunté.

— Sí, me contestó.

— Cómo hacen?

— Nosotros no maltratamos el animal; lo atamos á un palo; tratamos de que pierda el miedo; no le damos de comer si no deja que se le acerquen; lo palmeamos de á pié; lo ensillamos y no lo montamos, hasta que se acostumbra al recado, hasta que no siente ya cosquillas; despues lo enfrenamos, por eso nuestros caballos son tan briosos y tan mansos.

— Los cristianos les enseñan mas cosas, á trotar mas lindo, nosotros los amansamos mejor.

Hasta en esto, dija para mis adentros, los bárbaros pueden darles lecciones de humanidad á los que les desprecian.

Ramon me habia acompañado como una legua.

— Hasta aquí no mas, le dije, haciendo alto.

— Como guste, me contestó.

Nos dimos la mano, nos abrazamos y nos separamos.

Su comitiva me saludó con un hurrah!

— Adios! adios! gritaron varios á una.

— Adios! adios! amigo! gritaron otros.

Y ellos partieron para el Sur, y nosotros para el Norte, envueltos en remolinos de arena que oscurecian el horizonte como negra cortina.

Mi cálculo era llegar á la Verde al ponerse el sol.

Llegué á un campo pastoso, hice alto un momento, la arena nos ahogaba.

LXVII.

A la vista de la Verde. — Murmuraciones. — Defecto de lectores y de caminantes. — Dos cuentos al caso. — Reglas para viajar en la Pampa. — La monotonía es capaz de hacer dormir al mejor amigo. — Dos polvos. — Suerte de Brasil. — Reproche de los franciscanos. — Tendrán alma los perros? — Un obstáculo.

Los médanos de la Verde estaban á la vista, y es probable que, en mi caso, otro viajero no se hubiera detenido. Pero la esperiencia es madre de la ciencia, y yo me reia de algunos de mis oficiales que, viendo el objetivo tan cerca, murmuraban: ¿Por qué se parará aquí este hombre?

Ellos no habian recorrido como yo cuatro partes del mundo, — en buque de vela, en vapor, en ferro-carril, en carreta, á caballo, á pié, en coche, en palanquin, en elefante, en camello, en globo, en burro, en silla de manos, á lomo de mula y de hombre.

Es defecto de lectores y de caminantes apurarse demasiado.

Unos y otros debieran tener presente que la igualdad del movimiento produce en el espíritu el mismo efecto que hace en los oidos la igualdad de la entonacion.

Voltaire lo ha dicho:

«*L'ennui naquit un jour de l'uniformité.*»

Lo que nos sucede cuando oimos leer en alta voz con escesiva rapidez olvidando la marcha mas ó ménos mesurada del autor, la fuerza, enerjía ó pasion del pensamiento, — nos sucede tambien viajando en ferro-carril.

La velocidad de la locomocion no hace efecto porque es contínua.

Siempre que oigo leer en alta voz muy á prisa, me acuerdo de un cuento, y cuando recorro á caballo las pampas arjentinas me acuerdo de otro.

En una comedia de Sedaine, no estoy cierto si en *Rose et Colas*, hay una escena muy larga entre dos aldeanos, y cuentan las crónicas que los actores á fin de terminar cuanto ántes el ensayo, se apuraban demasiado, y que no por eso la escena parecia mas corta.

Consultado el autor á ver si se prestaba á hacer algunas supresiones, contestó:

«Díganla mas despacio y harán que parezca mas corta.»

Sedaine tuvo, á no dudarlo, presente el dicho de otro poeta francés como él:

«Dans tout ce que tu *lis*, hâte-toi lentement.»

Pues lo mismo sucede cuando se recorre un país á todo galope; todo parece lejos y nada se ve bien, se llega al término de la jornada abrumado de cansancio y sin haber disfrutado de los agradables espectáculos de la naturaleza.

Y eso es cuando se llega, que á veces se queda uno en el camino.

Era tarde, poníase el sol, un viajero ecuestre galopaba á toda brida por los campos.

Encontróse con un gaucho y le preguntó:

— A qué hora llegaré á tal parte?

— Si sigue al galope, le contestó, llegará mañana; si marcha al trotecito llegará *lueguito* no mas.

— Y cuántas leguas hay?

— Así como dos.

— Y cómo es eso; si está tan cerca, como he de tardar mas, andando mas lijero?

— Oh! contestó el paisano, echándole una mirada de compasion al caballo de su interlocutor; es que si lo sigue apurando al *mancarron*, *ahorita* no mas se le va á aplastar.

Lo cual oido por el viajero hizo que recojiendo la rienda se pusiera al trote.

La aplicacion de mis máximas, viajando en todas estaciones, de dia y de noche, con buen y mal tiempo, por las vastas soledades del desierto, me ha dado siempre el mejor resultado.

He llegado á donde me proponia el dia anunciado de antemano, sin dejar caballos cansados en el camino y sin fatigar física ni moralmente á los que me acompañaban.

Mi regla era inalterable.

Partia al trote, galopaba un cuarto de hora, sujetaba, seguia al tranco cinco minutos, trotaba en seguida otros cinco, galopaba luego otro cuarto de hora, y por último hacia alto, echaba pié á tierra, descansaba cinco minutos y dejaba descansar los caballos prosiguiendo despues la marcha con la misma inflexible regularidad, toda vez que el terreno lo permitia.

Los maturrangos que me seguian se quejaban de que cambiára tanto el aire de la marcha y de las contínuas paradas, — primero, por falta de reflexion; segundo, porque á ellos una vez que el cuerpo se les calienta, lo que ménos les incomoda es el galope. Pero los caballos mas jueces en la materia que los que los montan, estoy cierto, que en su interior decian, cada vez que oian la voz de *alto* y la órden de *saquen los frenos*: bendito sea este coronel!

Lo repito, viajando sucede lo mismo que leyendo.

Las lecturas mas largas son esas en las que no hay alteracion ni en la cadencia ni en la diccion.

El autor de la trajedia de *Leonidas* habia invitado varios de sus amigos para leerles una nueva composicion.

Nadie se hizo esperar.

A la hora convenida doce jueces selectos entre los que habia algunos académicos, se hallaban reunidos ocupando cómodos sillones, y en frente de ellos, con una mesa por delante, el poeta.

La lectura empezó leyendo el mismo autor, que poseia el arte de hacer magníficos versos; pero que no sabia leer.

Leia con una voz sepulcral monótona é invariable.

Durante la primera media hora la amistad soportó el suplicio, aplaudiendo los dos primeros actos.

Terminaba el tercero, y como el autor no oyese la mas

leve muestra de aprobacion, levantó la vista del manuscrito, y echando una mirada á su alrededor, encontró que el auditorio dormia profundamente.

Comprendiendo lo que habia pasado, apaga las luces, y en lugar de continuar leyendo, se pone á declamar á oscuras el resto de la trajedia que sabia de memoria.

La lectura en alta voz y la declamacion son dos artes diferentes.

Todos se despiertan esclamando: bravo! bravo!

El autor no se detiene, sus amigos creen que aquello es un sueño, que están ciegos, porque abren los ojos y nada ven, vuelven en sí despues de un momento de espanto y la escena termina con esta enseñanza útil:

La monotonía es capaz de hacer dormir á los mejores amigos.

Mis oficiales no pensaban en nada de esto al censurar mi parada á la vista de los médanos de la Verde, como no pensaron en ocasiones anteriores qué habria sido de los pobres caballos y de nosotros mismos, si hubiéramos marchado en alas de la impaciencia siempre al galope?

Habríamos tardado mas en llegar á Leubucó, mas en salir de allí, mas en volver al punto de partida y el trayecto lo hubiéramos hecho entre el sueño y la fatiga.

Que se acuerden de lo que les pasó, yendo de la Verde al fuerte «Sarmiento» y cuando en cumplimiento de mis órdenes tuvieron que hacer la marcha al trote, y nada mas que al trote.

Todos querian galopar ó *tranquear.*

Los franciscanos clamaban al cielo.

La consigna era al trote y al trote se marchaba y las distancias parecian mas largas y las horas eternas y todos se dormian y se llevaban los árboles por delante é interiormente esclamaban, — malhaya el Coronel.

El Coronel tuvo sin embargo sus razones para dar esas órdenes, — razones que no son del caso y que respondian á un sentimiento de prudencia previsora.

La parada no se efectuó únicamente por alterar la mono-

tonía de la marcha, por hacer descansar los caballos. La diplomacia tuvo en ello gran parte.

Yo tenia motivos para retardar mi arribo á la Verde, en donde no queria detenerme, sino encontrarme en todo caso con el capitan Rivadavia, ó con algun embajador de Mariano Rosas.

Cuando despues de haber medido las distancias con el compás de la imajinacion, el reloj me dijo que era hora de proseguir la marcha, mandé poner los frenos y cinchar.

Al tiempo de movernos descubriéronse á retaguardia dos polvos siguiendo la misma direccion de la rastrillada, siendo mas pequeño el que estaba mas cerca de nosotros, que el que remolineaba mas lejos.

— Es uno que corre un avestruz, decian estos; es uno que corre una gama, decian aquellos; no es nada de eso, decia Camilo Arias; es un indio que corre una cosa que no es animal del campo.

Mis oficiales y yo observábamos, haciendo conjeturas, y hasta los franciscanos que se iban haciendo gauchos, metian su cuchara calculando qué serian los tales polvos.

Ya estábamos á caballo.

Yo trepidaba; queria seguir y salir de dudas.

Camilo Arias cuya mirada taladraba el espacio, por decirlo así, hasta tocar los objetos, dijo entónces con su aire de seguridad habitual:

— Es un indio que corre un perro.

— Ha de ser *Brasil* que se ha de haber escapado, esclamaron varios á una.

Y los dos franciscanos:

— Pobrecito! Cuánto me alegro!

Y esto diciendo, me miraron como reprochándome una vez mas lo que habia hecho en Carrilobo.

Mi pecado no era grande empero.

Estábamos conversando con Ramon en su toldo, cuando el valiente *Brasil*, — hablo del perro, — vino mansamente, á echarse á mi lado, mirándome como quien dice: cuando nos vamos de esta tierra? meneando al mismo tiempo la cola

como un plumero, como cuando con una sonrisa afable ó con una palmada cariñosa queremos neutralizar el efecto de una frase picante.

No sé si lo he dicho; que *Brasil* á mas de ser muy guapo, era un can gordo y macizo, de reluciente pelo color oro muy amarillo.

Pero sí, recuerdo haber dicho estando allá por las tierras de mi compadre Baigorrita, que los perros de los indios pasan una vida verdaderamente de perros. Siempre hambrientos, se les ven las costillas, tal es su flacura; parece que no tuvieran carne ni sangre; diríase al verlos, que son habitantes fósiles de las remotas épocas anti-diluvianas, en que solo vivian disecados por una temperatura plutoniana los enroscados ammonitas y los alados y cartilajinosos pterodáctilos de largo pescuezo y magna cabeza.

Ramon, enamoróse de la magnificencia de *Brasil*, cuya gordura contrastaba con la estiptiquez de sus perros, lo mismo que un prisionero paraguayo con un morrudo soldado rio-grandés.

— Qué perro tan gordo, hermano, me dijo, y qué lindo! y los mios qué flacos!

— No les dará de comer, hermano, le contesté.

— Pues no!

— Y qué les dá de comer?

— Lo que sobra.

Lo que sobra, dije yo para mis adentros. Y sabiendo que los indios se comen hasta la sangre humeante de la res, pensé: yo no quisiera estar en el pellejo de estos perros, recordando que alguna vez habia tenido envidia de ciertos perritos de larga lana y lúbricos ojos, que algunas damas de copete y otras que no lo son, adoran con locura, durmiendo hasta con ellos, tal es el progreso humanitario del siglo XIX; progreso que si sigue puede hacer que el año 2000 un perro se llame *Monsieur Bijau*, *Mister Pinch* ó el *Señor Don Barcino*.

Y dirijiéndome á mi interlocutor, repuse:

— Eso no basta.

Ramon contestó:

— Es que son *maulas* estos mios. Vd. podia regalarme el suyo para que encastára aquí.

Qué le habia de decir?

— Está bueno, hermano, le contesté, tómelo; pero hágalo atar ahora mismo porque de lo contrario no ha de parar en el toldo, se ha de ir conmigo.

Ramon llamó y al punto se presentaron tres cautivos.

Hablóles en su lengua; quisieron ponerle un dogal al cuello, con un lazo que por allí estaba, mas fué en vano.

Brasil mostraba sus aguzados y blancos colmillos, gruñia, se encrespaba, encojiendo nerviosamente la cola y los tímidos cautivos no se atrevian á violentarlo.

Me parecia que los desgraciados comprendian mejor que yo la libertad, y que no era por cobardía sino por un sentimiento de amor confuso y vago que respetaban al orgulloso mastin.

Tuve yo mismo que ser el verdugo de mi fiel compañero.

Brasil me miró cuando me levanté á tomar el lazo, echóse patas arriba mostrándome el pecho como diciéndome: mátame si quieres.

Al atarle la soga en el pescuezo me miré en la niña de sus ojos que parecian cristalizados.

Y me ví horrible, y á no ser la palabra empeñada, me habria creido infame.

Brasil se dejó atar humildemente á un palo.

Intentó ladrar y le hice callar con una mirada severa y un ademan de silencio.

Al abandonar el toldo de Ramon entré en él á despedirme de su familia.

El movimiento que reinaba, dijo claramente al instinto del animal que su libertad habia concluido; viéndome salir sin él, prorumpió en alaridos que desgarraban el corazon.

Quién sabe cuanto tiempo ladró!

Probablemente no se cansó de ladrar y Ramon cansado de sus lamentaciones le soltó viéndonos ya lejos.

Brasil se dijo probablemente tambien, viéndose suelto:

Ils vont, l'espace est grand, pero yo les alcanzaré, y se lanzó en pos de nosotros huyendo de aquella tierra donde

los de su especie le habian hechó perder la buena opinion que tuviera de la humanidad.

Los dos polvos avanzaban sobre nosotros con celeridad.

Teníamos la vista clavada en ellos.

De repente, la nube mas cercana se condensó y Camilo Arias gritó:

— Ahí lo bolean!

Lo confieso, persuadido de que era *Brasil* que venia hácia nosotros, las palabras de Camilo me hicieron el mismo efecto que me habria hecho en un campo de batalla ver caer prisionero á un compañero de peligros y de glorias.

Los buenos franciscanos estaban pálidos, mis oficiales y los soldados tristes.

El mal no tenia remedio.

— Vamos, dije, y partí al galope.

— Y que lo dejamos? esclamaron los franciscanos.

— Vamos, vamos, contesté; y una idea fijó mi mente mortificándome largo rato.

Por qué, me preguntaba, pensando en la suerte de *Brasil*, no ha de tener alma como yo un sér sensible, que siente el hambre, la sed, el calor y el frio, en dos palabras: el dolor y el placer sensual, lo mismo que yo?

Y pensando en esto procuraba explicarme la razon filosófica de por qué se dice:

Ese hombre es muy perro, y nunca cuando un perro es bravo ó malo: Ese perro es muy hombre.

No somos nosotros los opresores de todo cuanto respira inclusive nuestra propria raza?

La moral será algun dia una ciencia exacta?

A dónde iremos á parar, — si la anatomía comparada, la fisiolojía, la frenolojía, la biolojía, en fin, llegan á hacer progresos tan estraordinarios, como la física ó la química los hacen todos los dias, tanto que ya no va habiendo en el mundo material nada recóndito para el hombre?

Qué le falta descubrir?

Por medio de la electricidad, de la óptica y del vapor ha penetrado ya en las entrañas de la tierra y en los abismos del mar hasta insondables profundidades; ha des-

cubierto en los cielos remotos é invisibles luminares y su palabra recorre millares de leguas con májica y pasmosa rapidez.

Soñando en esas cosas iba distraido, cuando mi caballo se detuvo en presencia de un obstáculo, no sintiendo ni el rebenque ni la espuela.

Estábamos al pié de los médanos de la Verde.

LXVIII.

Otra vez en la Verde. — Ultimos ofrecimientos de Mariano Rosas. — Mas ó ménos todo el mundo es como Leubucó. — Augurios de la naturaleza. — Presentimientos. — Resuelvo separarme de mis compañeros. — Impresiones. — Adios! — Un fantasma. — Laguna del Bagual. — Encuentro nocturno. — Un cielo al revés. — *Agustinillo*. — Miseria del hombre.

El lector conoce ya la Verde, en cuya hoya profunda y circular mana fresca, abundante y límpida el agua dulce, y donde todos los que entran ó salen, por los caminos del Cuero y del Bagual, se detienen para abrevar sus cabalgaduras y guarecerse durante algunas horas bajo el tupido ramaje de los algarrobos, de los chañares y espinillos, que hermosean el plano inclinado, que en abruptas caidas, conduce hasta el borde de la laguna, cubierto de verdes juncos, de amarillentas espadañas y filosas totoras de semi-cilíndricas hojas, entre las cuales los sapos y las ranas celebran escondidos, en eterno y monótono coro, la paz inalterable de aquellas rejiones solitarias y calladas.....

Allí hay sombra, fresca gramilla y perfumado trébol, durante las horas en que el sol vibra implacable sus rayos sobre la tierra; refujio durante las noches tempestuosas, en que las aguas se desploman á torrentes del cielo, leña siempre para encender el alegre fogon.

Yo coronaba con mi jente las crestas arenosas del médano, al mismo tiempo que en una direccion que formaba con la mia un ángulo recto, aparecia un pequeño grupo de jinetes viniendo de Leubucó.

Debe ser, dije para mis adentros, la contestacion del

capitan Rivadavia, y picando mi caballo, descendí rapidamente por la cuesta, recibiendo pocos instantes despues, una carta suya, pues, en efecto, los que venian eran mensajeros de aquel fiel y valiente servidor.

Mariano Rosas habia escuchado mi reclamo diplomático, y, á fuer de hombre versado en los negocios públicos, me ofrecia en cumplimiento del tratado de paz, perseguir, aprehender y castigar á los que, segun mis noticias, habian andado *maloqueando* por San Luis, miéntras yo tenia mis conferencias á campo raso con los notables de Baigorrita, de Mariano y de Ramon.

Promesas no ayudan á pagar; pero sirven siempre para salir del paso, y los indios incansables cuando se trata de pedir, no se andan con escrúpulos cuando se trata de prometer.

Mas ó ménos el mundo anda así en todas partes, y los individuos, lo mismo que las naciones, encuentran todos los dias en el arsenal de las perfidias humanas, pretestos y razones para faltar á la fé publica empeñada; y las muchedumbres en uno y otro hemisferio, se dejan llevar constantemente de las narices por los ambiciosos que las engañan y alucinan para esplotarlas y dominarlas.

Ayer era Napoleon III erijido en campeon de las nacionalidades, triunfador en Magenta y Solferino, en nombre de la *Federacion Italiana;* hoy es Bismark en nombre del *Germanismo* al grito de la *galofobia;* mañana será otro Pedro el Grande en nombre del *Panslavismo,* valiéndose de la turbulencia Moscovita, de la ignorancia de los siervos y del fanatismo relijioso.

En América hemos tenido á Rosas, á Monagas, á Lopez.

Todos ellos supieron encontrar la palabra misteriosa y magnética para fascinar al pueblo.

La libertad y la fraternidad universal siguen miéntras tanto siendo una bella utopia, una santa aspiracion del alma y de *hejemonia* en *hejemonia,* dominados hoy por los unos, mañana por los otros, el hombre individual y el hombre colectivo, caminan por rumbos distintos quién sabe dónde. . . . . .

La perfeccion y la perfectibilidad parecen ser dos grandes quimeras.

Rodamos á la aventura, y la mentira es la única verdad de que estamos en posesion.

Parece que Dios hubiera querido ponerle una gran barrera á la conciencia humana, para detenerla siempre que se atreve á penetrar en los tenebrosos limbos del mundo moral.

El sol se ponia majestuosamente, el horizonte estaba limpio y despejado; terso el cielo azul; solo una que otra nube esmaltada con los colores del arco iris y suspendida á inmensas alturas, se descubria en la jigantesca bóveda; soplaba una brisa ricamente oxijenada, blanda y fresca; las espadañas se columpiaban graciosamente sobre su tallo flexible reflejándose en las claras aguas de la laguna, hasta humedecer en ellas sus albos penachos, como voluptuosas Náyades de bella y blanca faz, que al borde de la fuente empapáran las puntas de sus sueltos cabellos, mirándose distraidas y enomoradas de sí mismas, en el espejo líquido y sereno.

El cielo y la tierra con sus indicios seguros, auguraban una noche apacible y un dia tan hermoso como el que acababa de trascurrir.

Convenia pues aprovechar los pocos momentos de luz que quedaban.

No sé que vago y falso presentimiento oprimia angustiosamente mi pecho.

Era que iba á separarme de mis compañeros, de los que en aquella estraña peregrinacion habian compartido conmigo todas las privaciones, todas las fatigas, todos los azares de que nos vimos rodeados, y que unas veces dominé con la paciencia, otras con la audacia y el desprecio de la vida?

O que habiendo pasado el peligro la imajinacion se abismaba en sí misma absorta en la contemplacion de sus propios fantasmas?

No os ha sucedido alguna vez despues de uno de esos trances heróicos, en que se ve de cerca la muerte, con ánimo sereno, sentir algo como un estremecimiento, y tener miedo de lo que ha pasado?

No os ha sucedido alguna vez, luchar brazo á brazo con muerte, vencer y esperimentar en seguida, despues que crísis ha pasado completamente, un sacudimiento nerso, que es como si un eco interior os dijese: Parece osible?

No habeis corrido alguna vez á salvar un objeto querido borde del precipicio, salvarle instintivamente, y mirándole o y salvo, algo como un desvanecimiento de cabeza, no ha hecho comprender que la existencia es un bien sumo, á pesar de las espinas que nos hincan y lastiman, en asperezas de la jornada?

No habeis estado alguna vez horas enteras á la cabecera un doliente amado, dominado por la idea de la vida, cido por los halagos de la esperanza, y al verle convaleate, lívido el rostro, brillante la mirada, no os ha hecho efecto del espectro de la muerte, y recien entónces habeis aprendido el terrible arcano que se encierra entre el ser l no ser?

Entónces comprendereis las impresiones de mi alma, tan tintas en aquel momento de lo que habian sido ántes, en mismo lugar, — cuando resuelto á todo sin prévio aviso lesarmado, me dirijí al corazon de las tolderías seguido un puñado de hombres animosos.

En el fondo del médano habia ya como un crepúsculo, éntras que en sus crestas reverberaban todavía los últimos os solares.

Bandadas interminables de aves acuáticas, que se retiran á sus nidos lejanos, cruzaban por sobre nuestras cabes, batiendo las alas con estrépito en sus evoluciones prichosas, y nuestras cabalgaduras despues de haberse rescado, *chapaleaban* el agua de la orilla de la laguna, se volcaban, mordian acá y allá las mas incitantes matas de sto y relinchaban mirando en direccion al Norte, con las ejas tiesas y fijas como la flecha de un cuadrante que arcára el punto de direccion, cuando llamando á los buenos anciscanos y á mis oficiales les comuniqué que habia reelto separarme de ellos.

El sentimiento de la disciplina no mata los grandes afectos,

es mentira; pero hace que el hombre, reprimiéndose, se acostumbre á disimular todas sus impresiones — hasta las mas tiernas y honrosas.

Cuantas veces á causa de eso no pasan por séres sin corazon los que se hallan sujetos á las terribles leyes de la obediencia pasiva, — á esas leyes que en todas partes mantienen divorciado al soldado con el ciudadano, que contra el espíritu del siglo permanecen estacionarias, como monumentos inamovibles de esclavitud, sin que la marea jenerosa que ajita al mundo civilizado desde la caida del imperio Romano, las haya conmovido, y, que, por eso mismo, hacen al soldado tanto mas grande, cuanto mayor es la servidumbre que le oprime.

Al recibir aquellos la órden de formar dos grupos, de los cuales el mas numeroso seguiria por el camino conocido del Cuero, y el mas pequeño, encabezado por mí, tomaria el desconocido de la laguna del Bagual, algo como un tinte de tristeza vagó por sus fisonomías.

Nadie replicó, todos corrieron á disponer lo referente á la marcha nocturna. Pero yo comprendí que mas de un corazon sentia vivamente separarse de mí; no solo por esa simpatía secreta, que como vínculo, une á los hombres, sea cual sea su posicion respectiva, sino por ese amor á lo desconocido y esa inclinacion jenial al combate y á la lucha, propia de las criaturas varoniles, que hace apetecible la vida, cuando ella no se consume monótonamente en la molicie y los placeres.

Cumplidas mis órdenes y escritas las instrucciones correspondientes en una hoja del libro de memorias del mayor Lemleny, se formaron los dos grupos determinados.

Me despedí de este, de los franciscanos, de Ozarowzki, de todos en fin, repetí, como lo hubiera hecho un viejo regañon y fastidioso, varias veces la misma cosa, monté á caballo y eché á andar seguido de los cuatro compañeros que componian mi grupo.

El de Lemleny me precedia.

Los caballos que montábamos estaban frescos, de modo

que trepamos sin dificultad á la cresta del médano, por la gran rastrillada del Norte.

Una vez allí, volvimos á decirnos adios.

Lemleny y los suyos, tomaron el ramal de la derecha, yo tomé el de la izquierda, que seguia el rumbo del Poniente, y gritando todavía una vez mas, — cuidado con galopar! — se hice comprender á mi caballo con una presion nerviosa de las piernas en los ijares, que debia tomar un aire de marcha mas vivo.

El entendido animal tomó el trote; mis dos tropillas pasaron adelante y el tan, tan, metálico del cencerro, vibrando sonoro en medio del profundo silencio de la pampa, animaba hasta los mismos jinetes haciéndonos el efecto de un precursor seguro.

Relinchos fuertísimos iban y venian de un grupo á otro, como si los animales se dijeran: por qué nos han separado?

Yo y los mios dimos vuelta varias veces, hasta que la distancia y las nubes de polvo, hicieron invisibles á los que rotaban sin interrupcion al Norte, á fin de poder hacer su primer parada en *Loncó-uaca*, aguada abundante y permanente, buena para apaciguar la sed del hombre y de los animales.

Probablemente ellos hicieron lo mismo que nosotros, varias veces mirarian atrás á ver si nos descubrian.

Valientes compañeros! réstame aun decir antes de perderlos de vista del todo, que hicieron su travesía con felicidad, cumpliendo mis órdenes estrictamente, con bastante hambre y trotando consecutivamente dos dias y dos noches, hasta llegar al fuerte «Sarmiento».

Los franciscanos sacudidos por el trote casi se deshicieron; á pesar de su mansedumbre lo calificaban de infernal, repitiendo mas de una vez durante el trayecto: por qué no galopamos un poquito?

Mis oficiales contestaban: primero, porque la órden es que la marcha se haga al trote, segundo, porque si galopamos no llegaremos en dos dias.

El Padre Márcos alegaba que su caballo era superior.

Los oficiales le decian por hacerlo rabiar un poco, —

los de su especie le habian hechó perder la buena opinion que tuviera de la humanidad.

Los dos polvos avanzaban sobre nosotros con celeridad.

Teníamos la vista clavada en ellos.

De repente, la nube mas cercana se condensó y Camilo Arias gritó:

— Ahí lo bolean!

Lo confieso, persuadido de que era *Brasil* que venia hácia nosotros, las palabras de Camilo me hicieron el mismo efecto que me habria hecho en un campo de batalla ver caer prisionero á un compañero de peligros y de glorias.

Los buenos franciscanos estaban pálidos, mis oficiales y los soldados tristes.

El mal no tenia remedio.

— Vamos, dije, y partí al galope.

— Y que lo dejamos? esclamaron los franciscanos.

— Vamos, vamos, contesté; y una idea fijó mi mente mortificándome largo rato.

Por qué, me preguntaba, pensando en la suerte de *Brasil*, no ha de tener alma como yo un sér sensible, que siente el hambre, la sed, el calor y el frio, en dos palabras: el dolor y el placer sensual, lo mismo que yo?

Y pensando en esto procuraba explicarme la razon filosófica de por qué se dice:

Ese hombre es muy perro, y nunca cuando un perro es bravo ó malo: Ese perro es muy hombre.

No somos nosotros los opresores de todo cuanto respira inclusive nuestra propria raza?

La moral será algun dia una ciencia exacta?

A dónde iremos á parar, — si la anatomía comparada, la fisiolojía, la frenolojía, la biolojía, en fin, llegan á hacer progresos tan estraordinarios, como la física ó la química los hacen todos los dias, tanto que ya no va habiendo en el mundo material nada recóndito para el hombre?

Qué le falta descubrir?

Por medio de la electricidad, de la óptica y del vapor ha penetrado ya en las entrañas de la tierra y en los abismos del mar hasta insondables profundidades; ha des-

cubierto en los cielos remotos é invisibles luminares y su palabra recorre millares de leguas con májica y pasmosa rapidez.

Soñando en esas cosas iba distraido, cuando mi caballo se detuvo en presencia de un obstáculo, no sintiendo ni el rebenque ni la espuela.

Estábamos al pié de los médanos de la Verde.

LXVIII.

Otra vez en la Verde. — Ultimos ofrecimientos de Mariano Rosas. — Mas ó ménos todo el mundo es como Leubucó. — Augurios de la naturaleza. — Presentimientos. — Resuelvo separarme de mis compañeros. — Impresiones. — Adios! — Un fantasma. — Laguna del Bagual. — Encuentro nocturno. — Un cielo al revés. — *Agustinillo*. — Miseria del hombre.

El lector conoce ya la Verde, en cuya hoya profunda y circular mana fresca, abundante y límpida el agua dulce, y donde todos los que entran ó salen, por los caminos del Cuero y del Bagual, se detienen para abrevar sus cabalgaduras y guarecerse durante algunas horas bajo el tupido ramaje de los algarrobos, de los chañares y espinillos, que hermosean el plano inclinado, que en abruptas caidas, conduce hasta el borde de la laguna, cubierto de verdes juncos, de amarillentas espadañas y filosas totoras de semi-cilíndricas hojas, entre las cuales los sapos y las ranas celebran escondidos, en eterno y monótono coro, la paz inalterable de aquellas rejiones solitarias y calladas.....

Allí hay sombra, fresca gramilla y perfumado trébol, durante las horas en que el sol vibra implacable sus rayos sobre la tierra; refujio durante las noches tempestuosas, en que las aguas se desploman á torrentes del cielo, leña siempre para encender el alegre fogon.

Yo coronaba con mi jente las crestas arenosas del médano, al mismo tiempo que en una direccion que formaba con la mia un ángulo recto, aparecia un pequeño grupo de jinetes viniendo de Leubucó.

Debe ser, dije para mis adentros, la contestacion del

capitan Rivadavia, y picando mi caballo, descendí rapidamente por la cuesta, recibiendo pocos instantes despues, una carta suya, pues, en efecto, los que venian eran mensajeros de aquel fiel y valiente servidor.

Mariano Rosas habia escuchado mi reclamo diplomático, y, á fuer de hombre versado en los negocios públicos, me ofrecia en cumplimiento del tratado de paz, perseguir, aprehender y castigar á los que, segun mis noticias, habian andado *maloqueando* por San Luis, miéntras yo tenia mis conferencias á campo raso con los notables de Baigorrita, de Mariano y de Ramon.

Promesas no ayudan á pagar; pero sirven siempre para salir del paso, y los indios incansables cuando se trata de pedir, no se andan con escrúpulos cuando se trata de prometer.

Mas ó ménos el mundo anda así en todas partes, y los individuos, lo mismo que las naciones, encuentran todos los dias en el arsenal de las perfidias humanas, pretestos y razones para faltar á la fé publica empeñada; y las muchedumbres en uno y otro hemisferio, se dejan llevar constantemente de las narices por los ambiciosos que las engañan y alucinan para esplotarlas y dominarlas.

Ayer era Napoleon III erijido en campeon de las nacionalidades, triunfador en Magenta y Solferino, en nombre de la *Federacion Italiana;* hoy es Bismark en nombre del *Germanismo* al grito de la *galofobia;* mañana será otro Pedro el Grande en nombre del *Panslavismo,* valiéndose de la turbulencia Moscovita, de la ignorancia de los siervos y del fanatismo relijioso.

En América hemos tenido á Rosas, á Monagas, á Lopez.

Todos ellos supieron encontrar la palabra misteriosa y magnética para fascinar al pueblo.

La libertad y la fraternidad universal siguen miéntras tanto siendo una bella utopia, una santa aspiracion del alma y de *hejemonia* en *hejemonia,* dominados hoy por los unos, mañana por los otros, el hombre individual y el hombre colectivo, caminan por rumbos distintos quién sabe dónde. . . . . .

La perfeccion y la perfectibilidad parecen ser dos grandes quimeras.

Rodamos á la aventura, y la mentira es la única verdad de que estamos en posesion.

Parece que Dios hubiera querido ponerle una gran barrera á la conciencia humana, para detenerla siempre que se atreve á penetrar en los tenebrosos limbos del mundo moral.

El sol se ponia majestuosamente, el horizonte estaba limpio y despejado; terso el cielo azul; solo una que otra nube esmaltada con los colores del arco iris y suspendida á inmensas alturas, se descubria en la jigantesca bóveda; soplaba una brisa ricamente oxijenada, blanda y fresca; las espadañas se columpiaban graciosamente sobre su tallo flexible reflejándose en las claras aguas de la laguna, hasta humedecer en ellas sus albos penachos, como voluptuosas Náyades de bella y blanca faz, que al borde de la fuente empapáran las puntas de sus sueltos cabellos, mirándose distraidas y enomoradas de sí mismas, en el espejo líquido y sereno.

El cielo y la tierra con sus indicios seguros, auguraban una noche apacible y un dia tan hermoso como el que acababa de trascurrir.

Convenia pues aprovechar los pocos momentos de luz que quedaban.

No sé que vago y falso presentimiento oprimia angustiosamente mi pecho.

Era que iba á separarme de mis compañeros, de los que en aquella estraña peregrinacion habian compartido conmigo todas las privaciones, todas las fatigas, todos los azares de que nos vimos rodeados, y que unas veces dominé con la paciencia, otras con la audacia y el desprecio de la vida?

O que habiendo pasado el peligro la imajinacion se abismaba en sí misma absorta en la contemplacion de sus propios fantasmas?

No os ha sucedido alguna vez despues de uno de esos trances heróicos, en que se ve de cerca la muerte, con ánimo sereno, sentir algo como un estremecimiento, y tener miedo de lo que ha pasado?

No os ha sucedido alguna vez, luchar brazo á brazo con a muerte, vencer y esperimentar en seguida, despues que a crísis ha pasado completamente, un sacudimiento nerrioso, que es como si un eco interior os dijese: Parece mposible?

No habeis corrido alguna vez á salvar un objeto querido ıl borde del precipicio, salvarle instintivamente, y mirándole ıano y salvo, algo como un desvanecimiento de cabeza, no ɔs ha hecho comprender que la existencia es un bien suɔremo, á pesar de las espinas que nos hincan y lastiman, en las asperezas de la jornada?

No habeis estado alguna vez horas enteras á la cabecera le un doliente amado, dominado por la idea de la vida, mecido por los halagos de la esperanza, y al verle convaleciente, lívido el rostro, brillante la mirada, no os ha hecho el efecto del espectro de la muerte, y recien entónces habeis comprendido el terrible arcano que se encierra entre el ser y el no ser?

Entónces comprendereis las impresiones de mi alma, tan distintas en aquel momento de lo que habian sido ántes, en ese mismo lugar, — cuando resuelto á todo sin prévio aviso y desarmado, me dirijí al corazon de las tolderías seguido de un puñado de hombres animosos.

En el fondo del médano habia ya como un crepúsculo, miéntras que en sus crestas reverberaban todavía los últimos rayos solares.

Bandadas interminables de aves acuáticas, que se retiraban á sus nidos lejanos, cruzaban por sobre nuestras cabezas, batiendo las alas con estrépito en sus evoluciones caprichosas, y nuestras cabalgaduras despues de haberse refrescado, *chapaleaban* el agua de la orilla de la laguna, se revolcaban, mordian acá y allá las mas incitantes matas de pasto y relinchaban mirando en direccion al Norte, con las orejas tiesas y fijas como la flecha de un cuadrante que marcára el punto de direccion, cuando llamando á los buenos franciscanos y á mis oficiales les comuniqué que habia resuelto separarme de ellos.

El sentimiento de la disciplina no mata los grandes afectos,

es mentira; pero hace que el hombre, reprimiéndose, se acostumbre á disimular todas sus impresiones — hasta las mas tiernas y honrosas.

Cuantas veces á causa de eso no pasan por séres sin corazon los que se hallan sujetos á las terribles leyes de la obediencia pasiva, — á esas leyes que en todas partes mantienen divorciado al soldado con el ciudadano, que contra el espíritu del siglo permanecen estacionarias, como monumentos inamovibles de esclavitud, sin que la marea jenerosa que ajita al mundo civilizado desde la caida del imperio Romano, las haya conmovido, y, que, por eso mismo, hacen al soldado tanto mas grande, cuanto mayor es la servidumbre que le oprime.

Al recibir aquellos la órden de formar dos grupos, de los cuales el mas numeroso seguiria por el camino conocido del Cuero, y el mas pequeño, encabezado por mí, tomaria el desconocido de la laguna del Bagual, algo como un tinte de tristeza vagó por sus fisonomías.

Nadie replicó, todos corrieron á disponer lo referente á la marcha nocturna. Pero yo comprendí que mas de un corazon sentia vivamente separarse de mí; no solo por esa simpatía secreta, que como vínculo, une á los hombres, sea cual sea su posicion respectiva, sino por ese amor á lo desconocido y esa inclinacion jenial al combate y á la lucha, propia de las criaturas varoniles, que hace apetecible la vida, cuando ella no se consume monótonamente en la molicie y los placeres.

Cumplidas mis órdenes y escritas las instrucciones correspondientes en una hoja del libro de memorias del mayor Lemleny, se formaron los dos grupos determinados.

Me despedí de este, de los franciscanos, de Ozarowzki, de todos en fin, repetí, como lo hubiera hecho un viejo regañon y fastidioso, varias veces la misma cosa, monté á caballo y eché á andar seguido de los cuatro compañeros que componian mi grupo.

El de Lemleny me precedia.

Los caballos que montábamos estaban frescos, de modo

ıue trepamos sin dificultad á la cresta del médano, por la ;ran rastrillada del Norte.

Una vez allí, volvimos á decirnos adios.

Lemleny y los suyos, tomaron el ramal de la derecha, 'o tomé el de la izquierda, que seguia el rumbo del Poniente, ' gritando todavía una vez mas, — cuidado con galopar! — e hice comprender á mi caballo con una presion nerviosa le las piernas en los ijares, que debia tomar un aire de narcha mas vivo.

El entendido animal tomó el trote; mis dos tropillas ›asaron adelante y el tan, tan, metálico del cencerro, vibrando onoro en medio del profundo silencio de la pampa, animaba ıasta los mismos jinetes haciéndonos el efecto de un pre-:ursor seguro.

Relinchos fuertísimos iban y venian de un grupo á otro, :omo si los animales se dijeran: por qué nos han separado?

Yo y los mios dimos vuelta varias veces, hasta que la listancia y las nubes de polvo, hicieron invisibles á los que rotaban sin interrupcion al Norte, á fin de poder hacer su ›rimer parada en *Loncó-uaca*, aguada abundante y per-nanente, buena para apaciguar la sed del hombre y de los ınimales.

Probablemente ellos hicieron lo mismo que nosotros, varias veces mirarian atrás á ver si nos descubrian.

Valientes compañeros! réstame aun decir antes de per-lerlos de vista del todo, que hicieron su travesía con feli-:idad, cumpliendo mis órdenes estrictamente, con bastante ıambre y trotando consecutivamente dos dias y dos noches, ıasta llegar al fuerte «Sarmiento».

Los franciscanos sacudidos por el trote casi se deshicieron; ı pesar de su mansedumbre lo calificaban de infernal, repi-:iendo mas de una vez durante el trayecto: por qué no galopamos un poquito?

Mis oficiales contestaban: primero, porque la órden es que la marcha se haga al trote, segundo, porque si galopa-mos no llegaremos en dos dias.

El Padre Márcos alegaba que su caballo era superior.

Los oficiales le decian por hacerlo rabiar un poco, —

cosa á la que creo no se opone la órden de Ntro. R. P. San Francisco, — tambien era superior el moro que maltrató V. la vez pasada.

Aquella marcha ha dejado recuerdos imperecederos en la memoria de los que la hicieron; y no hay ninguno de ellos que no esté de acuerdo con la teoría que he desarrollado en mi carta anterior, á propósito de las hablillas que tuvieron lugar cuando hice alto á la vista de la Verde.

Las sombras de la noche iban envolviendo poco á poco el espacio, los accidentes del terreno desaparecian entre las tinieblas, flotábamos en un piélago oscuro como el de la primera noche del Génesis, — como dicen en la tierra, — estaba toldado, las estrellas no podian enviarnos su luz al través de los opacos nubarrones que á manera de inmensa sábana mortuoria, se habian estendido por el cielo.

Hacia algunas horas que trotábamos y galopábamos.

Un punto negro, mas negro que la negra noche, aparecia á corta distancia, en las mismas dereceras de la rastrillada, alzándose como un fantasma colosal, y un ruido que no se oye sino en la pampa, á la orilla de las lagunas, cuando la creacion duerme, íbase haciendo cada vez mas perceptible.

Era que íbamos á llegar á la laguna del Bagual.

El fantasma ese era un médano cubierto de arbustos, el ruido peculiar, el cuchicheo nocturno de las aves, que murmuran sus inocentes amores, salvándose del inclemente rocío entre las pajas.

La laguna del Bagual es por este camino un punto estratéjico como lo es por el otro la Verde: se seca rara vez, siendo fácil hacer brotar el agua por medio de jagüeles, y no tiene nada de notable, presentando la forma comun de los abrevadores pampeanos, — la de una honda taza.

Cuando el desertor ó el bandido, que se refujia entre los indios, sediento y cansado, zumbándole aun en los oidos el galopar de la partida que le persigue, — llega á la laguna del Bagual, recien suspira con libertad, recien se apea, recien se tiende tranquilo á dormir el sueño inquieto del fujitivo.

Saliendo de las tolderias sucede lo contrario; allí se

detiene el malon organizado, grande ó chico, el indio gaucho que solo ó acompañado, sale á *trabajar* de su cuenta y riesgo, el cautivo que huye con riesgo de la vida.

Una vez en los médanos del Bagual, el que entra ya no mira para atrás, el que sale solo mira adelante.

El Bagual es un verdadero Rubicon, — no tanto por la distancia que hay de allí á las tolderías, cuanto por su situacion topográfica.

Es que por el camino del Bagual entrando ó saliendo jamás se carece de agua, de esa agua que es el mas formidable enemigo del caminante y de su valiente caballo, en el desierto de las pampas Arjentinas.

Al Sud, avanzando hácia las tolderías, Ranquilco y el médano Colorado ofrecen seguras aguadas y pasto, quedando sobre el mismo camino.

Era temprano aun, habia galopado bien, y no teniendo por que apurarme, seguí la marcha á ver si llegaba á *Agustinillo* ántes de salir la luna.

Galopábamos, cruzando las sendas tortuosas de un monte espeso, cuando distinguimos cinco bultos á derecha é izquierda del camino.

— Qué es eso? le pregunté á Camilo.

— Son caballos, me contestó.

— Pues arreemos con ellos, agregué.

Y esto diciendo formamos un ala y arrebatamos del campo los cinco animales, incorporándolos á las tropillas.

A quién pertenecian? . . . . . .

Aquella noche comprendí la tendencia irresistible de nuestros gauchos, á apropiarse lo que encuentran en su camino, — murmurando interiormente el aforismo de Proudhon: «la propiedad es el robo».

Mora dijo:

— Han de ser de los indios.

Yo contesté:

— El que roba á un ladron tiene cien dias de perdon.

Contentos con tal hallazgo nos reíamos á carcajadas, resonando nuestros ecos por la espesura . . . . . .

De repente oyéronse unos silbidos que llamando mi atencion

me hicieron recojerle las riendas al caballo y cambiar el aire de la marcha.

Los silbidos seguian saliendo de diferentes direcciones.

— Han de ser indios, dijo Mora.

— Qué indios, le pregunté?

— Los de la *Jarilla.*

— Y porque silban?

— Nos han de haber sentido y no saben lo que es.

Mora me inspiraba confianza, hice alto; pero temiendo una celada, me dispuse á la lucha, haciendo que mis cuatro compañeros echaran pié á tierra.

Si son mas que nosotros, me dije, pié á tierra somos mas fuertes, y si no vienen con mala intencion, se acercarán á reconocernos.

Efectivamente, apenas nos desmontamos, aparecieron siete indios armados de lanzas.

La luna asomaba en aquel mismo momento como un filete de plata luminoso, por entre un monton de nubes.

— Háblales en la lengua, le dije á Mora.

Mora obedeció dirijiéndoles algunas palabras.

Los indios avanzaron cautelosamente soslayando los caballos.

Camilo Arias con ese instinto admirable que tenia, dijo:

— Están con miedo.

— Háblales otra vez, le dije á Mora.

Obedeció este, habló nuevamente, y los indios se acercaron al tranco con las lanzas enristradas, haciendo alto á unos veinte metros.

— Con permiso de quién pasando? dijeron.

— Con permiso de quién andando por acá? les contesté.

— Ese quién siendo? repusieron.

— Coronel Mansilla, *peñi,* agregué.

Y esto oyendo los indios, recojieron sus lanzas y se acercaron á nosotros confiadamente.

Nos saludamos, nos dimos las manos, conversamos un rato, les devolvimos los cinco caballos que les acabábamos de *robar,* pues eran de ellos, les dimos algunos tragos de anís, toda la yerba, azúcar y cigarros que pudímos; mi ayudante

Demetrio Rodriguez les dió su poncho viendo que uno de ellos estaba casi desnudo y por último nos dijimos adios, separándonos como los mejores amigos del mundo.

— Qué indios son estos? le pregunté á Mora.

— Son indios de la Jarilla, me contestó.

— Y ese que no hablaba, que estaba bien vestido y se tapaba la cara, quién seria?

— Ese es Ancañao.

Ancañao era un indio gaucho que estando yo en Buenos Aires habia hecho una correría muy atrevida por mi frontera, llegando hasta la laguna del Tala de los Puntanos, donde tomó é hirió malamente á un cabo del Rejimiento 7º de caballería, que llevaba comunicaciones para el Rio 4º.

En estas pláticas íbamos, cuando la luna rompiendo al in los celajes que se oponian á que brillára con todo su esplendor, derramó su luz sobre la blanca sábana de un vasto salitral, de cuya superficie refuljente y plateada, se alzaron innumerables luces, como si la tierra estuviera sembrada de brillantes y záfiros.

Era un espectáculo hermosísimo; la luna, las estrellas y hasta la mismas opacas nubes, se retrataban en aquel espejo inmóvil, haciendo el efecto de un cielo al revés.

Las huellas de la última invasion que por allí habia pasado, estaban aun impresas en el suelo cristalino.

Hice alto un momento, probé la sal y era escelente.

Los indios que viven mas cerca de allí, la recojen en grandes cantidades y hacen uso de ella para cocinar, sin someterla á ninguna preparacion prévia.

Seguimos la marcha; un rato despues estábamos en Agustinillo, campados al borde de una linda laguna y al abrigo de grandes chañares.

Hice tender mi cama, porque hacia fresco, lo mas cerca posible del fogon, y miéntras preparaban un asado, estando mis miembros fatigados y hallándonos completamente fuera de peligro, traté de echar un sueño.

Imposible dormir!

Mi mente, predispuesta á la meditacion, no se dejaba subyugar por la materia.

Pensaba en las escenas estraordinarias que algunos dias ántes eran un ideal, gozaba en la contemplacion de ellas, y me decia en ese lenguaje mudo y grave con que nos habla la voz del espíritu en sus horas de reconcentracion: la miseria del hombre consiste en ver frustradas sus miras y en vivir de conjeturas; porque la realidad es el supremo bien y la belleza suprema.

En efecto, entre el ideal soñado y el ideal realizado, hay un mundo de goces, que solo pueden apreciar, como es debido, los que habiendo anhelado fuertemente, han conseguido despues de grandes padecimientos y dolores lo que se proponian.

La virtud y la felicidad son acaso otra cosa que la ciencia de lo real?

Platon, lo ha dicho hablando de lo BELLO:

«El alma que no ha percibido nunca la verdad, no puede revestir la forma humana.»

Pues, como el sábio, felicitémosnos de que la verdad sea tan saludable, y de abrigar la esperanza de descubrir algun dia la sustancia *efectiva* de todo, — para que todo no sea símbolo y sueño!

EPÍLOGO.

«No nos ordenan la relijion y la humani-«dad aliviar á los pacientes? No son herma-«nos todos los hombres? No deben compar-«tirse los bienes y los males que deben á «su autor comun? Es lícito mostrarse inexo-«rable y sin piedad con alguno de sus se-«mejantes?»

(Comte.)

«El destino de la naturaleza organizada es «la perfectibilidad, y quién puede asignarle «límites? Al hombre le toca dominar el caos, «desparramar en todas partes, durante la «vida, las simientes de la ciencia y de la «poesia, á fin de que los climas, los cereales, «los animales y los *hombres* se suavicen, y «para que los jérmenes del amor y del bien «se multipliquen.»

(Emerson.)

El sol no comenzaba aun á disipar el cristalino rocío, que una noche serena habia depositado sobre la agreste alfombra de la Pampa, y ya galopábamos aprovechando la fresca de una lindísima mañana de Abril.

Era necesario hacerlo así para no pasar otra noche en el camino.

Yo no tenia que contemplar tanto las cabalgaduras, como los que habian seguido por el camino del Cuero.

El itinerario del Bagual está sembrado de hermosas lagunas de agua dulce y permanente; en sus bañados vastísimos, hay siempre escelente pasto y en las profundas sinuosidades de un terreno quebrado y montuoso, sombra y leña.

Dichas lagunas saliendo de Agustinillo hasta llegar frente á la Villa de Mercedes, sobre el Rio 5°, son: Overamanca, el Chañar, Loncomatro, la Seña; aquí se abren dos caminos, uno para el 3 de Febrero y otro para las Totoritas, las Acollaradas, el Corralito, el Macho-muerto, Santiago-Pozo, la Hallada, el Tala, el Bajo-hondo, el Guanaco, Sallape, Pozo de los avestruces y Pozo escondido.

Todas ellas presentan mas ó ménos la misma fisonomía.

Aquellos campos desiertos é inhabitados, tienen un porvenir grandioso, y con la solemne majestad de su silencio, piden brazos y trabajo.

Cuándo brillará para ellas esa aurora color de rosa?

Cuándo!.....

Ay! cuando los Ranqueles hayan sido esterminados ó reducidos, cristianizados y civilizados.

Y cuántos son los Ranqueles, de cuya vida, usos y costumbres he procurado dar una lijera idea en el trascurso de las pájinas antecedentes?

De ocho á diez mil almas, inclusive unos seiscientos ú ochocientos cautivos cristianos de ambos sexos, niños, adultos, jóvenes y viejos.

En qué me fundo para decirlo?

En ciertas observaciones oculares, en datos que he recojido y en un calculo estadístico muy sencillo.

Las tres tríbus de Mariano Rosas, de Baigorrita y de Ramon, que constituyen la gran familia ranquelina, cuentan los tres caciques principales susodichos, dos caciques menores, Epumer y Yanquetruz y sesenta capitanejos cuyos nombres son:

Caniupan, Melideo, Relmo, Manghin, Chuwailau, Caiunao, Ignál, Tripailao, Millalaf, Quintunao, Nillacaóe, Peñaloza, Ancañao, Millanao, Pancho, Carrinamon, Cristo, Naupai, Antengher, Nagüel, Lefin, Quentreú, Jacinto, Tuquinao, Tropa, Wachulco, Tapaio, Caiomuta, Quinchao, Epuequé,

Yanque, Anteleu, Licán, Millaqueo, Painé, Mariqueo, Caiupan, José, Manqué Manuel, Achauentrú Güeral, Islaí, Mulatu, Lebin, Guinal, Chañilao, Estanislao, Wuiliner, Palfuleo, Cainecal, Coronel, Cuiqueo, Frangol, Yancaqueo, Yancaó, Gabriel, Buta y Paulo.

Cada uno de estos capitanejos acaudilla diez, quince, veinte, veinte y cinco hasta treinta *indios de pelea.*

Por indio de pelea se entiende, el varon sano y robusto, de diez y seis á cincuenta años.

Tomando por término medio, que cada caudillo, cacique ó capitanejo pueda poner en armas veinte indios, resultarian *mil trescientos.*

Efectivamente, esta cifra está en concordancia con lo que parece fuera de duda, á saber: que Mariano Rosas y Ramon tienen cerca de seiscientos indios de pelea y Baigorrita un poco mas.

Esas ocho ó diez mil almas ocupan una zona de tierra proximamente de dos mil leguas cuadradas, entre los 63° y 66° de latitud Sud; y los 35° y 37° de lonjitud Este, cuyos límites naturales pueden determinarse así:

Al Norte la laguna del Cuero; al Sud, las puntas del Rio Salado; al Oeste este mismo rio y al Este la Pampa.

En ese vasto perímetro se hallan diseminados unos cuatrocientos ó seiscientos toldos.

Cada toldo constituye una familia, que no baja nunca de diez personas, y no hay toldo en el que no se encuentre un cautivo ó cautiva grande ó chico.

Segun este dato resultaria una poblacion de cuatro á seis mil almas.

Pero nótese que el cálculo se basa en el mínimum de personas que forma la familia.

De consiguiente, suponiendo que el punto de partida cuatrocientos ó seiscientos toldos fuese exajerado, siempre resultaria una poblacion mas ó ménos de cuatro á seis mil almas, desde que la cifra de diez personas por familia, es reducida.

Todos los toldos que yo he visto tenian de veinte personas arriba.

Ahora siendo un principio estadístico, que cada diez mil almas suministran sin esfuerzo, mil útiles para el servicio de las armas, resulta que la cifra de mil trescientos indios de pelea es una hipótesis racional para determinar la poblacion de los Ranqueles.

Sea de esto lo que fuere, la triste realidad es, que los indios están ahí amenazando constantemente la propiedad, el hogar y la vida de los cristianos.

Y qué han hecho estos, que han hecho los Gobiernos, qué ha hecho la civilizacion en bien de una raza desheredada, que roba, mata y destruye, forzada á ello por la dura ley de la necesidad?

Qué ha hecho? . . . . . .

. . . . . .

Oigamos discurrir á los bárbaros.

Conversando un dia con Mariano Rosas, yo hablé así:

— Hermano, los cristianos han hecho hasta ahora lo que han podido y harán en adelante cuanto puedan, por los indios.

Su contestacion fué con visible espresion de ironía:

— Hermano, cuando los cristianos han podido nos han muerto, y si mañana pueden matarnos á todos, nos matarán. Nos han enseñado á usar ponchos finos, á tomar mate, á fumar, á comer azúcar, á beber vino, á usar bota fuerte. Pero no nos han enseñado ni á trabajar, ni nos han hecho conocer á su Dios. Y entónces, hermano, qué servicios les debemos?

Yo habria deseado que Sócrates hubiese estado dentro de mí en aquel momento, á ver que contestaba con toda su sabiduría.

Por mi parte hice acto de conciencia y callé . . . . . .

Hasta entónces habia cumplido con mi deber, en mi humilde esfera, segun lo entendia.

Pero mi conducta personal ni podia ni debia ser un argumento contra las humillantes objeciones del bárbaro.

No me cansaré de repetirlo:

No hay peor mal que la civilizacion sin clemencia.

Es el gran reproche que un historiador famoso le ha dirijido á su propio pais, censurando su política en la India, como conquistador.

. . . . . .

. . . . . .

Los Ranqueles derivan de los Araucanos, con los que mantienen relaciones de parentesco y amistad.

Tienen la frente algo estrecha, los juanetes salientes, la nariz corta y achatada, la boca grande, los labios gruesos, los ojos sensiblemente deprimidos en el ángulo esterno, los cabellos abundantes y cerdosos, la barba y el bigote ralos, los órganos del oido y de la vista mas desarrollados que los nuestros, la tez cobriza, á veces blanco-amarillenta, la talla mediana, las espaldas anchas, los miembros fornidos.

Pero estos caractéres físicos van desapareciendo á medida que se cruzan con nuestra raza, ganando en estatura, en elegancia de formas, en blancura y hasta en sagacidad y actividad.

En una palabra, los Ranqueles son una raza sólida, sana, bien constituida, sin esa persistencia *semítica*, que aleja á otras razas de toda tendencia á cruzarse y mezclarse, como lo prueba su predileccion por nuestras mujeres, en las que hallan mas belleza que en las indias, — observacion que podria inducir á sostener, que el sentimiento estético es universal.

Conversando con un indio cambiamos estas palabras.

— Qué te gusta mas, una china ó una cristiana?

— Una cristiana, pues.

— Y por qué?

— Ese cristiana mas blanco, mas alto, mas pelo fino, ese cristiana mas lindo.

. . . . . .

. . . . . .

La conquista pacífica de los Ranqueles, cuya fisonomía física y moral conocemos ya, para absorberlos y refundirlos, por decirlo así, en el molde criollo, seria un bien ó un mal?

En el dia parece ser un punto fuera de disputa, que la fusion de las razas mejora las condiciones de la humanidad.

Cuandro nuestros padres los españoles llegaron á América, qué mujeres traian?

El Gobierno de la Metrópoli hizo con sus colonias lo que los Gobiernos de Francia é Inglaterra hicieron con las suyas?

Mandó á ellas cargamentos de prostitutas?

No tuvieron los conquistadores que casarse con las mujeres indíjenas, entroncando recien entre sí, pasada la primera jeneracion?

Y entónces, si es así, todos los Americanos tenemos sangre de indio en las venas, por qué ese grito constante de esterminio contra los bárbaros?

Los hechos que se han observado sobre la constitucion física y las facultades intelectuales y morales de ciertas razas, son demasiado aislados para sacar de ellos consecuencias jenerales, cuando se trata de condenar poblaciones enteras á la MUERTE ó la BARBARIE.

Quién puede decir cual es el punto donde se ha de detener una raza por efecto de su propia naturaleza?

Cuál es el órden de verdades al alcance de ciertas razas, vedadas para otras?

Cuál es la clase de operaciones practicables para los órganos de tal pueblo, que no conseguirá jamás practicar otro?

Cuáles son las virtudes propias de tal ó cual organizacion?

La frenolojía ha pronunciado acaso su última palabra?

Entre las razas reputadas mas perfectibles, no se hallan naciones tan bárbaras, tan esclavas y viciosas como en las demás?

Nos horrorizamos de que entre los Ranqueles se vendan las mujeres, y de que nos traigan terribles malones para cautivar y apropiarse las nuestras.

Y entre los hebreos, en tiempo de los Patriarcas, el esposo no le pagaba al padre el *mohar* ó precio de la hija?

Y entre los árabes, la viuda no constituia parte de la herencia ó de los bienes que dejaba el difunto?

Y en Roma, no existia el *coemptio*, es decir la *compra* y el *usus*, ó sea la posesion de la mujer?

Y en Germania, como lo muestra la ley Sajona, no existian el *mundium*, y costumbres análogas?

Y los visigodos, no tenian las *arras*, especie de precio nupcial, que reemplazaba la compra pura y simple, recordando la vieja usanza?

Y los Francos no pagaban el valor de las esposas á los padres que estos dividian con aquellas?

Si hay algo imposible de determinar, es el grado de civilizacion á que llegará cada raza; y si hay alguna teoría calculada para justificar el despotismo, es la teoría de la fatalidad histórica.

Las grandes calamidades que aflijen á la humanidad, nacen de los ódios de razas, de las preocupaciones inveteradas, de la falta de benevolencia y de amor.

Por eso el medio mas eficaz de estinguir la antipatía que suele observarse entre ciertas razas en los paises donde los privilejios han creado dos clases sociales, una de opresores y otra de oprimidos, — ES LA JUSTICIA.

Pero esta palabra seguirá siendo un nombre vano, miéntras al lado de la declaracion de que todos los hombres son iguales se produzca el hecho irritante, de que los mismos servicios y las mismas virtudes no merezcan las mismas recompensas, que los mismos vicios y los mismos delitos no son igualmente castigados.

Por mas que galopé tuve que dormir otra noche en el camino.

Al dia siguiente temprano llegaba á orillas del Rio 5°.

Habia andado doscientas cincuenta leguas, habia visto un mundo desconocido y habia soñado . . . . . .

Las galas de Abril embellecian el verde panorama de la Villa de Mercedes, donde los esbeltos álamos y los melancólicos sauces llorones crecen frondosos á millares.

El dia estaba en calma, mi alma alegre.

Reimos sin inquietud cuando debiéramos estar taciturnos ó jemir.

Somos unos insensatos!

Y cuando tenemos un momento lucido es para esclamar amargamente, ay! . . . . . .

Yo amo sin embargo el dolor, — y hasta el remordimiento, porque me devuelve la conciencia de mí mismo.

Leipzig. — En la imprenta de F. A. Brockhaus.

3 2044 010 370 567

A FINE IS INCURRED IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW.

5152506

MAR 1 '86 H

CANCELLED

MAR 1 '86

WIDENER

MAR 25 1990

WIDENER

NOV 0 9 2002

BOOK DUE

WIDENER

DEC 1 8 2002

CANCELLED

WIDENER

NOV 2 0 2003

BOOK DUE

WIDENER

NOV 0 8 2003

CANCELLED